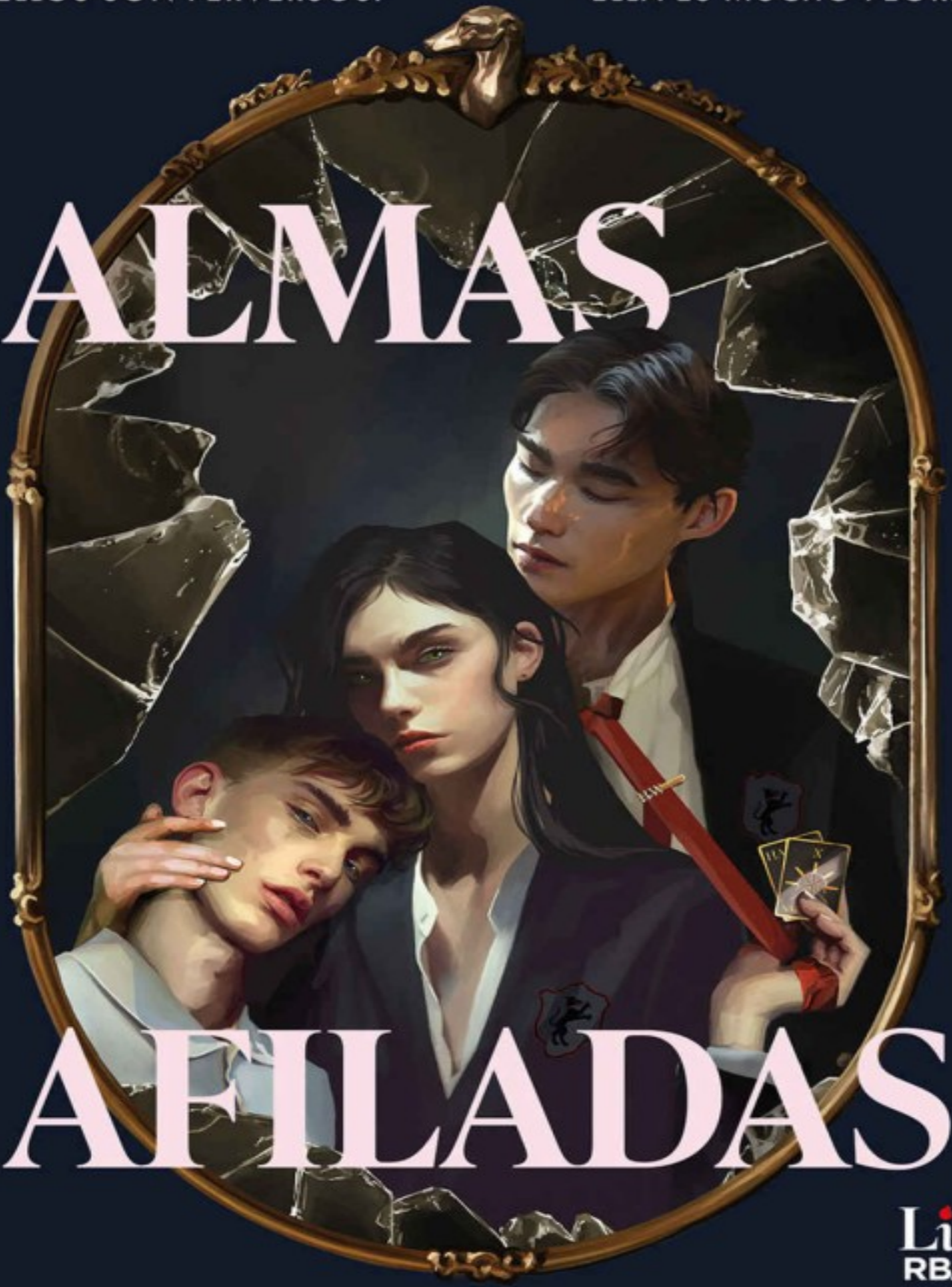
JENNI HOWELL

ELLOS SON PERVERSOS. ELLA ES MUCHO PEOR.

ALMAS AFILADAS



Lit RBA

JENNI HOWELL



ALMAS AFILADAS

Traducción de María Cárcamo

RBA

Índice

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12

SEGUNDA PARTE
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22

TERCERA PARTE
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CUARTA PARTE
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
QUINTA PARTE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS



AVISO DE CONTENIDO

En este libro se exploran la justicia y la venganza, así como el amor y la pérdida. La muerte, con todo su dolor y en todas sus formas, incluido el suicidio, es un tema recurrente, al igual que las maneras, algunas maravillosas y otras crueles, que tenemos de intentar evitarla.

Por favor, lee con precaución.

Título original inglés: *Boys with sharp teeth*.

Publicado originalmente en Estados Unidos
por Roaring Brook Press, Nueva York.
Publicado gracias a un acuerdo con Roaring Brook Press,
una división de Holtzbrinck Publishing Holdings Limited Partnership,

a través de Sandra Bruna Agencia Literaria SL.

© del texto: Jenni Howell, 2025.
© de la traducción: María Cárcamo, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2025.

REF.: OBDO487
ISBN: 978-84-1098-331-1

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA TODOS AQUELLOS
DEMASIADO MONSTRUOSOS PARA SER AMADOS.

NO ES CIERTO.

PRÓLOGO

Los espejos son unos grandes mentirosos.

Cuando los miras, ves una cara con todo en su sitio (piel, pelo, ojos, labios, dientes, dientes, dientes), tal y como te la esperas. Puede que sea familiar, puede que sea amada u odiada. Tal vez ninguna de las dos cosas; simplemente, un par de ojos que te devuelven la mirada. Insiste… Observa más atentamente. Inclínate hacia el cristal, presiona los dedos en la piel y observa cómo se retuerce y se deforma. Dale tiempo al espejo para diseccionar las hendiduras, las curvas y los huecos hasta convertirlos en algo en lo que pueda clavar sus garras punzantes.

La mayoría aparta la mirada antes de que las marcas de las garras se perciban lo suficiente. Antes de que profundicen las mentiras. Antes de que penetren el alma.

Adrian Hargraves no es como la mayoría.

Se arrodilla delante de un espejo tan roto como él. El marco dorado está deformado y oscuro. Lo atraviesa una grieta lo bastante dentada para morder, más ancha en el centro que a los lados; muestra una parte desnuda del fondo calcinado. Deberían haberlo dejado arder por completo. Quizás a él también.

Con un cuchillo agarrado con firmeza contra el brazo, espera a que la pequeña costura de oscuridad que divide su reflejo se agrande inevitablemente y se lo trague por completo. Aguarda a que cada

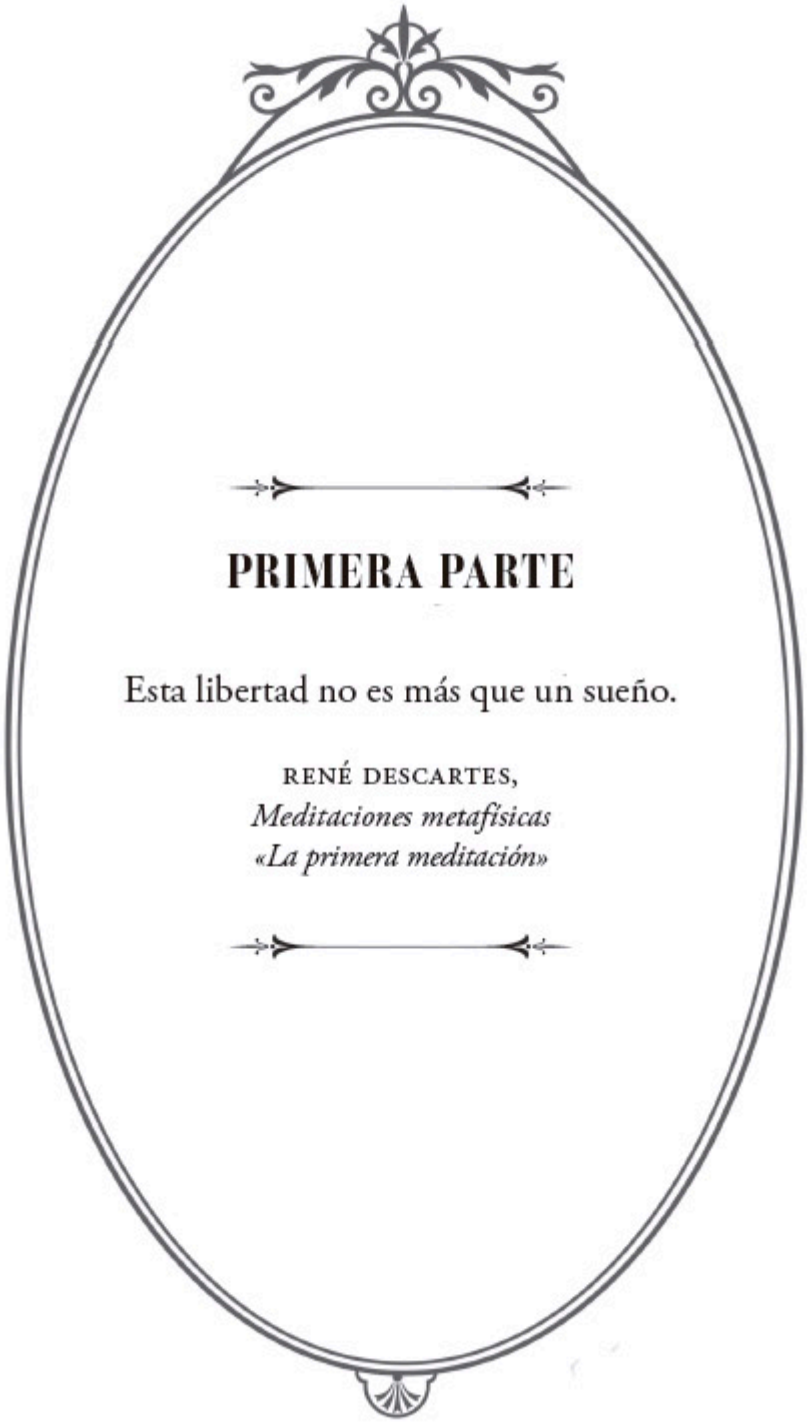
esperanza brutal y pecado y necesidad y odio se revelen para el festín. Quiere cerrar los ojos. Necesita alejarse.

Pero se queda mirando su reflejo roto. A una cara tan perfecta ni siquiera este espejo podría sacarle defecto alguno, hasta que profundizó el mordisco. Ahí, encontró la podredumbre. Ahí, dio con la verdad.

Cuando la oscuridad empieza a despertar, Adrian no se resiste. Este es su lugar. Esto es lo que se merece. Esto es lo único que puede hacer que merezca la pena. Tiene que alejarse. No puede. Ya no.

Salvaron el espejo cuando debería haberse condenado.

Igual que el muchacho.



PRIMERA PARTE

Esta libertad no es más que un sueño.

RENÉ DESCARTES,
Meditaciones metafísicas
«La primera meditación»

CAPÍTULO 1

Lo inquietante pide algo más que niebla y montañas. Más que pasillos oscuros y senderos serpenteantes, más que ventanas quebradas y suelos crujientes. Lo inquietante demanda codicia. Orgullo. Y fractura. Agazapada en la cima de su montaña, con la puerta vigilada a ambos lados por un sabueso que aplasta un cardo bajo sus patas torcidas, la Academia Huntsworth jamás admitiría ningún defecto, pero es, sin duda alguna, un lugar inquietante.

En el estrecho sendero pavimentado que hay ante la puerta, Jamie Vane, una alumna que ha llegado desde otro centro, sale de un taxi negro y se aparta de la cara las ondas teñidas de negro y recién cortadas. Los vaqueros rotos de color blanco son nuevos, como su teléfono. Le cuelga de la muñeca una pesada bolsa de cuero con rizadores de pelo, maquillaje, tacones y libros. Alza la mirada a las puertas; luego vuelve a mirar el taxi que había pedido en Sevierville. Un trayecto de sesenta minutos que se ha pasado mirando por la ventana, analizando la línea de su mandíbula e intentando apretarla para que pareciera despectiva y soberbia.

Mi mandíbula.

Yo soy Jamie.

Una y otra vez me he repetido esas palabras, como si diciéndolo lo suficiente me fuera a acostumbrar a su nombre falso, a su ropa, a su pasado de privilegio y orgullo cegado, pese a que todo eso me

sienta tan bien como este ridículo top. Me llevo las manos al cuello bajo y ondeado para asegurarme de que el anillo trenzado de mi madre sigue ahí, más seguro en la cadena de plata que en el cajón del que lo robé. Tampoco es que alguien vaya a echarlo de menos.

Le entrego al taxista un billete de cinco dólares, pero deja la mano abierta. Espera más de alguien cuyos padres pueden cargar a su espalda todo el peso de la escuela, pero yo no soy realmente una alumna de Huntsworth. Soy una fugitiva en busca de justicia, y esta es mi última oportunidad de recuperar el sentido común, volver a subir al taxi y pedirle a ese hombre que me lleve de vuelta a casa, a los pies de la montaña.

—¿Necesitas algo, cielo? —pregunta cuando me ve dudar.

Necesito salir de aquí. No solo de esta entrada y esta escuela, sino del pueblo de abajo, de su tamaño y de sus expectativas sofocantes. Necesito correr, lejos de sus miradas medidas, intentando descubrir si soy más bien la buena chica de papá o el error repetido de mi madre; correr como se suponía que haría con Sam.

Pero mi primo está muerto.

Necesito que lo de hace tres días jamás hubiera ocurrido.

Necesito arrancar los hilos del tiempo y decirle: «Sí, iré a la fiesta». Necesito haber estado allí cuando se fue; cuando ellos lo siguieron; cuando le sujetaron la cabeza bajo el agua. Necesito que vuelva a casa.

Necesito que paguen.

Pero no puedes decirle eso a un desconocido, no tan cerca de Amberdeen, donde todo el mundo es el primo segundo de alguien. Así que digo lo que debo, y dejo que todo lo demás se pudra.

—Todos necesitamos algo, ¿no? —Me cuelgo al hombro la bolsa,

que cuesta más de lo que gasta mi padre en la compra de un mes, y le doy al taxista mi último billete de diez dólares. Duda un segundo, pero finalmente me devuelve la sonrisa y cierra la mano sobre el dinero. Me guiña un ojo y desaparece.

Estoy sola. Huntsworth, a mi espalda; mi pasado, frente a mí. Todavía puedo salir corriendo. Aún puedo quitarme estos tacones y caminar descalza por la carretera de gravilla, atajando por las colinas hasta alejarme lo suficiente, donde la gente no sepa quién es mi padre ni conozca el pasado de mi madre. Empeñar este anillo robado, coger tantos taxis como sean necesarios para llegar a Nashville y, por fin, ser libre. Pero eso supondría pasar junto al lugar donde cargaron el cuerpo de Sam en una ambulancia, con esa sábana blanca cubriéndole el pelo naranja y las pecas marrones, y decirle a su recuerdo que ellos estaban en lo cierto, que él daba igual, que a nadie le importa que lo asesinaran.

A nadie menos a mí.

… A Jamie.

Armada con un carnet falso y un plan a medio hacer nacido de la lógica del duelo sofocante de las tres de la madrugada, me doy la vuelta y pulso el botón marcado como recepción. Suena una voz tan nítida y clara como si estuviera a mi lado.

—Academia Huntsworth, por favor, diga cuál es el motivo de su visita.

Me paso la lengua por los labios, pero no se me ocurre ninguna mentira. Pensaba que esto de ponerse en la piel de una persona inventada sería más sencillo. Antes solo necesitaba el crujido del lomo de un libro y mi imaginación volaba. He sido una diosa enjaulada, ladrones inmortales, madres de luto e hijos caprichosos

con magia bajo la piel. He vivido mil vidas, todas mucho más interesantes que la mía. Puedo hacerlo. Puedo ser ella.

Carraspeo y toco el pequeño libro que guardé en el bolsillo trasero de Jamie. *Medea*, la obra que estaba leyendo cuando me robaron a mi primo. Mi único homenaje a la vida que dejo atrás. Una mujer decidida a matar.

Todo pasa por algo, ya se sabe.

—Soy Jamie Vane. La nueva alumna. Me estabais esperando. —Mi voz suena extraña. Es mía, pero no.

No sé si es solo por el nombre falso o por cuánto me estoy esforzando en fingir que no estoy asustada.

El aparato sigue en silencio. Me imagino a la voz incorpórea girándose a alguna persona sentada detrás de su escritorio, preguntando si alguien sabe algo de una alumna que ha llegado nueva. Espero, negándome siquiera a recolocarme la correa de la bolsa, preocupada por que me estén observando. Busco algún tic nervioso que me delate como un fraude. Estoy interpretando un personaje, y ella jamás se desmorona ante la mirada de nadie.

Pasan los segundos. En el campus suena una campana. No una de esas eléctricas que hay en mi instituto, sino una campana de verdad, en lo alto de una delgada torre en el edificio que queda en mitad de una colina cubierta de césped. Un instante después, las puertas de todo el campus empiezan a abrirse, vomitando alumnos. Lógicamente, sé que no hay muchos. Bastantes menos que en un solo curso del instituto East County. Pero, al otro lado de las puertas de hierro, parecen un ejército.

Cierro los ojos y recuerdo la sonrisa de Sam. Una de esas lentas y hastiadas sonrisas que tanto esfuerzo le costaban. «No tienes

remedio, Mar», me decía. Yo lo miraba con el ceño fruncido, fingiendo que me molestaba, aunque no se me había pasado por alto cómo decía «remedio»; hacía que no fuera una palabra sin más, sino algo importante. No siempre me entendía, pero eso era lo que más le gustaba de mí. Me encantaba esa sensación de que no hacía falta que fuera quien él esperaba. No tenía que ser nadie. Solo necesitaba estar ahí.

Que tu primo fuera tu mejor amigo no estaba nada mal. Era fácil, y nada en mi vida ha sido fácil. El odio que me ha traído aquí está tomando la forma de un nudo apretado en mi garganta. Resulta más seguro estar enfadada que triste. La ira es un arma. La tristeza es una tumba.

Saco el teléfono de prepago que me había metido en el bolsillo de atrás. No tiene contrato ni tarjeta SIM, solo la batería completamente cargada y conexión a internet. Sin pensarlo (tap, tap, tap), la última foto que Sam publicó antes de morir aparece en la pantalla. Él y otras tres personas sentados en un tejado; al fondo, pequeños edificios de ladrillo y unos árboles. El pie de foto dice: «No hay luna, solo su luz». Un tal *empty0graves* comentó el post con el emoji de la peineta.

Sam está sentado en el suelo, con el brazo estirado listo para hacer la foto. Entre dos y cuatro horas más tarde, su cuerpo boca abajo en un arroyo poco profundo, ahogándose. Y ninguna de las otras tres personas de la imagen es la responsable de su muerte.

Recuerdo bien sus nombres, Sam se pasó semanas hablando bien de ellos. Henry está en el centro. Es un chico de piel clara con el pelo negro azabache cuyo pelo le cae sobre la cara, ocultando sus facciones. Unos dedos largos y elegantes sujetan una botella contra

sus labios. Ignora la foto para mirar la montaña. A su derecha está Baz: una chica delgada de rizos de color ámbar y mirada misteriosa. A la izquierda, sentado de lado con un pie levantado contra la cadera de Henry y mirando a la cámara, Adrian, el único al que conozco.

Ojos azules pálidos, piel bronceada y la cabeza rapada casi al cero, sin nada para suavizar la curva despectiva de sus labios. Es guapísimo… y despreciable.

Conocerlo fue odiarlo. Se sentó en el asiento trasero del coche nuevo de Sam. Yo jamás he tenido apenas nada: un primo que era mi mejor amigo, un pequeño fajo de billetes ahorrado para la entrada de un piso en Nashville y un coche que nos llevaría hasta donde alcanzara nuestro dinero para gasolina. He intentado contentarme con sueños pequeños, esperanzas minúsculas, porque al menos me llevaban a algún sitio. Y lo estuve, creo, hasta que la perfección llegó y me sonrió. No hizo falta nada más: un chico de colegio privado, con su camisa blanca impoluta remangada hasta los codos, metiendo el dedo en uno de los agujeros de la tela del techo del coche. Y yo solo podía fijarme en sus defectos.

—Adrian va a dar una fiesta. Vente —había dicho Sam.

Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo retrovisor:

—Antes muerta —le respondí.

En lo alto de la pantalla aparece un mensaje de Faye, como si hubiera estado esperando a verme conectada. Crecimos juntos: Sam en un lado y Faye en el otro; yo, en el medio. Así manteníamos el equilibrio. Éramos un «nosotros» que nunca elegimos; simplemente, las cosas eran así. Ahora todo ha cambiado.

Aun así…, si ya se ha dado cuenta de que me he ido, puede que

sepa si papá me está buscando. Me ayudaría a saber de cuánto tiempo dispongo. Abro su mensaje.

> Más te vale venir para su funeral

No lo haré. No puedo. Por muchas muchas razones.

Suena otro mensaje:

> No conseguirás que vuelva ignorando
> que ya no está, Marey

El teléfono tiembla en mi mano. Lo aprieto más fuerte, intentando no estamparlo contra el suelo. Tengo los ojos secos y la mandíbula apretada. Borro los mensajes de Faye sin responder y oculto a la chica que Adrian vio por el retrovisor para que no la vea hasta que sea demasiado tarde.

Traerlo de vuelta.

No conseguir traerlo de vuelta.

Quiero quemarlos a todos.

La voz del interfono me hace dar un brinco.

—Perdón por la demora, señorita Vane. Pase, por favor. La señora Hobbins la recibirá y la llevará al despacho.

La puerta suena con un clic. La insignia del sabueso y el cardo se divide en dos por el centro. Tengo la extraña sensación de que voy a ser deglutida. Si sigo el sendero de adoquines hasta el corazón de la escuela no volveré a salir. A la puerta le da igual; continúa abriéndose, mostrando a una mujer que camina hacia mí desde el

edificio más cercano. Tiene el pelo rubio recogido en un moño tan apretado y tan perfecto como la delantera de su falda de tubo. Un pin de un sabueso rojo le brilla en el cuello vuelto. La celeridad de sus andares debe de ser algo inusual, porque atrae las miradas una tras otra; para cuando me alcanza, media escuela nos está mirando.

«Soy Jamie Vane. Miradme todo lo que queráis». Me vuelvo a pasar la mano por el pelo, porque no estoy acostumbrada a que las ondas caigan sobre mi frente cuando están tan cortas.

Los tacones de la mujer se detienen con un clic a menos de un metro de mí. Me tiende la mano.

—Señorita Vane —dice.

«Esa soy yo».

Me quedo mirándola, esperando un momento antes de aceptar su saludo. Lo bastante para dejar claro que tengo elección.

—Soy la señora Hobbins. Vuelvo a pedirle disculpas, en nombre de todo el equipo de admisiones. En Huntsworth tenemos una política estricta de recibir a los nuevos alumnos en la puerta y darles la bienvenida. Parece que en su informe estaba toda la información necesaria, menos la fecha de llegada.

—Mi madre llamó —digo.

Mi madre no está. Mi madre se fue cuando yo tenía siete años y jamás ha llamado. Ni a mí ni a esta escuela. Mi vida de verdad es la falsa. Es la de Jamie la que tiene que ser real. La madre de Jamie vertería ácido sobre cualquiera que le falte al respeto a su única hija.

Hobbins sonríe algo insegura. Lo veo en sus ojos: el temor de que este desliz le reviente en la cara. Una lluvia de ácido sería problemática para su figura de porcelana.

—¿No registran las llamadas telefónicas?

Dejo que la crueldad se arrastre por mi voz, esculpiendo la hoja afilada de un cuchillo por mi sonrisa. Al fin y al cabo, no soy yo la que se está preparando para adentrarse por las sagradas puertas de Huntsworth, sino Jamie Vane. Y este mundo no tiene ni idea del mal que está a punto de recibir. Interpreto un personaje. Qué mala suerte que el último libro que leí mientras la creaba fuera *Medea*. Ambas están muy presentes en mi mente: Jamie y Medea. «Bestias que reposan sobre los cuerpos de los sabuesos y los tallos rotos».

Doy un paso adelante y camino tras Hobbins por un serpenteante sendero. Los chicos se golpean los hombros al girar la cabeza hacia nuestro lento caminar colina arriba. Las chicas evalúan en silencio cada aspecto de mis andares mientras se arreglan entre ellas los peinados, idénticos entre sí.

La niebla de la última hora de la tarde trepa entre los edificios, arremolinándose a los pies y llegando a la punta de los dedos, haciéndome recordar todas las historias sobre que este lugar está maldito, historias que he escuchado contar alrededor de una hoguera. Y debajo, más allá, a nuestro alrededor, los muros de piedra y la hiedra trepadora, los senderos de adoquines y las puertas de madera y las rejas de hierro de las ventanas de la escuela, exigiéndome demostrar que soy merecedora de cada paso que doy hacia su corazón sagrado.

No lo soy. Nunca lo seré, ni siendo yo misma, una chica de un pueblo pequeño con una educación de segunda y un padre que piensa que lo mejor que puede hacer es ser buena.

Nos detenemos frente al edificio más grande del campus, una monstruosidad de hormigón y cristal de tres plantas que parece una herida de bala en estos terrenos. Veo a Marin James en el reflejo de

las puertas de doble acristalamiento. Una piel que no está bronceada; con manchas de pecas por el pecho y en las curvas de las mejillas. Oscuros ojos verdes y el pelo negro ondulado que antes era rubio. Sin una belleza destacable, sin feminidad, sin toda esa tensión apretando los bordes marcados de mi mandíbula. La señora Hobbins tira de la puerta delante de mí y desgarra mi imagen. Me indica que pase.

—Bienvenida a Huntsworth, señorita Vane —dice.

No soy buena. No merezco esto. Pero es que no soy yo.

Soy Jamie Vane. Al menos hasta que encuentre a los tres alumnos que asesinaron a mi primo… y les haga pagar por ello.

CAPÍTULO 2

Mi aliento se convierte en vaho mientras subo por la colina detrás de Hobbins. Creo nubes entre mi cuerpo y las primeras estrellas de la noche. A Sam le encantaban las noches de invierno, cuando las estrellas surgían justo después de cenar. Nos tumbábamos en el tejado de su casa con una de las mantas de su madre y una bolsa de palomitas, la mitad sin estallar si las había hecho él; la mitad calcinada si las había hecho yo. Ninguno de los dos sabía nada de constelaciones. Pero daba igual, teníamos todo lo necesario para inventarnos las nuestras. Una de las suyas, sobre los árboles de la cima de la montaña delante de mí, era Úrsula Mayor, un palo con una enorme cabeza cuadrada y ocho patas larguiruchas y torcidas.

Anoche subí a ese mismo tejado. Mujeres de todas las iglesias habían aparecido para el funeral como mosquitos atraídos por una luz, cargando con jamón y arroz cubierto en queso. Es curioso que no aparecieran cuando mi madre huyó, aunque crean que las drogas son las responsables de ambas desgracias.

—Los opioides son una epidemia —había dicho el sheriff Barron—. Una plaga que golpea con más fuerza cuando lo hace sobre un conocido. Lo siento muchísimo, Marey, querida.

Siempre los mismos clichés. Odio ese sitio y sus «lo siento». Sentirlo jamás solucionó nada. Simplemente, tapa la herida, pero no hace nada por curarla.

Cierro la mano en un puño sobre la bolsa con los uniformes que Hobbins me ha ayudado a recoger de la tienda de segunda mano del campus. Cada compra se ha añadido a una cuenta de estudiante que no tengo intención de saldar. Me golpea en la rodilla mientras camino, tambaleándome de forma extraña con estos tacones sobre el sendero de adoquines. Doblamos una esquina sin decir esta boca es mía. Hobbins se resignó a no hacerme el tour oficial cuando me aseguré de que todo su equipo de admisiones estuviera al tanto de «la confusión». Me prometió encontrar un guía que me ayudara a instalarme, aunque no estaré aquí el tiempo suficiente como para que eso me preocupe.

He venido tarde un viernes a propósito. Dos días sin clases. Dos días para averiguar si Adrian recuerda mi cara.

Dos días para ver si papá denuncia mi desaparición a la policía. Para ver si el sheriff Barron se preocupa más por una chica viva de lo que lo hizo por un chico muerto, o si también en mi caso culpará a las drogas.

Dos días para encontrar a Henry, Baz y Adrian, y obligarlos a que me cuenten cómo murió Sam. Sé que el cuento que me han contado no es la verdad. Y, aunque lo fuera, seguiría sin explicar el mensaje que recibí a la mañana siguiente.

Dos palabras en latín para responder catorce versiones de «¿Dónde estás?». Un mensaje que, de inmediato, supe que no lo había escrito mi primo, un chico que dejó la educación pública a los dieciséis años para trabajar de guardia nocturno en Huntsworth y que jamás se molestó en ojear un libro:

Memento mori

Recuerda que vas a morir.

Solo hay dos personas en esta escuela lo bastante unidas a Sam como para conocer el código de desbloqueo de su teléfono. Uno de ellos sabía que lo estaba buscando, sabía lo que descubriría, y fue lo bastante estúpido como para burlarse de mí.

Henry. Baz. Adrian. Ando detrás de vosotros.

—Esto es Killary House, donde viven nuestros alumnos.

Hobbins me saca de mis pensamientos, con un gesto elegante hacia una mansión sobre la colina con paredes encaladas y líneas y líneas de ventanas, pequeños cuadrados relucientes de promesa. «Escondo algo que quieres saber», susurran todas ellas. Una ventana de la segunda planta se abre de golpe y se asoma una cabeza, seguida de un grito y una sudadera, con las mangas batiendo en caída libre mientras una chica en el césped estira los brazos y la agarra torpemente.

—En el ala oeste residen los alumnos de los cursos más bajos; en el ala este, los novatos; los veteranos viven en la parte histórica del alojamiento, la Torre.

Ralentizo el paso conforme me acerco, escudriñando a los muchachos de largas extremidades que cuelgan de los balcones de Killary y a las muchachas apoyadas con estilo en las mesas desperdigadas por aquí y por allá. Busco a alguno de los tres. No reconozco a nadie. Solo tengo la foto con Baz y el recuerdo de Adrian en el coche. Los alumnos de Huntsworth rara vez bajan al pueblo, porque lo único que hay que hacer en Amberdeen es pasar el rato en el aparcamiento de Derry's Gas 'n' Go.

Una de estas maravillosas personas mató a Sam. Puede que incluso lo hicieran los tres. Lo sé. No me hace falta conocerlos para

saber que tengo razón. Su postura es para mí un libro abierto. Reconozco esa forma de mover los ojos cuando hablan con alguien. El modo en que pronuncian las palabras, dónde colocan las manos, cómo sonríen. Y todos los alumnos de Huntsworth dicen lo mismo: «Soy perfecto. Créeme».

Mentirosos. Todos y cada uno de ellos.

—Acompáñeme, señorita Vane.

Hobbins está de pie a unos metros de un grupo de alumnos sentados en los escalones de la entrada principal de la residencia. Están en círculo, alrededor de dos chicas sentadas una al lado de la otra en el escalón del centro. Una espera con los ojos cerrados y con los dedos cruzados en ambas manos. La otra tiene la cabeza doblada hacia delante; unos rizos definidos de color ámbar le caen sobre los ojos y observan atentamente el suelo.

Es Baz, la chica cuyo nombre siempre sonrojaba las mejillas de mi primo.

La tengo delante.

Había una parte de mí que estaba convencida de que jamás llegaría tan lejos. Todo lo que he planeado, cada avance, siempre ha terminado siendo descubierto y silenciado, mis sueños relegados a la oficina del fondo del garaje de mi padre, donde pertenecen. Pero la he encontrado.

En las fotos de las redes sociales siempre aparecía con el pelo recogido, los laterales rapados, una camiseta desgastada y con un bolígrafo insertado en la patilla de las gafas. Pero detrás de la caída de los rizos, la misma mandíbula delicada, el mismo cuello almidonado. Está colocando una baraja de cartas moradas en forma

de cruz, soltando las cartas una a una… Los otros alumnos levantan sus rostros para mirarnos a Hobbins y a mí.

Por fin, parece darse cuenta de que pasa algo. Observa a la chica que está a su lado; luego sigue las miradas hasta mí. Sus grandes ojos y los rizos asimétricos de su flequillo dicen: «Por favor, acéptame», como si no tuviera ni idea de que todos la adoran. Al fin y al cabo, es rica. Es uno de ellos. Me cruzo de brazos. Protejo mi corazón. «No hay que pensar demasiado. La gente se vuelve loca si piensa demasiado», me susurra Medea desde el bolsillo de mi pantalón.

—Señorita Hallward, esta es la nueva alumna, viene de otro centro. La señorita Jamie Vane. Como va a residir en la sexta planta, ¿sería tan amable de enseñarle las instalaciones?

Un poco forzado, pero Hobbins ha conseguido fingir mínimamente que se alegra de tenerme aquí.

Baz Hallward se pone de pie, recogiendo las cartas mientras murmura una disculpa; se las guarda en una mochila de cuero desgastada, hecha de bolsillos.

—Por supuesto, señora. —Me ofrece una mano, con los dedos encogidos demasiado tiempo. Cada movimiento tiene una ligera duda, como si estuviera comprobando que ser humana sigue funcionando. Parece que es fácil de convencer—. Soy Basile —dice —. Pero puedes llamarme Baz. O Bazie. O B. Lo que sea, menos Basile. Solo mi madre me llama Basile.

—La han ubicado en su curso de culminación, señorita Hallward, ya que es el único donde quedaba hueco disponible —dice Hobbins con frialdad—. Esta noche, a las ocho en punto, señorita Vane.

Mi primera clase es esta noche, no el lunes.

Y la Baz de Sam es mi guía.

La chica me sonríe. No tiene ni idea de lo que estoy pensando. Ni idea de que llevo días soñando con encontrarla, desde que el sheriff apareció en mi porche, bebiendo té, ignorando todas las pistas que tenía que ofrecerle. Baz se cuelga la mochila al pecho y empieza a buscar algo. De una de las cremalleras cuelga un llavero. Es un símbolo de un caballo salvaje; el animal parece redondo y dentudo, con patas torcidas y una nube de gas. El nombre de la marca está repasado con cuidado, con las dos últimas letras cambiadas para que diga «Mustass». No es suyo.

Yo hice ese llavero. Para Sam y su horrible coche. Lo tenía en el juego de llaves que utilizaba aquí, donde trabajaba como guardia de seguridad nocturno. Desaparecieron la noche que murió. Todavía no las han encontrado.

Baz saca de la mochila un libro fino encuadernado de azul. Se titula *Meditaciones*. Me lo ofrece. Abre la boca para formar unas palabras que nunca voy a escuchar porque de pronto hay demasiado de mí y muy poco de Jamie. Tengo que irme. Ya.

—Perdona. ¿Podemos…, más tarde? Tengo que…

Mis pies se lanzan al sendero. La voz de enfado de Hobbins me persigue, pero mantengo la cabeza gacha hasta que he rodeado Killary, donde el ala termina en una torre de piedra más alta que los árboles que la rozan.

Me detengo y apoyo la espalda contra el muro en cuanto su voz se desvanece. Anoche todo me había parecido más sencillo. Entrar. Registrar sus habitaciones y el campus. Encontrar las drogas que colocaron en el cadáver de Sam y su teléfono, que le robaron para enviarme ese mensaje. Descubrir si su juego de llaves estaba allí y

por qué lo querían tanto como para matarlo. Hacerles las preguntas y conseguir las pruebas por las que el sheriff Barron no estuvo dispuesto a arriesgar los fondos de su campaña. Hacerlo todo antes de que Hobbins y la oficina central se den cuenta de que el cheque de la matrícula con mi nombre es falso.

Todo me había parecido de lo más sencillo hasta que la he conocido. Nada de ella susurra «asesina». Esa sonrisa, esa mirada en los ojos, la forma en la que levantó y bajó la mano, tan natural como respirar; en ningún momento esperó que yo la agarrara. «Son buena gente». Era el comentario favorito de Sam sobre ellos, como si, repitiéndolo lo suficiente, me lo fuera a creer. Sé que se refería sobre todo a Baz.

La chica que tiene su llavero.

Cierro los ojos y respiro profundamente en la oscuridad.

Todo está tranquilo y, de pronto, lo escucho. El arroyo detrás de Killary enroscándose por raíces enredadas, cosiendo caóticamente el bosque con la montaña rocosa. Pasa por debajo de una puerta cerrada y por la ladera hasta un grupo de peñascos cubiertos de musgo. Ahí, el agua se acumula en una pequeña poza, asfixiándose con hierbas y raíces antes de tambalearse hacia el pueblo.

Sam y yo solíamos jugar en esa poza. Colina arriba: una chica con el pelo sin cepillar y un chico con Pop-Tarts suficientes para los dos, arañándonos las rodillas en las piedras resbaladizas y llenando el bosque de risas. Conforme crecimos, se convirtió en el lugar al que huir de casa y de los deberes. Un lugar tranquilo para sentarnos y saltar rocas y no hablar de gran cosa. Hace tres días se convirtió en el sitio donde encontré su cuerpo.

Me froto la mano en el muslo, intentando borrar el recuerdo de la

piel suelta que se desliza sobre los músculos. Abro bien los ojos, intentando que el recuerdo de su mano, gris y rosa por la inflamación, desaparezca. Y la sombra turbia en el agua a su lado…

Sus ojos hambrientos…

La música de un violín baja en una ráfaga repentina y molesta. Me salpica, despertándome y cortando los secretos del agua. Mis secretos. Cosas que nunca le diré a otro ser vivo, porque no soy como mi madre. Sé diferenciar entre lo que es real y lo que solo existe en mi imaginación.

Esto es real. Sam no tomaba drogas. Pero, claro, el sheriff Barron quiere creer que sí. Las tenía en el bolsillo…, y es una explicación tan cómoda… Y, aunque las tomara, ¿cómo terminó aquí, en el bosque, en el agua…? ¿Y quién me envió ese mensaje? No, no. No fue él. Nada de eso tiene que ver con él. Nunca se acercó a las drogas, no entró en el bosque, no se tumbó en un arroyo poco profundo, no me envió ese mensaje y no perdió sus llaves.

Baz tiene el llavero porque lo quitó del juego que le robaron a un chaval muerto. Porque quiere recordarlo. Porque quiere recordar su muerte.

—*Memento mori* —susurro.

Quizá fuera ella la que envió el mensaje.

La música se tambalea. Se agarra a una nota amarga mientras me incorporo guiada por una nueva luz. Hay una puerta lateral a tan solo unos metros. Pruebo el pomo. Está abierta. No voy a entrar por la entrada principal. Además, ese nunca ha sido mi estilo. Le echo un vistazo rápido a mi ropa; me peino el cabello con los dedos.

Jamie está preparada como nunca lo estará.

CAPÍTULO 3

En la sala común de Killary, un candelabro de bronce cuelga del centro de unas paredes redondas y llenas de estanterías. Unas lámparas salpican su luz sobre las mesas como fuegos fatuos. La luz de las velas se hunde en unas alfombras marrón chocolate y en unos sillones de cuero. Hay libros por doquier, algunos lustrosos y que parecen reclamar la atención de cualquier lector; otros, apartados en silencio, con aburridas encuadernaciones. Mundos, corazones, dolores escondidos entre esas páginas, aquí los alumnos tienen suficiente en lo que sumergirse. Yo podría ser cualquiera con todas estas historias aguardándome. No, lo que es más: podría ser tanta gente que, quizá, solo quizá, podría encontrarme a mí misma.

La habitación parece oscura y cálida bajo el brillo agonizante de la chimenea. Hay varios alumnos repartidos por la estancia, algunos charlando tranquilamente, la mayoría acomodados o encajados en las curvas del mobiliario, perdidos en un libro o en un periódico. De pie junto a la puerta abierta, cojo el libro que tengo más cerca, sin mirar siquiera el título, solo para sentir su forma en la mano. Nadie me dice que lo suelte ni me pregunta qué hago aquí.

Sam tenía razón. Podría ser feliz en este lugar. Desvanecerme en tinta y maravilla. Deambular por estos pasillos, con una novela en una mano y un café en la otra, sin preocuparme y sin importarme si

es medianoche o mediodía. Nunca sentí que un sitio pudiera ser mi hogar.

Siempre tenía razón en las cosas equivocadas, y se equivocaba en las importantes.

Suelto el libro.

—Estoy buscando mi apartamento —digo. Mi voz suena fuerte en ese remanso de paz. Tengo que empezar por algo, y esas palabras servirán—. En la sexta planta. La Torre.

Varios chicos se mueven en los sillones para doblar el cuello y mirar. Aunque no lo hacen por mucho tiempo. Desvían la mirada, como si no fuera asunto suyo responder a mi pregunta.

Finalmente, todos observan a un muchacho, casi en el fondo, en un sillón muy grande. Tiene el pelo negro recogido en una coleta corta y sin apretar, que deja ver un tatuaje detrás de la oreja: un reloj de arena vacío. Tiene un libro abierto en el regazo, con una mano sobre las páginas, pero no está leyendo. Está mirando por la ventana que hay a su lado; da a un jardín trasero que llega al arroyo.

Cambio el peso de una pierna a otra.

—¿La sexta planta? ¿Hola?

Alguien carraspea.

—Wu. Esa es tu planta.

Por fin, el chico gira la cabeza. Me mira…, pero no puedo decir que me vea. Tiene los ojos vidriosos y distraídos. Mira más allá de todo, perdido en algún lugar entre este mundo y su interior. Sé lo que se siente cuando un libro se convierte en algo más que palabras en una hoja, desdibujándolo todo menos lo que se está viviendo dentro de tu cabeza.

El resto de la sala parece conforme con la paz de esa habitación. Yo no. Cierro la puerta de una patada. El cerrojo se cierra con un golpe seco.

—Ahora también es mi planta y agradecería que alguien se comportara como una persona y me dijera cómo llegar.

Al principio, su expresión no cambia, como si yo no fuera más que una alucinación hecha de algodón y carne. Respira, y entonces noto que se percata de mi presencia. Sus ojos encapuchados y penetrantes se despiertan con interés. La conciencia cae suavemente y las comisuras de los labios se iluminan con el atisbo de una sonrisa; más abajo, relajándole la tensión de los hombros.

Wu cierra el libro, se lo guarda en el bolsillo de su chaqueta y se levanta. Una a una, las caras alzan la mirada para verlo pasar. Él las ignora todas y se detiene lo bastante cerca de mí como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás. Es bastante más alto que yo. Me aparto. Estar de pie a su lado hace que sienta que el suelo bajo sus pies se mueve a un ritmo diferente. Hay cierto desequilibrio.

Inclina la cabeza. Me doy cuenta de que lo estaba mirando fijamente. Parpadeo, fuerte, ahuyentando la imagen residual de su silueta contra la luz de la chimenea. Señala el fondo de la sala común. Durante un instante, me siento perdida. Luego lo recuerdo: mi habitación, le había preguntado por ella.

—Yo también voy arriba. Baz —añade.

La chica aparece de donde había estado apretada junto a su sillón, a unos metros de la entrada principal donde la había conocido.

Ha debido de entrar cuando me he ido. Hace unos minutos ella era lo único en lo que podía pensar, pero al lado de este chico me ha

parecido invisible. Me saluda con un gesto furtivo antes de que Wu vuelva a hablar.

—Busca algún novato para que te ayude a bajarlo todo. Todas las cosas están en el despacho de Holdman.

—¿Y por qué no lo hacemos arriba? —pregunta, con la voz más grave e insistente que antes.

—No será suficiente, y lo sabes —responde él, con la voz calmada —. Tienes todo el fin de semana para prepararlo.

—¿Es para una fiesta? —pregunta un chico desde un sillón.

Baz duda. Mira a Wu como si siguiera esperando que cambie de idea.

—Para el lunes. ¿Me ayudas? —le pregunta al joven del sillón.

—¡Ya te digo!

Él y otro chico se ponen de pie y aúllan encantados el uno al otro.

Una fiesta, menos de una semana después de que muriera mi primo.

«De que lo asesinaran», me corrijo. La ira se lleva cualquier sensación de paz que me hubiera podido transmitir esta sala. Me llevan los demonios, pero me muerdo la lengua. Baz se dirige a unas puertas dobles cerca del fondo de la habitación, los dos jóvenes van detrás de ella. Encima de la puerta veo una pancarta: liberación de los sabuesos: 21 de diciembre. La letra es presuntuosa, roja y gris. No da más detalles, pero la tela brilla y está impresa por un profesional, no pintada a mano como las pancartas de mi antiguo instituto. Será algún tipo de evento excéntrico típico de los colegios privados. Da igual. He encontrado a Baz. Encontraré a los demás, y lo que ocultan, antes del 21 de diciembre. Esa información me conviene. Tengo una fecha límite.

Wu me lleva hasta una puerta estrecha al fondo de la sala con un cartel de madera clavado en la superficie. Pone: solo veteranos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta cuando entramos en el hueco de la escalera.

—Jamie.

Subimos la escalera, la luz sobre los escalones de piedra es amarillenta por el efecto del cristal ondulado y turbio de todas las ventanas de la Torre. Las notas febriles de un violín caen desde arriba, girando a nuestro alrededor mientras subimos. Parece el mismo que escuché fuera. Me pregunto si el violinista sabe que su música ha caminado junto a mí y mi torturado corazón.

—¿Eres nueva? —pregunta Wu girando la cabeza por encima del hombro.

Pasamos junto a una pareja acaramelada en la puerta de la tercera planta. Hacen una pausa, con los labios y las mejillas sonrojados. El chico asiente con la cabeza a Wu.

—Primer día.

Tengo que concentrarme. Wu conoce a Baz, y por la forma en la que todo el mundo se comporta, como si caminara por encima del agua, estoy segura de que también conocerá a los otros dos. He tenido varios tramos de escalera para ganármelo, pero no sé cómo. Nunca se me ha dado bien conectar con la gente. Era Sam quien me llevaba al otro lado, adonde estaban los otros. Lo hacía con un guiño y un codazo.

—¿Habitación? —pregunta.

—6A Sur.

Su risa es cálida como un sueño; un calor recreado en la memoria, pero en realidad no.

—Interesante —dice él.

Hay algo en su tono que me pone al límite. No es un desafío, pero sí algo parecido. Casi como si estuviera cogiendo las piezas de mi puzle y acabara de encontrar una que encaja a la perfección.

—Nada de interesante.

Levanta un dedo.

—¿Es cosa tuya decidir qué me resulta interesante a mí? —La música del violín se escucha más fuerte; las notas del *staccato* suenan erráticas, casi vibrantes—. ¿Acaso estás dentro de mi cabeza, juzgando y ordenando los contenidos?

Suelto una carcajada y empiezo a rebatirle, pero él no ha acabado.

—Permítete ser interesante, Jamie. —Gira la cabeza solo lo suficiente como para dejarme ver que no está sonriendo.

No es una broma.

Me flaquean las piernas. Nunca nadie me ha llamado «interesante» a modo de cumplido. Tiene todo el sentido del mundo que, en el momento en el que dejo de esforzarme tanto en ser yo y me obligo a ser otra persona, caiga bien. Wu mueve el dedo, contando el ritmo de la música mientras sigue subiendo las escaleras sin mí.

Sin Jamie.

Corro detrás de él. Se detiene al final de la escalera, delante de una puerta de madera con el número seis quemado en el centro. Las marcas de la abrasión son profundas y perfectamente lisas. Empuja la puerta. Entramos en el centro de la sexta planta de la Torre.

En el pasillo hay dos puertas más. La de mi izquierda da a una sala pequeña. Lo único que alcanzo a ver por la rendija es un sillón

orejero marrón oscuro. Wu la abre y entramos en un despacho con dos escritorios, dos sillas y ninguna ventana.

La música del violín llega desde una puerta al fondo, más fuerte ahora, y las notas frenéticas llenan el espacio como unas nubes de tormenta que se chocan las unas con las otras, aumentando la tensión hasta que cae un rayo. Casi puedo ver los dedos del violinista volando sobre las cuerdas, con la cabeza agachada sobre el instrumento, los ojos cerrados y la frente arrugada por la concentración.

Doy un paso adelante. Las notas se desgarran, como si al violinista le hubieran arrancado el brazo de pronto. Alguien gruñe. Un colchón cruje. Luego, en el silencio, el sonido de unas cuerdas punteadas con unos dedos. Suenan ridículamente infantiles después del diluvio.

—Este es tu salón. Da a las habitaciones. El baño es compartido y mixto. Tú estás en la 6A Sur, así que, técnicamente, la mitad de todo esto es tuyo. Pero nadie ha igualado su nota de acceso en tres años, y está acostumbrado a vivir con el espacio extra —dice Wu, moviendo perezosamente la mano hacia la habitación pequeña y desordenada que hay frente a nosotros—. Pásalo bien recuperándolo.

Dentro de la habitación, a mi izquierda, la que señaló cuando dijo «6A Sur», las notas del violín dejan de sonar. Así que los compañeros de habitación se asignan por nota de acceso, y el mío es un chico que ha vivido solo desde el primer año, hasta que yo he falsificado mi entrada a su espacio. Fue muy fácil usar las credenciales de la madre de Faye, que había trabajado en verano en el departamento de Admisiones del centro, y descargar una solicitud

aceptada. Cambiar unas cuantas cosas con un editor de fotos y subir todas las notas a un nivel que no pensaba que fueran a rechazar, independientemente de lo extraña que fuera la fecha de mi llegada, fue pan comido.

Sostener la mentira delante de mi compañero de habitación será harina de otro costal, desde luego no tan sencillo como cambiar un ocho por un nueve. Pero estoy harta de ser Marin James y pasar desapercibida, escondiendo la nariz detrás de un libro y esperando a que terminen las clases. Estoy harta de aburrirme, de esforzarme todo lo que puedo por avanzar y encontrarme otra pared. De dejar que me metan en una caja que no es… interesante.

Wu se da la vuelta para marcharse. Lo detengo con una mano.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

Él me analiza, asimilando cada detalle sin darme nada a cambio. Durante un instante pienso que a lo mejor, solo esta vez, no será tan difícil entrar.

—Henry. Henry Wu —responde.

Por supuesto. Claro, es Henry. Me imagino a Sam, estirando la mano desde el asiento del conductor, tirándome de las cuerdas de la sudadera y canturreando: «Te-caerán-bien».

Henry, delante de mí.

Abajo, Baz.

Solo me falta uno.

—Vamos —dice Henry con una sonrisa de la que no me fío—. Graves te está esperando.

Los he encontrado. O ellos me han encontrado a mí. Los amigos de Sam.

Los asesinos de Sam.

CAPÍTULO 4

Graves es Adrian.

La luz de la luna se cuela por la única ventana de la habitación. Está sentado en la cornisa, con una pierna encogida en ángulo recto y el maldito violín sujeto contra ella. Tiene la mandíbula apretada y va sin camiseta; cada ángulo de su perfil desnudo ante mí. No sé por qué Henry lo llama Graves, pero el nombre le viene que ni pintado. Es una lápida sin terminar, con los bordes ásperos y duros. Me dan ganas de darle con un machete. Ver con qué facilidad se quiebra.

Intento contener la ira. A Graves es el único al que conozco. Lo vi una vez, una noche hace meses, pero yo tenía la cabeza enterrada en la capucha de mi sudadera. Aun así, he de tantearlo, para ver si me reconoce. Si lo hace, todo habrá terminado antes de empezar. Y eso no puede ser.

Aparto la mirada de él y busco un sitio en el que dejar las maletas. La habitación es pequeña, con una pared larga y curvada y dos rectas; por eso los muebles están en posiciones extrañas. Una silla, una mesita de noche, dos estanterías cortas, todo lleno de libros y tazas, casi todas aún llenas de alguna bebida a medio tomar. Hay una cama individual contra la pared curva bajo la ventana. Tiene un pie encima.

A Sam le hizo mucha ilusión que lo invitaran a quedarse. Había

estado en varias fiestas, y de todas volvía a casa con la misma resaca, tanto de alcohol como de un romanticismo desesperado. Pero aquella fue la primera vez que le habían pedido que pasara la noche, que Adrian se lo había pedido; no consigo olvidar la sonrisa de mi primo al pronunciar su nombre. Y la cama que tengo delante es donde Sam iba a dormir. Tiene tantos libros encima que parece claro que jamás tuvieron intención de que Sam pasara verdaderamente la noche allí.

Le dije que no era real. Que a esa gente nunca le caía bien nadie más que ellos mismos. Incluso ni ellos mismos. No era amistad, sino interés: un guardia de seguridad novato, embobado con Baz; y las llaves del castillo destellando en el cinturón del uniforme. Era pan comido.

Mi primo estaba equivocado, pero yo también: sabía que le iban a hacer daño, pero no pude imaginar que lo fueran a matar.

Llevo todo este tiempo de pie, y Graves sigue sin darse cuenta de que existo. Lanzo la bolsa encima de la cama y caen un montón de libros. Él aparta el pie para evitar el pequeño cataclismo y sigue punteando las cuerdas del violín, sin molestarse en levantar la mirada. No soy nada, no soy nadie. Pero no es verdad: estoy aquí.

Aquí está Jamie Vane.

Arqueo la espalda.

—Bonita música.

—No es música —dice él. Su voz es más vacilante que la de Henry. Casi como si lo estuvieran obligando a hablar apuntándole con un arma a la nuca—. Son solo notas.

Se me escapa un resoplido áspero. Me había preparado para

soportar a gilipollas prepotentes al venir a Huntsworth, pero esto es mucho más de lo que me esperaba.

—Sonaba como si se estuviera muriendo alguien.

Él no dice nada. El silencio parece intencionado. Como si significara que yo tengo razón, y precisamente él quería que sonara a muerte. Curvo los labios. Treinta segundos en su presencia y ya estoy deseando gritar.

Respiro hondo. No estoy aquí para pasarlo bien, estoy aquí por Sam. Me acerco y cojo uno de los libros sobre la cama, buscando algún tema de conversación. Debajo del libro hay un teléfono plateado. La pantalla está oscura; la batería, agotada. Pero da igual.

Conozco ese teléfono.

Se me revuelve todo en el interior mientras le doy la vuelta al libro para mirar la portada: Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*. Hay garabatos negros que borran la cara de la portada.

—¿No te ha gustado Kant? —pregunto, pero solo estoy pensando en el teléfono.

Me resulta tan sumamente fácil imaginar al gilipollas arrogante que tengo delante cogiéndolo, molesto porque mi mensaje ha interrumpido su silencio. Y luego escribiendo con los pulgares como martillos contra los clavos de un ataúd: «*Memento mori*». Una forma elegante de decirme: «Cállate, nos da igual».

—Demasiada fe en el hombre —dice él.

—Hmm. —Respira. Habla. No grites—. Un error común. Debería probar con las mujeres.

Me mira con ojos violentos e inquisitivos. La cabeza rapada hace que las cejas negras destaquen como cicatrices de un cuchillo, unas amenazas sesgadas que le ensombrecen la mirada. Escudriñan mi

cara sin emoción, haciendo que me pregunte qué partes de mí ha tachado con asco.

Y luego la perspicacia básica de un ceño fruncido agrieta la fachada.

«¿Porque lo sabe?». Lo observo, retándole a que suelte lo que está pensando. Deseando que mi mano se mantenga firme mientras vuelvo a dejar el libro en la cama, tapando el teléfono para no tener que mirarlo. El más mínimo estremecimiento sería una debilidad, y no me permitiré mostrarme débil delante de él. Me miró a los ojos y me sostuvo la mirada la noche que nos conocimos. Pero entonces yo no era más que una chica de Amberdeen. No tenía motivos para reparar en mí. No tiene por qué recordarme meses después.

—Soy Jamie Vane —digo—. Una nueva alumna.

Inclina la cabeza, como una bomba cada vez más cerca de detonar.

—No recibimos muchas cosas nuevas.

—Ya, bueno. —Señalo la habitación con los brazos—. No es que sea el Ritz, precisamente.

—No, no lo es. Y, aun así…

Me pone de los nervios.

—A veces hay que alejarse todo lo posible de casa —digo.

Hay verdad suficiente en esa frase como para que duela decirla. Noto que le deja marca.

Vuelve a acomodarse. Desliza el pulgar por el cuello del violín, sacándole un murmullo grave. Odio no poder acorralarlo. No saber si ha visto a través de mis mentiras ni por qué se comporta como un gilipollas. Puede que sea así, sin más. Tengo que insistir lo suficiente para que se le escape si me reconoce. Rompo el contacto visual con

él, aunque me resulta peligroso quedarme expuesta para que él mire donde quiera. Me fijo en otra pila de libros sobre la cama. Esta vez, el colchón de debajo está vacío.

Él vuelve a hablar con la voz tranquila.

—¿Qué haces?

Ha dicho: «¿Qué haces?», no: «¿Qué haces aquí?».

—Soy tu nueva compañera. —Dejo los libros en el suelo, delante de una de las estanterías, y muevo una taza con el pie para hacer hueco. Espero a que me corrija, que me diga que no, que soy esa chica del pueblo que conoció en el coche, pero no lo hace, así que insisto—: Y esta es mi habitación.

—Yo no tengo compañeros. —Tira con el dedo de una cuerda del violín.

—No tenías —corrijo.

Se mueve, baja del alféizar, de la cama, e invade mi espacio personal con un movimiento fluido. Resulta desconcertante lo rápido que se mueve, es como ver una piedra ondear el agua. Hay tensión entre nosotros. Me está poniendo a prueba, comprobando hasta dónde puede llegar antes de doblegarme. Yo también lo estoy haciendo con él. «Salta, Graves. Muéstrame al chico que estaba con Sam aquella noche. Sé que no eres tan tranquilo. No con unos ojos como esos que tienes».

—No deberías estar aquí —dice, y apenas mueve los labios cuando habla.

Lo sabe.

Sabe quién soy.

—Oh… —Me paso la lengua por los labios. No pienso rendirme hasta que lo diga explícitamente. Busco en el bolsillo y saco la llave

de bronce que me ha dado Hobbins. Me cuelga de los dedos, con una etiqueta de cuero en la que pone «6A» balanceándose entre los dos—. Henry me ha advertido de que no te gusta ceder espacio. Pero imagino que no te queda otra.

Desde lejos, sus ojos son de un azul intenso y brillante, pero a tan corta distancia percibo dos aros de colores diferentes. El derecho es más gris; el izquierdo, más verde. Eso hace que mirarlo desde tan cerca resulte casi incómodo. Se le dilatan las pupilas. Algo en ese cambio se me aferra dentro. Deseo, desesperadamente, dar un paso atrás, porque en sus ojos hay una promesa de que, si no me muevo, si simplemente confío en él, descubrirá todo lo que he escondido y me hará saber si importa. Si yo importo.

Entonces parpadea, y soy libre, y estoy perdida, y no tengo ninguna respuesta y confío aún menos en él. Coge el violín y la funda. Me acerco a él; no puede marcharse, todavía no, no sin averiguar si esos ojos ven a Jamie o a Marin. Se detiene camino de la puerta, como si fuéramos extremos opuestos de una cuerda demasiado tensa.

—Siempre hay una opción —dice.

—Veo que ya os lleváis muy bien. —Henry arrastra las palabras desde detrás de Graves. Me sorprende verlo apoyado contra el marco de la puerta, con un diario de cuero negro agarrado en el hueco del brazo, tan cerca, tan obvio y, aun así, imperceptible para mí—. Sabía que eras el tipo de Graves.

—No es…

—No es…

Cierro la boca de golpe, negándome a sonar como el eco de

Graves. No es mi tipo, y yo no soy el suyo, independientemente de que ahora mismo sea Jamie o Marin.

Henry sonríe con superioridad. Baz aparece en la puerta, por debajo del hombro de Henry. Empieza a pedir que limpien mi habitación, dispuesta a ayudarme a mover los libros. Graves le dice que no y señala que no tengo equipaje, que apenas he traído nada y que aún no he deshecho las maletas; además, de todos modos, no usaré el espacio. Y, aunque noto en su voz que está molesto, también me doy cuenta de todo lo que no dice.

No menciona nada sobre que le resulto familiar. No me pregunta ni una vez por qué estoy aquí, cuál es mi nombre real, si conozco a Sam. No dice si no me ha visto antes, si no me conoce, si le resulto familiar. Nada de eso. Casi tengo ganas de reírme. De repente, hay algo ridículamente humillante en pensar que me recordaría por que cierta noche había visto fugazmente a una chica de pueblo. No me conoce. En realidad, ni siquiera yo me conozco.

—Vamos a llegar tarde al seminario —dice Henry—. ¿Jamie?

Sí, Jamie, esa soy yo.

—Un segundo.

Él asiente y todos se dan la vuelta. De pronto, la habitación se queda vacía. La habitación es mía.

Sea quien sea yo.

CAPÍTULO 5

El seminario, a lo que Hobbins se refirió como mi clase para la tesina, se imparte en una terraza interior, un bellísimo invernadero de paredes de cristal con un frondoso centro verde esmeralda. El sendero que conduce a él está iluminado, pero muy tenuemente, lo que implica que yo los vea a ellos mucho antes que ellos a mí. Formas y espacios; Graves con la cabeza agachada y la cara escondida tras un puño; Henry a su lado, tamborileando los dedos en el reposabrazos de la silla de su compañero; y Baz, sentada aparte, con el cuaderno que Henry le había dejado abierto en el regazo, una hoja y media ya cubierta con perfectos bucles de letra cursiva. A su lado, se inclina un profesor algo mayor que se esfuerza, sin éxito, en llamar su atención.

Pensaba que tendría el fin de semana para prepararme. Dos días para investigar antes de tener siquiera que pensar en ser realmente la alumna que he asegurado que era. Pero solo he dispuesto de dos horas.

El teléfono de Sam es un ladrillo fundido en mi bolsillo trasero. Quiero dar media vuelta y volver por donde he venido. Me vendría bien este tiempo a solas para registrar sus habitaciones y el teléfono. Es lo más inteligente. Es a lo que he venido. Entrar, recoger pruebas, salir.

Pero esperan que vaya con ellos. Deslizo el pulgar en el anillo de

mi madre, haciéndolo girar.

Una clase de solo tres alumnos, sentados en círculo en un aula que parece sacada de un cuento de hadas. No hay ordenadores, ni rotuladores de pizarra ni películas en blanco y negro con hojas para rellenar los huecos aún calientes de la fotocopiadora. El profesor apoya los codos en las rodillas y se lleva las manos a cada lado de la cara. Sobre la cabeza tiene unas gafas de montura dorada que le sujetan el cabello rubio con algún mechón plateado. Empujo la puerta y escucho el final de lo que está diciendo:

—Cree que estaba haciendo algo de gran valor. Pensar en Sócrates, Platón, Epicuro. Todos estos hombres se dedicaron al estudio del pensamiento no solo porque fuera interesante, sino porque, para ellos…, era necesario. Descartes no es diferente…

Hace una pausa porque Henry se ha movido. Estaba mirando al profesor, y ahora me está mirando a mí. Sus labios caen en una sonrisa lenta y relajada. «Por fin», dice su gesto. Como si hubiera estado esperándome.

Y el profesor se da cuenta.

—Ah —dice el profesor—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Jamie Vane.

La diversión le resbala por la cara.

—Profesor Leckey. ¿Y en qué puedo ayudarla, señorita Vane?

Es la primera vez que le miento a un profesor. Adopto una expresión tranquila.

—Soy una alumna nueva. Último curso. Me han dicho que necesito hacer un curso de culminación y me han asignado este.

Leckey levanta la barbilla. Observo que arrastra los ojos sobre mí. Acabo de sacar el uniforme de la bolsa, por lo que hay arrugas por

toda la camisa. Escondo los dedos por los puños, intentando estirar al menos una manga. Ni siquiera me ha dado tiempo a buscar una corbata.

—Bueno —dice el profesor.

No hay ninguna silla disponible. Dudo, intentando decidir si apoyarme contra la pared aquí o meterme en el centro del círculo y sentarme en el suelo.

Baz cierra el bolígrafo con un clic y me hace un gesto. Una pulsera de silicona blanca y dorada con el símbolo médico de la estrella y la serpiente le cuelga de la muñeca izquierda. No veo su mochila en ningún sitio.

—Siéntate a mi lado. Hay sillas al fondo.

El profesor Leckey se incorpora, parece el único que entiende lo que estoy diciendo realmente.

—Lo siento, no me han avisado. ¿Daba filosofía en…?

—Sí. Mi expediente aún se está procesando.

Evito la pregunta. Jaime Vane es el tipo de chica que no da detalles, prefiere que la gente se invente sus propias historias sobre ella. Además, no sé cuánto tiempo tengo hasta que Hobbins decida que la nueva alumna tiene que entregar informes completos y un cheque que el banco no le devuelva. Hasta entonces, mentiré. Además, no he venido a graduarme.

—Vale. Bueno. —Leckey junta los dedos en una especie de pirámide—. Ya hemos hablado de los griegos y hemos empezado con algunos de los grandes pensadores de la Ilustración. Venga a verme a mi despacho si no encaja con lo que había visto anteriormente. Señorita Hallward, señor Hargraves, déjenle un

hueco. Como ha indicado la señorita Hallward, hay sillas plegables al fondo.

Baz se acerca un poco a Leckey y mira hacia Graves, que está reclinado sobre un lado de la silla, con la cabeza tan gacha que casi la reposa sobre el brazo. No se mueve. Leckey golpea con los nudillos en el reposabrazos de su silla. Estira un pie. Graves arrastra la silla hacia atrás, apartándose para dejar hueco.

Es suficiente para Leckey, que no espera y retoma su discurso mientras yo deambulo entre las hileras de plantas en busca de las sillas. El techo de cristal enmarca la noche manchada de nubes, convirtiendo el cielo nocturno en una obra de arte por encargo. Encuentro una silla y la cojo, abriéndola con un sonido metálico en el nuevo hueco. Graves me ignora, aunque también parece ignorar a todos los demás.

—Muy bien —dice Leckey, golpeando con los dedos la portada de un libro sobre su regazo. Es el mismo pequeño libro azul que Baz intentó darme cuando nos conocimos—. Ya han leído todo su razonamiento en *Meditaciones metafísicas*. Abordaremos cada una de las conjeturas por turnos, pero en grupo. ¿Qué intenta decir Descartes?

Se sienta erguido, pasando la mirada por cada uno de nosotros. Me esfuerzo por concentrarme en por qué estoy aquí: para pasar tiempo con ellos, descubrir quiénes son. Eso seguro que me ayuda. Sin embargo, la ansiedad mezclada con las expectativas me domina. Leckey nos mira, ansioso por oír algún comentario; esto no se parece en nada a mi instituto.

—¿Señor Hargraves? —dice.

Graves se remueve, levantando la cabeza y arqueando una ceja.

La apatía en su uniforme a medio completar y en su mirada disuena en el entorno prístino que nos rodea. Odio sentir que sería más lógico que el invernadero se adaptara a él, y no tanto que él se pusiera bien la corbata y cambiara ese gesto.

—Lo habría sabido si no tuviera resaca —dice Henry.

Graves lo mira de refilón. La risa de Henry le sacude los hombros suavemente, y me inspira. A lo mejor, la rivalidad con Graves sería una forma de ganarme a Henry. La verdad es que lo disfrutaría.

—¿Quién dice que estando sobrio lo sabría? —digo. Los chavales de Huntsworth son todos iguales. Cuando vienen a Amberdeen, solo hacen una parada: el Brew Thru—. Si no es una lista para comprar alcohol, da igual que esté en griego.

—*Είσαι ένα τίποτα.* —La mirada de Graves es una cuchilla que se desliza por mi corazón. Se incorpora sobre la silla, levantándose para que estemos cara a cara—. No eres nada —traduce en voz baja, seguro, cogiendo la cuchilla y retorciéndola más al fondo—. «Nada» —vocaliza de nuevo.

Leckey carraspea, tomándose la provocación de Graves como una respuesta a su pregunta.

—No exactamente. Descartes estaba decidido a demostrar que muy muy poco de nosotros podía tomarse por verdad. «Nada» no es a lo que llega, pero sí la idea a la que apunta.

Pero Graves no estaba hablando de Descartes.

—No soy nada. Estoy aquí, ¿no? —digo, inclinándome hacia él.

Me siento como una estúpida en cuanto las palabras salen de mi boca. Claro que existo, aunque Jamie Vane no… Pero no tengo que justificárselo.

—Demuéstralo —dice Graves.

—Excelente, señores. Están reproduciendo la primera exploración de Descartes. —Leckey parece contento—. Utilice el ingenio, señorita Vane. Indague. Demuestre que existe.

Se me tensa el cuerpo por la presión. No puedo echarme atrás. Nunca he leído a Descartes, pero, si no doy la talla, no se creerán el pasado de Jamie. Es importante. Además, no soy menos que ellos solo porque no haya tenido a nadie que se ocupara de mí desde que tenía dos años. Pero ¿cómo demuestro que existo? Podría mover los brazos. Podría gritar. Podría soltar un puñetazo sobre el escritorio que tengo a mi lado. Pero todas esas respuestas serían incorrectas, como la rabieta de una cría.

—Está bien. —Levanto una mano delante de mi cara—. Me veo.

—Un efecto óptico —replica Baz.

Está sentada con las piernas cruzadas encima de la silla, con la falda de cuadros rojos y negros colocada cuidadosamente sobre el regazo. Saca un pie para colocarlo plano sobre el asiento de la silla cuando Leckey la mira.

—Vemos cosas que no están ahí continuamente. Un mago puede hacer desaparecer a una persona, pero, en realidad, no ha desaparecido. Es simplemente un espejo colocado de un modo ingenioso. La desaparición solo está en nuestros ojos.

No se equivoca, pero tampoco tiene razón. Doy una palmada que hace eco en el invernadero.

—Mis otros sentidos demuestran que la vista tiene razón. No solo me veo. También siento. Oigo. Tú oyes.

—Más mentiras —responde Graves, como reforzando la opinión de Baz—. Si un sentido se equivoca algunas veces, ¿qué evita que lo

hagan los demás? Si tu vista te puede mentir sobre el truco de un mago, ¿por qué no el tacto? ¿Por qué no el oído?

Sé que es simplemente que no me he leído el libro, pero estoy muy cansada de estar siempre fuera, y aquí, en esta habitación que parece una obra de arte, me molesta más de lo que nunca me molestó en el pueblo. Sé que podría estar a su altura si me hubieran enseñado las mismas cosas de la misma forma. No soy yo la que está fracasando, sino mi pasado. El pasado de Marin.

—Excelente. Indagar más en el problema inextricable. Jamás confiar en nada que nos haya engañado, aunque sea una vez. —Leckey habla con la fluidez de la experiencia.

Entiendo de lo que está hablando. Últimamente, las mentiras se han convertido en un acto reflejo.

—Que una cosa sea a veces falsa no quiere decir que todo sea siempre falso. Si miento sobre una noche, puede que diga la verdad sobre la siguiente.

—Puede —dice Graves.

Leckey lo señala.

—Efectivamente. Puede. ¿Cómo podría saberse? ¿Y si el mentiroso no tiene nada que lo delate? ¿Y si la mentira se presenta exactamente igual que la verdad? ¿Hay, entonces, alguna diferencia mesurable entre una mentira y la verdad? Todos ustedes podrían estar mintiendo ahora mismo y no lo sabríamos.

—No —dice Graves—. Eso solo lo hace Henry.

Henry resopla.

Leckey mueve la mano para que vuelvan a centrarse.

—Es la base del razonamiento de Descartes. Que no hay forma de diferenciar entre la mentira y la verdad. Hay que pensar que es una

mentira hasta que se pueda demostrar lo contrario. No quiere suposiciones. «Quizás» es una palabra horrible. Él busca la infalibilidad.

Los pensamientos me dan vueltas, frustrantemente difíciles de atrapar. Nunca me he manejado con ideas de este tipo y me están dejando sin aliento. Graves me observa con la misma luz que vi antes en los ojos de Henry. Aunque su interés es más hambriento, como si yo fuera una presa y él se muriera de hambre. Tiro de algo. Lo que sea.

—Y estaba dispuesto a dudar de absolutamente todo para conseguirla. —Leckey baja el tono de voz, como si estuviera compartiendo un secreto.

De esto sí puedo decir algo. Cualquiera, todo el mundo, puede decepcionarte, incluso tu propia mente. Es algo que he comprobado con mis propios ojos. Pero sigue habiendo algunas cosas que serán verdad. Continúa existiendo el bien y el mal.

—¿Cómo puede dudar de todo llevar a la infalibilidad? Suena a que una cantidad infinita de errores hacen de algo verdad.

—Duda, todo lo posible, de todas las cosas —repite Graves—. Y descubrirás que nada es verdad.

—O bien —dice Leckey, con un tono de advertencia en la voz— encuentra la única cosa verdadera en la base de todo.

Me tiemblan las manos. Me agarro las rodillas. Leckey me mira. Su sonrisa se ensancha. Piensa que estoy incómoda por la discusión, y no por lo que hay detrás de ella. Cada vez que alguno de ellos habla, se demuestra que son lo que pensaba que eran: unos cabrones ricos que se creen con derecho a todo y que piensan que pueden doblegar la verdad a su antojo.

—¿Cómo puede vivir alguien así? —pregunto—. Hay que dudar de todo…, ¿y no pasa nada? Hay cosas que están bien y cosas que están mal. Hay verdaderos y falsos. Si no, cualquiera se volvería loco.

—Serías un dios —dice Henry, sus primeras palabras desde que empezamos.

Le lanzo una mirada, alterada al ver que me está mirando.

—Más bien, insensatez —dice Leckey. A Henry se le tuerce la comisura de los labios, insinuando una risa oculta—. No sería posible sostener este nivel de desconfianza fuera de un entorno controlado de pensamiento filosófico. Pero no es necesario, Descartes lo ha hecho por nosotros. Un debate fantástico. Un excelente resumen. Comiencen a trabajar memorizando las tres primeras meditaciones. La semana que viene, las revisaremos y nos centraremos en la tercera. Vengan preparados para debatir sobre sus conclusiones. Señorita Vane, tiene mucho trabajo que hacer para ponerse al día.

—No hay problema —respondo.

Leckey se marcha. Baz y Graves también. Solo queda Henry, que me mira. No dice nada. Al cabo de un instante, me doy la vuelta para marcharme. Él me sigue. Cuando se cierra la puerta tras él no hay rastro de los otros dos. Caminamos en silencio por el sendero. Lo que ha sucedido en clase sigue latente bajo mi piel, desgarrándome, casi me impide hablar. Nunca me habían estimulado de esa forma. No sé si he ganado o si he perdido, pero estoy deseando volver a sentirme así.

Aunque da igual. No es algo que pueda tener, porque nada de ese debate ha sido real.

—No eres nada —susurra Grave.

Frunzo el ceño. No quiero escuchar su voz en mi cabeza. ¿Qué pasa si me ha gustado ir a algo relacionado con la escuela y pensar de verdad? Puedo tener algo así. Tendré algo así cuando consiga lo que necesito y me largue de este pueblo. Conseguiré trabajo y me compraré todos los libros que quiera, de lo que sea que quiera aprender. No necesito clases ni el permiso de nadie.

Me detengo en torno a un montón de árboles que se ciernen sobre mí, a medio camino de Killary. Henry también se para. Durante un instante nos quedamos en silencio. No está acompañándome sin más. Me mira demasiado intensamente, como si la clase le hubiera dado la llave y ahora estuviera intentando abrir la cerradura. No me gusta. Da igual cuánto tiempo haya deseado que me tomen en serio. Da igual cuántas veces me haya desvanecido en el fondo en East County, consciente de que, si hablaba, si desafiaba lo que fuera, se reirían de mí. Da igual que Sam, incluso Sam, nunca quisiera entenderme de verdad.

Ni de coña voy a ceder ante esta gente.

—¿Qué quieres, Henry?

—Dime por qué tienes los ojos así.

—¿Así cómo? —digo, sorprendida.

—Durante el debate. «Hay cosas que están bien y cosas que están mal» —dice, repitiendo mis palabras. Saca las manos de los bolsillos y las deja caer a los lados. Habla muy despacio—: Es evidente que la verdad… te importa. Cuando la pierdes…, te desmoronas. No ha sido solo porque Descartes tuviera una hermosa forma de expresarse.

—No sé de qué me hablas.

El brillo de la luz se refleja únicamente en las zonas planas de su

cara. Se acerca más, ocultando sus imperfecciones en la oscuridad, pasando de ser un chico real a ser un retrato a carboncillo.

—Ahora estás perdiendo la verdad a propósito —dice, con tanta delicadeza que podría estar riéndose de mí, o podría decirlo mortalmente serio.

No le veo los ojos. No puedo interpretar su expresión. «No me conoces», quiero gritar, pero sus palabras me golpean más de lo que estoy preparada a admitir. ¿Cómo puede leerme con tal facilidad después de tan solo una clase? No aparta la mirada. Me pica la piel bajo sus ojos.

—¿A qué le tienes tanto miedo, Jamie? —me pregunta.

A muchas cosas. A que me descubran, me echen, salga de aquí avergonzada y sin respuestas. A hacer las preguntas equivocadas, a decir algo incorrecto, a desencadenar algo en Graves que me delate y a que él se vaya libre. A irme a dormir y ver los ojos vacíos de mi primo y su piel hinchada. A que la única persona con la que encajo perfectamente sea la única a la que voy a defraudar. A que toda mi vida haya deseado algo de lo que ni siquiera soy capaz. A no ser nunca más, porque ni siquiera he podido ser suficiente.

Él aguarda, sus manos tranquilas traicionan a sus ojos hambrientos. Me doy cuenta de que a lo que más temo en el mundo es a ser sincera con este chico de Huntsworth. Así que digo:

—A nada.

Lo único que la oscuridad me deja ver es el blanco de sus dientes.

—Todavía —añade él, y suena como una promesa.

CAPÍTULO 6

Perderlo todo para conseguir la verdad. La cabeza no deja de darle vueltas a todo. Tengo la sensación de que Henry me siguió a propósito, como si quisiera descubrir de qué estaba hecha por dentro.

Preguntas, es lo único que habría encontrado. Preguntas y miedo. Sé que ellos mataron a Sam. Pero no sé por qué ni cómo voy a demostrarlo.

Solo necesito unas pocas horas para recomponerme. Estoy escondida en una pequeña biblioteca que he encontrado en la última planta del ala oeste de Killary. Parece más una caja de cerillas hecha de libros, con una chimenea y un espejo quebrado con un marco dorado que una biblioteca. También está vacía, por suerte; cuando me siento junto a la ventana, veo lo que imagino que son las habitaciones de Henry y Baz al otro lado del patio. Esperaré a que enciendan las luces antes de regresar. Mañana retomaré mi propósito.

Tiro del dobladillo de unas cortinas blancas. La presión firme de mis pies contra la pared es lo único que impide que salte y deambule por la habitación. No debería haber asistido a esa clase. He perdido mucho tiempo y ahora estoy demasiado tensa para interrogarlos, y es demasiado tarde para registrar sus habitaciones. Me encantaría tener alguien en quien confiar. Alguien con quien sentarme y

desmenuzar esa clase como Henry quiere hacer conmigo. Baz sería la opción más fácil, pero no puedo confiar en ella. Tiene su llavero.

Piérdelo todo, consigue la verdad. Perderlo todo es una sensación con la que estoy familiarizada por culpa de la gente de este lugar. Es el siguiente paso el que me cuesta.

Mi respiración es acelerada e irregular. Hundo la cabeza entre las rodillas, con las manos entrelazadas sobre la nuca, agarrándome el cráneo, y apretando aún más, porque si agarro con la fuerza suficiente puedo mantener el pánico dentro. ¿Y si no hay una verdad que conseguir? ¿Y si solo hay pérdida?

—No —me digo en voz alta—. No. Tranquila.

Suelto el aire mirando el cojín que tengo entre mis pies. Estoy dentro. Estoy aquí. Tengo por dónde empezar. Me saco el teléfono de Sam del bolsillo y lo agarro con las dos manos. Lo cubro con la palma, luego me lo llevo a la frente. Graves se olvidó del teléfono.

Aprieto con firmeza para encender el móvil, mirando mi reflejo en la pantalla hasta que se ilumina. Luego nos veo a Sam y a mí delante del Mustass. Él lleva la gorra apretada sobre el pelo, despeinado. Tiene la barbilla clavada en mi hombro. Yo frunzo el ceño bajo la capucha de la sudadera de Johnny Cash de mi padre, con el pelo rubio y largo recogido en dos trenzas despeinadas sobre cada hombro; los ojos escondidos detrás de unas gafas de sol ridículamente grandes de Faye. Ojalá hubiera sonreído. Me habría parecido aún menos a Jamie.

Desbloqueo el teléfono con la fecha de su cumpleaños, preguntándome si Graves sabía que la contraseña era eso. Llamadas perdidas y mensajes sin leer. Varios de Faye, reprochándole que no la hubiera invitado a la fiesta y terminando con un solitario corazón

roto. Ninguno de los mensajes es de los chicos ni de Baz. No hay ninguna foto de Huntsworth que no hubiera visto. Ninguna nota extraña, ni grabaciones de voz, ni correos electrónicos. Nada que demuestre quién de ellos envió ese mensaje. Nada de nada, solo esta sensación de pérdida.

Pérdida.

«*Memento mori*».

Una risa me sacude las costillas, demasiado cerca de un sollozo. No consigo tranquilizarme. Aprieto los pies aún más contra la pared y siento el dolor subiéndome por los gemelos. El teléfono estaba en la habitación de Graves y, hasta donde yo sé, en esa planta solo viven ellos tres. Uno de ellos tuvo que enviar el mensaje. Y no voy a descubrir la verdad escondiéndome.

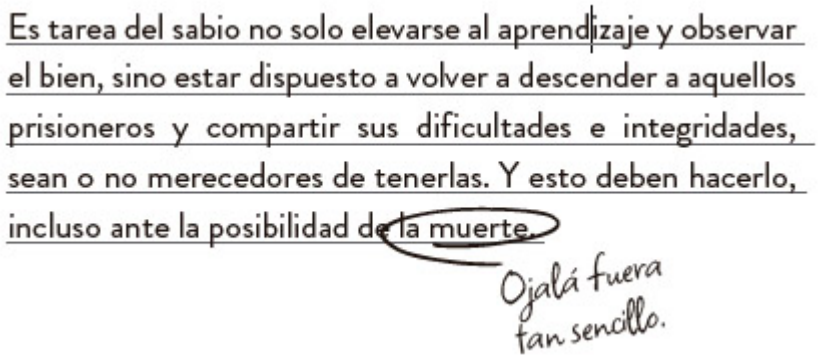
La luz de Baz sigue encendida. La habitación de Henry está a oscuras.

No puedo seguir aquí sentada y asustada. Me levanto. Me vuelvo a guardar el teléfono de Sam en el bolsillo. Me estiro y me fijo en el frontal de mi camisa, ya anticuada y gastada, aunque para mí sea completamente nueva. La pequeña biblioteca está a oscuras, excepto por la lámpara que encendí al entrar. Está sobre una mesa baja y redonda en el centro de cuatro sillones.

En la mesa veo abierto un enorme libro, sus páginas amarillentas ligeramente arqueadas. Arriba, en cada página, se lee: «Historia de la filosofía»; tres columnas de texto llenan las hojas. Mi temblor se ralentiza cuando me siento en el borde del sillón frente al libro y paso un dedo por los bordes bañados en oro.

Paso las hojas sin rumbo, buscando a Descartes, cuando una página repleta de garabatos me detiene. El orden del texto contrasta

obscenamente con la tinta que cubre los márgenes. Unas flechas apuñalan un párrafo y sus colas apuntan a unas notas al margen.



Jamás he escrito en un libro, ni me lo he planteado. Toco la tinta. Está muy segura de sí misma, con esa pena eterna. Es algo que puedo conseguir: una forma de dejar huella, aunque todo lo demás se me derrame entre los dedos. Cojo un bolígrafo que hay junto al libro y, con la mano temblorosa, escribo una nota debajo:

La muerte es lo más sencillo del mundo.

Qué de verdad parecen esas palabras con esa tinta negra. Suelto el bolígrafo y dejo el libro en suelo. Aun así, parece que el libro me está observando. Parece un modo de comunicación aún más íntimo, pues nada de lo que se diga se verá alterado por el habla. No hay cadencia ni tono que enmascare el significado, solo… nuestras palabras.

Me pregunto si ese vándalo sigue aquí, si aún es estudiante. Si también sabe lo que se nota al sentir a la muerte clavando sus

afilados dientes sobre ti, desgarrando tu vida, o si estaba sencillamente jugando con algunas ideas.

De pronto, la habitación me parece demasiado tranquila. El único movimiento es mi reflejo en el espejo sobre la chimenea. Es un poco extraño tener un espejo tan roto en una escuela tan cara. La parte de abajo del marco dorado tiene una forma diferente que la de arriba, deformada y derretida, con manchas negras que estropean lo que una vez debió de ser de un brillo casi estridente. No conozco a la persona que veo en el cristal roto. Es muy diferente de la chica del teléfono de Sam, tiene el pelo demasiado corto, las ondas demasiado oscuras, las mejillas demasiado pálidas, los ojos rojos y ardientes. Me mira fijamente, con la boca aún más retorcida, tensa, como si intentara ahogarse por pura determinación. Es una chica de porcelana y está empezando a quebrarse.

Algo se mueve en mi reflejo. Algo blanco. ¿Una mano? ¿Una garra? Intenta agarrarme desde el centro de la grieta. No, no es la grieta. No puede ser. Hay alguien o algo escondido en las sombras de la habitación, detrás de mí.

Un remolino.

Estanterías, una lámpara de pie, la ventana y su asiento. Nada se mueve.

—¿Hay alguien ahí? —le digo a la habitación vacía—. Te he visto.

Mentira. He visto algo blanco. No he visto a una persona.

—Muéstrate.

La habitación aguarda. Hay cosas que son verdad y hay cosas que son mentira. Da igual cuánto nos engañen los sentidos, esas verdades no pueden cambiar. No voy a permitir que esta habitación oscura y mi soledad me guíen igual que ella. No hay finales felices

para el camino que ella eligió. Solo una casa de locos o, en su caso, el olvido guardado en gramos de polvo blanco.

«Se parece mucho a su madre», decía nuestro vecino. Algo de mis ojos, de mi forma de mirar. Jamás me ha resultado fácil encajar. Además, permitir que mi lugar en Amberdeen fuera el espacio que ella había dejado empeoraba las cosas. «No. No soy como ella. Me parezco a mi padre», solía repetir yo misma, a sabiendas de que mi padre estaba escuchando.

Los fantasmas no existen.

No era más que el reflejo de alguien. Una persona en el pasillo. Una mano, no los ojos vacíos y revueltos que vi en el arroyo; los ojos ahogados de Sam, medio en el agua, mirando a esa otra cara junto a la suya. Aprieto los dientes reprimiendo una risa. O unas lágrimas. Ya no hay mucha diferencia.

—No tiene gracia.

Nada más que mis respuestas cansadas.

De reojo, veo una luz intensa que se enciende en una de las habitaciones de enfrente. Sí, solo era eso. Una luz de otra habitación que se había reflejado de forma extraña. Camino con paso vacilante hasta la ventana y me vuelvo a acurrucar en el asiento, colocándome la cortina sobre los hombros, subiendo las piernas porque da igual que haya una explicación racional. Aún tengo el corazón acelerado y quiero hacerme tan pequeña e invisible como sea posible.

La luz proviene de la habitación de Henry. Lo veo pasar frente a la ventana, sin camisa, con una toalla sobre los hombros y el pelo mojado recogido con una cinta sencilla. Siento envidia de su ducha y de su tranquilidad.

Reposo la cabeza sobre las rodillas encogidas y observo cómo abre la puerta del armario y busca algo en su interior. Se le cae la toalla de los hombros y deja al descubierto su piel. Tiene los músculos bien definidos, casi no le esconden las costillas. Las delgadas líneas de su cuerpo no encajan con la profundidad vacía de su mirada, como si hubiera un abismo atrapado en el cuerpo de un muchacho.

Saca una camisa. Se le sale un mechón de pelo de la cinta, cosa que le ensombrece la cara mientras desabotona la camisa antes de sacarla de la percha. Sus movimientos son lentos. Se detiene con la camisa colgando de una mano. Mi corazón late igual de fuerte que antes, pero esta vez palpita caliente, no frío. Gira la cabeza para mirar por la ventana. Para mirarme a mí.

No me muevo. Quizá, solo quizá, la luz de la biblioteca sea lo bastante tenue como para que no me vea.

Inclina la cabeza y se vuelve hacia la ventana. La camisa desaparece de mi vista. Bajo los ojos sin pensar, pero su pecho no es de la delicada perfección que había esperado. Abajo, cerca de la base de las costillas, una enorme cicatriz. Esa vieja herida es tan profunda que, incluso desde esta distancia, percibo cómo se hunde en la piel. Parece que alguien le arrancó un trozo y estiró la piel sobre el agujero.

Levanta la mano. La camisa ha desaparecido. Uno a uno, pasa los dedos por la cicatriz, tocando los bordes dentados como si fuera un arpa. Cojo aire, consciente de que solo hay un motivo por el que haría algo así. Nuestros ojos se encuentran.

No estoy escondida. Y él sabe perfectamente qué estaba mirando. El corazón me palpita en la garganta, cada centímetro de mi ser me

grita que tengo que salir corriendo. «Corre», arrastrándose por mi piel. «Corre», sonrojándome las mejillas. «Corre», muriendo en mis labios, obligándome a pasarme la lengua sobre ellos mientras él me mira fijamente. Henry sonríe, despacio y satisfecho.

Puede que no sea la cicatriz con lo que juega.

Puede que sea conmigo.

CAPÍTULO 7

Huntsworth se tragó el sábado entero y me escupió al atardecer. Tenía muchos planes para este día, pero en un internado los sábados no te pertenecen. Mi cerebro es un lío de palabras y horarios, de tareas inventadas y trabajos en grupo. Páginas, capítulos que leer, futuras pruebas y parciales dentro de dos semanas. Todo recitado sin que la chica que está a mi lado, cuyo nombre se ha perdido en la pila de fechas de entrega, respire ni una sola vez mientras me hace el tour por el campus que debía hacerme Baz y del que he huido. Lo sé todo de todas las zonas públicas de este lugar, y, sin embargo, no sé nada de lo que quiero saber.

—… unas semanas hasta los parciales. Debería decir «hasta la muerte», porque los parciales van a acabar conmigo. Revere me puso un cinco en el último trabajo; es imposible que saque más nota en un examen escrito. ¿Tú ese lo tienes que hacer?

Me encojo de hombros.

—¡No pegué ojo en toda la noche…, y para un cinco! Seguro que tu instituto de antes era más fácil que este agujero. En fin, hay una parte de mí que piensa que Revere está bueno. El chico a caballo de la historia, no el profesor de Física…

Hay tanto ruido que casi pienso que ellos tres, o quizá solo Henry, la han enviado para mantenerme ocupada. Ya estamos casi en la quinta planta. En la sexta solo vivimos Baz, Henry, Graves y yo. Volví

poco después del amanecer, después de dormir intermitentemente en la biblioteca, lo más lejos que pude del espejo y la ventana. Me ha dado tiempo a cambiarme de ropa; luego me he encontrado a esta chica esperándome.

Abre la puerta de la quinta planta con una invitación. Yo le hago un gesto con la mano, paso por debajo de su brazo y corro escaleras arriba, ignorando sus gritos detrás de mí.

Como esta mañana, mi corazón se pone frenético al agarrar el pomo de la puerta de la sexta planta. Y, como anoche, parece vacía cuando entro. En el salón de la 6A no hay nadie. Por la calma que se respira, diría que los tres están en otra parte. ¿Dónde? No lo sé. Todavía no conozco sus rutinas.

Hay muchas cosas que ignoro.

Cierro la puerta de la 6A y tiro mi bolso sobre una de las sillas. Los papeles asoman por la apertura. Tengo que asegurarme de entrometerme en el camino de Graves cuando vuelva, para obligarlo a que me hable de la noche de la fiesta. Usaré lo de querer conocer a gente como una excusa para averiguar quién estuvo allí.

Meto el dedo dentro del cuello del uniforme «informal» de Huntsworth para los fines de semana: un polo y unos pantalones de deporte con líneas en los laterales. Podría tardar horas en regresar. Me cambiaré de ropa y luego registraré su habitación. Me resultará fácil inspeccionar una sección mientras esté pendiente del ruido de la cerradura.

Me empiezo a quitar el polo de camino a mi habitación. Un zumbido ligero que proviene del baño me detiene, con los brazos cerrados y la barriga desnuda. No para ni cambia. Me pongo una camiseta ancha y voy hacia el baño, con cuidado y en silencio.

El único sonido que se escucha en el apartamento es ese zumbido eléctrico. Parece que Graves está aquí, al fin y al cabo.

Empujo con la mano la puerta antes de pensármelo mejor. Me lo encuentro sentado en el borde de la bañera, con la cabeza agachada sobre una pequeña papelera metálica, pasándose una maquinilla eléctrica por la parte de atrás de la cabeza. Una camiseta ancha y un par de pantalones de gimnasio indican que aún no ha salido, ya que el uniforme es obligatorio hasta que cae la noche.

No para de mover el brazo; los músculos del hombro se tensan con cada pasada. Sabe que estoy aquí. El movimiento en la mandíbula lo delata, aunque se niegue a mirarme.

«Esto era lo que yo quería», le digo al latido chapucero de mi corazón. Él y yo a solas. Respuestas.

—¿Te estás preparando para la fiesta?

No me contesta. Se limita a seguir pasándose la maquinilla de atrás hacia delante. La máquina vibra con una única nota. Si no piensa percatarse de mi presencia, no voy a darle la satisfacción de pensar que he venido por él. Me acerco al lavabo y abro el grifo como si yo también hubiera venido a prepararme, aunque no he dejado más que una goma del pelo en el baño.

—No.

Una palabra. Pero es lo único que necesito. Le doy la espalda mientras me mojo las manos y me las paso por el pelo para evitar que mi imaginación eche a volar.

—Pensaba que Henry había dicho que habría una fiesta. El lunes, ¿no? ¿O fue el lunes pasado?

—No es una fiesta.

Levanto las cejas. Suelto un sonido como si aquello no fuera

conmigo y compruebo su reflejo detrás de mí, pero sigue mirando a la papelera, no a mí. Espero… un instante. Por fin me mira, pero enseguida vuelve a lo suyo. Sonrío como si no hubiera escocido.

—Aquí no hay mucho que hacer los fines de semana, excepto beber, ¿verdad? —No va a volver a mirarme, no ahora que lo he pillado. Acabo de conocer a Graves, pero es evidente que este chico odia perder cualquier batalla. Lo escudriño. Se pasa la mano por la curva del cráneo y repite el movimiento con la maquinilla—. Se rumorea que alguien murió en una fiesta.

Ni se inmuta. De atrás hacia delante, de atrás hacia delante.

«Voy a hacer que pierdas, Graves». Cierro el grifo y le aparto la papelera con el pie, luego me agacho frente a él. Para la maquinilla.

—¿Lo conocías?

—Sí.

Por fin: una verdad sobre Sam. El teléfono de mi primo me pesa en el bolsillo del pantalón. Lo llevo encima siempre, esperando una oportunidad como esta. Fue uno de los tres quien me envió ese mensaje. Graves es el principal sospechoso, pero que encontrara el teléfono en la habitación no prueba nada. Podría enseñárselo y preguntarle si es suyo. Pero mejor verle la cara cuando lo haga.

Apenas nos separan unos centímetros. Podría agarrarle la barbilla y obligarlo a levantar el rostro. Aunque para eso tendría que tocarlo.

—¿Por qué no usas el espejo? Está justo ahí.

Estoy aún más cerca.

—No puedo verme por detrás —dice.

«No puedo». No es una respuesta muy buena. Pero es mi forma de entrar: la más mínima fractura en su fachada. No es una debilidad, tampoco un defecto, solo las palabras «no puedo». Me

niego a desaprovechar esa mínima grieta que se ha abierto sobre este chico de mármol.

—Yo seré tu espejo —digo.

«Dime si fuiste tú quien envió ese mensaje. Dime si fuiste tú quien lo sujetó. Dime si me conoces, de una vez por todas. Dime que soy real y que voy ganando. Dime la verdad. Mírame, Graves».

No dice nada. El silencio se estira. Marin o Jamie se queda atrapada en el medio, sujeta con firmeza por cómo aún no ha movido los ojos para mirar los míos. La maquinilla vibra en su mano, a escasos centímetros de su cráneo. La baja, no para dármela, pero tampoco se niega a hacerlo.

Despacio, como el amanecer que corre tras la noche, intento cogerla. Me tiembla la mano, algo que es más una percepción que algo evidente. No quiero tocarlo. No quiero que el recuerdo del tacto de su piel se mezcle con el recuerdo de los moratones de Sam.

Tengo la foto. El teléfono. El mensaje. Las drogas. Las llaves. Todo eso son cosas fáciles en las que pensar, sencillas de perseguir, porque conducen a su asesino sin llevarme de vuelta a aquel claro.

Pelo naranja y piel hinchada por el agua; ojos grises, vacíos y sin vida. Ahogados en un arroyo de cinco centímetros de profundidad, a menos de un kilómetro de aquí en línea recta, a ocho kilómetros serpenteando por las carreteras de la montaña. Lo bastante lejos como para que nadie lo escuchara, en caso de que forcejeara y gritara. Los moratones por ambos brazos demuestran que lo hizo, que se defendió, que gritó.

Aunque pierda todas las demás pruebas no puedo perder estas. Alguien lo sujetó. Henry Wu, Basile Hallward o Adrian Hargraves.

Nuestros dedos se rozan, su piel es cálida y sorprendentemente

suave. Se estremece. La maquinilla salta en su mano y alcanza mi piel. El dolor se desliza caliente y rápido. Un tajo rojo junto a mi uña. Ambos nos ponemos de pie. La maquinilla vibra desde donde la soltó entre nuestros pies. Retuerce los dedos, como si estuviera pensando en acercarse a mí para ayudarme. Me mira. Y, durante un instante, me quedo paralizada.

He cometido un error terrible.

Me llevo el dedo a la boca, rápido, saboreando el cobre, antes de que le dé tiempo a tocarme otra vez. Sus ojos persiguen el movimiento y aterrizan sobre mis labios. Empiezo a hablar, a decir algo, lo que sea para superar lo que hemos sentido. Cierra la boca para ocultar una emoción que no me he atrevido a contemplar.

—No me gustas.

—¿Qué…?

—Vives en la habitación contigua a la mía, pero no es algo que haya elegido. Compartimos espacio, pero no me interesas y nunca lo harás. Así que deja de esforzarte tanto.

Se inclina hacia delante y pasa por mi lado para apagar la maquinilla, tirando del cable. El baño se queda casi en silencio; el único sonido que se oye es el débil roce de la tela cuando se quita la camiseta y la deja caer al suelo.

—Puedes quedarte a mirar, si quieres. Siempre y cuando dejemos claro que eso es todo.

Cada una de sus palabras escuece.

—No hay nada y nunca lo habrá.

El agua empieza a correr en la ducha. Ya estoy dándome la vuelta para volver a mi habitación, pero escucho otro roce de la tela antes de cerrar la puerta. Con las manos temblorosas, la cierro y me apoyo

contra la madera. No bloquea el sonido de su respiración al sentir el agua sobre la piel desnuda. Cierro los ojos y escucho el rumor del agua, tan inquietante como el de aquel arroyo.

Esta sensación que me arde dentro es odio.

Deja que crezca. Deja que se hinche.

Deja que ardan.

CAPÍTULO 8

Las clases en Huntsworth son en las cabañas de invitados que se esparcen por la ladera. Cada una tiene un nombre grabado en una placa de latón sobre el marco de la puerta. Estabrook, Howard, Kulwicki: reconozco muy pocos de esos nombres, otra laguna en mi educación que dificulta que finja ser una privilegiada.

Baz camina a mi lado. El llavero de Sam rebota en su mochila. Recorremos la colina detrás de Graves, atrapadas en esa fase incómoda de la conversación que nos ha de llevar a conocernos mejor. He avanzado muy muy poco. No he podido registrar sus habitaciones. Baz estuvo todo el domingo fuera, pero Henry y Graves no. Así que, en lugar de eso, exploré varias zonas del campus. Todo el día caminando, inventándome motivos por los que estar en lugares en los que estaba segura de que no podía estar. Lo más interesante que encontré fue una taquilla que parecía llena de herramientas de jardinería. Además, averigüé que las llaves de Sam siguen sin estar en la oficina de seguridad.

Solo quedan unos metros para llegar a clase. Respiro hondo. Si va a ser tan difícil, no puedo desaprovechar ni una sola oportunidad.

—Qué chulo tu llavero.

Baz se tensa. No me lo estoy imaginando. Ha estado sujetando las dos tiras de la mochila todo el trayecto, pero ahora se le han puesto los nudillos blancos. Estiro el brazo. Le doy un golpe al llavero que

yo misma hice. Me acerco aún más con una sonrisa que pretende tranquilizarla.

—¿Qué significa?

«Mustass» (n. Amor sarcástico): el coche más feo del mundo, con una puerta de otra marca, llantas demasiado pequeñas para el ancho de la carrocería y unas tiras metálicas para sujetar el alerón. El propietario era un chico muerto que lo quería arreglar y competir con él en una carrera; ahora mismo está a la venta por menos de lo que pagó.

—Me lo regaló un amigo. —Su voz es inexpresiva.

No eran amigos.

—¿Y no sabes qué significa? —Me río un poco. Ella no me contradice—. Entonces no seríais tan amigos. ¿Se lo robaste… a él?

—No. —Su ceño fruncido dice que sí.

—Entonces era un chico. —Le doy un codazo despreocupado. Tengo náuseas. Estoy eufórica. Sam habría querido que se lo quedara ella, estoy segura. Pero no se lo dio. Esa chica lo cogió—. ¿Sabe que le has quitado este símbolo de amor?

Mira al suelo. Casi no la oigo.

—¿Puedes parar?

Me flaquean las piernas. Ella ralentiza el paso. Aprieta las tiras de la mochila. Me mira a los ojos.

No. No es pérdida lo que veo en su mirada. Esta gente no echa de menos a Sam. Es una mentirosa que ha robado un llavero. Aparto la mirada y me fijo en la cabaña más cercana. Una conversación despreocupada y evitar esa mirada: puedo hacer ambas cosas a la vez.

—Conozco a Taylor por *Lloro por la tierra*, pero ¿quiénes son los

demás? ¿Poetas?

Ella sigue mi gesto con apariencia confusa, hasta que sus ojos llegan a la placa.

—¡Ah! Los nombres de las cabañas. No, no son poetas.

—¿Reyes muertos?

Baz me mira y observa mi sonrisa forzada. Luego la iguala con una risa falsa. Ambas hemos aceptado pasar página.

—Amigos muertos. Huntsworth era un retiro personal de Albright Killary. Le puso a cada cabina el nombre del amigo para el que la construyó. La escuela no lo cambió porque la historia la hacen las personas corrientes, no solo los conquistadores.

Yo no diría que tener dinero suficiente para no solo construirme una mansión, sino también cabañas personalizadas para todos mis amigos cercanos, sea algo corriente. Pero Jamie sí, así que, tras resoplar, pregunto por qué no las hizo más grandes.

—A mí me parece bonito que sean pequeñas. Significa que vendrían con él para estar juntos. Recordarían siempre por qué estaban ahí.

—Porque su amigo era rico y un controlador.

Me atraviesa con la mirada.

—Porque los quería.

Claro, alguien que siempre ha tenido dinero lo ve de otra manera. La he vuelto a cagar. Sonrío incómoda, con la esperanza de que no vea mi interior, y me paso el resto del camino en silencio.

Las clases de literatura son en una cabaña cerca de la puerta. Una chimenea de gas arde junto al escritorio de la profesora. La señora Temple está de pie calentándose las manos. Entro detrás de Baz. Como todos los demás, ella deja su redacción sobre el escritorio, un

manojo de hojas repleto de garabatos, pues la profesora es una psicópata que obliga a la escritura cursiva a mano.

—Disculpe. —Temple me mira girando la cabeza por encima del hombro—. ¿Y su trabajo?

Soy la única que queda delante de la clase. Baz se sienta en uno de los muchos grupos de sillas y suelta la mochila en un asiento vacío a su lado.

—Soy nueva —digo.

Alguien se ríe por lo bajo.

—Todos estamos al corriente de que es nueva —responde Temple —. Y yo estoy al tanto de que Caroline la informó del trabajo del curso el sábado, ya que fui yo una de las que tuvo que pasar su viernes por la noche preparando un resumen para usted. Parece, sin embargo, que su tiempo es más valioso que el mío.

—No, yo…

—Dos días es tiempo más que suficiente para realizar un análisis.

Me mira con una ceja arqueada, pero no tengo respuesta. Le había echado un ojo, pero, aunque no me hubiera pasado todo el domingo investigando, no habría sido capaz de leer y analizar con detalle, en una redacción escrita a mano, las diferentes perspectivas de la naturaleza humana en *La tempestad*.

—Profesora Temple, por favor, disculpe a la señorita Vane. La señora Hobbins me encargó que yo fuera su intermediaria, pero me descuidé y no le hablé de los estándares de Huntsworth con respecto a los trabajos. —Baz se ha puesto de pie. Me mira a los ojos, coge la mochila del asiento junto al suyo y hace un gesto con la cabeza.

Me había reservado el sitio.

Temple murmura de forma desagradable.

—En ese caso, siéntese, señorita Vane. Abran los libros por el tercer acto. Lean en grupo, desafiándose y apoyándose sobre la marcha, como siempre.

Me ha salvado.

Camino rápidamente hacia ella, antes de que Temple cambie de opinión y me obligue a escribir la redacción con sangre. Las patas de la silla apenas hacen ruido contra el suelo de madera cuando me siento y la giro hacia Baz, lejos de donde está sentado Graves en el grupo al lado del nuestro.

—Gracias.

—Temple es muy dura, pero solo cuando quiere crear una primera impresión. Se relajará en cuanto piense que le tienes miedo. —Baz recibe varios asentimientos de nuestro pequeño grupo—. ¿Has traído el libro, por lo menos?

Lo saco de debajo del montón de programaciones didácticas y diarios de clases. Mi copia de *La tempestad* tiene una tarjeta de la biblioteca de Huntsworth en la parte de atrás, la cubierta está maltrecha y le faltan páginas. La chica que me enseñó las instalaciones y me dio el volumen me dijo que no me preocupara, que el colegio me pediría todos los libros que necesitaba. Miro a mi alrededor y la veo en el grupo de Graves, con un ejemplar nuevo encuadernado en piel sobre las piernas cruzadas.

Las piernas, las manos y el escritorio de Graves están vacíos. Ni siquiera se ha traído el libro. Qué arrogante. A su alrededor, los miembros de su grupo empiezan a leer en voz alta. Él clava una uña en la superficie de su escritorio varias veces. La chica que está a su

lado deja de leer. Lo mira, le toca a él. «Araña. Araña». Lo saltan. Quiero gritar.

—Tercer acto.

Baz me pilla mirando a Graves. Siento que me arden las mejillas, pero no puedo explicarle qué es realmente el rubor que está viendo. Abro el libro, aún furiosa.

—Primera escena.

Los demás empiezan a leer tranquilamente, haciendo pausas de vez en cuando para hacerse preguntas entre sí o señalar alguna frase en el libro de otro. Espero mi turno. La clase se llena de murmullos y del sonido de las páginas al pasar. Temple está sentada en su escritorio, marcando con un bolígrafo rojo una hoja. Levanta la mirada. Yo miro al libro. Los demás están leyendo una escena de amor entre Fernando y Miranda, un intercambio de deseo y ternura mientras él apila madera. Alguien ha dibujado rayos por los márgenes de mi ejemplar.

Mi profesor de Literatura nos puso la película de *Romeo y Julieta* y dijo que era buena. Todos estuvieron de acuerdo. Dedicaron más tiempo a hablar de las camisetas hawaianas que de la propia historia, pero yo me enamoré de cómo sonaban las palabras, como si estuvieran en los límites entre la realidad y un sueño.

Aquí, lo único que está haciendo Fernando es amontonar troncos y confesar su amor, mientras el padre de Miranda los observa en secreto. Pero las palabras que elige hacen que parezca mucho más. «Mi amada da vida a lo muerto / y placer a mis trabajos». Entiendo esa sensación. Es la avalancha que sentí hace un momento, cuando Baz dio a entender que el llavero no era un regalo.

Puede que el amor sea la amada de Fernando, pero la justicia es

mía.

Tengo que preguntarle a Baz sobre las puertas cerradas con llave que hay por el campus. Me habló del llavero; si lo hago con precaución estoy segura de que puedo conseguir que me diga qué abren esas llaves. Solo tengo que esperar el momento adecuado.

El chico que tengo frente a mí sigue leyendo. Intento averiguar por dónde va. Una página se suelta al girarla. Se queda enganchada por poco al libro. La giro con curiosidad, y el movimiento acaba con el diminuto hilo que la sostenía. La página planea hasta el suelo. La recojo. La tinta negra casi oculta el guion, comentando a Shakespeare con palabras cortantes: «engendro», «mentira», «jamás», y un signo de interrogación escrito con tanta furia que casi borra la pregunta de Stefano. Sin embargo, dejó una sección limpia, rodeada de negro, como si eso y únicamente eso lo salvara del castigo infligido a las demás.

CALIBÁN: No temáis. Esta isla está repleta de ruidos, sonidos y músicas que deleitan sin infligir dolor. Unas veces resuena en mi oído el vibrar de mil instrumentos, y otras son voces que, si he despertado tras un largo sueño, de nuevo me hacen dormir; y, al soñar, las nubes se me abren mostrando riquezas a punto de lloverme, por lo que, al despertar, lloro por seguir soñando.

También entiendo esta sensación, el deseo de esconderse en los sueños; yo me ocultaba dentro de mis libros en Amberdeen, e incluso aquí, en la pequeña biblioteca. Pero no todas las pesadillas se quedan en los sueños. Algunas te persiguen cuando te despiertas.

Recorro con los dedos la tinta negra. Destaca, mucho más intensa y fluida que el texto impreso; me recuerda a los márgenes de *Historia de la filosofía*.

—¿Qué le ha pasado a tu libro? —pregunta Baz.

Todos los demás están en silencio. Me he perdido el final de la lectura en voz alta y no tengo ni idea de lo que deberíamos estar haciendo.

Vuelvo a colocar la página e intento averiguar por dónde íbamos.

—Es una copia de la biblioteca. Mis libros aún están de camino.

Aunque no está claro si llegarán o no antes de que yo desaparezca de este sitio.

—Odio que la gente escriba en los libros —dice Baz—. Sobre todo en los que no son suyos. ¿Distingues bien el texto?

—Hay un chico y una chica. A ella le gusta cómo se mueven sus músculos mientras apila madera, y a él le gusta que ella nunca haya conocido a otro hombre con el que compararlo, y parece que eso basta para que el padre de ella lo esclavice como si nada.

Su risa es como la Navidad: un montón de campanas y cosas amables.

—Es un buen motivo para enamorarse, supongo.

—¿A ti no te gustan los músculos?

Ella agacha la mirada.

—La apariencia es lo primero que llama la atención, como les pasó a Miranda y a Fernando. Pero pedirles que mantengan su amor fuerte es como… —duda un momento, preocupándose de mirar únicamente a su libro— pedirle al fuego que siga ardiendo solo con el aire.

Odio que tenga el llavero de Sam y que sea tan evidente que no

piensa en él.

—El fuego necesita aire.

Ella me sonríe.

—También necesita troncos.

La chica que está a mi lado suelta una carcajada. Baz se ruboriza, rápida como las llamas.

—No he…

Entierra la cara en el libro. La gente de nuestro grupo se ríe aún más fuerte. Ni siquiera yo puedo evitar sonreír por su broma involuntaria y la inocencia con la que ha reaccionado.

Temple se levanta. Todos nos quedamos en silencio. Se vuelve a sentar, satisfecha, y me doy cuenta de que Baz al menos me ha dicho la verdad con respecto a esta profesora.

A nuestro alrededor, los demás leen. Aprovecho el silencio.

—¿Hay algún lugar en el campus al que tengamos prohibido ir?

Me mira con extrañeza. Señalo a Temple con la barbilla.

—Ya la he cagado una vez. No puedo decir que prestara mucha atención a lo que esa chica…

—«Caroline» —vocaliza Baz, pero me da igual.

—A lo que esa chica me contó durante la visita. No quiero volver a cagarla. ¿Hay alguna puerta cerrada que ni siquiera debería intentar abrir?

—Si está cerrada, ¿por qué ibas a…? —Se queda callada con un suspiro cuando levanto una ceja—. Además de las oficinas del personal, en la tercera planta del edificio de administración, está el cobertizo del jardinero, la puerta trasera y la puerta que da a la azotea de Killary. Pero no creo que tropieces con ninguna de ellas.

Conocía la existencia de tres de ellas. Pero de la cuarta, la del

tejado de Killary, ni idea. Intento imaginar el plano del campus en mi cabeza y me pregunto si ese es el tejado que aparece en la foto de Sam. A lo mejor es el último lugar en el que se lo vio con vida. Incluso puede que fuera allí donde uno de ellos decidiera que tenía que morir.

—¿Y cómo se llega a la puerta de la azotea?

—Está cerrada con llave.

Se gira para mirarme a la cara. Tengo que entrar con precaución en aquella noche o no conseguiré que confíe en mí. No puedo perder su confianza, está claro que me va a ser muy útil.

—Pero no está soldada.

—Has dicho que querías evitar líos.

Me encojo de hombros y me acerco a ella, con los ojos brillantes, como una chica nueva en busca de aventuras. Sé que Baz ha estado en ese tejado.

—¿No es todo más emocionante cuando estás en un sitio en el que sabes que no puedes estar? ¿No adquiere todo un toque más real?

Ella se toma su tiempo para responder y me preocupa haber llegado demasiado lejos, demasiado pronto. Todavía no somos amigas. Luego, por fin, habla:

—Ya entiendo por qué le caes bien a Henry.

—¿Qué…?

Se abre la puerta de la clase. El aire frío del invierno se cuela en el aula, expulsando a la fuerza el calor de la chimenea. Una mujer alta y fuerte, con un traje de chaqueta blanco, entra y asiente a Temple. Nos escruta a todos con la mirada y se detiene en mí. No, en Baz.

—La corbata, Hallward.

Baz se lleva las manos a la corbata. Se la pone recta, eliminando un defecto que yo ni siquiera había visto.

—Lo siento, señora.

Luego la mujer me mira a mí y me doy cuenta de que jamás habría confundido la sensación de quedar sujeta por sus ojos. Intento resistirme a la necesidad de cubrirme el desastre de mi corbata con las manos, pero ella se limita a inclinar la barbilla.

—Bienvenida a Huntsworth.

Sabe quién soy. Me aliso la corbata.

—Gracias.

Henry entra detrás de ella y pasa por su lado para pegar una nota roja en el montón de trabajos sobre el escritorio de Temple. Hay algo escrito. No puede ser su redacción, pero Temple la mueve a un lado con el resto de la pila.

—Señor Wu, Literatura es una asignatura obligatoria, por mucho que haya leído —dice la mujer de la puerta.

—Si usted lo dice, directora —le responde Henry.

Así que es la directora de la escuela. La observo con más interés. Las únicas joyas que lleva son un par de pendientes de plata que brillan contra su piel marrón. Tiene el pelo recogido y el traje impoluto. Se queda mirando a Henry sin ninguna emoción.

—Profesora Temple, por favor, manténgame al tanto de las ausencias del señor Wu. Quiero un informe en mi mesa.

—Sería más fácil entregarle un informe de sus asistencias —dice Temple.

La directora pone los ojos en blanco, convirtiendo la perfección en algo humano. Me encanta esta mujer. Si el sheriff Barron ignora las pruebas que voy a encontrar, ella sí que me hará caso. La puerta se

cierra detrás de la directora. Henry le guiña un ojo a Baz. No, a mí y a Baz. Luego le da una patada a la silla del chico que está sentado al lado de Graves, obligándolo a moverse para que él pueda sentarse en su sitio. Observo que se inclina sobre Henry, que le dice algo demasiado bajo como para me entere de qué es. Graves casi sonríe.

—¿Por qué lo llamáis Graves? —le pregunto a Baz, pero es Henry quien responde.

Se gira con la barbilla sobre el hombro de su amigo. Quiere que sepa que nos puede oír.

—Porque está muerto por dentro.

—Porque Adrian Edvard Hargraves IV es demasiado largo —dice Baz, lanzándole a Henry una mirada por encima del hombro—. Y Hens es un capullo.

Me río. Baz sonríe de una forma peligrosamente parecida a la complicidad.

—Señorita Vane, ya que parece que entiende el texto lo bastante bien como para encontrarle cierto humor, por favor, recítenos el pasaje que le ha inspirado tanto júbilo.

Temple está de pie a mi lado.

Ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado a nosotros. Ninguno nos hemos dado cuenta.

—Pobre gusano, infectado de su arte. Esta aparición lo demuestra —dice Henry.

Lo retiro: él sí se ha dado cuenta de que Temple se acercaba, y ahora se está burlando de mí.

—Es para hoy, señorita Vane.

Nerviosa, vuelvo a abrir el libro. Caen algunas páginas al suelo. Alguien se ríe. Me agacho para recogerlas, deseando tener aún el

pelo lo bastante largo como para esconder el rubor de mis mejillas. Al menos la directora no está aquí para verlo.

—Ya veo.

Temple se da la vuelta, dándome por perdida. Es el peor primer día de clase de mi vida.

—¿A qué se debe vuestro llanto? —pregunta Graves, con la mirada puesta en la ventana helada. No hay alegría en su voz; solo una frialdad que se vuelve más intensa conforme habla. La última palabra suena desesperada—. A mi desmerecimiento, que no se atreve a ofrecer lo que deseo entregar, y mucho menos a agarrar por lo que debería morir por desear. Pero esto no tiene importancia, y cuanto más intenta ocultarse, más corpulencia muestra…

Son versos del pasaje que nos habían asignado, pero no ha abierto el libro ni una vez, ni siquiera lo tiene en las manos. Mueve los labios como si quisiera seguir hablando, y algo en mi interior desea que lo haga. Esto no es magia; es Shakespeare y, aun así, todos hemos caído. El suave crepitar de la chimenea en la clase es el único sonido hasta que Temple carraspea.

—Muy bien recitado, señor Hargraves, pero no le veo la gracia.

—Se enamoran. —Graves se cruje el cuello y me lanza una mirada —. ¿Qué hay más absurdo que eso?

Todo lo que había escuchado cuando estaba recitando, todo lo que había sentido, se desvanece.

Temple tamborilea con las uñas sobre el libro que sujeta en las manos. Luego asiente.

—Señorita Vane, ese es el mínimo que se espera de los alumnos de Huntsworth. Creo que una sesión de castigo por la tarde la

obligará a tomarse el tiempo suficiente para llegar debidamente preparada a la próxima clase.

A fin de cuentas, Baz no me ha salvado.

«Maldito seas, Graves».

CAPÍTULO 9

Estoy soñando.

Lo sé, pero no ayuda.

No hay luz. El espacio es estrecho, los peñascos están lo bastante cerca como para que, en cuanto me desvío de uno, sienta el otro. El pelo, húmedo, se me queda atrapado entre las piedras. Me cala por la piel. No hay sitio adonde ir, excepto hacia delante, a la oscuridad. Desde donde llama el agua.

No quiero estar aquí. El aire frío convierte mi aliento en un fantasma de sí mismo. El suelo resbala por una fina capa de fango que me trepa por los pies. Me mantendrá aquí si lo hago.

—Sam —susurro—. Lo estoy intentando.

El agua me responde con el ruido de las gotas contra los peñascos. Se acerca a mi alrededor. Me salpica una gota en el hombro. Me estremezco conforme se expande, con un líquido helado trepándome por la piel. Me tambaleo hacia delante.

Me golpeo el dedo contra algo redondo y cálido, un alivio en el frío interminable. Doy un paso apresurado hacia delante. Se me hunde el pie. Se hincha, luego salta. Una calidez chorrea por la piel desnuda. Ahogo un grito por lo extraño de la mezcla: el calor de un abrazo, el desliz viscoso es un horror. Sus bucles trepan por mi tobillo. Quiero estar cubierta de eso. Deseo rasparme los huesos, aunque me lleve la piel en el intento.

Bajo la mirada al agua.

Una mano se aferra a mi pierna. Demasiado hinchada para agarrarse; se desgarra un dedo, dejando el hueso colgando de la piel empapada para perforar la mía. El dolor es repentino y rápido. Grito. Doy una patada que hace que tropiece hacia atrás y caiga sobre la roca. El liquen me succiona la piel con miles de diminutas bocas heladas. La mano no me suelta, clavándose aún más, hueso contra hueso. El brazo se estira, arrastrando el resto fuera del agua. Su cara es lo último que sale, pero esta vez sus ojos no son agujeros. Están ahí, horribles, hinchados y sin visión. Abre la boca en un intento de hablar. La humedad se le derrama de entre los labios, ya no está caliente, sino fría como el hielo; el arroyo invernal se desparrama de su boca, subiendo por mi pierna, mi cintura, mi pecho, mi cara…

—Estás gritando —dice una chica.

Salgo del sueño.

Real, la voz es real…, no es la de Sam. Sam no puede hablar. Sam está muerto. Y eso no era más que una pesadilla. La humedad no era el arroyo. Era el miedo de una chica, no un monstruo.

La música me golpea. Risas fuera de la habitación. Mi cuarto está oscuro, pero veo una luz por debajo de la puerta, intensa y estroboscópica, con pies que pasan por delante. Todavía puedo sentir cómo se movían sus huesos bajo mi pie.

—Y ya está borracha.

Graves aparece en el marco de la puerta de nuestro baño. Ha cambiado el uniforme por un par de vaqueros oscuros y una rebeca abotonada de mala manera; no lleva camisa debajo. Una chica, ¿la que me ha hablado?, le pasa los dedos por la mandíbula, con la

cabeza apoyada sobre su hombro y el pintalabios marcado en su cuello. Es demasiado real. Demasiado aquí. No quiero que esté ahí, mirando mientras intento despertarme. Un desliz de los dedos le abriría la rebeca.

—No —murmuro, aunque tengo la sensación de que debería estar borracha. No… abriendo…

—Deberías —dice él.

Alguien sube tanto el volumen de la música que las paredes palpitan. La fiesta. La fiesta de Henry. Era esta noche. No hay tiempo suficiente para nada en esta escuela. No hay bastante tiempo para investigar, para estudiar, para dormir, para vivir. Vine directa después del castigo, con la intención de estudiar antes de cenar, porque no puedo permitirme más problemas, pero me dormí. No sé qué hora es ni cuánto tiempo he dormido.

Otra chica aparece en el baño al lado de Graves. Él le sonríe. Ella le agarra del brazo y se lo lleva mientras la primera chica los sigue como un perrito faldero. Hago un esfuerzo para levantarme y dirigirme a la puerta. Nuestro baño es largo y estrecho, con una bañera, el inodoro y el lavabo compitiendo por un espacio que no está ahí. La bañera está llena de hielo y botellas. Un chico que no conozco hurga en ella y levanta la mirada cuando me voy hacia el lavabo. Antes de que diga nada, meto la cabeza debajo del grifo y suelto un pequeño grito por el frío. La mayor parte del agua me cae por la cara; una gota resbala por mi espalda. «Es real», me recuerdo.

Cojo una toalla y me aprieto las puntas del pelo mientras me levanto. El agua gotea, gotea, gotea y me tiemblan las manos. El Sam de mi pesadilla era diferente del fantasma en el arroyo. Sobre

todo los ojos. Muertos, no vacíos. No, no, los de ambos eran solo sombras. Solo sueños. El uno, dormida; el otro, despierta.

Ojalá mis sueños no tuvieran los dientes tan afilados.

La fiesta se esparce por las paredes del pequeño apartamento y las risas abrasan el suelo de madera. Se abre camino bajo mi piel conforme una persona tras otra se acerca a la bañera, pasando por mi lado, interrogándome con la mirada, mientras me limpio despacio el rímel de la cara.

Escucho a Graves en la otra habitación, su voz grave destaca sobre las demás. Luego vienen unos gritos. La música suena aún más fuerte.

Una semana. Ha pasado menos de una semana. No estoy cerca de nada, excepto de la locura, y es solo culpa mía. He de insistir. Esta noche. El sheriff Barron tenía razón al centrarse en las drogas. Todo lo demás es circunstancial, pero si consigo identificar de quién de los tres procedían las pastillas que le encontraron a Sam, bueno…, al menos lograré que les acusen por posesión de drogas.

En el espejo, el maquillaje de mis ojos es una batalla perdida, con manchas negras alrededor de los ojos; la camisa pegada al cuello y la espalda. Me parezco a mi madre. Destruida y perdida. Al menos, sé que me creerán cuando les pida drogas. A ella la creyeron.

Me abro camino hasta el pasillo detrás de un chico que lleva un montón de botellas agarradas contra el pecho. La multitud se espesa, con los cuerpos apretados unos contra otros en movimientos que podrían definirse como baile. A juzgar por cómo la chica que tengo al lado se apoya en la pared, su sonrisa suelta, a juego con la del chico que la agarra por la cintura, me he dormido durante toda la primera mitad de esta… fiesta.

Veo a Graves a través de la puerta abierta al final del pasillo. Está de espaldas a mí. Alguien frente a él le tira de la rebeca, atrayéndolo hacia dos chicas que bailan encima del sofá del salón de Baz y Henry. La gente se mueve y lo pierdo de vista. Un chico que blande un cinturón en el aire me da un codazo. Agita la muñeca y el cinturón suelta un latigazo sobre las cabezas de dos chicos más bajitos. Uno grita, con una mano en la oreja. Me agacho cuando vuelve a levantar el puño y corro hacia Baz.

La puerta de las escaleras vuelve a abrirse y entra otro grupo de gente.

—¿Todas vuestras fiestas son tan multitudinarias? —pregunto mientras ella tira de mí hasta su salón.

—Solo las mejores —responde Baz.

Una risa de orgullo a la par que odiosa, la risa de Graves, resuena por el pasillo. Me aferro a su sonido, intentando controlar la ira que recorre todo mi cuerpo. Cuanto antes consiga lo que necesito esta noche, antes podré marcharme.

—En las mejores no solo hay alcohol. —Mi sonrisa es una granada a la que acaban de quitarle la anilla. Me mira con el ceño fruncido. Insisto—. Venga. Sé que sabes a qué me refiero.

—No es ese tipo de fiesta.

—¿Entonces me he perdido la buena? ¿Cuándo fue, hace dos semanas? ¿En la que mataron al guardia de seguridad?

«Hace siete días», me corrijo. Pero a Baz no le importa lo suficiente como para llevar la cuenta.

—Hace siete días —dice, y ahora soy yo la que se queda boquiabierta—. Pero no lo asesinaron. No sé de dónde te has sacado eso. Sam se emborrachó y se ahogó. No hubo asesinato alguno.

—Sam —digo, solo para arrebatarle el nombre de mi primo.

Se le oscurece el gesto. Me he pasado de la raya, demasiado rápido, y lo único que he recibido han sido las mismas mentiras que ya sabía.

—El guardia de seguridad —dice ella—. Al menos deberías saber su nombre si estás en esta…

Un golpe fuerte y un montón de palabras malsonantes la interrumpen. Todo el mundo se da la vuelta hacia la habitación del fondo del pasillo, menos yo. Yo me quedo mirándola a ella, intentando decidir cómo volver al punto en el que empezaba a confiar en mí.

Baz se aleja, pero la agarro por la muñeca y la obligo a llevarme con ella. Solo duda un instante antes de cogerme de la mano. Al final del pasillo están Graves y Henry en un espacio vacío, despejado por el cristal roto esparcido por el suelo. Graves tiene una botella rota en la mano. Henry está a su lado, con manchas de gotas en la parte delantera de la camisa. Da un paso adelante y Graves se apoya contra la pared, convertido en la sombra de Henry.

Ya casi hemos llegado. Baz se mete la mano en el bolsillo y saca su teléfono. Le da unos toques y la música se detiene. Se sacude mi mano y me mira por encima del hombro. «Espera aquí», me dice sin palabras.

No se ha roto nada entre nosotras. Al menos, esta noche he aprendido una cosa: Basile Hallward no se asusta fácilmente.

Un alboroto recorre el pasillo; todo el mundo está esperando a que Henry hable. Es el único que lleva la camisa del uniforme de la escuela: el sabueso rojo de Huntsworth desenfrenado en el lado derecho del pecho y las mangas subidas hasta los codos, mostrando

los antebrazos desnudos. Vuelve a tener la mirada desenfocada. Me dan ganas de gritar su nombre, solo para ver cómo saltan para enfocarse en mí. Me cruzo de brazos y me apoyo contra la pared a mi lado, negándome a jugar a su juego.

Él parpadea, despacio, la luz vuelve a sus ojos a medida que los abre. El pasillo enmudece.

—Todos sabéis por qué estamos aquí esta noche.

«Porque sois unos cabrones sin corazón. Porque mi primo solo era una forma de conseguir las llaves del tejado de la que os librasteis en cuanto ya no os sirvió», pienso.

Baz se agacha y recoge una botella de Fireball del suelo. Se acerca a Henry y levanta la botella como una antorcha; la pulsera médica se le desliza por el brazo. Me mira.

—Para recordar.

Graves choca su botella rota contra la de Baz; otro trozo cae al suelo.

—*Memento mori* —dice.

Sus ojos encuentran los míos.

Todo el pasillo responde al unísono, voces que se mezclan en un estruendo grave que no me permite ni un instante para pensar:

—*Dedesco mori*.

Esas palabras me golpean en lo más íntimo. Doblo el cuello y miro al suelo. Me concentro únicamente en mi respiración. El duelo es una corriente desgarradora escondida en aguas tranquilas, siempre a solo un paso de arrastrarme y ahogarme. Parpadeo fuerte, obligando a mis ojos a mantenerse despejados. Inspira. Espira. Me niego a desmoronarme aquí. No mientras él me esté mirando.

«Lo ha escrito otra persona», le dije al sheriff. Lo ha escrito Adrian

Hargraves.

Sabía que fue él quien envió ese mensaje.

—*Memento mori*! —ruge Graves, descontento con la respuesta del público.

Necesito que deje de decir eso…, o me echaré a gritar.

—*Dedesco mori*! —gritan todos.

El pasillo empieza a palpitar conforme la energía cambia. Los movimientos son más toscos, salvajes, corrientes oceánicas atrapadas dentro de la sexta planta de la Torre.

—*Dedesco mori*!

No sé qué significa la primera palabra, pero Graves me enseñó la segunda: muerte.

Estoy rodeada de asesinos; en esta fiesta, todos se excitan con la propia muerte. Una risa silenciosa me sacude los hombros. Llora o ríe. Desmorónate o vuélvete loca. Alimento esa risa con mi ira, almacenando su calor hasta que todo el duelo sean cenizas y esté sola, en mitad de la corriente, riéndome.

Parpadeo reprimiendo las lágrimas para ver que Graves aún me está mirando. Quiero apartar la mirada, pero, cuanto más me mira, más fácil me resulta respirar. Todo a mi alrededor se disipa. Todo menos nosotros dos, así como el alambre de espino y odio que nos ata. Esta vez, Graves aparta la mirada primero. No lo culpo. Me arde la piel. Podría prenderle fuego a esta torre con un simple grito. Espero que le duela mirarme.

Henry lo rodea desde atrás, tocándolo con gran facilidad. Le susurra algo al oído. Graves cierra los ojos. Cuando los abre, vuelve a buscar los míos. El calor en su mirada es distinto. Más suelto. Ya no se aferra al mío, que brota de mi interior hasta tocar a todos los

que están en el pasillo. Cambia las diferentes versiones de sí mismo con gran facilidad. ¿Alguna es de verdad?

—Sam era inocente —dice. Las palabras son lentas como una lluvia de verano, humeantes contra mi piel, hundiéndose en lo más profundo y desapareciendo antes de que me dé tiempo a quitármelas de encima—. Nunca he sentido tantos celos de alguien. Jamás me he alegrado tanto de que alguien sea mi amigo.

A mi alrededor, escucho a los chicos murmurando: «¡Eso! ¡Eso!». Me muerdo el labio. No voy a llorar por una sarta de mentiras.

—Él pensaba que yo era bueno. Pensaba que yo merecía la pena. —Graves deja de hablar. Carraspea. La energía en la habitación se calma, los movimientos se suavizan de olas a pequeñas ondas. Nos está manejando con la misma maestría que a su violín, arrastrando olas de dolor con cada palabra. Este tío, este tiene que ser la mentira—. Se equivocaba, y creo que él lo sabía y no le importaba. No era importante para él. Vivía la vida como si fuera una obra de teatro en la que todas sus frases eran felices.

Aquí está fallando algo. Todo lo que está diciendo es verdad, y eso no puede ser.

No puede conocer a Sam tan bien.

Henry tensa los brazos por donde están agarrados al cuello de Graves.

—Hasta que el dramaturgo nos lo arrebató.

El ambiente se torna más oscuro. Odio necesitar que sigan hablando. En casa, este fin de semana, es el funeral de Sam. Yo estaré aquí, donde tengo que estar, donde ellos deberían estar, mientras su madre, mi padre y la gente del colegio rodean un agujero en la tierra y dicen: «Fin». Pero no es el fin de nada, no

hasta que los culpables lo paguen. Sus palabras no significarán nada más que «Te decepcioné». Graves, Henry, los dos están diciendo: «Te conocía».

—¡Por Sam! —grita Graves—. Olvidamos a la muerte, ¡no a ti!

—¡Por Sam! —gritan todos a mi alrededor.

Botellas y copas al aire. Los chocan, derramando líquido dorado mientras vuelven a gritar: «*Dedesco mori*!».

En East County no hay fiestas como esta. Ni velatorios que sacuden hasta los cimientos de Amberdeen; gritan su nombre tan fuerte que cobra vida, saltando por el aire, palpitando en mis oídos. El ambiente cambia, enderezándolos a ellos, volcándome a mí.

Estaba equivocada. Están celebrando una fiesta. Pero no para ignorar a Sam…, sino para Sam.

Quiero más. Quiero que nunca acabe. «Más fuerte que el amor del amante es su odio. Incurables, en todos, las heridas que crea». En estos momento, el odio y el amor se entrelazan dentro de mí. Ya no sé diferenciarlos.

—¿Quién lo mantendrá con nosotros? —pregunta Henry.

Recorre a la multitud con la mirada.

Graves vuelve a dar un paso atrás, ya ha interpretado su papel. Ahora el escenario es de Henry. La elección es suya. A mi lado, un chico con un polo amarillo levanta la mano, una de las muchas que aparecen como flores de belladona. Yo no la levanto. Da igual. Los ojos de Henry se clavan en mí de todas formas.

—No —dice Graves.

Agarra a Henry por el hombro y le dice algo al oído. Yo casi doy un paso adelante, desesperada por saber lo que le está diciendo; me detengo, enfadada conmigo misma por querer cualquier cosa de él.

Durante un momento Henry se inclina. Aparta la cabeza y escudriña a Graves. Su mirada va de él… a mí. Su sonrisa crece, se le abre la boca como si no estuviera simplemente disfrutando de la tensión, la está devorando.

—Sí —dice—. Es perfecta.

—No —repite Graves.

—¡La nueva! —grita Henry. Lanza el puño al aire y luego lo abre. Tiene un juego de llaves colgado del dedo, agitándose contra la palma de la mano—. ¿Nos ayudas a recordar a Sam Bullvane?

Las llaves. No puedo apartar la mirada de ellas. No pueden ser las de Sam…, pero lo tienen que ser. Sabía que no me equivocaba, pero saber es una cosa y verla es un veneno. Los vagos ojos de Henry me observan, evaluándome, sacando algo profundo y vital de mí; apartar la mirada es lo único que soy capaz de hacer porque unas lágrimas calientes y enfadadas amenazan con inundarme los ojos y no puedo dejar que él lo vea. Solo soy una alumna que ha llegado nueva a este lugar. Solo una chica, y nada de esto significa algo para mí.

«Lo es todo».

No es nada. He venido a buscar la verdad, no a dar el espectáculo.

Le miro a los ojos y asiento.

—Traedla al bosque —dice.

La Torre estalla en vítores.

CAPÍTULO 10

Las sombras esperan frente a las puertas de Huntsworth. A mí. A la chica con las llaves. Le dije a Sam que era lo único que esta gente podría querer de él, pero ahora son mías y nos dirigimos al bosque, no a una azotea de la escuela. No lo entiendo.

Henry me las ha… dado.

No he tenido tiempo de calmarme. Puso las llaves en mi mano, agarró a Baz por la muñeca y echó a correr. Todos los demás lo siguieron, arrastrándome con ellos, empujándome hacia la oscuridad, luego hacia Graves, entonando una canción en latín a voz en grito que suena como si estuvieran invocando a Satán para que venga a saldar su deuda.

Las llaves de Sam se agitan en mi mano. No soy uno de ellos. Pero tampoco soy yo. Mi sitio es un escalón en un porche apiñado entre la casa de Faye y la de Sam. Donde se come pizza todos los jueves porque hay un descuento de dos dólares por el partido del Junior Varsity dos pueblos más allá, donde hay un esqueleto de Halloween con un cartel en el que se lee: a jesús le encantan los huesos secos. Es lo bastante grande como para que se vea antes de parar en Gas ’n’ Go. Soy de los acentos densos como la mayonesa que sueltan cotilleos delante de una nevera llena de té helado; nunca he dejado de querer ser otra persona, en otro lugar; sin embargo, siempre había albergado la esperanza de que, de algún

modo, continuaría siendo yo. No quienquiera que sea ahora, corriendo en plena oscuridad como si las llaves que tengo en la mano fueran a abrir la tumba.

Llegamos a la verja. El coche de Henry, un descapotable rojo intenso, descansa frente a ella. Henry salta al coche, Baz lo sigue, cerrando las puertas, bang, bang. El caos se mueve caliente debajo de mi piel. Estoy abandonando Huntsworth con quienes asesinaron a Sam. O eso creo. Parece que lo conocían. Y quieren llorarlo. Quizá el demonio debería despertar y acompañarnos.

—*Dedesco mori*! —grita Henry, asomándose por la ventanilla del conductor.

Los demás gritan. Un chico trepa la verja.

A su lado, Graves se inclina contra una moto que parece fabricada para desafiar. «Pruébame», reta a la carretera, con su conductor vulnerable sobre ella; está a un mal giro o a un estremecimiento de perderlo todo. La moto y el chico hacen buena pareja.

Extiende la mano. Una invitación, aunque su mirada me advierte que me vaya.

El aire huele a invierno y a tubo de escape. Jamie se subiría en esa moto. Marin debería correr en dirección opuesta. No tengo ni idea de cuál de las dos tiene las llaves. Aquí con el chico en silencio y su mano estirada, el tirón es demasiado fuerte. A la costura que hay entre las dos le cuesta resistir.

—Henry me ha dicho que vaya al bosque —digo. Deja caer la mano cuando escucha el nombre de Henry—. No me ha dicho que tenía que ir contigo.

Pasa una pierna sobre la moto y se sienta.

—Pues entonces ve andando.

La verja empieza a abrirse y el chico que la estaba saltando se mueve con ella mientras grita: «¡Wuhu!». Graves acelera una vez. La apertura se ensancha. El coche de Henry la cruza y desaparece por la carretera.

La moto vuelve a acelerar con un rugido de advertencia.

Solo hay un motivo por el que estoy aquí: averiguar qué le ocurrió a Sam. Da igual cómo me sienta. Si no voy, me estaré alejando de ellos, y no me lo puedo permitir. Entrar más es la única forma de salir. Me guardo las llaves en el bolsillo y me subo a la moto, detrás de él.

Es solo un trayecto.

Mueve las caderas entre las mías mientras me da un casco. Me lo pongo. Me agarro a sus hombros.

Él me sujeta por las muñecas y me lleva las manos más abajo, para que lo envuelva por la cintura. Le toco la rebeca con el pulgar. Se abre un botón, y de pronto estoy en contacto con su piel suave y robusta. Se tensa. Aparto la mano y me agarro las muñecas para tocarlo lo menos posible.

—Te vas a caer —dice.

Puedo escuchar y sentir su voz.

—Ya veremos —gruño.

Pone en marcha la moto de una patada; no se pone un casco. La verja se abre cada vez más y nos sacudimos hacia delante. De pronto, sin que me dé tiempo a impedirlo, nuestros cuerpos chocan. El quejido del motor tiembla entre mis piernas, más abajo, cada vez que se mueve. Intento sentarme y forzar un espacio entre mi pecho y su espalda, pero esta carretera y la velocidad bailan demasiado rápido y no encuentro el equilibrio. Me suelto las muñecas con una

palabrota y me agarro a su vientre. El espacio entre nosotros desaparece. Siento cada movimiento, cada vez que tira del embrague, cada flexión para mantenerse firme en las curvas, cada respiración terriblemente profunda que da.

La carretera se adhiere a la ladera de la montaña como una serpiente, con curvas sinuosas y promesas de una muerte rápida si parpadeas. Graves toma una curva tan cerrada que araña el metal contra el asfalto. Saltan chispas. Mis dedos siguen encontrando los agujeros entre los botones de su rebeca. «Esto es muy peligroso», murmura mi corazón, frenético. No sé si está preocupado por la velocidad o por el chico.

Graves no frena cuando llegamos a la entrada de Amberdeen. El motor de la moto resuena por las fachadas de las casas, asediándolas; nuestras sombras se alargan antes de desaparecer en cada porche iluminado. Mi calle, la casa de Sam, mi casa, la casa de Faye, pasan cerca de nosotros. Veo pantallas azules de televisión y escucho fragmentos de voces, amortiguadas por el denso acolchado del casco. Mi vida real no es más que un borrón de ruido sin sentido.

La mano de Graves se aferra a mi brazo. Lo aprieta alrededor de su cintura y deja caer su brazo sobre el mío. Apoyo la cabeza en su espalda y me sacudo. Una cosa era sujetarme para no caerme, pero esto es más tenso, más cercano, demasiado parecido a un abrazo. No puedo dejarme llevar. Cada tirón contra él solo consigue que me apriete más. Retuerce el manillar y derrapa hasta que nos detenemos en mitad de un cruce. Grito. Sus manos me sujetan del latigazo.

El rugido de la moto se calma. Me suelta. Aparto las manos de su abdomen. Le empujo por la espalda. Él gira los hombros. Se

incorpora, con las manos en las rodillas, como si esperara algo. Pero no hay nada que esperar en el centro del pueblo. Gas 'n' Go está a nuestra derecha, el *diner* frente a nosotros, con un cartel de cerrado colgado del pomo de la puerta. No hay ningún motivo para detenerse aquí.

A no ser… Giro la cabeza al otro lado y veo las luces azules brillantes del Brew Thru. Faye y su hermano mayor, Dickie, están sentados el uno junto al otro en un muro de hormigón en el aparcamiento de enfrente; Dickie, cuyo nombre completo es Richard Ebenezer Cowan (por eso todos lo llaman Dickie), está fumando un cigarro por el que su madre lo mataría; y Faye, cuyo nombre completo es Faye Cowan (que es por lo que está convencida de que sus padres quieren más a Dickie), se está retocando el brillo de labios mientras mira al chico en la moto delante de mí.

Entre ellos hay un hueco. Ese muro es lo bastante grande para tres. Y el hueco pertenece a una pueblerina solitaria y aburrida que no es capaz de sentarse tranquila ni siquiera con la gente a la que conoce de toda vida. No va a ninguna parte, no tiene nada planeado en su vida, excepto marcharse. La chica que Graves habría visto cuando conducía por la calle principal con Sam.

Por eso ha parado aquí.

—Última oportunidad, Vane.

Casi no puedo oírlo con el ruido del motor. La última oportunidad para bajarme y sentarme en el aparcamiento. O tal vez la última oportunidad para bajarme y caminar hasta Huntsworth. No sé a cuál de las dos se refiere. No se lo puedo preguntar sin revelar que estoy pensando en la que Jamie Vane nunca haría.

Dickie saluda, igual que Faye, que se sacude el polvo de la

barriga; lo hace para hacer brillar las lentejuelas junto a las caderas. Sería muy fácil bajar de la moto e ir hacia ellos. Faye gritaría y yo pasaría a la historia por haberme marcado el mayor engaño del que ella haya oído hablar en una fiesta de Huntsworth. Y la puerta trasera de papá siempre está abierta; podría dormir en mi cama y fingir que soy su hija de verdad, y no la de mamá.

Lo era. Quería serlo. Lo intenté con todas mis fuerzas. Pero, al final, solo soy yo. Eso significa que este momento no es una oportunidad en absoluto. Nunca, jamás puedo volver a casa.

En el silencio, Graves se gira para mirarme. No pertenezco a este lugar…, pero tampoco pertenecí jamás a ese hueco vacío en el muro, y me he cansado de intentar encajar en el lugar de otra persona. Estiro los brazos hacia arriba y hacia afuera; me arqueó y me cruje la espalda. Conforme, centímetro a centímetro, me deslizo hacia delante contra él, sus ojos parecen adoptar el tono del carbón empapado en queroseno.

Las ventanas oscuras del *diner* me observan como un pastor en la iglesia. Escucho a Dickie gritarle algo a Faye. La escucho devolverle el grito, cayendo cómodamente en su ritmo nocturno. Entrelazo los dedos sobre su vientre y apoyo la barbilla en su hombro; me quito el casco cuando sé que me está ocultando. Hago cada movimiento muy lentamente, dándole tiempo a prenderse.

—¿Última oportunidad para qué? —susurro, colocándole el casco sobre las piernas.

Aprieta la mandíbula, como si quisiera huir de lo cerca que mis labios están de su oreja. Espero. Pronto averiguaré si sabe quién soy, si por eso hemos parado aquí. No hay nadie que nos pueda interrumpir; nadie que nos escuche ni que lo retenga. Este es el

momento. Si paso esta prueba estaré segura de que no me ha reconocido. Aprieta las manos alrededor del manillar. Veo el momento en que toma una decisión.

—Puedo hacerlo yo solo. Puedo llevarte de vuelta a la escuela —dice.

Mis manos no se mueven, pese al alivio que he sentido. Parar aquí no significa nada para él. Ha sido una casualidad. Estoy dentro, estoy con ellos, y no me iré a ningún sitio hasta que averigüe la verdad. Pero, aun así, hay algo de lo que ha dicho que me molesta.

Está intentando mantenerme al margen del claro del bosque, y no sé por qué. Es casi como si… me estuviera protegiendo.

Pero eso es imposible.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—No es qué —murmura.

«Quién».

No entiende que ya sé exactamente con qué clase de gente me las estoy viendo. Él incluido. Extiendo los dedos para abrir el último botón de la rebeca y le cubro el abdomen con la palma de la mano. El viento le besa suavemente la piel. Siento que se le eriza, afilada y repentina, como su respiración.

Debería advertir a sus amigos sobre mí, y no al revés.

—Conduce —le susurro.

CAPÍTULO 11

Graves detiene la moto en el arcén, a mitad de camino de vuelta a la montaña. Mucho más arriba y ya habríamos pasado por donde el ayudante del sheriff me recogió después de que encontrara a Sam; luego dio media vuelta y se dirigió hacia el otro lado, hacia Del Río y la orilla del French Broad. Pero aquí solo está el Porsche de Henry en medio en la cuneta; los hombros de Graves desaparecen en el bosque oscuro.

Tiro del anillo de mi madre. Ojalá tuviera un diamante más grande que me mordiera la piel hasta hacerme daño en lugar de varios tirabuzones plateados. Esto no es sencillo, se parece demasiado a mis pesadillas.

—¿Adónde vas?

Maldigo en voz baja, me guardo el anillo por el cuello de la camisa y lo sigo. Esta noche somos lo más escandaloso del bosque. Enciende la linterna del móvil y alumbra un sendero oculto por ramas rotas y marcas de derrape de algo que se ha arrastrado por la arena. Cuanto más nos adentramos, más tira el bosque y más despacio se mueven mis pies. Una rama se me clava en la mejilla. El corte me escuece. En cualquier momento el suelo se volverá resbaladizo.

Sé adónde vamos. Hemos rodeado la montaña por la ladera hasta donde el camino a pie es recto y seguro. Por encima de los árboles,

el tejado puntiagudo de Killary se extiende hacia la luna. Si me separo de Graves y voy al norte volvería a encontrarme una vez más en el lado equivocado de la verja cerrada de Huntsworth. Si sigo detrás de él, dentro de unos cuantos metros, llegaremos al arroyo.

Sé dónde estoy. Simplemente, no sé por qué me trae aquí, de todos los lugares posibles; de pronto, no saber me aterra. Estoy sola en el bosque con uno de los amigos de Sam. Y le caigo bastante peor que él. He ignorado su advertencia. Y no pararé de formular preguntas.

Será tan fácil hacerme desaparecer a mí también.

Vuelvo a sacarme el anillo. Graves sigue avanzando. Estoy a punto de darme la vuelta cuando diviso el brillo de una luz moviéndose entre unas ramas. Veo los peñascos. Escucho el arroyo. Mis ojos me dicen que este lugar es precioso, pero mi corazón palpita como si estuviera a punto de morir. El contraste me marea.

No quiero escuchar el agua. No deseo ver las rocas. No quiero estar aquí, ni en ningún lugar cerca de aquí. Soy la hija de mi madre, y estoy perdiendo el control.

Graves apaga la linterna y deja que sea el brillo lo que nos guíe. Unos pasos más y estaré en el mismo lugar. Movieron el cuerpo. Lo sé. Vi la camilla de la policía y los obscenos bultos amortajados. Él no está aquí. El suelo estará vacío. Pero ¿estará el agua?

Sí. No había nada en el agua. Solo un reflejo, como esa mano que vi en el espejo de la biblioteca. Los fantasmas no existen.

Las hojas secas crujen cuando Graves se gira hacia mí. Me agarra por la muñeca. Me aparto y él me sujeta más fuerte. Esto sí lo siento. Esto es real.

—Pudiste elegir. —Me tira hacia él—. Ahora es demasiado tarde.

Se agacha bajo las enormes ramas de un pino y tira de mí; me tambaleo detrás de él hacia el bosque. En cuanto paso el árbol, me suelta la muñeca. Unas luces parpadeantes cuelgan de las ramas, bordeando los peñascos, agrupándose en montes brillantes sobre unas mantas esparcidas por el suelo del bosque. Henry está tumbado de costado sobre el peñasco más grande, con una corona de finas ramas de pino con espinas punzantes sobre el cabello. Una difusa luz dorada lo cubre todo, ni brillante ni oscuro, ni luz ni sombra, sino algo intermedio, como si hubieran cogido este claro y lo hubieran hundido en el río Estigia. Casi puedo fingir que estoy en otro lugar, solo si no miro al agua.

—Graves. —Henry lo ha visto—. Te has tomado tu tiempo. —Se incorpora para sentarse con una pierna a cada lado de Baz.

—¿Te gusta? —me pregunta ella, con los brazos levantados hacia las luces.

—¿Lo has hecho tú? —Por eso es tan acogedor.

Se desliza peligrosamente por el lateral de la roca y me coloca la corona de espinas en la cabeza.

—Me lo ha pedido Henry.

—Cuando muera, lleváoslo y cortadlo en pequeñas estrellas.

Henry agarra el final de una tira de luces y se la enrolla en la muñeca. Luego salta con cuidado por el frontal de la roca, arrastrando las luces del árbol con él. Caen a sus pies las pequeñas estrellas rasgadas, muriendo en el fango.

—¿Has traído las llaves?

Me meto la mano en el bolsillo, pero no las saco. No son de Henry, son de Sam. De pronto, tengo la sensación de que, si las suelto, este claro dorado se romperá y derramará muerte por todas sus grietas.

No mires al agua.

—Murió aquí. El guardia de seguridad.

Sam. Pronuncié su nombre una y otra vez cuando lo encontré. Odié cómo sonaba: «Sam, Sam, Sam, Sam, Sam…».

Henry inclina la cabeza como si no supiera qué quiero que me diga.

Graves se mueve detrás de mí. Siento su mirada. Detesto poder sentirlo siempre que me mira.

—Sí.

Había estado lloviendo. Solo llevaba un día desaparecido, pero no había ido a trabajar, algo muy extraño en él. Su madre lo buscó por el pueblo. Mi padre, por las carreteras. Yo seguí el arroyo desde la escuela. Solo llevaba un día desaparecido. Me había pedido que fuera con él y le dije que no.

Ahora estoy aquí, Sam. Con las llaves.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué habéis decorado el lugar en el que alguien… —Sam, aquel día repetí su nombre una y otra vez hasta que empecé a gritarlo— murió?

—Murió —repite Henry. Se aparta un paso del borde con los brazos estirados—. Murió. Murió, murió, murió. Qué palabra más pequeña, pronunciada en un suspiro. A dos metros bajo tierra, pero no dos metros de largo. Murió. Apenas hay que mover la boca para pronunciarla. Pero sí, se podría decir que él, Sam, Sam Bullvane, eso es más grande, para esa sí hay que estirar la boca. Sam murió aquí. O se podría decir que se quebró.

—¿Se quebró?

Henry retuerce las manos, haciendo como que rasga el aire. Sus palabras son como un torbellino.

—Sí. Quebrarse. Cortarse uno en dos.

Sam no murió así.

—¿Te refieres a que estaba… en trozos?

—¿El cuerpo? No. ¿El chaval? Quizá. Depende de si crees que las almas y los cuerpos son lo mismo.

Parece fuera de sí. Se da cuenta. Se muerde el labio conteniendo una risa.

—Si sacas el alma del cuerpo, y el cuerpo muere, pero el alma no, ¿se ha producido una muerte? ¿Puedes ser un hombre sin un cuerpo? ¿Puedes ser un hombre si solo eres un cuerpo, si el alma se ha perdido, o se ha roto, o…?

—Sam está muerto —interrumpe Graves—. Pero nosotros estamos vivos —afirma elevando la voz, con las palabras.

Su mirada y su cuerpo transmiten seguridad.

Odio lo agradecida que estoy de que haya hablado y de que lo haya hecho tan sencillamente. Henry está provocando que me dé vueltas la cabeza, haciendo que esto parezca aún menos real. Es como escuchar a la hambruna: vacío de todo, pero con una promesa de que va a consumirme entera. Graves me clava en el suelo.

—¡Pues vamos a comportarnos, joder! —grita Graves.

No se lo puedo permitir.

Sam está detrás de todo esto. Tengo que acordarme de él. Me quito los zapatos y entro en el agua. El frío me atraviesa cuando deseo que me despiece y me desgarre, que me arranque la carne y me haga gritar.

Detrás de mí, Graves intenta subir a la roca y Henry le da una patada; derrama alcohol para que su amigo lo atrape con la boca.

Baz se acerca a mi lado, justo antes de donde alcanza el agua, sobre una roca expuesta. Tiene las mejillas blancas de frío.

—Fue aquí, ¿no? Donde se… ahogó.

Sé cuál es la respuesta, pero Jamie Vane no. Y necesito que lo sepa. Agacho la mirada. Se me cae la corona de espino. Gira lentamente en la corriente. En el centro, el agua se calma. Un pequeño espejo que refleja el cielo nocturno. No hay cara. Tampoco hay cuerpo.

—¿Querías verlo? —pregunta Baz.

—¿Qué?

La palabra le da un latigazo. Se aparta de mí.

El agua está vacía, no como aquel día. Está tumbado bocabajo en el arroyo, con la camiseta blanca transparente por los lengüetazos continuos del agua sobre su espalda. Tenía las piernas dobladas y los dedos clavados en el trozo de arena fangosa entre los peñascos. Los moratones le envolvían la parte de atrás de ambos brazos, como unas espeluznantes esposas moradas. Solo se le movía el pelo naranja, ondeando descontroladamente mientras el arroyo tiraba de él corriente abajo.

Corrí y me resbalé con el fango que había a sus pies. Le agarré la cara para sacarla del agua. Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos y vidriosos, la mejilla cubierta de pequeños arañazos que destacaban brillantes contra su cara sin sangre.

«No. No, no, no».

Un escarabajo le recorría el cuello. Le solté la cabeza, ligeramente vuelta para que la boca le sobresaliera del agua. Tenía que sacarlo. «Espera. Espera. No pasa nada. Yo te sacaré de ahí».

Pesaba mucho. Había un hedor fuerte en el aire que no podía, que

no quería nombrar, más pesado y dulce que el olor a alcohol que desprendía su camiseta. Lo agarré por debajo de los hombros e intenté darle la vuelta. Se me resbaló. Nada estaba bien. Mis manos se escabulleron solas.

«Sam, Sam, ayúdame. Tienes que moverte». Yo era incapaz de respirar.

Estaba muy quieto. Yo estaba temblando de rodillas a su lado, mis manos planeaban sobre su cuerpo, sin tocar nada, solo buscando desesperadamente algo que pudiera arreglar. Le aparté un mechón de pelo de la cara. Tenía la frente fría; la piel, suelta. «Te dije que no fueras. Te odio. Te odio».

La otra cara nos observaba desde el arroyo.

Ahora no hay nadie. Baz también se ha ido, apartándose de mí hacia el terreno más seguro. Me arden los ojos. Me escuecen los pies. Me tiemblan las manos. Quizá una parte de mí desea que Henry tuviera razón, que, cuando morimos, pudiéramos quebrarnos, separar el cuerpo del alma. Que mi madre tuviera razón y que los fantasmas existan y Sam no se haya ido del todo. Saco las llaves. Lo único real que me queda de él.

—Jamie sabe cómo honrar a los muertos —grazna Henry detrás de mí—. Coloca el tributo. Sumérgelo en su lugar, que descanse para siempre bajo el agua resplandeciente. Su alma se ha ido, pero ¿de verdad?

Me balanceo.

Henry se gira hacia Graves, sin decirle nada hasta que este, con la mandíbula apretada y la mirada severa, asiente.

—Se ha ido entonces, sí, flotando, pero el recuerdo permanece. ¡Entierra al rey con su tesoro!

Le encanta el sonido de su voz. Clava sus ojos en los míos y presiona; le encanta mirarme escuchándolo. Este chico quiere que me avergüence y cree que ha encontrado la forma de hacerlo, pero no me conoce. No sabe que sus palabras no es lo único que me atormenta.

Muevo las llaves contra mi mano. Sonidos sólidos y reales, a diferencia de mi voz.

—¿No sirven para algo? Podríamos quedárnoslas. Seríamos los dueños de la escuela.

Henry sonríe despacio.

—¿Crees que no tengo mis propias llaves de este castillo?

De repente, voy a la deriva. No necesitan las llaves.

Nunca necesitaron sus llaves. Eso significa que no tenía razón: no era por eso por lo que querían tenerlo cerca. Y si no era porque era el guardia de seguridad —el chico que podía y abriría cualquier puerta solo para verlos sonreír—, si han celebrado un funeral en su honor, si van a dejar un recuerdo, entonces…

No. No importa que les cayera bien. Murió por su culpa. Sam no habría elegido esto. No después de lo que le pasó a mi madre. No me habría hecho algo así.

Hay cosas que son como son.

Graves me arrastra la mano sobre el agua. Me gustaría no ser consciente de cada centímetro de piel que rozan sus dedos al moverse para entrelazarse con los míos y coger las llaves. Cogerme a mí. Luego esperamos. Estamos todos demasiado juntos, demasiado quietos, solo Henry puede moverse como si nos estuviera haciendo una llave a los demás. Pone una mano sobre la nuca de

Graves. El roce de un hermano, pero las venas de Graves sobresalen bajo el tacto.

—Suelta —dice Graves, hablándome a mí, hablándole a Henry.

Separo los dedos. Las llaves de Sam desaparecen apenas sin hacer ruido, el metal casi invisible sobre el suelo rocoso del río. Graves me suelta la mano y se gira, salpicando con los pies al volver a la orilla.

—¿Sabes lo que sí es más largo? —dice Henry, tan bajo que casi no lo oigo—. Graves.

Levanta la vista del agua y me mira a los ojos. No es su tranquilidad, es que se sabe demasiado fuerte. Está jugando con todos nosotros… y le encanta.

—¡Juguemos a un juego! —grita Henry.

—Henry… —empieza a decir Baz, pero se queda ahí.

—Ya está bien —responde Graves.

—No —replica Henry.

Sin embargo, hay algo extraño en cómo pronuncia la palabra. Casi como si fuera una especie desgarrada de por favor, teñida de rojo y estridente de necesidad.

Me giro hacia él, intrigada, y veo a Graves fracturándose. Sus facciones vuelven a transformarse en piedra, pero no antes de que me dé tiempo a ver lo que antes había visto. Es desesperación. Si se pintara a ciegas, las líneas lucharían por encontrar los lugares adecuados.

Henry vocaliza la palabra una vez más. No.

Graves lo mira fijamente. Tengo la extraña sensación de que solo lo está haciendo para evitar mirarme a mí. Nunca ha querido que yo

estuviera aquí, intentó mantenerme al margen, y quizá… fuera por este momento. Si es así, entonces es exactamente lo que quiero.

—Me parece buena idea. —Sigue sin parecer mi voz.

Arrastra los ojos hacia mí. Voy a arrepentirme de esto, me prometen, repletos de frío resentimiento.

—Está bien. Cuéntanos a qué quieres jugar, Henry.

—Un juego de asesinatos. —Henry me señala—. Baz me ha contado que crees que a nuestro Sam lo asesinaron. Me parece una idea brillante. Quiero saber cómo.

Doy un paso adelante y salgo del agua.

—Ocurrió aquí. Estaba borracho. Se equivocó de camino. La puerta estaba cerrada, pero…

Henry forma una O con los dedos y una sonrisa surge en sus labios; no estoy preparada para esto.

—… tenía las llaves. No fue a los pies de la montaña, no por la carretera. Estaba buscando su casa. Se resbaló y se cayó.

La sombra de Henry es una mancha bajo la luz neblinosa. Entre la luz y la oscuridad, casi puedo ver a Sam tambaleándose con él.

La misma historia que me conté cuando mi tía llamó para decir que no había vuelto. La que hizo que subiera aquí, y luego volviera a bajar, rastreando los huecos y las orillas mientras gritaba su nombre. Un accidente, simplemente. Él estaba en algún lugar, por aquí, esperándome. No me lo creí entonces y no me lo creo ahora.

—No tenía las llaves. —Señalo a Henry—. Las tenías tú.

Da una palmada.

—El juego está en marcha. Un punto para Jamie. Yo robé las llaves. ¿Hice algo más?

—No las robaste. Él te las dio —dice Baz—. Para abrir la puerta de

la azotea. Pero dijiste que cayó antes bocabajo en el agua… ¿Y luego qué? ¿No se molestó en levantarse? El agua aquí es muy poco profunda.

Está haciendo las preguntas que me llevaron hasta ellos. Si pregunta eso, es que ella estaba en la fiesta, pero no en el arroyo. Sea como fuere, no implica que los chicos no estuvieran. A no ser que ella sea aún más mentirosa que ellos. Se me acelera la respiración en cortas bocanadas de aire. Intento calmarla, fingir que soy Jamie, no Marin, y que esa historia no me importa tan desesperadamente.

—Alguien abrió la puerta. Alguien le sujetó. —Las palabras de Graves son dagas en mis oídos.

—¡Un punto para Graves! —grita Henry.

Baz lo ignora.

—Fue un accidente, se ahogó, no lo ignoraron…

—Tenía moratones por los brazos —dice Graves, como quien empieza a contar una historia.

Veo cómo se posa en ella; una historia de fantasmas que se cuenta en la escena de una muerte en lugar de alrededor de una hoguera. Baz se gira hacia la corriente de agua.

Pero él no debería saber lo de los moratones. No se mencionaban en ningún artículo. Sam Bullvane murió accidentalmente, se ahogó. Sam Bullvane, la última víctima de la pandemia de opiáceos. Sam Bullvane, otro caso trágico de abuso de alcohol entre los adolescentes. Ni uno solo de ellos mencionaba los moratones que yo vi, aunque se los tiré a la cara al sheriff Barron.

—¿Qué moratones?

—Se te está olvidando que esto es un juego, ¿no, Jamie? Dos

puntos para Graves, por ser tan convincente.

—No es un juego —le digo a Henry.

Para mí no, pero… ¿lo es para Graves? ¿Se ha inventado lo de los moratones para agradar a Henry o realmente los vio?

Siento un escalofrío. Henry me guiña un ojo.

—Sí que se te da bien esto. Ten cuidado con ella, Graves, hay algo maldito en su interior. Podría robarte esto. Segunda ronda: llevadlo al siguiente nivel y conseguiréis cinco puntos, canjeables en vuestro Brew Thru de confianza. —Nadie se mueve—. Vamos. Estamos rodeados por nuestro lienzo; estamos dentro del juego. ¿Una roca? ¿Un golpe en la cabeza? Podéis destrozarlo todo, pero luego tendréis que limpiarlo. Diez rocas para hacer una presa, levantar el nivel del agua, hacer desaparecer vuestras huellas. ¿Y su respiración? ¿Romper una rama, empujarlo desde lejos? Jack sin Jill, ladera abajo. Usad vuestra imaginación. Adelantaréis a Graves. —Su suspiro es tan corto y febril como cada palabra. No sé si alguno sigue jugando, o si esto es tan real para ellos como lo es para mí—. Muy bien. Para los espectadores. La necesidad manda. Baz, ven aquí.

—Henry… —decimos Graves y yo al mismo tiempo.

Él nos ignora y le chasquea los dedos a Baz. Ella levanta la mirada desde donde está, en cuclillas junto al arroyo. Unas lágrimas le brillan en los ojos. En el agua a sus pies, cerca de donde solté las llaves, hay algo oscuro marrón y plateado.

—¿Ese llavero es suyo?

Ella me mira, impactada, pero, antes de que le dé tiempo a responder, Henry la agarra por la nuca y tira de ella. El llavero cae corriente abajo. ¿Un recuerdo? ¿Una disculpa? Ambas cosas. Nada.

El juego no ha terminado. Henry le abre la boca a la fuerza y le acerca la botella medio llena. Su garganta bombea, con una mano sobre el brazo de Henry, apretando ligeramente los dedos hasta que la manga se arruga debajo de ellos.

—Para —gruñe Graves a mi lado.

Baz da un paso atrás, aunque Henry no ha soltado la botella. El licor le empapa la frente y el olor corta el aire frío. Solo alcohol, nada de drogas, como Sam. Es imposible saber qué es lo que saben y qué se están inventando.

No, eso no es verdad. Las lágrimas de Baz son reales. Y Henry no le ha pedido que suelte esa prueba. Sus preguntas también lo son; son idénticas a las mías. A lo mejor puedo confiar en ella. Me da miedo cuánto quiero que lo eche de menos de verdad. Es tan sencillo tomar una decisión errónea.

Henry se inclina hacia delante y le susurra a Baz al oído. Ella tose, frotándose una mano en la barbilla, luego echa el cuello hacia delante y extiende los brazos hacia atrás, lista para que la aten. No nos mira a los ojos a ninguno ni una vez.

Debería parar esto, y no lo estoy haciendo.

—Tres puntos para Baz —dice Henry—. *Memento mori*.

Luego le da una patada en los pies por detrás y la empuja de cara hacia el agua helada. Ella grita. Sus pies arañan la tierra y las rocas tras ella. ¿Le hizo esto a Sam? Ella no es Sam. Se le sacuden las caderas. Henry aprieta la rodilla sobre ellas, clavándola al suelo. Ella es su amiga, no alguien de fuera. No le hará daño. No lo creo. Su mano busca a tientas en el agua y agarra una roca. Henry se la arrebata de un manotazo y aprieta la mano alrededor de la nuca de Baz. A mi lado, Graves aprieta los puños.

Tengo que detenerlo. No puedo permitir que esto vuelva a ocurrir.

Graves está como paralizado.

¿Cuánto tarda una persona en ahogarse?

—¡Para!

Me abalanzo hacia delante. Agarro a Henry por los hombros y lo empujo para atrás; su peso y su tacto contra mi pecho son repugnantemente parecidos a los de Sam. Él me deja hacer y cae hacia atrás con un ruido sordo. Nos sentamos despatarrados, con cada centímetro de piel desnuda cubierto de fango; sus hombros se clavan en mi barriga y su cabeza reposa en mi recodo. Durante un instante, los ojos que me miran están vacíos. Luego parpadea y estalla en una risa salvaje.

—Cinco puntos para mí —dice entre jadeos.

Baz se gira con una sonrisa pusilánime. Tiene los ojos llorosos. La frente y los pantalones cubiertos de fango, y las mejillas rojas por el esfuerzo, pero tiene la cara seca. La risa de Henry resuena por las rocas a nuestro alrededor, llenando toda la noche con una alegría sádica. No la estaba ahogando. Todo es un juego, y me estoy quedando atrás.

Me tambaleo hacia atrás. Henry se resbala de mí. Me pongo de pie y me agarro al peñasco junto a la orilla. Los hoyos y baches han estropeado el terreno que hay delante de mí. Hay muchos más que cuando murió Sam. Entonces, vi sus huellas esparcidas torpemente por el fango que llevaba a unos surcos profundos donde cayeron sus rodillas. Ahora, el fango está cubierto de marcas de muerte. Finas líneas en las que se clavaron los dedos; cortes anchos y fuertes de las caderas y los pies de Baz, casi destruidos por la presión del chico que tenía encima.

Pensaba que sabía cómo había muerto. Me equivocaba. Esta es la escena de un asesinato, histeria y miedo escritos en la naturaleza. Lo que yo descubrí era otra cosa. Algo más tranquilo.

«¿Qué me estoy perdiendo?».

Henry se agacha, levanta a Baz del suelo y le da algo de beber. Graves le sacude el fango de la mandíbula con una de las mangas de la sudadera. Ella inclina la cabeza hacia él como si estuvieran bailando, a tan solo unos centímetros de apoyar la cabeza en su pecho. Debería ser una imagen bonita: las lucecitas, el bosque iluminado por la luna, la chica ruborizada, el casi abrazo. Pero Sam murió en este bosque iluminado por la luna.

A no ser que no fuera exactamente así. A no ser que lo mataran en otro sitio y trajeran aquí su cadáver. Los moratones podrían ser de moverlo, no de hacer que se quedara quieto. Eso lo explicaría todo, menos el agua que encontraron en sus pulmones.

—Ronda final —anuncia Henry. Me lanza las llaves de su coche—. Le toca a Jamie.

La mano de Graves se paraliza.

—Se acabó el juego, Henry.

—*Memento mori* —murmura Baz contra su pecho.

—No. *Dedesco mori* —replica Henry sin parar de reírse—. *Memento Sam*.

CAPÍTULO 12

En todo juego, alguien pierde.

El fango de mi ropa ha manchado el cuero del asiento del conductor. Baz se apoya contra el respaldo de mi asiento, tarareando desafinadamente. Henry va sentado a mi lado. Tiene la mirada perdida en la carretera, pero me está esperando a mí. ¿Continuaré en el juego?, pregunta su ceja arqueada. ¿O lo decepcionaré?

Graves guía su moto a la carretera siguiendo la luz de los faros del descapotable. Los focos no permiten que nada se esconda. Un agujero en el lóbulo de su oreja, encima del cartílago. Las venas del dorso de sus manos. Las pestañas cortas y afiladas enmarcando unos ojos aún más peligrosos. Él es el único que no está cubierto de fango.

La muerte de mi primo no fue un juego.

—¿Qué significa *dedesco mori*? —pregunto, aunque para lo que quiero una respuesta es: «¿Por qué Sam? No necesitaban las llaves. No lo odiaban. ¿Por qué él no está y ellos siguen aquí?».

—Alguien no prestó atención en las clases de Latín en… ¿Dónde decías que fuiste al instituto? —Henry tiene un aspecto febril, con los labios secos y entreabiertos, y un extraño brillo en los ojos. Debe de estar más borracho de lo que pensaba.

—No lo he dicho.

—Kentucky —responde Baz desde el asiento de atrás. El cristal

rechina bajo sus dedos. Borra un dibujo demasiado rápido como para que me dé tiempo a verlo por el retrovisor—. En sus documentos pone Kentucky.

«En mis documentos pone».

—No os he enseñado mis documentos.

—No suenas a bourbon —dice Henry—. Más bien a gritos y aguardiente casero.

Ni siquiera pensé en los acentos cuando escribí esa dirección. El de Henry es el de una familia adinerada, afilado por el tiempo y el frío clima del norte. El mío es solamente de Amberdeen. El de Sam también lo era, una voz como el sirope sobre unos gofres, colándose por los huecos que se supone que hay entre las palabras.

—No todos los acentos son como un monolito regional —ruge Baz, como si no estuviera recubierta de fango, como si no acabaran de simular un asesinato. Moratones en los brazos, agua en los pulmones, casi ciego de alcohol, pero no de drogas. No puede ser casual que sepan esas cosas. Pero el suelo no tenía el aspecto de cuando lo encontré, y solo acababa de empezar a llover. No era suficiente para borrar las marcas de un forcejeo—. Y no es de una gran ciudad. La dirección era… —Se queda callada y tengo que prestar atención porque están hablando de mí y de mis mentiras, pero sigo estando a dos metros de profundidad en el arroyo. Baz suspira—. Hmmm. No me sonaba el nombre del pueblo. Ahora mismo no me acuerdo.

—Mi familia es de por aquí —digo, ahogando recuerdos y huyendo de la verdad—. El negocio de mi padre está en Kentucky. Tenemos una casa en el monte. Te he hecho una pregunta: ¿qué significa *dedesco mori*?

Pero lo que quiero preguntar es: «¿Por qué lo tuvisteis que sujetar si no se estaba resistiendo?».

Henry suspira.

—Si esta vida es real, ¿qué es lo más aterrador que tiene?

Aprieto las manos en el volante. Sigue jugando conmigo, aunque sea mi turno.

—La muerte.

Graves le da una patada al embrague de su moto.

—Eso es *memento mori* —dice Henry.

—Recuerda la muerte —respondo, y quiero que me diga algo más. ¿Mantuvo esta misma conversación con Sam? ¿Fue esa su justificación?—. Sé qué significa eso. Pero no es por lo que te he preguntado.

—No es solo «recuerda la muerte». *Memento mori* significa que la temas. Clavárnosla en el corazón para mantener el rumbo y creer que la vida no puede ser mejor. —Me escudriña en busca de alguna debilidad en mis ojos. A diferencia de Graves, no hay nada en él que me haga pensar que no podría soltarme de sus manos. Pero las serpientes de cascabel también son delgadas, y lucho contra la parte de mí que piensa que, con un solo movimiento en falso, será mi cuerpo el que termine rígido en el arroyo—. Nos pasamos toda la vida temiendo la muerte, cuando esta no es más que el principio. Un rasgón en un alma eterna. ¿Por qué centrarnos en eso, cuando lo único que conseguimos es que la vida parezca insoportablemente corta?

Graves acelera la moto sin apartar los ojos de nosotros. No puede ver el interior del coche por el brillo intenso de los focos. Da igual. Las palabras de Henry, la amabilidad de Baz y los ojos de Graves me

están asediando, y por Dios, ¡por Dios!, no quiero tenerle miedo a la muerte. Quiero que lo que pasó haya sido el principio de la historia de Sam, no el final.

Pero se equivoca. La vida es insoportablemente corta, y él y Graves acortaron la de mi primo aún más.

—Desaprende la muerte —apunta Henry. Parpadea demasiado despacio—. Y por fin estarás viva.

—*Dedesco mori* —dice Baz desde atrás.

—Eso no son más que palabras —respondo, desesperada por mantener el control.

Todo está intensificado, un paso más real y, aun así, un tacto menos lúcido de lo que debería, como vadear por una pesadilla.

Henry se acomoda en su asiento. Sacude la cabeza despacio, como si estuviera intentando remover algo despierto en su interior.

—De momento.

De momento. Aprieto aún más las manos sobre el volante. Esto es una locura.

—¿Eres Jesús o qué? ¿Tan borracho estás?

—Pensaba que habías dicho que no tenías miedo —dice.

—La muerte no es algo en lo que puedas decidir no creer.

La llave está en su sitio. Mi pie en el acelerador. Graves está sobre una moto. Henry está sentado a mi lado, sin el cinturón puesto; Baz, la más callada, a un paso de distancia de todo esto, es la única con el cinturón de seguridad abrochado. Sería fácil hacer que pasara… algo. Demostrar que Henry se equivoca y que la muerte no es una tela de araña de hermosas palabras, sino una garganta hambrienta y sin fondo. Si todos nosotros desaparecemos, dará igual que nadie me crea respecto a lo que sé que le pasó a Sam.

—¿Cómo preferirías estar, Jamie? —pregunta él—. ¿Viva y con miedo, o viva y libre?

No le respondo.

Me toca jugar a mí, Henry.

Meto la marcha atrás. Las ruedas giran; nos sacudimos hacia la carretera. Graves gira bruscamente para rodearnos. Giro el volante, piso el acelerador, y vuelve a aparecer ante los faros. El coche se llena de música, un hilo grave y rítmico que me zumba en los oídos. Henry debe de haber encendido la radio. Salimos de la oscuridad y entramos en Amberdeen, con la luz destellando amarilla, mi pie en el freno y Graves derrapando por el asfalto al tomar una curva; de pronto, estamos en mi calle. Mi casa desaparece en un parpadeo menos real que la sensación de este pedal presionando con fuerza contra el suelo. Graves gira la cabeza para mirarme por encima del hombro, con la boca fija en una línea despiadada.

La montaña se hace con la carretera, como enroscándosela entre sus dedos. Henry golpea con la mano contra el lateral del coche mientras yo cambio de dirección bruscamente y continúo por la carretera de un solo carril. Quiero que me detenga. Quiero que me contenga, que me diga que voy demasiado rápido: no eran más que palabras, tranquilízate, mira a la carretera, nos vas a matar. Oscila hacia mí. Yo lo aparto de un empujón. El coche alcanza a Graves y giro el volante hacia él.

La moto se aparta hacia un lado, la cicatriz de una serpiente abriéndose camino. Graves mueve la boca, pero no lo oigo, solo escucho el rugido del motor y el quejido del violín. Henry mueve una mano hacia la mía. Me detiene y endereza el volante. Se convencerá

de que se equivoca, de que la muerte es algo a lo que hay que temer y de lo que hay que huir.

Sus dedos se apoyan suaves como plumas y cubren los míos uno a uno. Graves avanza en paralelo a nosotros. Mis dedos se sacuden bajo los de Henry, pero, aun así, no coge el volante. Es como si lo único que quisiera fuera sentir cómo me muevo al sacar de la carretera a su amigo.

Esto es lo que se siente al tener una vida en tus manos.

—Te equivocas —digo—. Si le doy, se acaba.

—Viva y con miedo; viva y libre. Tú eliges, Jamie. —Tiene la mano fría—. No pienses en finales. Piensa en el ahora.

Desliza la mano de la mía para estirarse sobre mí y bajar la ventanilla. El rugido de nuestros motores entra en el coche.

—¿Qué cojones? —grita Graves.

El viento se enfrenta a él de la única forma que puede, azotándole la rebeca contra el pecho. Aparto la mirada de la carretera el tiempo suficiente para mezclarla con la suya. Veo el momento en el que lo comprende: esa mirada severa suavizándose alrededor del miedo, el vistazo al asiento trasero, donde está Baz.

Puede que gane este juego, a pesar de todo.

—¡Na- na-na-na! ¡Na-na-na! —Baz masculla la canción de los pajaritos.

Con cada sílaba, aprieto más el acelerador. El motor se abre, resonando por las colinas que nos rodean. El rugido soy yo, procede de mis huesos, se extiende para devorar la noche.

Delante, la carretera toma una curva tan cerrada que se puede ver la otra parte de asfalto entre los árboles. Si no giro con ella, Graves no tiene dónde ir más que al bosque. Como nosotros. Voy a girar.

Voy a… girar.

—Na-na-na-na-na-na. ¡¡Na-na-na-na!! —grita Baz.

Henry me mira con los ojos vivos y muy abiertos. Si no aparto la mirada se me va a zampar de un bocado.

—Te equivocas —le digo, apartando la mirada para dirigirla a la carretera.

—Demuéstralo —responde Henry.

Un desafío, un recordatorio de Graves provocándome, diciéndome que no soy nadie, nada, nadie. Sus dedos vuelven a danzar sobre los míos.

—¡¡Na-na-na-na!! —grita Baz.

Los faros son de un blanco intenso contra los troncos marrones de los árboles. Tengo los ojos abiertos; el pecho se me llena con la posibilidad de que tenga razón, de que en el mundo no haya nada más real que nosotros, de que no haya espacio para respirar. Nosotros, nuestras manos apretadas con fuerza, nuestra piel mordida por el viento, nuestros ojos abiertos y ese hambre eterna. De esto es de lo que está hecha la inmortalidad. Esta es la forma de salir de la tumba que Sam cavó para nosotros dos.

Baz intenta inclinarse hacia delante, pero no llega al volante. Tengo el brazo levantado, impidiéndole que haga nada, por mucho que me tire de la muñeca. Henry está sentado a nuestro lado con los ojos cerrados y la mano libre colocada de forma despreocupada en la nuca. Sabe que voy a girar. Por eso no está preocupado.

Pero ¿y si no lo hiciera?

El tiempo se estrella contra sí mismo, ralentizando el pulso en mi oído hasta que no es más que una percusión distante. Cada momento se vuelve uno: la presión cálida de la mano de Baz sobre

mi hombro, sin el cinturón, empujándose cada vez más adelante. El asiento de cuero, y mi rodilla recta. Mi pelo, las puntas me pinchan al golpearme en los ojos. La mano de Henry y la mía, piel con piel, rota con facilidad.

Podría morir. O a lo mejor él tiene razón y no moriré, solo me quebraré. Yo antes. Yo después: un cuerpo abandonado y una chica por fin libre.

No necesito pruebas.

Sé que fue esta gente la que mató a Sam. Cuando vives como si no pudieras morir no hay nada a lo que no te atrevas.

—¡Jamie!

El viento arranca el grito de Graves. Pero es suficiente: me despierta, sacándome del mundo de Henry hasta la oscura y arrolladora verdad: estoy a punto de matarnos a todos. Intento girar. Mi mano se enreda con la de Henry. Baz salta a por el volante y lo hace girar. El coche patina a un lado. Graves desaparece con el chirrido de los neumáticos y un ruido metálico. El coche se sale de la carretera por el lado equivocado. El parachoques choca contra una roca baja y redonda. Dos neumáticos derrapan, deslizan, inclinándonos por una ladera. Hay una avalancha de oscuridad y un crujido que me trae de vuelta.

Nadie se mueve. Las ramas de rododendro entran ambiciosas por el parabrisas roto. Me arden las mejillas; algo húmedo y cálido penetra en mi oreja. Una rama del tamaño de mi muñeca embiste el asiento del copiloto, dejando en su recorrido una marca ancha y cruda por la clavícula de Henry. Baz patalea en el asiento trasero, tirada en el centro, con la frente ensangrentada por donde se ha golpeado contra la radio.

«Pum».

«Pum».

«Pum».

Empiezo a respirar.

—¡Hostia puta! —exclama Baz, aún pataleando—. Hostia puta.

Tengo que salir.

—No —respondo—. Te equivocas.

Busco a tientas el pestillo de la puerta, pero no lo encuentro. Me impulso y salgo por encima de la puerta, deslizándome al suelo cubierto de hojas. El aire se arrastra por mis dientes, acelerado y con dificultad. Las ramas cubren el cielo. Baz sale junto a mí, tropezándose entre los arbustos. Se dobla por la mitad para vaciar el estómago.

—Jamie gana.

La risa de Henry empieza como un retumbar, y luego va aumentando su volumen. Encaja con las sacudidas de su cuerpo, domesticándolo, poseyéndolo. No hay nada que temer, es lo que me dice, lo que nos dice a todos. Nada que temer, pero todavía estando vivos. Todos lo estamos, incluso Graves, que se levanta de la moto y del rastro de pintura que ha arañado por el asfalto, con la mano apretada contra una herida abierta en el brazo. Todos vivos, respirando, envolviéndonos unos a otros, estabilizándonos, escupiendo sangre de las mejillas cortadas y parpadeando con demasiada fuerza porque la noche está oscura, pero el mundo…, el mundo está iluminado.

Viva. Más viva de lo que nunca lo he estado.

Graves ayuda a Baz a levantarse y apoyarse contra un árbol, luego

saca a Henry del coche. Se caen. Él lo sujeta contra su pecho, con los nudillos ensangrentados.

—Jamie —dice Henry con respiraciones entrecortadas—. ¿Qué sientes? Dice…

Necesito que me mire. «Graves, tranquilízame». Nuestros ojos se encuentran cuando no respondo a la pregunta de Henry; los suyos son crueles y brillantes; los míos, abiertos, demasiado abiertos. Sí, esta soy yo, la chica a la que Graves está mirando como si quisiera eviscerar la tierra y enterrarme debajo.

—Nada —miento—. Todavía.

—Asombroso.

Henry se aparta de Graves y se acerca a mí, apoyándose con una mano en el maltrecho coche. Cuando me agarra de la barbilla, la sangre en las palmas de sus manos hace que las sienta pringosas. Se me acelera el corazón. Me pregunto si lo puede sentir bajo mi piel. El momento se estira, pero mi pulso no se relaja. Repentinamente, comprendo que no lo hará hasta que este chico me suelte. Entonces deja caer la mano. Puedo respirar.

—Tienes mucha vida en tu interior —dice—. La quiero toda.



SEGUNDA PARTE

Albergo grandes esperanzas, y
me alegraría si lograra encontrar al menos
una cosa que sea cierta e incuestionable.

RENÉ DESCARTES,
La segunda meditación



Los espejos son ojos grapados y abiertos. Siempre atentos, sin parpadear jamás, no hay descanso para su visión. Pasan horas, días y años mirando al mismo trozo de pared, a la misma sombra cambiante conforme despierta el amanecer y estalla la tarde y cae la noche. Ven las pequeñas costuras gastadas de la realidad, donde el ahora se encuentra con el antes de forma inquietante. Ven la forma en que los ojos más mortales se deslizan entre los hilos, cerniendo el ruido en la oscuridad; *déjà vu*, un sueño despierto.

Los ojos de Adrian se aferran hambrientos a dicho hilo. La oscuridad en su interior clama por salir y ser devorada. Arrastra el espejo hacia abajo y lo apoya contra el lateral de la chimenea vacía. Golpea las rodillas contra el suelo con un crujido. Se sube las mangas. Ni siquiera la quemadura en carne viva de la carretera puede ocultar las cicatrices que le cruzan el antebrazo. Tantos sacrificios hechos a este altar, pero hace mucho tiempo que lo desea, tanto como ahora.

El espejo siente su anhelo. Ya se levantan las sombras, rápidas como la sangre en una herida. Ahora se divide en una rebanada helada; Adrian está al descubierto. Ahí, en la curva hueca de su mandíbula, puede verse el traumatismo de su curiosidad. Ahí, en el monte hinchado de su labio, el eco del metal sobre la madera, sobre

la piel, sobre el hueso. Y por todas partes, esparcida por su piel, escrito sobre sus pupilas, en la mirada de sus ojos retorcidos por la ira.

Los escalofríos lo obligan a apretar el cuchillo contra la rodilla para mantenerlo firme. La sombra se adentra más en el bosque. Baz se sacude contra el suelo. La sonrisa interminable de Henry. Ella mirando, escuchando, viéndolo todo. Esto era lo que él quería. Que lo vean es casi tan agradable como que lo perdonen.

«Tiene que ser», piensa mientras las garras hacen desaparecer el recuerdo de su tacto, de su respiración, de su voz y su rabia, de su culpa, de su elección. Porque, desde entonces, el perdón se ha podrido. 2

CAPÍTULO 13

—¿Tofu a la parrilla? —La pregunta me devuelve a la realidad.

Me había quedado mirando mi plato de ensalada, con alfalfa y zanahoria rallada. Es muy distinto al sándwich de mantequilla de cacahuete y azúcar glas, la bolsa de patatas vinagreta y esa manzana que llevaba siendo mi almuerzo desde la guardería. Seguramente, papá siga haciéndoselo para él, como si nada hubiera cambiado. Sin preocuparse, sin insomnio… y sin buscarme.

No pude deja de pensar en ello hasta el amanecer. Casi nos mató a todos. Si lo hubiera hecho, mi padre se habría despertado y habría estado completamente solo. Me pregunto si se habría dado cuenta. O si le habría importado.

A veces, Jamie Vane parece mucho más real que yo.

—¿O filete? —La mujer me sonríe impaciente. Lleva un gorrito gris y un delantal a juego. El par de pinzas plateadas planean entre las dos opciones de proteína.

Los almuerzos de este lugar no tienen nada que ver con los de East County, donde nos pastorean a todos para disfrutar de veinte minutos de libertad envuelta en plástico. Huntsworth tiene horas de cafetería durante las que los estudiantes pueden entrar y salir conforme dicten las clases y el hambre, y piden la comida en una fila en la que hay al menos tres opciones diferentes. Y si no encuentran el momento entre el horario de apertura, hay una nevera llena de

postres helados y barritas de granola y ensaladas perfectamente empaquetadas y paninis fríos, suficiente comida para alimentar a un equipo de fútbol. Aquí nada es como en casa.

No lo echo de menos. Ojalá papá pudiera escucharme y enterarse. No echo de menos mi casa, en absoluto. Solo echo de menos a Sam.

—No tengo hambre. —Dejo la bandeja y me vuelvo hacia el comedor.

Las pinzas hacen clic una vez detrás de mí. No he mentido. No tengo hambre. Solo quiero tener algo en las manos cuando vaya a la mesa del fondo. El comedor está casi vacío, excepto por un tenso alboroto cerca de las ventanas translúcidas donde un grupo de alumnos rodea a Henry, Baz y Graves. Anoche, intenté volver antes que ellos, manteniendo la esperanza de poder, al menos, contar mi versión al personal antes de que ellos contaran la suya y me echaran o me metieran en la cárcel.

Pero Henry no me lo permitió. Me llamó, me mantuvo cerca, me obligó a ayudar a Baz a caminar recta mientras avanzábamos despacio y balanceándonos, colina arriba, compartiendo la única botella que sobrevivió al accidente. Baz se la apretaba contra la herida de la frente con la misma frecuencia que bebía de ella. Todos nos tambaleábamos, menos Graves; nos cambiábamos de brazo y nos estremecíamos cuando un nuevo compañero nos rozaba en un lugar que nadie sabía que estaba dolorido hasta que lo tocaban.

Intenté matarlos y solo conseguí que se acercaran más a mí.

Los boletines de «la liberación de los sabuesos», con el nombre del evento, la fecha y una elaborada voluta, eran la única información del evento; cubrían la puerta de cristal de la nevera de autoservicio. Cojo un yogur y abro la tapa con los dientes, la chupo y

la tiro a la basura. Sigo sin tener hambre, pero me meto la cuchara en la boca igualmente y rezo para que comerme ese yogur impida que nadie se dé cuenta de que me tiemblan las manos.

Esta es la primera vez que los veo desde que, anoche, nos fuimos cada uno a nuestra habitación. Esta mañana me he saltado la clase de Teología y he esperado a que se fuera todo el mundo para registrar la habitación de Baz; al menos, todo lo que he podido en el revoltijo de ropa y trabajos. Lo único interesante que he encontrado han sido una larga sábana negra envuelta sobre el espejo al fondo y un pequeño frigorífico bajo la cama lleno de botes de insulina y agujas. La prueba de que es diabética; nada que la relacione con Sam.

Sigo con las manos vacías y el tiempo apremia.

Me acerco.

—La moto sigue en la cuneta. —La voz de Graves suena extraña, como estirada en la forma de su sonrisa falsa.

Es el único que tiene un plato vacío delante, lleno de migas de algo que se ha comido más rápido que los demás. Me pongo detrás del banco repleto de gente, enfrente de él, fingiendo que me interesa más rebañar la fruta del fondo de mi yogur que escuchar.

—¿No la vas a arreglar?

—Es su tercera moto este año. ¿Para qué repararla cuando puedes comprar una nuev…?

—Abandonada como un cadáver. ¡Ja!

—Enséñamela otra vez. —Esto lo dice una chica apoyada sobre la mesa al lado de Graves, con las piernas cruzadas, tocándole el borde de la camisa con la punta del zapato.

Él parece no escucharla y sigue hablando del último modelo de

moto. Pero se tira de la camisa y levantándola hasta el pecho. Unas vendas blancas le cubren el costado. Un sarpullido sobresale bajo los bordes. La chica pasa los dedos por el centro.

—¿Quieres que dé una vuelta, Victoria? —le pregunta él con un brillo travieso en los ojos.

Busco la fisura tras ese brillo. Este es el chico al que vi en la fiesta junto al arroyo, gritando para que nos comportáramos como si estuviéramos vivos, con clichés trasnochados y promesas con los bordes afilados; sin embargo, no es el mismo que me miró a los ojos cuando la carretera se acababa.

Estoy segura de que es pura fachada. Pero no sé para quién actúa. Victoria, mordiéndose el labio y con los ojos azules fascinados, es su público más evidente. Pero Henry también está a su lado, observándolos. Y está Baz, sentada al otro lado de Henry, con el uniforme impoluto y una herida llamativa bajo el flequillo.

—Tres metros más y habría sido Graves el que acaba en la cuneta. —Henry mueve los dedos en el aire como si dirigiera a una orquesta —. Por poco.

—Qué macabro. —Victoria baja la mano por la piel bronceada junto a las caderas de Graves.

Él tensa los músculos. Yo trago y levanto la mirada, hacia sus ojos. Se deslizan hacia la cara de Victoria tan rápido que creo que lo he imaginado. Su camisa vuelve a caer. Le coge la mano y entrelaza los dedos con los de ella. Ella se ríe, un sonido que me molestaría, pero agradezco mucho no sentir nada ya.

Tampoco lo sentía. Ese sonido de percusión en mi corazón solo fue por lo que pasó anoche. De pronto, ya no estoy segura de que no estuvieran todos tomándome el pelo. El único que me ha mirado, de

momento, es Graves, si es que eso fue una mirada. Tal vez lo haya entendido todo mal, y esto es una venganza lenta y pública por el accidente. Me saco el anillo de mi madre por la cabeza y lo deslizo en el dedo. Luego lo vuelvo a sacar.

Baz le da un golpecito a un montón enorme de tiras de pollo que hay entre ella y Henry, acercándolas como si pudiera convencerlo de comer y ser normal solo por puro instinto.

—¿Podemos hablar de otra cosa? De la liberación, por ejemplo. Solo quedan dos semanas. ¿Ya tenéis pareja?

—Puede que yo sí. —Victoria no para de jugar con la mano de Graves.

—No me puedo creer que hayáis destrozado la moto y tu coche —dice un chico sentado enfrente de ellos.

Henry coge una tira de pollo de debajo del montón y la montaña se derrumba. Se inclina hacia atrás, con un ligero tirón, y el veterano sentado frente a él aúlla. Henry le da otra patada, esta vez más evidente. El chico se desliza a un lado. El pie de Henry abarca el espacio.

—No lo he destrozado yo —dice, y me señala con una tira de pollo —. Ha sido ella.

Le quita el empanado a la tira de pollo mientras espera que yo diga algo. De pronto, todos los que están en la mesa me miran. Henry levanta lentamente la sonrisa, el tiempo suficiente para asegurarse de que me dé cuenta de que lo ha hecho a propósito. Me dijo que no estaba enfadado, me dijo que le caía bien; y, aun así, no estoy segura de que no fueran mentiras para que bailara para él un poco más antes de apagar todas las luces.

Vuelvo a colocar el anillo de mamá en su sitio; le empujo el pie del

banco y me siento en su lugar.

—Los Porsche son un horror.

La mesa estalla en una carcajada. Y entonces sé que ninguna de las dos cosas era mentira. No está enfadado, no me guarda rencor, porque él también se está riendo. Lo único que hace falta para acabar con esto y enviarme hecha pedazos a la puerta es una palabra. Sin embargo, tiene los ojos brillantes y muy abiertos cuando le pasa el brazo a Graves por los hombros.

—Te dije que era encantadora.

Graves, por el contrario, parece un rehén.

—Siempre te han gustado las suicidas.

—¿A mí? ¿Es a mí a quien le gusta? —pregunta Henry—. Eso no es lo que me dijiste anoche.

—Me la pela lo que hagas —dice Graves.

Henry lo suelta.

—Me has hecho daño, Malvolio.

Se están burlando de mí. Me encantaría estar comiendo algo picante, o caliente, lo que sea para tener algo a lo que culpar de este rubor del infierno. Graves se encoge de hombros, como si no supiera de lo que Henry está hablando. Baz me agarra la mano y me da un apretón que parece preguntarme si estoy bien. Aparto la mano, pero le sonrío. No es tan complicado como quizá debería serlo.

La única que no se ha rendido es Victoria, y algo supura en su mirada.

—¿Conducías tú? —pregunta—. Casi los matas.

La mesa se queda en silencio. Alguien tose. Henry por fin da un mordisco.

—Venga, Vicki. Todos sabemos que a Delgado le encanta el luto por los alumnos. —Se escucha alguna risa, pero más tranquila, menos segura—. Jamie casi te hace un favor. Habrías tenido un día libre, puede que incluso una semana si yo también hubiera muerto y hubieran tenido que calcular cómo pagar los sueldos de primavera. Delgado no habría tenido ni siquiera que inventarse lo del accidente de coche; por una vez, el artículo habría sido verdad.

—Henry —dice Baz, como una advertencia rápida.

A mí me sonríe, pero es evidente que quiere que él deje de hablar.

Yo no. Si hubiera sabido que lo único que necesitaba para averiguarlo todo era intentar matar a Henry, lo habría tirado por la ventana el día en que nos conocimos.

—¿Qué quieres decir con eso? —Araño el fondo del vaso de yogur con la cuchara, fingiendo despreocupación—. ¿Inventar un accidente de coche? ¿Quién más ha muerto?

—Unos de segundo curso —dice Henry—. Se cayeron de la azotea de Killary a principios de curso. Últimamente, hay muchas muertes por drogas.

Abro los ojos de par en par. La azotea cerrada, las llaves, las drogas. No puedo evitar tensarme.

—¿Murieron de sobredosis?

—Es una epidemia. —Suspira, profundo y melancólico.

Gilipollas.

—¿Y por qué dijeron que fue un accidente de coche?

Victoria dice:

—A Huntsworth se le da bien cubrir su majestuoso culo. La junta es capaz de cualquier cosa o pagar a quien sea para mantener la buena reputación.

—Pero murieron. ¿Qué pasó con sus padres?

A nuestro lado, Graves murmura:

—¿Preferirías que te dijeran que el hijo cuya educación te ha costado miles de dólares se ha pillado un colocón y se ha caído de una azotea que debería estar cerrada, o que murió trágicamente, con su mejor amigo, en un accidente de coche durante la entrega de unas donaciones?

«Oh».

Recuerdo haber escuchado esa historia en el pueblo, en otoño. Dos chicos que iban de camino a un albergue de personas sin hogar con una camioneta llena de ropa de marca perdieron el control del coche y cayeron por un puente. Los cuerpos nunca se recuperaron; solo el coche. Era lo bastante sencillo para fingirlo. Igual de fácil que el cuerpo de un guardia de seguridad tirado en mitad del bosque.

Más drogas. Una causa secundaria de la muerte. Dos ubicaciones; una que no termina de encajar con los hechos. Una historia inventada con la que todo el mundo parece estar muy familiarizado. Lo mismo, es lo mismo que con Sam.

—Preferiría que me dijeran la verdad.

—Claro —dice Victoria con una risotada—. Porque eres pobre. —Se me ponen los vellos de punta. Tamborilea los dedos con una manicura perfecta contra su mejilla y baja la mirada al cuello de mi uniforme. Me apresuro por tapar la esquina raída por la que cuelgan varios hilos diminutos—. Es adorable que pensaras que podías ocultarlo.

—La ropa de segunda mano es mejor para el medio ambiente —dice Baz antes de que me dé tiempo a responder. Su voz suena luminosa. Me mira con una ceja arqueada y una expresión divertida.

En mi interior todo está enredado. El agradecimiento se lía con la vergüenza antes de excavar profundamente bajo el amargo peso de la culpa. Nunca podré ofrecerle una mano amable. No de verdad. Algún día lo averiguará.

Pero no se trata de mí. Jamás se ha tratado de mí, y da igual lo que cualquiera de ellos piense de Jamie. No necesito su respeto. Necesito una confesión. Las llaves, las drogas, el teléfono, incluso el lugar del asesinato, todo me ha fallado. La única prueba que me va a servir para que paguen por lo que hicieron es una confesión.

—¿Se tropezaron y se cayeron de la azotea igual que el guardia de seguridad se cayó en el arroyo? ¿O también tenían moratones por los brazos? —Las palabras salen de mi boca antes de que sea consciente de cómo suenan.

Siento los ojos de Graves pegados sobre mí.

Una respiración. Dos. Luego la impasibilidad se rompe en una sonrisa, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de que mi mirada ha hecho que todo el mundo espere que diga algo.

—Killary tiene una altura de seis plantas. Me imagino que tenían moratones por todas partes.

Me pongo de pie y me golpeo con el banco detrás de las rodillas. A mi alrededor, los demás se vuelven a reír, pero yo tengo un millón de nudos en el estómago. Es un monstruo, un monstruo perfecto. Están todos inclinados hacia delante, siervos de cabezas huecas que no ven hasta dónde llega la oscuridad de su interior. No puedo permitir que siga ocultándola.

—Jamie, creo que nuestra hobbit solterona te está buscando —dice Henry.

Me giro hacia donde señala con la tira de pollo. A unos metros de

distancia, la señora Hobbins se detiene y se alisa el dobladillo de su ya inmaculado jersey de cuello vuelto. Frunce el ceño, evidentemente molesta por el apodo que ha usado Henry, pero centra toda su ira en darme una bofetada con su tono:

—Señorita Vane, por favor, venga conmigo al despacho de la directora Delgado.

Han devuelto el cheque. O simplemente se acaban de enterar del accidente. Sea como fuere, se me acaba el tiempo, pero aún tengo cosas que hacer.

Hobbins se da la vuelta, segura de que la voy a seguir. Cierro los puños y miro a la puerta lateral, como si pudiera salir corriendo y esconderme. Detrás de mí alguien silba una música fúnebre. No miro, porque si es Graves, no podré aguantarme y gritaré.

No puedo irme ahora.

Huir solo empeoraría las cosas. Intentaré hablar con Delgado para evitar que me expulse. Encontraré la manera de quedarme. Tengo que hacerlo.

Por Sam.

—Que no te lleve a la azotea —grita Harry a mi espalda, alegremente.

CAPÍTULO 14

El despacho de la directora Delgado está vacío. Hobbins me indica que me siente en una silla nada más entrar. En cuanto desaparece su sombra, me pongo de pie de un salto y deambulo de un lado a otro. Pero la habitación es demasiado acogedora para calmar esta energía nerviosa, como si quien la decoró hubiera pretendido absorber el mayor espacio posible y no dejar nada para mí. Dos estanterías repletas de libros hasta el techo enmarcan la chimenea eléctrica. En frente, una vitrina con una bola del mundo y un juego de elegantes archivadores con señales como entrantes o salientes. En el otro lado de la habitación, un escritorio de madera oscura se extiende sobre una alfombra insolentemente lujosa. Es evidente que el lugar preferido no es el escritorio en sí, sino el sillón de cuero encajado en una esquina detrás de él. Al lado, una mesa llena de fotografías. Un libro cubre el brazo.

Delgado entrará por esa puerta en cualquier momento y me mandará a casa. El sheriff Barron subirá el sendero hasta el colegio en su coche patrulla, con la mirada profunda y engreída bajo la visera de la gorra. «Un escondite curioso para una chica como tú», dirá mientras espera a que me suba en el asiento de atrás.

La puerta detrás de mí se abre con un sigiloso raspado contra la alfombra. Delgado se dirige a mí. Su mirada envuelve todos mis

nervios alrededor de una roca y los deja caer hasta el fondo de mi estómago.

Se acabó el tiempo, y Jamie Vane no tiene ni una sola mentira a la que agarrarse. Esta mujer no solo va a mandarme a casa, va a enviarme a la cárcel. Y, por supuesto, la única vez que el sistema judicial funcione rápido será para penalizarme.

Señala con la mano abierta el sillón de cuero detrás del escritorio. Yo no me muevo. Pasa por mi lado y se sienta en la silla, recogiendo el libro del brazo del sillón que me ha señalado; coloca un punto cuidadosamente antes de dejar el volumen a un lado.

—Siéntate, por favor.

El hueco detrás del escritorio es demasiado pequeño. O puede que el hueco que exige esta mujer sea demasiado grande. Como buenamente puedo, paso entre las sillas y me siento; me ha traído a su despacho para que esté cómoda. Sonríe y se inclina para apoyar la barbilla sobre la palma de la mano. Cada movimiento parece pensado para que me relaje.

Sin embargo, consigue todo lo contrario. Está muy serena, una mujer con el control completo de su cuerpo y su futuro. Nunca se ha preocupado de su propia sensatez; solo de la de quienes deciden no hacer lo que ella ha pedido.

—¿Qué le parece la escuela, señorita Vane?

Llena de monstruos y demonios.

—Estimulante.

—Llegar en el último curso no es nada fácil —dice. Intento leer entre líneas y detectar la trampa, pero todavía no logro encontrarla. Muevo los pies en el suelo al asentir y levanto uno para colocarlo sobre la silla. Ella continúa—: Me han comentado que ha faltado a

algunas clases. ¿Le gustaría que le asignara un acompañante para que la ayude y se pueda organizar mejor?

Lo último que quiero es una sombra, humana o no.

—Me perdí. Pero no volverá a pasar.

Ella agita la mano como si estuviera espantando una mosca. Creo que va a seguir, a indagar más. Pero se gira.

—Anoche estaba con el grupo del señor Wu en el accidente.

Ya está. La horca. Ahora atará el nudo con eso que de Henry está a prueba, o que lo estaría si no fuera por la larga historia que mantiene su familia con la escuela. O lo apretará más al decirme que mi comportamiento no encaja en los estándares de Huntsworth. Estoy lista de papeles: me va a decir que no está segura de que este sea mi lugar, que le parece que aceptarme haya sido una buena idea, aunque mi candidatura fuera buena. ¿Dónde está tu expediente académico? ¿Dónde están tus referencias? ¿Dónde está nuestro dinero? ¿Quién eres, señorita Vane?

Cojo una de las fotos de la mesita para conseguir tiempo. Es una antigua fotografía de una chica joven: Delgado con un bebé en brazos. La criatura tiene el pelo alborotado de un color rubio platino. Se acurruca en el hombro de la directora. No me ayuda a pensar en una excusa.

—Es complicado no estar en una fiesta que se celebra en tu residencia. —Malinterpretar su pregunta es lo único que puedo hacer por ahora. Si no va a acusarme de provocar el accidente directamente no voy a hacerlo yo por ella.

Se inclina sobre el respaldo de la silla y me da espacio.

—Yo también fui alumna. Cuatro años en Huntsworth. Sé lo exigente que es.

Levanto la barbilla. Que me diga eso implica que no me va a expulsar. No todavía.

—No he llegado hasta aquí desperdiciando mis oportunidades. Las conexiones que entablé en este centro me proporcionaron una red profesional duradera, una que aún hoy me sigue siendo útil. Pero no la he traído aquí para hablar del pasado. —Señala la foto—. A mi hija le está costando mucho sacarle provecho a sus años aquí. Espero que (y ahora hablo únicamente como madre, no como directora) con sus méritos académicos y el hecho de que su apartamento y el suyo estén tan cerca las cosas puedan cambiar.

Su hija es una alumna. Miro más atentamente a la niña, la forma de sus ojos y la inclinación de su barbilla.

—Basile necesita una amiga de verdad, alguien que la inspire a alejarse de… ciertas amistades.

Basile. La niña en los brazos de Delgado es Baz. Jamás lo habría adivinado si no me lo hubiera dicho, y no solo porque Baz se apellide Hallward. La primera vez que vi a la directora Delgado trató a Baz como al resto. Peor, incluso. A mí al menos me saludó.

Ahora tiene sentido por qué, de todos los estudiantes del centro, Graves y Henry se han agarrado a esa chica insegura. Que sea hija de la directora les da otra capa de protección. Pero Delgado ve más allá de sus mentiras, al menos lo suficiente como para querer alejar a su hija.

Suelto la foto. Bajo el pie para cruzar las piernas por los tobillos al lado de la silla y adoptar una pose idónea de señorita de Huntsworth.

—No sabía que Baz fuera su hija… Quiero decir que Basile…

—No cambia nada, por supuesto. Ningún alumno está exento de

cumplir con sus deberes.

Ningún alumno. Ni siquiera un par de chicos herederos de una gran fortuna. Puede que ella me escuche si le hablo de Henry y Graves. Y si la directora de Huntsworth fuera la que entrega las pruebas al sheriff Barron…

«A Huntsworth se le da bien cubrir su majestuoso culo». Una mujer que prioriza la reputación del colegio puede estar dispuesta a escuchar pruebas de que los chavales que quiere sacar de la vida de su hija son el cáncer de esta escuela. Si le doy pruebas concretas conseguirá lo que desea: un motivo para expulsar a Henry y a Graves, alejarlos de Baz y mantenerla a salvo. Ellos pueden ser los chivos expiatorios para todo lo malo que ha pasado en este campus.

Noto el pecho dolorosamente tenso. Resulta que la esperanza duele.

—¿Puedo marcharme ya? —Me levanto, antes de soltar otra mentira—: Había hecho planes con Basile para estudiar juntas después de comer.

—Por favor. —Se levanta para estar a mi altura. Me giro para marcharme; ya casi estoy en la puerta cuando ella vuelve a hablar—: Ah, una cosa más: el cheque que nos mandó su madre para la matrícula.

Por poco. Aprieto con fuerza el marco de la puerta y pongo una sonrisa digna de una chica de Huntsworth.

—¿Sí?

—Me temo que ha habido algún error. Hemos intentado contactar con ella, pero no hemos obtenido respuesta.

—Se lo comentaré, directora. —Suena muy fácil, muy libre.

—Hágalo, por favor. Necesitamos el dinero antes de que acabe el

trimestre, o tendremos que… —No dice nada más, con una mano apoyada elegantemente sobre el escritorio.

Final del trimestre. Dos semanas.

—Entendido.

CAPÍTULO 15

La pesada puerta se cierra y la pequeña biblioteca se pliega sobre mí. Las estanterías y lámparas de pie se levantan como una jaula amable. Una vez más, he venido aquí para descansar. Este lugar se ha convertido en mi refugio en el que ser simplemente Marin. No Jamie. Me dejo caer en una silla junto a la mesa y aprieto los puños contra los ojos. Hay muchas cosas que van mejor de lo que iban desde que pasé por esa verja: me he ganado su confianza, o lo más parecido que haya a la confianza en el caso de chicos como Henry y Graves; cuento con otra pista, dos chavales que se cayeron de la azotea de Hillary; me he ganado a la directora… y a su hija.

Pero solo me quedan dos semanas, y Sam parece estar más lejos que nunca.

No puede ser que una vida desaparezca así, deslizándose en silencio entre las grietas, dejando atrás nada más que un juego de llaves que nadie necesitaba. La vida debería terminar con un grito manchado de rojo.

La mesa delante de mí está repleta de libros. Los ojeo sin ganas; apenas he dormido. Veo un volumen de *Historia de la filosofía*, el libro en el que escribí hace tan solo unos días. Parece que haya pasado mucho más tiempo. Todavía sigue abierto bajo los demás, pero por una página diferente. Veo pegada una nota amarilla como a

mitad de la página, subrayando una cita de Séneca; tiene una anotación hecha a mano a su lado.

Ad astra per aspera.

no hay un camino fácil. ni en la vida, ni en la muerte

Paso las páginas hacia atrás en busca de mi anotación. «La muerte es lo más sencillo del mundo», escribí. Y, justo encima, la nota a la que respondí, con la misma letra que esta nueva.

Me ha respondido.

Me ha respondido a mí. Es real. Está aquí. Vuelvo a la nueva anotación y aparto los dedos. Es correcta, pero también se equivoca. *Ad astra per aspera*, traducido literalmente, significa: «No hay un camino fácil desde la tierra hasta las estrellas». Está escrito como si lo complicado fuera el camino en sí, pero no lo es. La vida comienza sin que lo decidamos… y termina de la misma manera. Una línea recta de nacimiento, respiración, muerte. Somos nosotros, nuestras ideas, esperanzas, sueños y necesidades, los que complicamos el camino.

Giro las páginas en busca de una cita con la que rebatir lo que me ha dicho. Encuentro una en la sección sobre Immanuel Kant. Subrayo la cita con cuidado. Escribo mi anotación en el margen:

Con la madera torcida de la humanidad, jamás se creó nada recto.

Immanuel Kant

Solo es difícil

porque estamos rotos

Nunca había admitido que temo que haya algo quebrado dentro de mí. Una necesidad de algo más que se cuela por todas y cada uno de los pliegues de mi piel. Pego la nota en la página nueva, cierro el libro y lo dejo a un lado, agradecida por el anonimato.

La única persona con la que he hablado de esta forma es Sam, pero él no hacía que me sintiera tan expuesta. Lo echo de menos. Añoro cómo hacía que mi vida fuera humilde. Tortitas, lacrosse, restaurar coches. Lo suficiente para llenar los días, pero no la mente; de modo que, cuando me sentaba en el hormigón a su lado y le pasaba las herramientas mientras hablábamos de nuestros sueños, estos parecían enormes. Aquí pasa lo contrario. Todo el mundo sabe demasiado, y yo no soy más que otra chica esforzándose de más.

De pronto, deseo tanto ver su sonrisa que me da igual que sea real o no. Él me habría traído a esta habitación. Seguramente, habría intentado traer a alguien más conmigo, amigos que él quisiera que hiciera. Pero habrían terminado marchándose y nos habríamos quedado los dos solos.

Sin embargo, la habitación está vacía.

Como siempre.

No es Sam quien me encuentra.

Un delicado golpecito en la rodilla me despierta. Justo después, un fuerte ruido sordo seguido de otro me despierta completamente. Henry está agachado junto a la chimenea, metiendo pequeños troncos en una pila de fajina que arde. Tiene el pelo recogido en la nuca. Se le ve un tatuaje.

—No quería despertarte —dice Baz—, pero temía que te asustara con tanto ruido y habría sido peor. ¿Cómo estás?

Se sienta con las piernas cruzadas en el suelo, junto a mi silla. Tiene la mochila a su lado. El llavero ya no está. Sus lágrimas eran de verdad.

Dudo.

—Bien. —No es suficiente: se lo noto en la cara. Alguien que está «bien» no estrella a propósito coches ajenos—. Anoche bebí demasiado. No debería haber cogido el coche.

Henry se ríe por lo bajo; sabe que es mentira, pero espero que Baz no se haya dado cuenta. Quiero que se sienta segura conmigo. Así será más fácil conseguir que responda a mis preguntas.

Me estoy mintiendo a mí misma.

—Estamos todos bien —dice ella con una sonrisa.

Que me perdone tan rápido me hace daño.

Aparto la mirada. Me duele el cuello. *Historia de la filosofía* no sirve de almohada. Gruño y me estiro hacia atrás por encima de la silla. Afuera está oscuro. Llevo horas durmiendo.

—¿Dónde está Graves?

Las llamas lamen la madera. Henry emplea un atizador de hierro para mover los troncos.

—Vive con él y, aun así, ansía su presencia. Adorable.

Se me pone la piel de gallina. No quiero saber dónde está Graves; quiero saber por qué no está con Henry.

—Estoy aliviada, no ansiosa.

—Queda poco para los exámenes. Adrian no estudia. Henry, ¿podemos ir a otra habitación? —Baz levanta la mirada al espejo sobre la cabeza de Henry, luego la aparta, mordiéndose el interior del labio.

—No lo mires… —dice— y él no te mirará.

Baz arruga la cara, pero no insiste. Se gira para sentarse de espaldas a la chimenea con las piernas estiradas en forma de V. Saca una bolsa de garbanzos asados con siracha de su mochila y me ofrece; niego con la cabeza y pienso en el espejo de su dormitorio, que está tapado con una sábana. A veces, tengo la sensación de que estoy reuniendo información sobre ellos igual que una ardilla hace acopio de frutos secos. La cicatriz de Henry. La apariencia que finge Graves. El miedo de Baz a los espejos.

Henry se levanta del suelo con un movimiento lo bastante rígido como para que piense en cuánto daño se hizo en el accidente. Mueve la silla que tengo frente a mí. La única iluminación procede de una lamparita y de la chimenea, pero, a pesar del tenue brillo, sigue pareciendo frágil. Los labios, demasiado rojos; la piel, demasiado pálida. Se saca un cuaderno del jersey. Un cuaderno que reconozco. La última vez estaba en el escritorio de mi dormitorio. Tan solo tiene alguna que otra anotación de las clases de los últimos días, más por aparentar que por otra cosa.

Pero aun así…

—Eso es mío.

—Jamie estudia —dice Henry—. Algo que, por supuesto, ya

sabíamos. Al pie de la letra, punto por punto. Eso no es posible a no ser que seas un genio o un estafador. ¿Por eso siempre te estás escabullendo? ¿Para estudiar? Pero te hemos encontrado sobando, no hincando los codos. ¿Acaso también te aburres, como Graves, y no necesitas leer dos veces una página para entenderla?

Mi cuaderno cuelga de sus dedos, provocándome. Tengo la frase «¿Qué hacías en mi habitación?» en la punta de la lengua, pero sus ojos oscuros parecen demasiado ansiosos y su sonrisa es demasiado amplia. Es la pregunta que está deseando que le haga.

Baz se vuelca el fondo de su aperitivo en la boca y llena mi silencio.

—¿A qué colegio ibas antes?

La tensión salta bajo mi piel. Cada mentira que cuento es una pequeña cadena, una que se rompe con facilidad, pero, cuanto más añado, más me ata. Y ya me cuesta respirar. Busqué el nombre de un colegio privado para ricos a una hora de la cabaña de mi tío antes de irme, pero no sé nada de la gente que estudia allí. Doy una respuesta vaga…, aunque lo que digo es cierto:

—A uno mucho menos interesante que este.

—Un colegio público —dice Henry.

Se me van los ojos hacia él, pero ni siquiera me está mirando. Observa fijamente el espejo sobre la chimenea.

—No. —Vierto cada gramo del desdén de Jamie Vane en esa palabra.

—Apestas a ignorancia.

Aprieto con fuerza los puños. El maldito reloj de arena vacío en el cuello de Henry se mofa de mí. Sabía que no podría esconderme para siempre, pero, después de conseguir escaquearme de Delgado,

pensaba que estaría a salvo al menos por un tiempo. ¿Qué ha visto en mí? ¿Dónde he patinado?

Baz murmura con un sonido suave y elegante.

—No tienes que ocultarnos que estás aquí gracias a una beca. No nos importa.

Me da una salida fácil. Me aferro a ello y se lo agradezco con la mirada.

—Quiero integrarme.

Esta vez es Henry quien pilla mi mentira y se ríe por lo bajo. Se inclina en el respaldo de la silla y estira las piernas debajo de la mesa hasta que se choca con mi pie. Siempre quiere tocarme, como si necesitara recordarme que no es un espectro. Levanto el pie y lo coloco debajo de mí sobre la silla. Es el momento de alejar esta conversación de mí y de todas las cosas que soy… o que no soy, y que vuelva a tratar de ellos.

Señalo el cuaderno.

—Adelante. Ya que vienes preparado puedes liderar «esta sesión de estudio». —Hago unas comillas en el aire al pronunciar esas palabras, convirtiéndolas en un reto.

No sé si me creo que Henry Wu toque alguna vez un libro. Tiene dinero suficiente para eliminar cualquier mancha en su expediente.

Arquea una ceja y hojea mi cuaderno, pasando página tras página de apuntes horribles. Luego, demasiado rápido como para que me dé tiempo a detenerlo, lo tira a la chimenea con un movimiento de muñeca.

Me trepa un grito por la garganta. Me lo trago. Este jueguecito entre nosotros siempre ha sido por el control. Las llamas azules y verdes arden alrededor de mi cuaderno. Probablemente tenga una

sonrisa nauseabunda, pero al menos no estoy huyendo del libro en llamas.

—Seguro que hay una forma más útil de estudiar que no sea quemar mis apuntes.

—Yo estoy estudiando. —Sacude una mano en el aire, apartando el humo de las llamas—. ¿No lo notas en el fondo de la garganta? ¿Alguna vez una lectura se te ha aferrado en el interior tan profundamente como el humo?

—Debe de ser muy agradable ser Henry Wu —digo—. Cero consecuencias, por muy estúpida que sea una decisión.

La risa nerviosa de Baz se convierte en una tos cuando Henry lanza un libro de la mesa a la chimenea y sale aún más fuego. Coge *Historia de la filosofía*, pero yo lo agarro por el borde y lo sujeto con fuerza. Este no. Por lo que sé, podría ser él quien me ha respondido en sus páginas. No quiero perder esa conversación.

—Estúpida no. Libre —dice.

Suelta el libro y me coge la mano.

Se me tensan los dedos. Se da cuenta, lo sé por cómo me ha soltado un poco, como si quisiera tranquilizarme.

—Rica —le corrijo.

Henry se ríe. Desliza los dedos entre los míos y los retuerce, obligándome a girar la mano.

—Rica. Supongo que te refieres a dinero, ¿no?

Desliza *Historia de la filosofía* de debajo de nuestras manos e inclina la cabeza al ver la nota amarilla que sobresale por el borde.

—Es evidente que sabes que puedes añadir un número infinito de ceros detrás del símbolo del dólar y seguir llevando una vida vacía. El dinero no te hace rico.

No me gusta cómo ha pronunciado esa frase, aunque piensen que cualquier patinazo sea porque estoy aquí gracias a una beca. Le estoy dejando llevar la voz cantante de esta conversación, pero no puedo evitarlo. Tengo que saber qué sucedía cuando Sam pasaba tiempo aquí.

—Entonces, ¿qué?

—La vida —suelta Baz desde el suelo.

Frunzo el ceño. Demasiado fácil. Demasiado manido.

Henry me suelta la mano y el libro, y se pone de pie.

—En cada momento, te enfrentas a una elección. Vivir… o estar a salvo. Sentir… o quedarte entumecido. Pasión, color, necesidad, desesperación… Y, sí, efectivamente: no podemos escapar. Dolor… o polvo. Polvo al polvo, cenizas a las cenizas. Vivir al máximo entre medias.

Palabras, me doy cuenta de que son todas verdad; para él, al menos. Suenan exactamente como lo que estuvo diciendo en el arroyo.

—¿Por eso querías recrear la muerte del guardia de seguridad? ¿Para sentir?

—No lo hice por mí.

Quiere seguir, pero lo interrumpo. Prefiero destrozarle con la verdad que seguir con más juegos.

—¿Por qué él? ¿Acaso lo conocíais? ¿O fue simplemente porque murió hace poco?

Un tronco se derrumba dentro de la hoguera. Las cenizas se esparcen por la chimenea. Sin levantarse, Baz les da con el pie para asegurarse de que están apagadas.

—Se llamaba Sam Bullvane. Era del pueblo que hay a los pies de

la colina. Era fácil hablar con él, estar con él. —Parece tan triste que, por un instante, me pregunto si sería lo correcto hacer justo lo que me pidió su madre: usar mi tiempo aquí para lograr apartarla de Henry y Graves; salvarla como nadie salvó a Sam—. Todo lo que decía Henry le hacía reír.

Sam se reiría con Henry. Siempre se reía con todo lo que no terminaba de entender, como si no pudiera diferenciar entre no pillar una broma y no pillar algo mucho más grande. Pero no era Sam el que se reía anoche en el arroyo, sino Henry.

—Entonces, ¿cada vez que se muere un colega recreáis su muerte? Os dais cuenta de lo retorcido que es eso, ¿verdad?

—Dices «cada vez» como si fuera algo que pasa a menudo —apunta Baz.

Sam y los dos chicos que se cayeron de la azotea: no es poca cosa. Pero no voy a llegar a nada si sigo insistiendo. Lo sé por la tensión en los hombros de Baz. Me giro porque no quiero hacerle daño.

—He oído que murió de una sobredosis. Por lo que habláis, no parece que…

—¿Se metiera drogas? —Henry termina por mí—. ¿Y qué aspecto tiene alguien que se mete drogas, Jamie?

Percibo alegría en su tono. A él sí puedo hacerle daño.

—Pues el tuyo.

Él chasquea la lengua, pero no es mentira. No me sorprendería si me enterara de que no ha estado sobrio ni un solo momento desde el día que lo conocí.

Molesta por estar tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, me levanto. Me acerco a la ventana.

Un movimiento abajo llama mi atención. Graves, corriendo por el campo de fútbol. El viento dobla los pinos al final del campo, pero él es el único que lleva pantalón corto y una camiseta sin mangas. Corre con la cabeza gacha y el pecho erguido, más rápido de lo que parece posible. Sus brazos pelean contra el viento; es como si se desgarrara hacia delante con cada zancada, como si no se conformara solo con el movimiento de las piernas. Llega hasta el extremo del campo y creo que se va a parar, descansar y volver a correr hacia el otro lado. Sin embargo, gira sin parar y continúa corriendo por el borde del campo como si lo persiguiera el Diablo. Pero el demonio está dentro de Adrian Hargraves…, y no puedes huir de ti mismo.

—Mira…, ese chico sí que es un ejemplo excelente. —Henry aparece detrás de mí. ¿Cuánto tiempo he pasado observando a Graves mientras corre?—. Se mete de todo y usa a todos quienes forman parte de su vida para agotarse.

—Según tú, eso sí que es vivir de verdad.

—Deberías probarlo alguna vez. —Henry se apoya en la estantería junto a mí.

Entonces…, por supuesto que es entonces, Graves se detiene en el extremo más cercano del campo y levanta la mirada: atraído por Henry como la noche atrae al alba.

Henry se acerca y se agarra al asiento bajo la ventana como si no pudiera seguir de pie sin ayuda. Está lo bastante cerca como para que su respiración me erice los pelos de la nuca. Tan cerca que no sé si Graves percibe espacio alguno entre nosotros.

—Creo que te gustaría —me susurra Henry al oído.

Y, por una vez, podría estar en lo cierto.

CAPÍTULO 16

En una sociedad completamente cuerda, la locura es la única libertad.

J. G. Ballard

Quizá no eres una persona rota,
simplemente cuerda

No pensaba que me pudieran gustar las mañanas. Siempre me han parecido frenéticas, todo amontonado sin tregua. Despertar, vestirse, desayunar, coger el autobús. Sin embargo, cuando las clases no importan y nadie me espera, veo las cosas de un modo diferente. No echo nada de menos de Amberdeen. Pero echo de menos todo de Sam.

Si siguiera aquí, habría estado terminando sus rondas. Habría subido por el sendero desde el edificio de administración, haciendo girar su gorra en el dedo, y me habría encontrado esperándolo en el escalón de la entrada. Me habría metido con él por hacerme esperar; Sam habría señalado el chocolate caliente que me estaba bebiendo, todavía humeante, y luego me habría preguntado si había dormido

algo o me había pasado la noche leyendo. Una cuerda interminable de pequeños momentos con una persona que te hace sonreír.

Sin él, las mañanas en Huntsworth comienzan neblinosas y frías, enlazadas con la música del violín de Graves. Algunas veces he dormido; otras no. A nadie le importa lo suficiente como para preguntarme. Los días en que no puedo pegar ojo mis pasos siempre terminan llevándome a la pequeña biblioteca.

No para de responderme. A veces, varias veces al día. Nuestras notas hacen referencia a Ballard, Kant, Laozi y Wiredu. Su caligrafía es apresurada y tensa, con bolígrafos que marcan la hoja con montes y valles en miniatura. Yo cuido demasiado la mía, pensando más en qué pensará la otra persona al leerlo que en lo que arriesgo al desnudar tanto mi corazón ante un desconocido. Una noche, escribo:

¿Acaso la libertad no es el derecho a vivir como deseamos?

Epicteto

No tengo ningún deseo, solo arrepentimientos. Pero dime, ¿qué deseas tú?

A la mañana siguiente, encuentro:

La vida comienza al otro lado de la desesperación.

Jean Paul Sartre

Si fuera libre, miraría a mi reflejo a los ojos y no sentiría miedo.

Sus palabras me atraviesan con más profundidad de la que le permití jamás a nadie. Ni siquiera a Sam. Él me tranquilizaba. Pero esta persona se lleva mi tranquilidad y me da algo aún más importante: honestidad. Esas cosas a las que he temido mirar con atención, esta persona las ve con claridad. Hace que me sienta atrevida, codiciosa. Vuelvo a esta pequeña habitación una y otra vez.

Ha pasado una semana. Siete días de preguntarme cuándo pillaré a esa persona saliendo de la biblioteca. Y también de esperar no hacerlo, porque el conocimiento acaba con todo. De sobrevivir apenas a las clases, de ver a Graves deslizándose como la sombra de Henry, de observar cómo Baz se esfuerza por sonreírme y flaquea al ver mi mirada. Siempre lo soluciono, pero nunca lo suficientemente rápido como para que ella esté realmente cómoda.

Tengo que pillarla a solas. Seré sincera con ella, igual que la persona que responde a mis notas es sincera conmigo. Así me dejará entrar del todo. Luego, quizá consiga las verdades que necesito sobre Sam.

Quizá…, quizá logre algo más. Una amiga.

Latín empieza a las ocho y, por una vez, Graves no está tocando el violín antes. Aún sigo intentando superar las clases, a pesar del pensamiento de que una voz en mi interior me repite, abriéndose paso a mordiscos por mi cerebro, comiéndoselo todo menos el deseo desesperado de hacer preguntas sobre Sam: «Te queda muy poco tiempo». Aunque aprobara el curso, aunque me graduara por el mero golpe de suerte de que no comprueben los registros, el diploma sería para alguien que no existe. Así pues, las clases no

importan. Pero tengo que guardar las apariencias, no darle ningún motivo a Delgado para que vuelva a llamarme a su despacho. Me pongo el uniforme y me peleo con la corbata. La tela se retuerce sobre sí misma de forma extraña mientras la maldigo.

Listo. Me paso la mano por el cuello mientras compruebo la ropa en el espejo. La corbata sigue muy apretada. Ahora entiendo por qué los chicos odian llevarla. No importa, en cuanto obtenga la confesión, podré arrancármela y no volver a tocar una jamás.

Me dispongo a marcharme. Escucho mi nombre desde el quicio de la puerta y me detengo. Graves está apoyado en el marco vestido únicamente con un pantalón de chándal gris. No tiene las vendas puestas; el beso de la carretera ha quedado reducido a una costra ancha y mate que desaparece bajo la cintura de los pantalones.

Ha hecho tan poco ruido que pensaba que se había marchado. Creí que estaba a salvo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Vivo aquí. —Tiene la voz ronca.

Nos quedamos ahí, con una habitación entre nosotros, con esa máscara insolente que a Victoria le gusta tanto. Me cruzo de brazos y lo ignoro; observó mi reflejo en el espejo. No he visto ninguna grieta en el papel que interpreta, no desde aquella noche. Estoy segura de que no me lo imaginé; estoy segura de que se está escondiendo, y sé que, si sigo insistiendo, puede que vuelva a encontrarlo. Pero insistirle me resulta demasiado parecido a insistirme a mí misma.

Empieza a acercarse. Con cada paso tengo que luchar contra la necesidad de dar yo un paso atrás. Es la primera vez que estamos solos desde el accidente. Quiero salir corriendo.

Se para a menos de un metro de distancia. Mi cara en el espejo queda casi oculta por sus hombros. Mis ojos se mantienen aferrados a sí mismo durante un instante, luego se deslizan hacia abajo y pasan de lo que veo en ellos, con él tan callado y tan cerca, a la parte alta de su espalda, moteada con pequeñas cicatrices blancas como si fueran copos de nieve. Se extienden por todo el ancho, agrupándose cerca del hombro derecho. Los músculos debajo de ellas se mueven ligeramente. Está levantando una mano. Doy un paso atrás.

—Deja que te ayude —dice. Agarra el nudo de mi corbata. Yo le aparto la mano. Él no se inmuta—. No voy a tocarte.

Dejo caer la mano.

«¿Qué?».

¿Por qué ese comentario me acelera el corazón?

Graves está lo más lejos de mí que es posible, con el brazo estirado y la cabeza inclinada hacia abajo. No me mira ni una sola vez a los ojos mientras afloja y vuelve a anudar la corbata con movimientos muchos más sencillos que los míos. Tres cruces y enhebrados, luego un tirón y la corbata está lista. Ni una sola vez ha tocado su mano ninguna parte de mi piel. Ni siquiera un mísero roce.

Pero tampoco me suelta. Sigue sujetando el extremo de la corbata y pasa el pulgar por el nudo. Tengo la sensación de que, si espero lo suficiente, dirá algo que no quiero escuchar.

La ira y los nervios palpitan al mismo tiempo bajo mi sien, mezclándose con un subidón embriagador de adrenalina. Odio que sepa cosas de mí y las use para jugar conmigo como si fuera su violín. Hace que me sienta mancillada, como si le hubiera dejado

entrar en algún lugar al que no pertenece. Doy un paso atrás, separando la corbata de sus dedos. Esta vez no me sigue.

—No soy un zapato. Puedo atármela yo —digo.

—Solo te estoy ayudando. Hoy tienes Latín.

—¿Acaso te lo he pedido? —Tiro del nudo. Preferiría que nuestra profesora, que está obsesionada con el uniforme, me volviera a castigar que llevar la corbata que me ha atado él. Sus movimientos han sido mucho más rápidos que los míos, pero parece que el nudo es más resistente. Trago, pero no ayuda. Me quito la corbata—. No me la pongo y listo.

Él se hace a un lado, ahorrándome que tenga que empujarlo para pasar. No le digo adónde voy una hora antes de clase, y él no me lo pregunta. El final del pasillo, las escaleras, la puerta, y ya estoy a medio camino del campus antes de que se me calme la respiración.

Tengo que encontrar a Baz. Sigo un sendero de adoquines y me alejo del camino central que va desde Killary hasta la administración; vi que ella tomaba ese camino un día, después de Literatura. Conduce a una arboleda de pinos, en la que una señal a la altura de las rodillas indica el camino a la capilla Siwper. Arrugo la cara con decepción. Si hay algo de lo que estoy segura es de que, en una escuela como Huntsworth, cualquier edificio destinado a Dios estará vacío.

Pero, aun así, tengo que asegurarme. El sendero serpentea por los troncos de los pinos y lleva a un pequeño edificio de madera frente a la montaña, alejado del campus. La puerta no está cerrada con llave. Dentro, unos candeleros calientan las paredes de madera de pino y los bancos encalados. Delante hay una ventana con cortinas, un escenario vacío, y Baz.

Está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, inclinada sobre un lateral del escenario. Su chaqueta está cuidadosamente doblada en el banco, a su espalda, y sobre ella hay un estuche verde brillante. Cierro la puerta despacio, con el pomo girado hasta que la cierro del todo para evitar el más mínimo clic de la cerradura. Ojalá Graves no me hubiera descolocado tanto esta mañana. Me siento medio desolada y completamente incapaz de ser sincera sobre nada en absoluto. Me paso una mano por el pelo. Suelto una respiración larga y lenta por la nariz.

Baz no es Graves. Tengo que separarlos. Es lo que quiere su madre y lo que me pide el corazón. Está encorvada hacia delante, con la mano derecha cerrada en un puño y la cabeza apoyada en él. Mi tía reza de forma parecida, solo que con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados, en lugar de en el puño. El día después de la desaparición de Sam, no le vi la cara.

—No pensaba que fueras religiosa. —Mi voz suena como un disparo en un museo.

Ella se incorpora sobresaltada y se gira hacia mí.

Tiene los ojos, marrones claros, enmarcados por unas gafas. Son grandes como dos pozos de los deseos. Si me muevo, aumentarán aún más, hasta que no quede nada más que miedo. Ella traga. Parpadea. Cubre las cartas negras esparcidas delante de ella. Son distintas a las que tenía el primer día que la vi, cuando las repartía frente a Killary. Su actitud ahora también es completamente diferente, como si aquel día todo hubiera sido un espectáculo y esto fuera mucho más íntimo.

—Jamie. No te he oído entrar.

Henry se metería con la expresión de su cara. A lo mejor por eso

lo mantiene cerca. Da la sensación de alguien que disfrutaría de un sobresalto. Pero no es el único al que se le da bien manipular a la gente para conseguir lo que quiere. Y yo no tengo que hacerlo incomodándola.

Amigas. Podemos ser… amigas.

Levanto una mano y doy un paso lento hacia delante, como un cazador que se aproxima a un animal al que no ha pillado del todo en la trampa. Mueve los ojos de mí hasta la puerta. No me había dado cuenta de cuánta calma le proporciona tener a Henry y a Graves cerca. Ahora, a solas con ella, cada palabra severa y cada mirada fría que yo pensaba que me había perdonado han vuelto, levantando un muro entre nosotras. No confía en mí. A lo mejor ni siquiera le caigo bien; quizá todo lo que yo pensaba que era amistad no era más que ella intentando agradar a los chicos. He de volver a empezar de cero y hacerlo ya, antes de que se cierre el pestillo.

Pienso en Sam y en cómo me hacía ver que entre nosotros todo iba bien: simplemente, con una sonrisa.

Una vez, cuando éramos pequeños, demasiado pequeños como para estar deslizándonos solos por aquella colina detrás de casa, me choqué con el trineo contra un árbol y me rompí la muñeca. Su madre me gritó que debía tener más cuidado. Mi padre puso una mueca y me cogió sin decir nada. Sam fue el único que estuvo conmigo. Me sentó, me agarró la cara, me apretó las mejillas hasta que se me metieron las lágrimas en la boca y sonrió.

«Todo irá bien, Mar. Lo solucionaremos». Fue corriendo a buscar ayuda y me dejó sola. Yo seguía llorando, pero ya no tenía miedo. Fue como si aquella sonrisa hubiera llenado los huecos que el árbol había vaciado a sacudidas.

Me olvido de todo y de todos en esta escuela y me obligo a ver a Baz tal y como Sam la habría visto.

—Estaba buscando un lugar tranquilo —digo—. Puedo marcharme, si quieres.

Tuerce los labios hacia arriba, en un intento de igualar los míos, pero sin terminar de conseguirlo. Me pregunto si la única expresión natural que conoce es la del miedo que he visto cuando se ha dado la vuelta.

—No. —Se le aflojan los hombros—. No, no te preocupes. —Las cartas llaman la atención de sus ojos. Al cabo de un instante vuelve a mirarme, como si los hubiera desviado por accidente. Empieza a recoger la baraja y la aparta.

—Podemos quedarnos las dos, prometo no gritar. —Me siento en el banco con las piernas estiradas y cruzadas sobre el asiento frente a mí, poniéndome cómoda—. ¿Qué estás haciendo?

Ella se mueve para tapar las cartas.

Todavía no. No debería ser tan obvia. No es una persona importante para mí. La gente de este lugar solo es un medio para un final, nada más. Todos. Tamborileo con los dedos en el respaldo del banco. Pierdo la paciencia.

—Si es algo que no quieres compartir, no tienes por qué hacerlo. No soy Henry.

Tiene la cabeza puesta de una manera que puede verme sin mirarme. La capilla parece aún más pequeña cuando presta atención a todos mis movimientos. Estar aquí resulta agotador. En cada conversación, las palabras y los gestos vuelan como polillas alrededor de mi cabeza. Intento capturarlas sin aplastarles las alas y llevarlas hasta la luz, pero estoy agotada de agarrar el aire. Solo

puedo descansar en la pequeña biblioteca, con la persona que responde a mis notas.

Se me cierran los ojos, aunque no pueda permitirme dormir. Me despertaría, Baz se habría ido y, después de esto, no sé si me dejaría acercarme sin tener a los chicos cerca. Y menos ahora que las dos sabemos lo diferente que es esto. Necesito que confíe en mí. Es mi mayor esperanza para conseguir la información que acuse a alguno de los chicos. Si es que ella sabe algo.

Graves sabe algo, sin duda. Me llevo la mano al cuello y luego la dejo caer.

Con Baz será más rápido.

Más fácil.

Es el único motivo por el que estoy aquí y no en el 6A.

Me paso la mano por la frente para intentar concentrarme. Ella sigue sentada dándome la espalda. Sé que Sam pensaba en ella cada vez que me decía que la gente de Huntsworth le caía bien. Se enamoró demasiado fácilmente de esta chica rara y callada. Intento imaginármelos juntos como los vi en una de las fotos de su teléfono. Él llevándola a caballito, ella sin sonreír todavía de verdad. Mi primo, enérgico y sencillo, como un garabato con ceras de colores junto a las capas de acuarela de Baz.

El sonido al barajar las cartas me devuelve al presente. Ha cambiado el ángulo de sus hombros para que vea lo que está haciendo. Por la forma en que las sujeta, con un lado dado la vuelta y la barbilla inclinada, sé que lo ha hecho a propósito.

Así que la tranquilidad es la forma de pillarla.

Me inclino hacia un lado para que sepa que la estoy mirando. Deja

la mano quieta, luego suelta la baraja y la apoya a un lado. Hay algo precioso en el lenguaje no hablado.

—Quería comprobar si las cartas funcionaban mejor si… lo intentaba en algún lugar que la gente pensara que lleva al cielo.

Si yo estuviera intentando ir al cielo, habría elegido un lugar en la colina detrás de Killary, moteado de luz y sombra, no a algún sitio erigido por el hombre.

—¿Y ha funcionado?

Toquetea el borde de la carta de arriba. Dejo que el silencio se expanda.

—No, pero a lo mejor es porque la bajara todavía no está terminada. —Coge la primera carta y la analiza durante un momento. Luego, como si hubiera tomado una decisión, se gira hacia mí, y la levanta donde yo la pueda ver. Es una figura mitad esqueleto, mitad carne colgando bocabajo de un árbol espinoso—. Me las está dibujando Adrian.

Lentamente, me acerco a la carta, sin cogerla, solamente para pasar un dedo sobre el hombre colgado. Parece que está dibujado en tiza porque algunas de las líneas se deshacen en polvo. No me decido a pensar si es bonita o grotesca, y no estoy segura de que me guste la forma en que me golpea. No cuando ha sido él quien lo ha dibujado.

«Despacio, Marin».

—Es preciosa. ¿Para qué son?

—Para encontrar claridad. Me ayudan a desenredarme. — Vuelve a colocar la carta en la parte de abajo de la baraja.

—¿Me enseñas? —Sale casi como un suspiro. Pero me doy cuenta

de que lo digo en serio—. Estoy muy familiarizada con estar enredada.

—No quieres que te enseñe. —Su tono es igual que el mío. Pienso de nuevo en su madre y empiezo a entender mejor por qué quiere que Baz se acerque a otras personas que no sean Henry y Graves. Aunque sea alguien tan roto como yo—. Sé que no te interesan estas cosas.

Al principio no entiendo a qué se refiere. Luego… recuerdo el arroyo, y su proposición de mostrarme algo que yo no quería ver en absoluto. Quizás el ladrillo más grande del muro que construí entre nosotras. Me levanto del banco y me agacho a su lado.

—¿Cómo se empieza?

Ella suelta las cartas.

—¿De verdad quieres aprender? ¿No es simplemente una forma de hacerme sentir mejor?

—Todavía no te conozco —digo—. ¿Por qué iba a querer hacer que te sintieras mejor?

Ella asiente, aceptando sin más que es imposible que me preocupe por ella.

—Lo más difícil del tarot es separar lo que ves de lo que quieres ver. Nuestros deseos no albergan la forma auténtica de las cosas. Eso es algo que solo pueden hacer las cartas.

Deja de hablar, mordiéndose el labio y mirándome, como si estuviera comprobando que de verdad la estoy escuchando. Algo detrás de sus ojos me hace pensar que estaría más cómoda si no lo hiciera.

—Tengo que leer lo que vea —repito—, no lo que quiera.

Ella asiente.

—Eso es… básicamente todo lo que hay que saber.

Me río y cojo una carta.

—Vale. Pues veo un trozo de papel con el dibujo de un demonio bailando.

Esta vez su sonrisa no es forzada. Veo el eco de Sam en ella. «Te caerían bien».

—A lo mejor eso no es todo —dice Baz—. Pero no… sé. ¿Te las puedo leer?

Hago una pausa. Si estas cartas son capaces de hacer lo que ella cree que pueden hacer, no quiero que me mire tan detenidamente. La sonrisa empieza a deslindarse de su expresión, dejando únicamente nerviosismo. Todavía no la he pillado. Además, ella no conoce a mi verdadero yo. ¿Qué iba a sacar de una baraja de cartas?

—Nunca me han leído las cartas —digo—. ¿Tengo que hacer algo?

Ella niega con la cabeza, más tranquila.

—Solo tienes que estar abierta.

Eso es imposible para mí: tengo que ocultar hasta los hechos más básicos de mi vida. Pero no tiene por qué saber eso. Me giro para mirarla de frente y me coloco las manos en el regazo. Ella también se da la vuelta y suelta con delicadeza la baraja en el hueco entre las dos. Nos miramos a los ojos y, esta vez, no aparta la mirada.

Me aprovecho de su mirada para observarla más atentamente. Como los demás, es fácil de mirar si no indagas más allá de la superficie. Labios con forma de corazón, pelo castaño dorado, la piel ligeramente bronceada que solo puede ser el resultado de una escapada a algún lugar tropical en abril, octubre y enero, mientras todos los demás nos amarilleamos. Incluso su uniforme parece el de

un maniquí. Su madre debería estar orgullosa de una corbata tan bien sujeta.

Una chica de Huntsworth hasta la médula.

Baz desliza una carta tras otra de la baraja y las coloca formando una cruz con varios movimientos seguros.

—Lo de enseñar no se te da demasiado bien.

Ralentiza los movimientos. Durante un segundo creo que he ido demasiado lejos. No se me da bien hacer amigos. Y mucho menos con chicas de Huntsworth. Luego separa los labios, se cierran, se vuelven a separar, intentando encontrar las palabras.

—Si te las leo una a una, como unas piedras que forman un sendero, no funcionaría. Las personas somos mucho más fluidas que eso, y las cartas también. Terminaría dándote una lectura que no tendría ningún sentido y, por supuesto, que no sería verdadera.

—A veces, la verdad tampoco tiene sentido.

Una sonrisa completamente suya le tira del final de los labios.

—Pero siempre está ahí. Debajo del caos. Esa es una de las cosas que hay que aprender: a mirar debajo de todo para buscar lo que es tuyo y lo que no. Para encontrarte en lo que ves en las cartas y desecharlo. Luego, lo único que queda es la persona para la que estás leyendo —dice. Me mira constantemente la cara, intentando mantenerse en línea conmigo—. Y entonces es cuando puedes empezar a desenredar.

Hablar la ha liberado. Ahora sus movimientos son más seguros. Empieza a hablar de que ve finales y cargas pesadas. Para mí no es fácil mirar de frente a todo eso, así que sigo mirándola a ella.

Observo más allá del bronceado fuera de temporada, a las formas de debajo, haciéndole lo mismo que ella me está haciendo a mí. Se

le riza el pelo en espirales encrespadas, con un halo rubio oscuro sobre los laterales rapados y las cejas densas y amables. Tiene manchas de dedos en los cristales de las gafas, nublando el brillo de sus ojos mientras habla. Incluso sus mejillas se combinan con los ángulos que las rodean por un denso grupo de pecas. Una chica difusa, desconectada de la corbata atada con precisión y el almidonado cuello de su uniforme. Una soñadora con la camisa formal de una muñeca.

Pienso en cómo estaba sentada en el porche de Killary, rodeada de otras chicas que buscaban que las entretuvieran leyéndoles el futuro bajo el sol, chicas que no tenían a nadie más que a ella, cuando ella se estaba buscando a sí misma. Recuerdo la forma en la que se acurrucó tan fácilmente en el pecho de Graves menos de una semana después de que mi primo fuera sonrojado y esperanzado a la fiesta en la que sabía que ella estaría. En cómo Graves sostuvo a Henry después del accidente de coche, aunque fuera ella la que nos salvó.

—Un momento —dice, con una pequeña bocanada de aire que me trae de vuelta a las palabras que está pronunciando—. No, encima de esa carta las dos espadas significan que estás en una encrucijada. Pero no vas a ser tú quien tome la decisión. La van a tomar por ti.

Tiene razón. Estoy en una encrucijada, y es ella la que va a decidir qué camino tomo. He de saber si esto ha sido suficiente. Si confía en mí o si sigo sola. Necesito que volvamos a uno de los primeros ladrillos que coloqué en el muro que hay entre nosotras…, e intentar derribarlo. Esta vez prometo hacerte caso, Baz.

—Me preguntaste si quería verlo en el arroyo. —Quiero ocultarle la

mirada, porque sé es que demasiado brusca. Pero no lo haré. Tiene que saber que no es ella la que me está dejando en carne viva. Yo ya era así mucho antes de que me conociera—. ¿Puedes usar las cartas de esa forma?

Ella duda.

Doy un salto al vacío por las dos, con la esperanza de que venga conmigo, como hace la persona que me responde las notas.

—Sé que te importaba. Yo también he perdido a alguien que era importante para mí. A lo mejor podrías ayudarme.

—Invocar no es lo mismo que el tarot. Es mucho más peligroso. No debería habértelo ofrecido, pero parecías tan…

—¿Invocar? —No quiero escuchar qué parecía aquella noche: esa versión de mí puede seguir enterrada bajo el agua.

—Cualquier superficie reflectante puede convertirse en una ventana al mundo espiritual. Invocar es mirar a través de esa ventana de manera consciente. Te alejas del mundo que te rodea, generalmente con algún foco de luz en el que centrarte. Es un poco parecido a meditar; sin embargo, en lugar de introducirte en tu interior, intentas cruzarlo. En eso supongo que sí se parece al tarot.

—Pero más peligroso —insisto.

—Te puedes perder. Que la ventana se cierre contigo aún en el otro lado. Por eso lo sugerí en el arroyo. No es tan fácil de hacer con algo como el agua en movimiento, pero es más seguro. Y es mucho más difícil perderse, a no ser que lo desees mucho mucho.

El agua puede ser una ventana. «El arroyo…».

Mis pensamientos van diez pasos por delante de sus palabras y se están ahogando en la oscuridad. Me agarro a algo, lo que sea, antes de hundirme demasiado.

—¿Por eso te dan miedo los espejos?

Ella agacha la mirada y observa las cartas más tiempo del que me gustaría. Lo bastante como para que yo contenga la respiración y me preocupe por haber sido demasiado directa. Abro la boca para suavizarlo, para explicarle que me di cuenta en la pequeña librería y de que la próxima vez podría ayudarla, pero ella se me adelanta.

—Si crees que los espejos solo muestran tu reflejo, no hay nada que temer.

«Si».

—Pero si miras más allá… —Me quedo callada, no pensando en leer el tarot, sino en los ojos vacíos que me miraban en los peñascos junto al cuerpo de mi primo.

Se me hiela la piel y doy gracias de que todas las ventanas de la capilla estén cubiertas por gruesas cortinas de terciopelo. Baz me mira sin levantar la cabeza, y pienso en que ella habría creído a mi madre si le hubiera contado todo lo que había visto.

Y tal vez también me creyera a mí.

—Un espejo no es solo una ventana —aclara—. También puede ser una puerta.

CAPÍTULO 17

La ventana de la cabaña en la que se imparte la clase de Latín está empañada y convierte a todos los que están dentro en manchas de arte impresionista. En la chimenea de la pared del fondo crepitan las llamas. La profesora es un borrón de cuadros escoceses verdes y pelo rojo que deambula de un lado a otro al frente de la clase. En la parte de atrás, lo más lejos posible del calor y de la atención, se sienta Graves.

Pese a la imagen difuminada, sé que es él. Todos los demás se mueven poco, acomodándose en la silla o tamborileando los dedos en el escritorio, crujiéndose el cuello o tomando apuntes. Él es el único que está completamente quieto, con los brazos cruzados sobre el pecho y la atención al frente, exigiéndole a la profesora que se la gane.

Han pasado dos días más. Entre la pequeña biblioteca y Baz he estado fuera de mi habitación el mayor tiempo posible; he aprendido cómo busca guía en las cartas, las palmas de las manos y en las propias estrellas. Pero hay cosas que no me enseña. Los espejos de su habitación siguen tapados.

Me inclino hacia delante y empaño del todo la ventana con mi aliento. Todo se difumina en sombras. Me esfuerzo para quedarme muy quieta y mirar más allá.

«¿Estás ahí?».

Justo cuando la ventana empieza a despejarse, algo se mueve. Me revuelvo, tan aterrada porque haya funcionado como por que no lo haya hecho, y veo a Henry. Está de pie en el sendero principal con la directora Delgado. Quiero esconderme, avergonzada por pensar que quizá, solo quizá, no habría nadie detrás de mí, pero sus palabras me mantienen en el sitio.

—… solo por la longeva dedicación de su familia a Huntsworth, señor Wu. Si hubiera sido cualquier otro alumno, y creo que es muy consciente de esto, las consecuencias habrían sido graves.

—El duelo me consumió, directora.

Henry mueve los dedos de una mano. Un saludo. Para mí.

Delgado entrelaza las manos por la espalda. Sigue el movimiento de Henry con la mirada y sus severos ojos marrones se suavizan, aunque sea mínimamente, al verme. Se da golpecitos en la muñeca con un dedo. Vuelve a mirar a Henry.

—Ya, bueno, fue una conmoción para todos. Y es difícil encontrar ayuda que sea útil. Pero la destrucción de la propiedad no le hace bien a nadie. Encuentre otras formas de expresar sus… emociones que no sean esas escandalosas fiestas.

Están hablando del funeral de Sam. Y se está saliendo con la suya. Tal y como dijo.

—Lo intentaré la próxima vez —dice Henry con un suspiro.

La directora lo mira con el ceño fruncido. Vuelve a observarme. Mis uñas crean medias lunas en la palma de mi mano.

—Señorita Vane, ¿alguna novedad?

No sé si se refiere al cheque, a mi madre o a su hija. La respuesta para todas las opciones es la misma: «no».

—Sí, directora.

—Bien. —Su mirada hace que Henry se ate a mí—. Pues a clase, entonces.

Asiento. Henry le guiña un ojo mientras ella se marcha, luego se me acerca. Sus andares son lentos, despreocupados, todo lo contrario que los míos. Detrás de él, Delgado se aleja colina abajo. Siento que el pasar de los segundos es algo físico; otro instante que se marcha, otro instante más cerca de que esto acabe y yo pierda.

—Te veo bien. —Henry se apoya en la pared a mi lado, acorralándome en el pequeño porche—. Menos por la corbata. No me extraña que Hemingson te haya echado.

—No me ha echado.

Mi mano se va a la corbata sin mi permiso. La obligo a volver a bajar y la mantengo en el costado cerrada en un puño.

—Entonces tiene que haber otro motivo por el que no estás en Latín. —Sus ojos se mueven por encima de mis hombros y escanean el interior del aula. Me doy cuenta cuando se detienen en Graves. Tuerce la boca en una sonrisa—. ¿Otra vez cotilleando por las ventanas?

Me sonrojo y su sonrisa crece. Tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no vomitarle obscenidades. No quería ver cómo se vestía, pero tampoco puedo decirle la verdadera razón por la que estaba mirando a su ventana aquel día.

—¿Cuánto dinero ha dado tu papaíto para que no te caiga una buena por montar una fiesta en la que todos los asistentes eran menores de edad?

—Mi padre está muerto —dice, separándose de la pared. Se mueve como si tuviera todas las extremidades agarrotadas, como si les costara doblarse. Eso le hace parecer mayor, en cierto modo. Una

sensación que choca con la delicada perfección de su cara. Menos por sus ojos. También parecen mayores en relación con el resto de su cuerpo—. Y mi madre también. Yo soy el único que paga por mis pecados.

Me quedo callada. ¿Qué puedo decir? Bajo la mirada.

—Tan atrevida y a la vez tan delicada. —Henry me toca la barbilla y presiona con suavidad. Me aparto—. ¿Cuál de las dos es la real?

Y, de pronto, estoy en peligro.

—Vane. Vane —dice. Mi nombre suena como una mano extendida en ofrenda de paz—. No estoy enfadado. Ni por la ventana, ni por el accidente, ni porque te alegres de que mis padres estén muertos. Estoy intrigado.

—No… —Empiezo a decir, pero me callo. Me está dejando entrar, me está contando verdades, a pesar de todo—. Siento lo de tus padres.

Curva los labios en una sonrisa.

—No —dice—, no lo sientes.

Se me queda la boca abierta. Él da un paso demasiado cerca, demasiado pronto. Todo lo que hace, todo lo que dice, me desequilibra. Levanta las manos; me tambaleo hacia atrás, pero esta vez no me toca la cara. Me tira de las esquinas del cuello de la camisa y con la otra mano estira el satén de la corbata. Siento cómo la palma de su mano me roza la piel, deslizándose sin perder el contacto hasta abajo, donde mi pulso late despacio y con firmeza. Unos pocos tirones y el nudo se deshace. Sus ojos van de arriba abajo entre los míos mientras mueve las manos, como si estuviera comprobando que percibo cada movimiento.

—¿Sabes los pocos que intentan desafiarme? Todo el mundo

busca siempre formas de congraciarse. Tú eres un soplo de aire fresco.

Recorre con los dedos el largo de la corbata y tira de los dos extremos para igualarlos. No me gusta que esté tan cerca de mí. Me siento vulnerable.

—Lo dices como si yo me estuviera esforzando porque te intereses en mí.

Levanta una ceja. Cruza los dos extremos de la corbata y enlaza uno sobre el otro. Doblo el cuello, fingiendo que estoy mirando cuando, en realidad, solo estoy desesperada por romper el contacto visual. El movimiento hace que mi pelo le roce la mejilla y su respiración me hace cosquillas en la oreja. Me yergo, pero incluso así, su cara está demasiado cerca.

«Voy a acabar con esto», me repito. Con todos. Aunque Delgado me eche encontraré la forma. Siento que una fiebre me quema detrás de los ojos.

Está muy cerca. No sé qué hacer con las manos.

—Es simplemente una cuestión de saber cuándo tensar y cuándo soltar —dice Henry. Noto cómo tira de la tela—. Tú aprietas demasiado, ¿no?

—No me conoces —digo—. No finjas que sí.

—Ah —dice. Con un solo movimiento preciso tira de la corbata hasta que se me aprieta en la garganta. La ajusta para centrarla y tira más fuerte. Me late el pulso contra la tela. De pronto, soy consciente de cada respiración—. Entonces… tú tampoco me conoces.

Mueve los ojos hasta los míos. Me roza el cuello con el dedo, bailando sobre mi pulso. Esta vez no es el suelo lo inestable. Le

lanzo una mirada con la mandíbula apretada, pero mi ira parece alegrarlo aún más si cabe. Está disfrutando.

Si quieres jugar, está bien.

—Sé algunas cosas —digo, levantando un dedo para delinear donde sé que empieza su cicatriz. Sacude ligeramente la mano con la que sujeta la corbata. Un movimiento casi imperceptible, algo que no habría notado si no hubiera tenido los nudillos apretados contra mi cuello, pero aún no he terminado—. Como, por ejemplo, cuánto te gustaría que fuera tu cita para la liberación.

Baz me explicó anoche de qué iba la liberación de los sabuesos. Es una especie de baile de gala de invierno, pero al que asisten padres y antiguos alumnos. Mi mente creó de forma instantánea la imagen de un grupo de viejos entregándonos a sus citas para el siguiente baile mientras ellos beben whisky en una esquina. O peor, puede que no se baile en absoluto, que solo se dediquen a hablar de cosas sin importancia, sobre planes futuros que para mí no existen. Me dijo que era para hacer contactos; luego retorció el labio y se acercó más a mí. «De lo que de verdad tenemos ganas es del *after*».

Si estuviera preocupado por su futuro Henry debería ir solo, o con Baz, no conmigo. Pero en su mirada veo que tengo razón. Henry Wu lleva mucho tiempo sin preocuparse por su futuro.

—¿Tú quieres ir conmigo? —pregunta.

Sonrío.

—Eso no es lo que he dicho.

Agranda los ojos y, esta vez, por fin, la sonrisa es real. Doy un paso para rodearlo, aprovechando el cambio de gravedad. Me late el pulso con firmeza contra el nudo corredizo de la corbata. Por una

vez soy yo y no él quien tira de las cuerdas para que baile la marioneta. Entiendo por qué le gusta.

Cruzo el sendero, donde hay otra vieja cabaña de caza. Esta está oscura y vacía, o eso creo. Una sombra se mueve por las ventanas oscuras, de una forma en la que no debería moverse el reflejo de una persona. Ralentizo el paso.

Hay algo dentro de mí que lo estaba esperando, como si supiera que jamás vendría si se lo pidiera. Solo cuando él quisiera hacerlo. La sombra crece y toma forma. Solo es Henry, que viene detrás de mí, me digo, pero sé que no lo es. Es la sombra de la biblioteca, del espejo, del arroyo, en esta ventana.

El cristal fragmenta lo que antes era una cara: un ojo vacío, una mandíbula hinchada, el pelo ondeando. Ahora es más sólida, los bordes más precisos, las facciones más claras, como si estuviera cogiendo fuerza. Parece casi real…, pero yo no creo en fantasmas.

—Es precioso, ¿verdad? —pregunta Henry.

Me giro hacia él, esperando encontrármelo alejándose de mí, usando a Graves para recuperar mi atención. Pero tiene la mano sobre el tatuaje del reloj de arena del cuello y mira en la misma dirección que yo. Lejos de la clase. Al otro lado del sendero.

—¿Quién?

—El otro.

Pronuncia «el otro» con un deje retorcido en la voz. Lo dice en el sentido más ajeno y más profundo de la palabra. El escalofrío que se había atascado entre mis hombros estalla y se extiende por mi piel en una repentina avalancha de tensión. Sabe lo que he visto.

—Puedes verlo.

No es una pregunta. Es el motivo por el que sus ojos parecen

demasiado para alguien de su edad.

Henry arrastra los ojos de nuevo hasta mí.

—Yo lo veo. —Se da unos golpecitos en la corbata y me guiña un ojo—. Y tú también.

CAPÍTULO 18

Suena la campana. Por un instante todo se pausa: Henry y yo en los escalones, mis ojos muy abiertos y ese falso júbilo suyo; hasta que la puerta detrás de nosotros se abre y estamos rodeados. Todo el mundo lo conoce, le tocan el hombro y se cambian de lado la mochila para no golpearlo. «Hola, Henry, ¿qué tal? ¿Haciendo pellas?». Algunos de sus ojos se encuentran con los míos. Hay un destello de reconocimiento. A veces, incluso una extraña sonrisa. Me recuerdan de la clase del lunes por la noche, a la que Henry decidió ir con ellos.

Pensaba que era porque yo le parecía interesante. La chica nueva, la chica que no le cae bien a Graves.

No porque los dos…

Henry me roza con un dedo la piel desnuda de la muñeca. Me estremezco y me alejo. No vuelve a tocarme, satisfecho porque ambos sepamos que está lo bastante cerca para tocarme si quiere. Se me hiela la piel. Si él también puede verlo, entonces no está solo en mi cabeza, no es una fantasía de Baz.

Hay algo o alguien ahí, observándome, siguiéndome.

Parpadeo con rabia y aparto la cabeza para esconder la mirada.

—¿Qué le has dicho?

Graves. Está al lado de Henry con las suaves líneas de la frente

arrugadas en tensión. Henry no le responde, porque este juego no va con él. Va conmigo, y quiere escucharme a mí responder.

Pero «Vemos a gente muerta» no es algo fácil de decir.

—¿Jamie? —dice Graves.

Tiene la mirada muy firme, muy clara. No soporto cómo se clava en mí a la espera de mi respuesta, cuando son ellos los que deben entregarme la verdad. Ellos son los asesinos. ¿Por qué me persiguen a mí?

Tengo que alejarme. Necesito espacio. Me tambaleo hacia atrás y casi me caigo en el escalón del porche. Graves me mira fijamente, observándome marchar, pero ya lo conozco lo suficiente como para saber que no va a elegirme a mí por encima del chaval que está a su lado. Noto el césped bajo los zapatos, el jardín frente al aula; cada paso lejos de Henry es un paso hacia esa cabaña vacía. Corro colina arriba hacia Killary.

Me quito la corbata por el camino, la retuerzo y me la meto en el bolsillo. El viento me cala entre la ropa, más frío de lo que está en realidad contra mi piel caliente. En mi cabeza, una y otra vez, los ojos de Henry miran a los míos. Los labios de Henry forman la palabra «otro».

Mi madre le gritó en la cara.

Había una mujer muerta en la bañera, gritó. El agua estancada, la misma en la que me bañé, con un aro de espuma roñosa por el borde y la cara de una ahogada cerca del desagüe. No era la primera vez. Me había despertado en dos ocasiones, envolviéndome en mi manta y huyendo hacia la puerta antes de que mi padre la atrapara. Recuerdo lo calientes que eran sus lágrimas, lo fuerte que

me agarraba mientras él tiraba de ella para meterla de vuelta en casa, saludando a la tía Stella antes de cerrar la puerta.

No era la primera vez que veía a una persona muerta, pero sí fue la primera vez que él le pegó por ello.

La televisión no paraba de intentar venderme una muñeca parlanchina. Afuera vi a Pat Morhees de pie en su porche, con el brillo naranja de un cigarro entre los dedos. Las paredes no cedieron; el cura no entró corriendo. Nadie vino cuando ella se cayó. Me palmeó la pierna y escupió un diente que cayó en su camisa, todo sin dejar de mirar la puerta del baño. Papá estaba de pie sobre ella y la llamó loca.

Le compró el primer gramo antes de que se desvanecieran los moratones. Era más fácil de explicar a los vecinos.

Encontré el diente en nuestra alfombra de pelo largo.

Respiro despacio, pero todavía noto la garganta rasposa. Empiezo a tiritar. El jardín delante de Killary está vacío; las vecinas, oscuras. Entro, pero no me quedo ante la chimenea de la sala común. Choco con un chico, me giro, me disculpo, sigo corriendo hacia las escaleras de la torre. No puedo irme a casa si existen los fantasmas.

No puedo irme a casa.

En la sexta planta las dos puertas están cerradas. Entro en mi salón y cierro la puerta con llave. Cruzo la habitación. La puerta del cuarto de Graves está abierta y me invita a entrar como si quisiera que lo descubriese.

No puedo esperar una confesión. Necesito sujetar su culpa en la palma de mi mano. Necesito poder lanzársela a Henry a la cara mientras digo: «¿Ves? Lo sé todo. Sé quién eres». Pero tengo que irme antes de que Henry me extraiga la cordura y la coloque entre

los dos. Marcharme de Huntsworth, de Amberdeen, dejar a Marin James completamente atrás.

Tengo que salir de aquí antes de perder la cabeza.

Empezaré buscando la gorra de Sam. No estaba entre sus cosas y puede que, si la encuentro, halle más. Una nota. Un trozo de papel. Un…, un… Se me arruga la cara y me atraganto con un sollozo. Sé que nada de esto va a importar. Si importara, lo habría encontrado hace días. Sé que lo único que serviría de algo es una confesión, y estoy muy muy lejos de conseguirla. No tengo tiempo. Ojalá Sam pudiera…

—¡Dime qué te hicieron, Sam!

«Se podría decir que murió aquí. O se podría decir que se quebró».

Si los fantasmas existen, es posible que…

No. Desecho rápidamente esa posibilidad. Si Sam estuviera atrapado después de la muerte no estaría aquí, en un lugar tan poco parecido a él. Se habría aparecido en su coche. En el garaje de mi padre. En la zona de las patatas fritas de Derry's. Huntsworth es lo bastante antiguo como para hospedar a miles de fantasmas; y aunque fueran reales, no hay ningún motivo real para pensar que uno de ellos es él. «Excepto el hecho de que lo mataron aquí».

No. Las manos ocupadas facilitan no pensar. Busco rápidamente y en silencio, enciendo las luces para despejar cualquier sombra que dejara noviembre en las esquinas. Graves no lo pone fácil. Aparentemente, la habitación tiene el mismo orden sobrio que lo que he podido ver del baño estas dos últimas semanas. Sábanas negras, sin manta, y el violín colocado sobre la almohada, junto al arco. Una elegante cafetera, un hervidor de agua y un montón de paquetes de

café, la mayoría retorcidos hasta convertirse en poco más que rollos de plástico duro con algún grano perdido dentro.

Sin embargo, bajo la superficie hay siete capas de infierno. Los cajones del escritorio están llenos de trabajos arrugados y a medio terminar, cubertería de la cafetería, trozos de resina y un montón de recibos. Los cajones de la cómoda están repletos de ropa cara de colores apagados, toda perfectamente doblada, menos la del primer cajón, la única que le he visto llevar, donde las camisetas y la ropa interior y los pantalones deportivos se enredan caóticamente con los hilos rotos y trapos polvorientos. Un par de deportivas para correr, aún húmedas, atadas sobre el perchero. Los uniformes que deberían estar colgados ahí se amontonan sobre la silla del escritorio.

Cojo un libro, medio deformado como todos los demás, con las portadas inclinadas desde el lomo hasta el borde de las hojas. Ha arrancado casi la mitad de las páginas. Un dibujo sin acabar de una cara —no se puede saber quién es— tapa el texto de la primera página. Lo cierro. Por eso no había entrado aquí. No quiero saber tanto de él. No quiero que me parezca demasiado humano.

Debajo de la cama solo hay unos cuantos calcetines y dos cajas. Una tiene cartas de una dirección de Connecticut escritas con la optimista y redonda caligrafía de una chica. Las voy pasando, pero no hay ninguna abierta. La última fecha es de hace dos semanas. La otra es más pequeña y está casi vacía. Hay una página de una novela, con los bordes desgarrados en una forma redonda, como si el lector hubiera pasado y retorcido y arrancado hasta que solo quedaran unas pocas palabras claras. «Cada paso que das es eterno. No puedes hacer que desaparezca. Ni una parte».

Y, debajo, un recorte de un periódico que grita: «mueren dos

adolescentes durante una colecta benéfica». Hay una foto de una grúa sacando un coche del French Board a principios de este otoño. El artículo cita el nombre de las víctimas: Timothy Houck y Oliver Silven, los dos alumnos de Huntsworth que Henry me dijo que se cayeron de la azotea de Killary.

No es el único recorte. Al fondo, hay otro sobre un incendio en una casa en Connecticut: «un trágico incendio deja tres fallecidos». Lo ha cortado y lo único que queda es el titular, con la foto en blanco y negro de los restos calcinados de una casa. Un incendio es una forma muy fácil de eliminar pruebas. Más sencilla que tirar un coche por un puente o cargar con un cadáver hasta un arroyo en las montañas.

Cinco vidas. Houck, Silven y tres más en Connecticut, el estado desde el que la chica le escribe las cartas. Muchas muertes guardadas lo más cerca posible de sus sueños. Un artículo sobre la muerte de Sam Bullvane quedaría perfecto encima de este montón. Si los fantasmas existen, esta habitación es la que se merece estar encantada.

Me tiembla la mano al frotar la suave tela de la falda de mi uniforme, intentando contener el terror creciente. Estos trozos de papel han estado a menos de tres metros de mi cama desde que llegué aquí. Cinco vidas; cinco muertes amontonadas con cariño bajo su cama.

Quizás haya otro motivo por el que lo llaman Graves.

El ruido rápido de una llave y una cerradura, y se abre la puerta del salón. Luego se cierra. Unos pasos cruzan el salón del apartamento. Ha entrado alguien. Suelto los recortes en la caja y la

empujo bajo la cama. Me levanto y me giro justo a tiempo para verlo entrar en la habitación.

Su habitación.

Se le va la vista inmediatamente al espacio bajo la cama. La desconfianza le tensa los labios, convirtiendo la ira que estaba ahí hace un momento en algo mucho más frágil.

—¿Qué haces aquí?

No puedo decirle lo que he visto. No es suficiente, todavía no, pero ya sé exactamente qué preguntas hacerle a Henry. Necesito tiempo; necesito una excusa que consiga que me deje marchar. Su copia de las *Meditaciones metafísicas* de Descartes está sobre la repisa que tengo junto a la cabeza.

—No encuentro mi libro. Iba a coger el tuyo —digo, pero estoy pensando: «Timothy Houck. Oliver Silven. Los tres de Connecticut. Y Sam Bullvane».

Da un paso hacia mí. Cojo el libro y lo agito, con la fuerza suficiente como para disimular el temblor de mis manos. Caen unas cuantas hojas, las que él ha arrancado, pero que aún no ha desechado. Mientras planean y caen en el suelo alrededor de mis pies, veo que en todas hay un dibujo. Todos sin terminar, pero casi. Graves se agacha para recoger las hojas. Antes de que lo haga, me fijo en ellas, busco algún monstruo.

Sin embargo, solo veo partes de una cara, repetidas una y otra vez, en cada una de las hojas dispersas. La cara de una persona: una sonrisa, un labio arrugado por un pulgar apretado contra él, el filo de un gruñido atrapado entre los dientes.

—Es Henry —digo.

Graves se detiene, con las manos flotando sobre el gruñido de

Henry. No esperaba que lo reconociera con apenas unos trazos. Titubeo, atrapada entre querer evitar pensar en lo fácil con que he reconocido a Henry y las ganas de saber más. No me gusta lo que significa reconocerlo tan rápido.

Es un chico dibujado con cierta gracia. Eso es todo.

Nada más.

—¿Qué te dijo? —Graves amontona el resto de las hojas y se levanta, dejándolas en el suelo, a sus pies.

Está muy cerca. Intento dar un paso atrás, pero mis piernas chocan con el borde de su cama.

Los dibujos.

—Estás obsesionado.

—Es mi amigo.

Graves está demasiado cerca. Apenas tengo espacio para poner una mano entre nosotros. Le empujo en el pecho, pero no se mueve. Sin embargo, no es tan sencillo intimidarme. Aprieto los dientes y me obligo a mirarlo a los ojos.

Ha sido un error.

—¿Qué te dijo? —Más tranquilo esta vez. Como si fuera perfectamente consciente de que su cercanía me está desarmando.

Me devuelve la mirada, ojo por ojo. No hay ningún movimiento: ni un tic en los labios, ni las manos cerrándose lentamente en puños, hasta su pelo está tan cerca que no hay espacio para que se pase los dedos con una angustia inconsciente. Es como si hubiera eliminado a propósito toda tentación de entregar su verdad hasta que no queden más que las palabras que se niega a decir. Nunca me he sentido tan fuera de control como ahora mismo, frente a este chico. Quiero gritar, golpearle con el puño en el pecho, empujarlo y

obligarlo a decir algo. Pero estoy clavada contra su cama, con la respiración demasiado acelerada y los pensamientos revolviéndose en mi cabeza.

—Otra vez esa pregunta. —Odio la forma en la que mi voz se parece a la suya, susurro por susurro. Nunca había intentado encajar. No soy un espejo, soy una cuchilla; eso no va a cambiar simplemente porque esté en su mundo y no en el mío—. ¿Por qué es tan importante?

Da un paso atrás. Se cierra. No es hasta ese momento, al ver cómo frunce su ceño, cuando me doy cuenta de cuánto me está mostrando en realidad. Esa cara frívola no era frívola en absoluto, estaba lo suficientemente tensa para desquebrajarse.

—No lo es.

—Mentiroso. —Mi corazón late dentro de su jaula. Solo era una suposición, pero me doy cuenta de que vuelve a tensar la mirada y sé que he dado en el clavo—. Creo que sabes perfectamente lo que me dijo, y solo quieres averiguar si me lo creo o no.

Se aparta y tira los dibujos de Henry a la basura. El silencio se hace tan largo que pienso que no va a responder. Agarro con fuerza el libro que le estoy robando y me dirijo a la puerta del baño, un atajo desde su habitación a la mía. Entonces habla.

—Henry no está bien. No quiero que te… asuste.

Se gira hacia mí, evaluándome desde el otro extremo de la habitación. Me pregunto qué ve. Si piensa que le creo, o si sabe que tengo nudo corredizo suficiente como para colgarlo. Cinco nombres. Cinco muertes. Un chico y sus ojos… demasiado intensos.

—No te creas las cosas que dice —me suelta, despacio y con

delicadeza, como si me estuviera ofreciendo un lugar en el que aterrizar.

—Entendido. —Lo acepto. De momento.

Al fin y al cabo, cuanto más me deje entrar, más fácil será clavarle el puñal por la espalda.

CAPÍTULO 19

Sigo a Henry hacia la entrada del auditorio de Huntsworth, un anexo de madera y cristal en la parte trasera del edificio de administración. Graves viene detrás de mí con Baz. Hoy parece más calmado y, por su culpa, yo no lo estoy en absoluto.

Se ha pasado toda la noche tocando el maldito violín en nuestro salón. El arco apenas rozaba las cuerdas para que la música sonara lo bastante bajo como para no despertar a la torre, pero lo suficientemente fuerte para colarse por debajo de mi puerta y despertarme. Las mismas seis subidas y caídas, una y otra vez. Quería gritar, pero no le iba a dar la satisfacción de que supiera que me estaba molestando. Quiere saber cuánto sé. Cualquier cosa puede ser una prueba.

Tengo la vista húmeda, me pesan los ojos. Solo quiero que Henry deje de andar y se siente. Por fin elige un asiento en la tercera fila. Nos sentamos: Henry, Graves, Baz y yo; Victoria y tres de las fotocopias iguales que tiene como amigas justo detrás de nosotros.

El auditorio se oscurece. Las cortinas rojas con un sabueso negro en el centro empiezan a correrse automáticamente para cubrir las ventanas. Graves cree que puede desaconsejarme. Lo único que ha hecho ha sido confirmarme que voy por el buen camino. Miro a Henry. Un ligero tic le tira de la comisura de los labios. Sabe que lo estoy mirando.

Le escudriño la cara, y parece que se divierte. Todo lo que Graves tiene de piedra y relámpagos, Henry lo tiene de inestabilidad y delicadeza, un chico que nunca sé si está aquí para salvarme o porque le gusta verme pasarlo mal.

—Ayer… —Hago una pausa para hacerle esperar—. Gracias. No sabía cuánto lo necesitaba.

La diversión desaparece. Me mira como si no se creyera que soy real. Luego, muy despacio:

—Es muy difícil saber lo que necesitas cuando nunca lo has tenido.

No quiero caerle bien. Necesito que se desespere por mí. Es lo que estoy sintiendo.

Graves da una patada al asiento de delante, provocando que el alumno se sobresalte. Detrás de él, Victoria se ríe por lo bajo.

La directora Delgado sube los pocos escalones al escenario. Lleva una toga sin mangas negra y roja sobre un traje oscuro; está peinada con unas ondas densas y marcadas.

—Estimados alumnos —dice. Su voz resuena en el espacio cerrado antes siquiera de que coja el micrófono—. No aproximamos al final de otro trimestre. Ha sido un período extenuante. En Huntsworth, nuestro objetivo es que se superen cubriendo todas sus debilidades. *Non deficient, non debilitare*.

Los alumnos repiten sus palabras, un eco caótico fortalecido por cientos de voces:

—*Non deficient, non debilitare*.

Levanta la palma de la mano hacia nosotros y adopta una expresión solemne.

—Tomémonos un momento para recordar a aquellos que nos han

dejado. —Deja caer la mano a un lado, aunque se le afila la mirada. Dos nombres resuenan por el auditorio—: Timothy Houck. Oliver Silven. *Mors vincit omnia*. Volveremos a vernos cuando llegue el momento.

Se hace el silencio. Agacho la mirada, intentando ocultar mi rencor. Los nombres de Timothy y Oliver salen con facilidad de sus labios, pero no dice ni una palabra de Sam Bullvane. No es el momento ni el lugar, me digo. Además, que lo omita en un lugar como este, donde solo está ella con sus alumnos, no significa que se niegue a hacerle justicia. Aun así.

Aun así. Quiero escuchar su nombre.

La directora Delgado empieza a hablar de nuevo para advertirnos de que las escaleras que conducen a la azotea de Killary están prohibidas y que acceder a ellas es motivo de expulsión. Graves se inclina hacia delante en su asiento y apoya la barbilla sobre las manos. Se pasa los dedos por los labios. Su expresión no cambia en absoluto, excepto por un ligero pulso cerca del puente entre el pulgar y el índice. Me encantaría poder acércarme, apartarle la mano y descubrir qué está ocultando.

—Fiesta en mi casa después de los exámenes. Venid cuando acabéis. Marchaos… ¿un poco antes de la liberación? Jamie puede ponerse algo de ropa raída y salvar el planeta.

Victoria apenas baja la voz. Es evidente que sus pensamientos son más importantes que la reunión.

Deja caer la mano suavemente sobre el hombro de Graves. Él desliza la suya encima y gira el cuello para mirarla.

—Allí estaré.

Henry se inclina hacia mí y apoya su barbilla en mi cabeza. No sé

si lo está haciendo para parecer adorable, posesivo o simplemente tocapelotas. Me hace daño, sobre todo cuando empieza a hablar.

—Todo el fin de semana, qué hedonista. Baz irá. Jamie y yo nos lo pensaremos.

Jamie y yo.

Una invitación a un baile. De repente, nos encontramos en una situación de tú + yo. Miro hacia delante, al escenario, mientras Baz se inclina y empieza a discutir sobre tener sus propios planes. Henry le contesta y me clava la barbilla cada vez más en el cráneo. «Jamie y yo» es a lo que yo quería jugar, pero esto ha sido demasiado fácil. Saco una mano con la palma hacia arriba, un cebo.

Los dedos de Henry se entrelazan con los míos, tiernos como un poema de primavera.

Fácil. Demasiado fácil. No puedo sacarme de la cabeza cómo me miró antes. Nada de este afecto es real. Pero, entonces…, ¿por qué me lo está mostrando?

Aparto la mano de debajo de la suya y finjo rascarme la rodilla. Henry se apoya en el respaldo de su asiento. Graves nos está mirando tan fijamente que puedo sentirlo. Una profesora se asoma por el extremo de nuestra fila y nos lanza una mirada. Se lleva un bolígrafo rojo a los labios. «Shh».

Delgado levanta la voz.

—Espero excelencia de todos y cada uno de ustedes. Que se comporten con honor. —Hace una pausa antes de iniciar el final de su discurso. La reunión debe de estar a punto de acabar—. Y ahora escuchemos unas palabras de la presidenta de los veteranos. ¿Señorita Hallward?

¿Baz?

Se escucha un «¡whoop-whoop!». Graves grita con una mano alrededor de la boca.

—¡Presi de los veteranos!

Baz baja la barbilla con las mejillas sonrojadas, pero veo una sonrisa a regañadientes mientras se levanta, recorriendo la fila de asientos y luego subiendo los escalones hasta el escenario. Delgado se echa hacia atrás. Baz ajusta el micrófono en el atril.

Nadie me había dicho que era la presidenta de los veteranos. Ni siquiera ella. No tiene sentido que sea quien está ahí arriba. Está hecha para ser secundaria, mirando siempre a otra persona en el plano principal. Debería de ser uno de los otros dos, con sus espinas de hierro y sus miradas exigentes.

—Gracias, directora —dice. Su sonrisa se rompe por los bordes cuando mira a su madre. Mueve los pies y mira hacia nuestra fila—. Seré breve.

Alguien abuchea desde la mitad de atrás del auditorio. Baz carraspea, se pone bien la corbata y tamborilea con los dedos en el atril. Aquí no hay nada breve. Para cuando encuentra su voz yo casi murmuro con una vergüenza de segunda mano y el deseo desesperado de que sepa que lo está haciendo bien. Me encanta que sea nuestra presidenta. Odio lo difícil que le resulta.

—La liberación de los sabuesos es el próximo domingo. Para los novatos: si no habéis recibido vuestras tareas, hablad con Keppart. Veteranos. —Hace una pausa y se humedece los labios, claramente leyendo algo impreso—. Veteranos, recordad que el evento es de gala. No se permitirá la entrada a nadie que no lleve el atuendo adecuado. Los antiguos alumnos y sus socios verán lo mejor de nosotros.

Detrás de ella, su madre asiente con las manos en la espalda. En el escenario Baz se yergue un poco para hablar a los de segundo año sobre su evento de invierno: un fin de semana en un resort de esquí en Carolina del Norte con personal de selección de las universidades de la Ivy League.

Henry se saca un pequeño cuaderno del bolsillo trasero del pantalón y lo abre sobre su regazo. Con letra cursiva inclinada y confusa escribe varias palabras con la mano izquierda, luego lo cierra y me lo deja sobre las piernas. Yo lo abro por la página escrita.

Estarías despampanante con un vestido.

Me quedo mirando esas palabras. Desde fuera puede parecer que me ha pillado por sorpresa soñando con ser la princesa del baile, pero, en realidad, he mirado de reojo la mano de Graves. La tenía apoyada sobre las rodillas. Observo cómo la cierra lentamente en un puño. La misma pequeña reacción que en el arroyo cuando Henry atormentaba a Baz.

Sin embargo, Baz está en el escenario, lejos de nosotros. No está molesto por ella. Lo está por mí, y por el chico que «no está bien» con el que estoy tonteando.

Le devuelvo el cuaderno a Henry con una sonrisa y apoyo la cabeza sobre su hombro. Él apoya su cabeza sobre la mía, acercándose. Da igual si esto es real para alguno de nosotros: es lo que Graves no quiere…, y eso significa que es justo lo que yo necesito.

—Ya queda muy poco, sabuesos —dice Baz.

El auditorio se queda en silencio. Me obligo a levantar la vista y mirarla a la cara. Ni siquiera está fingiendo sonreír. Agarra el atril y golpea frenéticamente la superficie con el pulgar. Sus ojos encuentran a los míos.

«No pasa nada», vocalizo. Todo va a ir bien.

Baz no sonríe. Solo asiente.

—Un trimestre más y nos marcharemos de aquí. No os vayáis sin dejar huella, sabuesos.

Alguien patalea con los pies en el suelo. El gesto se repite como un incendio que se propaga por el público, hasta que el auditorio retumba con el sonido.

Tengo razón.

Todo va a ir bien.

Pero ella también tiene razón.

Dejaré huella.

CAPÍTULO 20

Una noche de finales de verano, con un diente menos y la cabeza ida, mi madre me acunaba la cabeza en su regazo y me acariciaba el pelo mientras cantaba una nana para el chico muerto que esperaba en mi ventana. Esta noche ya casi es pleno invierno. Sigue habiendo un chico en la ventana a la que estoy mirando, pero todavía no está muerto.

Estamos repartidos por la pequeña biblioteca de Killary. Baz junto a la chimenea, Henry y yo en la mesa, Graves en el asiento de la ventana. Una fría corriente de diciembre revuelve las hojas que Graves arranca una tras otra de su copia de *Meditaciones metafísicas*. Los exámenes son el viernes, antes de la liberación de los sabuesos. Para el curso final hay un examen oral en el que Leckey nos interrogará uno a uno delante de la clase, como si estuviéramos en un juicio. Nosotros cuatro y las seis meditaciones. Y Graves las está desgarrando todas.

Levanta la vista del libro. Nuestros ojos se encuentran. Siempre siento lo mismo: un tira y afloja en el que patinar implica morir. Esta vez soy yo la que aparta la mirada, porque Henry puede pensar que estaba intentando memorizar las líneas de su cara.

«Céntrate en el estudio, Marin». Delgado tiene que estar contenta con mis notas, y eso es lo único que me fuerza a aparecer en las demás clases. Pero no podía no asistir al curso final, incluso aunque

ella no estuviera pendiente. Las otras clases son como las de East County, más apresuradas, pero esta… es diferente. En esta nos aseguramos de hundir los dientes en la naturaleza de la realidad y ver qué conseguimos tragar.

Murmuro algo, ignorando cuánto tarda en cambiar de posición y demostrar que sigue sin mirarme. El volumen de *Historia de la filosofía* está apartado en un extremo de la mesa. Mi nota amarilla, cerca de la esquina superior. Hay una nota nueva de la otra persona esperándome. No me había dado cuenta hasta ahora. Estar aquí con estos tres hace que la habitación parezca demasiado abarrotada para nada más.

Una sensación demasiado nerviosa y excesivamente cálida como para que solo sea la expectativa lo que me revuelve el estómago. Me encantaría estar sola, poder sopesar cada palabra suya como suelo hacer. Trazar las líneas apresuradas de su caligrafía y preguntarme si es una persona tan apasionada en su día a día, o si es algo que únicamente guarda para mí.

Podría esperar. Podría volver más tarde. Pero todos parecen estar muy ocupados y no me prestan atención. Henry tiene el cuello doblado elegantemente por encima del respaldo de su silla. Le da vueltas a un bolígrafo entre los dedos. Graves arranca otra hoja. Las mantas y un cojín que alguien dejó en el asiento de la ventana están ahora en el suelo delante de él, cubriéndose lentamente por tiras de papel. Baz está sentada con las piernas cruzadas en el sillón grande. Habla de vez en cuando con Henry en una batalla perdida, intentando que se ponga a estudiar.

Baz: «Describe el proceso de duda de Descartes».

Henry: «Era largo, y complicado, y le estalló por completo la

cabeza».

Un suspiro soplado entre las mejillas apretadas, luego Baz: «Dame más detalles».

Henry: «Te los puedo dar, pero ese tipo de conversación tienes que pagarla por adelantado».

Baz le lanza el libro a Henry.

Henry lo coge, lo gira en la mano y se lo tira de vuelta, todo sin levantar la mirada.

Baz gruñe mientras lo coge y se lo agarra al pecho.

—No pienso ayudarte si no te lo vas a tomar en serio.

Henry sonríe, porque no quiere su ayuda, quiere su atención. En cuanto empiece a estudiar de verdad, Baz lo dejará en paz y su mente volverá a su propio trabajo de memorización. Henry es codicioso, así que Baz siempre va con retraso en los deberes. Y Henry está suspendiendo a propósito.

Deslizo mi lápiz entre las páginas de *Historia de la filosofía* y lo abro solo lo suficiente para poder leer el nuevo mensaje. Hay una cita de Rousseau recién subrayada en la página señalada con la nota:

> El hombre que más ha vivido no es el que más años ha cumplido, sino el que más ha experimentado la vida.

Normalmente, escribe en los márgenes. Esta vez su escritura se extiende por encima y por debajo de la cita de Rousseau, apiñada entre los delgados espacios entre las líneas, como si fuera algo que ni siquiera esa persona quisiera admitir.

todo cambió cuando tú llegaste.
No puedo volver. Ya no sé cómo ser esa persona.

Saco el lápiz.

La habitación se encoje y solo veo el libro frente a mí.

Esto no son secretos abandonados en unas páginas, recogidos por casualidad; no son solo unos garabatos hechos con una tinta familiar. Sabe quién soy.

Sabe quién soy.

Sabe perfectamente quién soy.

Algo se mueve en mi visión periférica y bajo la mirada, sorprendida de encontrar mi copia del libro de Descartes y, encima, la mano de Henry. Tamborilea con delicadeza las palabras y pasa el dedo directamente bajo una cita que se extiende varias líneas. La he subrayado tantas veces que la tina de las palabras ha empezado a gastarse: «Cuando reflexiono sobre mí mismo no solo conozco que soy una cosa imperfecta, incompleta y dependiente de otro, que tiende y aspira sin cesar a algo mejor y mayor de lo que soy…».

Le aparto la mano y cierro el libro. En algún recodo de mi mente estoy molesta conmigo misma por haber mostrado tanto interés en algo que deja ver tanta debilidad. Busco en mi mochila el texto explicativo para distraerlo de lo que ha descubierto, a la vez luchando contra el deseo de abrir *Historia de la filosofía* y releer todas las notas que he escrito y todas con las que ha respondido; han adquirido una nueva luz al saberme reconocida.

Él me da un codazo en el costado y, a continuación, me desliza un

libro en el regazo. Hay una delicada línea azul debajo de una sola frase en la página por la que está abierto. La misma que la mía.

Se me corta la respiración. Él vuelve a coger el libro y me quedo mirándome las piernas. No sé por qué, pero me siento aún más expuesta que antes. Quiero preguntarle si esas frases le han llegado tanto como a mí, si hubo una alianza instantánea con alguien que lleva cuatrocientos años muerto, alguien brillante, alguien que cambió el mundo de los pensadores que llegaron después y que, aun así, cuando reflexionaba sobre sí mismo, solo conseguía ver las piezas que faltaban.

Nadie mira un puzle al que le faltan piezas y dice: «Qué imagen más bonita». Se quedan observando los huecos, los «debería haber estado», los «podría haber sido», los «y si…» que alguien perdió y barrió bajo la alfombra. Y entonces dicen: «Qué lástima».

Por una vez, Henry no está sonriendo. Sus oscuros ojos se encuentran con los míos. Primero buscan uno, luego el otro, de la misma forma que sé que yo le estoy haciendo a él. Ambos buscando algo que nos negamos a decir.

La cursiva de su nota fluyó con más libertad que la escritura de la persona que me deja las notas, sin trabas, apretada, esforzándose por respirar. De la misma forma que el chico frente a mí se ríe de todo lo que los demás temen; mientras él observa miedos que nadie más ve…, nadie excepto yo.

«Sé quién eres», me susurran sus ojos.

Es él. La otra persona. Tiene que ser él.

El ruido del cristal en un panel suelto hace que aparte la atención de su cara. Graves está de pie en el asiento de la ventana, con las

manos agarradas en lo alto del panel. Se sienta y vuelve a coger el libro sin ni siquiera mirarnos.

Ha sido suficiente. Cuando vuelvo a mirar, Henry está volcado de nuevo en su libro.

Tiene que saber que la otra persona que escribe soy yo; por la forma en la que ha subrayado esa frase, el modo en el que me ha mirado. Estaba sentado a mi lado cuando he abierto *Historia de la filosofía*. Lo sabe. En cuanto le he dado una rendija ha acortado la distancia entre nosotros para dejar claro que nunca ha habido nada oculto en esos márgenes.

—Me aburro —dice cerrando el libro.

¿Cuánto hace que lo sabe?

—Los dos enemigos de la felicidad de la humanidad son el dolor y el aburrimiento —dice Graves, murmurando las palabras a medio pensar.

—Eso te convierte en un desastre natural —dice Baz, sonriendo por encima de la silla.

—Un acto divino —dice Graves.

Henry se inclina hacia atrás en su silla y estira las manos hacia arriba y hacia atrás. Se le levanta la camisa, dejando ver una línea de piel bronceada justo encima de la cintura.

—Se acabó. ¿Qué más da si aprobamos o no?

En mi interior prende la profunda necesidad de contarlo todo. No puedo perder esto. Si mi yo que ha escrito en esas páginas desaparece sin que nadie la vuelva a conocer, me quebraré. Pero sigo sin saber si él tuvo algo que ver con la muerte de Sam. Todo lo que he descubierto señala a Graves, pero nada de lo que he descubierto lo demuestra.

Excepto esto. Quizás esto signifique que puedo confiar en Henry. A lo mejor no está involucrado; alguien tan honesto como la persona que me escribe no puede ser…

No. Se acabaron las debilidades. Nada de esto me pertenece. Ni siquiera nuestras notas. No vine aquí para convertirme en uno de ellos.

—Les dirás a los de la universidad que has creado tu propia verdad en cuanto a tus notas. —Le reto en voz baja.

Nada cambiará.

Todo ha cambiado.

Él ladea la cabeza hacia mí.

—Jamie, eres una maravilla. Siempre se me olvida que no todo el mundo tiene una herencia.

La amargura abrasa el puente que habíamos construido entre nosotros. Por supuesto que ni siquiera tenían que enviar solicitudes a las universidades. La vida es un vals con una melodía perfectamente adaptada a sus pasos, sin importar lo lento que giren. Aprieto la mano, intentando no partir el lápiz por la mitad, intentando no pensar en el hecho de que mis planes vitales para el año que viene implicaban ser camarera en Nashville con un chico que ahora está muerto.

—O que no todo el mundo elige depender del dinero de papá.

—Es muy fácil hacer eso cuando papá está sin blanca —dice Graves, que guarda su libro destrozado en una de las estanterías y salta del asiento de la ventana—. Vámonos. Tengo que beber lo suficiente como para olvidar.

El lápiz se rompe. Suelto las dos mitades y hago como que paso el dedo por el índice de mi libro, aunque no leo nada.

Graves no tiene permitido olvidar nada de lo que ha hecho.

Inclina la barbilla hacia Baz. Ella se levanta ansiosa, tirando los libros en la mesa delante de mí.

—¿Vienes? —me pregunta Henry—. Me da en la nariz que tú, aburrida, serías un auténtico desastre natural. Deberíamos evitarlo… a toda costa.

Me guiña un ojo y envuelve un brazo en el cuello de Graves. Tira de él y lo aleja de Baz para acercárselo. Baz está sola en el quicio de la puerta. El rechazo se le ve en la cara; ahí está, pero desaparece en cuanto me pilla mirando. Sonríe para mí y lo hace de verdad.

Respiro hondo y cierro el libro.

—Cómo me lo voy a perder.

Ella me coge de la mano. Los chicos se marchan, pero Baz me retiene, dejando que crezca el espacio entre ellos y nosotras. Henry me mira por encima del hombro de Graves. Una mirada rápida, nada más; pero cada movimiento que hace, cada palabra que escribe, tiene un sentido. Graves no es suficiente para él. Quizá lo fue alguna vez, pero ya no.

«Todo ha cambiado», dice esa mirada.

Baz reclama mi atención.

—Me equivoqué con la lectura que te hice. Si hubiera tenido la baraja completa habría sido diferente. Esto es lo que debería haber salido, en lugar del dos de espadas. —Se quita el bolígrafo de detrás de la oreja y dibuja un pequeño corazón al revés en la curva de mi muñeca—. Todo es mejor desde que tú llegaste.

—Seguro que antes estabais muy bien —le miento.

Me hace cosquillas cuando rellena el corazón con trazos abruptos y entusiastas. Sé que está nerviosa, porque no me mira a los ojos y

porque, pese a estar muy concentrada en su arte, es algo muy caótico.

—¿Te gusta Henry?

¿Está nerviosa por preguntármelo, o por mi respuesta? Abro la boca para tranquilizarla, pero habla antes que yo.

—No hace falta que me lo digas si no quieres. Pero antes, cuando estaba estudiando contigo, me ha parecido que igual sí. Además, sé que a Henry le gustas tú.

No sé qué decir. Si me estuviera preguntando solamente por el chico que responde a mis márgenes, la respuesta sería más fácil. Pero preguntarme si me gusta Henry es como preguntarme si me gusta un par nuevo de vaqueros. No lo sé. Todavía no los he usado. ¿Me gusta? ¿O solo me gusta la idea de él?

Baja la voz aún más.

—Ten cuidado, por favor.

—¿Baz?

Intento apartar la mano. Pero no me suelta.

—No quiero que empieces algo con él sin saber la verdad. A veces se pierde, como todos, pero Henry intenta encontrarse de formas muy peligrosas. Y si alguna vez no te sientes cómoda, quiero que sepas que me tienes aquí.

Se me acelera el corazón.

—¿Cómo que peligrosas?

El corazón está completamente coloreado, pero sigue haciendo trazos. Una vez y otra y otra y otra.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre los espejos?

—Sí. —Que cualquier cosa puede ser una ventana, pero un espejo puede ser una puerta—. Pero no entiendo…

—Está sufriendo, Jamie, y está buscando algo, lo que sea, que lo ayude, pero… Tengo miedo de a quién se lo está pidiendo.

Al final del pasillo se escucha la risa de Graves. Mi voz apenas es un susurro.

—¿A quién?

Por fin me suelta la mano.

—Tú puedes ayudarlo. Eres diferente.

Esa sería la respuesta de Henry, no la de Baz.

—¿A quién se lo está pidiendo? —Ella mira detrás de mí, al interior de la biblioteca. Le cojo la mano, pero su mirada no se mueve—. ¿Baz? —Me doy la vuelta. No hay nadie—. Basile, ¿a quién?

—Pero no tan diferente. —Le brillan los ojos—. Es como si todos nosotros nos estuviéramos ahogando, mientras tú estás ardiendo.

Me está asustando. Me obligo a reírme.

—Graves parece que podría respirar sin problemas debajo del agua.

Me mira por fin. Me preocupa que sea porque he pronunciado el nombre de Graves, y no porque confíe en mí.

—Está gritando. Se parece mucho a respirar, pero algún día recordará que también tiene que inhalar.

Puede que ninguno lo hagamos. Puede que todos acabemos con esto gritando.

CAPÍTULO 21

Donde todo no es más que una ensoñación,
de nada sirven el razonamiento y los argumentos,
la verdad y el conocimiento.

John Locke

Siempre temo que nada de esto sea real.

La torre está en silencio, excepto por el sonido de mi ducha. Los otros tres siguen en el salón de Baz y Henry, colocados, con cartas, bebidas y crisis existenciales. No podía soportar un minuto más de buscar las palabras y no encontrarlas, ahogándome por la presión de las advertencias de Baz y las palabras de Henry escritas entre los renglones de *Historia de la filosofía*. Hace unas horas me fui junto al arroyo y me quedé plantada con las manos escondidas en las mangas. Nadie se levantó de entre los muertos para guiarme. Mis enredos son míos y solo míos.

Ahora el arroyo llena el baño y empaña los espejos. Dejo caer la toalla y entro en la bañera. El agua caliente contra mi piel helada me hace ahogar un grito. Me giro hacia el chorro, levanto la barbilla y dejo que resbale sobre mí con una respiración larga y temblorosa. La

ducha es el único sonido y sentido en la habitación. En esta suerte de caparazón, si cierro los ojos, desaparezco.

Nashville era el plan, porque Sam no quería ir más lejos para poder volver los fines de semana en coche a casa. Todos los apartamentos dentro de nuestro presupuesto tenían la pintura desconchada; las barandillas se tambaleaban en las escaleras que llevaban a ellos. Podíamos meter dos camas, una pegada a la pared frente a la televisión; la otra sobresaliendo y bloqueando media puerta del baño. El mejor tenía una cocina pequeña con una ventanita cubierta de cristal traslúcido y un alféizar en el que amontonaría libros bajo la planta de menta colgada en el riel vacío de la cortina.

Aprieto el anillo que me cuelga del cuello. Aunque él no esté, seguramente pueda permitirme el primer mes de alquiler cuando lo empeñe. Los diamantes no son muy grandes, pero es plata de ley. Y no tengo que irme a Nashville. Podría ir a algún sitio más barato si fuera necesario. Podría largarme esta misma noche. No tengo que hacer nada de esto. Pero quiero hacerlo por… Sam.

Nada ha cambiado.

Aprieto los ojos con más fuerza y cierro el grifo. Demasiados pensamientos en la ducha.

—Ya está bien, Henry.

Abro los ojos. Me quedo muy quieta.

Sam no está y Graves ha vuelto. Henry también. La puerta del baño se abre de golpe. Cerré con llave la puerta del pasillo, pero no esta. Me encojo detrás de la cortina, a punto de gritar a cualquiera de los dos que haya entrado. No lo hago. Rebuscan entre las toallas sin decirme nada, pese a que el grifo sigue goteando y los espejos

están cubiertos de vapor. A lo mejor no se ha dado cuenta de que sigo aquí. A lo mejor lo puedo usar. Al fin y al cabo, si me encuentra, sería muy muy sencillo decir que me daba miedo que me vieran y no sabía qué decir.

Hasta entonces, puedo escuchar.

El agua se derrama en silencio por mis dedos. Sea quien sea el que está aquí conmigo, abre el grifo del lavabo y deja correr el agua sobre algo que amortigua el sonido.

—Adrian Hargraves, por fin has encontrado a alguien que te mira como si fueras feo. —Es Henry. Sus palabras suenan como un revoltijo de respiraciones agitadas y consonantes arrastradas. Suena como si estuviera sufriendo, no borracho sin más. Quizá por eso no se ha dado cuenta de que estoy aquí. Cierra el grifo—. ¿Te gusta? ¿Sientes un cosquilleo por el pecho?

Se marcha y deja la puerta abierta. Echo un vistazo por la rendija entre la cortina y la pared. Graves se golpea contra la puerta del armario con las manos en las rodillas. Arquea la espalda, jadeando con cada respiración. Tiene la camisa empapada en sudor. Los zapatos manchados de césped y fango. Henry le tira la toalla mojada a la cara. Él la coge y levanta la vista; vuelvo a esconderme tras la cortina.

Cruje el suelo, como un gemido, justo delante del armario.

—He dicho que ya está bien.

Mi cuerpo arde con la necesidad de salir, volver a mi habitación y coger la ropa que he dejado sobre mi cama, pero las ganas de escuchar son aún más grandes. El movimiento de la cortina suena fuerte, como un tren de mercancías, cuando saco la mano y tiro despacio de la toalla.

—No es porque le gustes. —Las palabras de Henry suenan acaloradas, pronunciadas para abrasar—. No le gustas, Graves. Le das miedo.

La respuesta de Graves es más una exhalación que una risa:

—A Jamie no le da miedo nada.

Jamie. Yo. Están hablando de mí.

—Pero tú sí. —Palabras susurradas, elegidas, colocadas con precisión, como el corte de un bisturí—. ¿Verdad, Graves?

El tiempo se detiene. Ninguno de nosotros se mueve; creo que no podemos movernos. El silencio se extiende demasiado rápido, alimentándose de la pregunta de Henry, llenando cada centímetro del espacio. Me cuelga la toalla de los dedos; serpientes de agua me bajan por las piernas.

—Ya me conoces —dice Graves, nada más.

—¿Ah, sí? —pregunta Henry, metiendo el dedo en la herida abierta, inquisitivo.

Los listones del suelo vuelven a crujir cuando uno de los dos se acerca al otro. Me envuelvo con la toalla y salgo de la ducha con un movimiento apresurado pero silencioso. Unos cuantos pasos más y estaré en la puerta de su habitación. Esto no va a durar mucho más, las palabras y los silencios brillan demasiado de dolor. Uno de los dos está a punto de explotar, y quiero verlo.

—¿Hasta dónde serías capaz de llegar? —susurra Henry—. ¿Hasta donde yo te pida? ¿Hasta donde llegó… Sam?

No me atrevo ni a respirar. Por fin, por fin.

Están de pie en el centro de la habitación. Graves tiene el torso desnudo y los puños cerrados a los lados. Henry se deja caer sobre sus hombros y juega con él.

—Qué chico más majo —dice. Apenas mueve los labios cuando habla. El rubor de sus mejillas ha desaparecido, dejando su lugar a un matiz amarillento—, pero eso no le sirvió demasiado, ¿no?

Quiero gritar. Necesito más. Van de puntillas alrededor de lo que ocurrió, todos los espacios de la conversación están llenos con cosas que ellos saben y yo no. Estoy atrapada en el baño diminuto, en silencio y tiritando, cuando lo único que quiero hacer es salir corriendo de ahí y sacarles la verdad a la fuerza. Aprieto la mano contra el marco de la puerta, lo más cerca posible de donde están ellos. «Por favor. Por favor, contadme qué pasó».

Graves retuerce el cuello como si quisiera huir, pero no consigue darle un empujón a Henry. Henry está inclinado en el espacio que él ha abierto, atormentándolo.

—Bueno, si tú no quieres, solo queda Baz.

Todo se rompe. Graves levanta la cabeza. Golpea con el brazo a Henry en el vientre, doblándolo por la mitad. Lo empuja. Los hombros de Henry chocan contra la puerta del armario. Graves respira muy cerca de su cuello, con el puño levantado. Lo veo: la cara de Henry, amoratada y rota. Le sale sangre de la nariz. La sonrisa, tan amplia como falsa, pero con los dientes teñidos de rojo.

El puño choca en la madera al lado de la cabeza de Henry. La puerta se quiebra. La risa de Henry es extraña, como el sonido grave del carbón estallando en el centro de una hoguera.

—Eres guapísimo —dice Henry. Agarra la cara de Graves. Las líneas de su cuello están tan tensas que parece que, si Henry lo girara lo más mínimo, saltarían—. No te vayas nunca.

Graves echa hacia atrás el puño. La puerta del armario cruje a

modo de protesta. Se balancea y sé por qué. Yo también he estado así de cerca de Henry. Sé lo que siente ahora mismo.

Levanto la mirada y pido que la tierra se abra para tragárselos a los dos.

—Te necesito —dice Henry; suena como un «perdóname».

—No voy a irme a ningún sitio —dice Graves.

Seco. Forzado. Auténtico.

Henry agarra por el hombro a Graves, con los dedos arqueados con fuerza y clavándoselos en la piel.

—De verdad —dice Graves, de nuevo enfadado.

Pero ahora es una rabia diferente. Es el tipo de ira que parece un embalse a punto de hacer estallar la presa e inundar el mundo solo para enterrarte y obligarte a escuchar. Es él empujando a Henry, no para hacerle daño, no para detenerlo, sino para dejar el espacio suficiente para que lo mire a los ojos.

Es Henry quien aparta la mirada. Agarra a Graves por la muñeca y dibuja los huesos bajo la piel. Tiene los ojos muy abiertos y vidriosos.

—Sé perfectamente cuándo me mientes.

Graves se sacude la mano de Henry. Camina hacia atrás y desaparece de mi vista. Debería irme. Ahora. Volver a mi habitación y fingir que llevo ahí todo el rato. Pero necesito escuchar lo que va a decir Graves. Necesito ver qué hace ahora. Mi corazón es de papel y hoy lo está haciendo pedazos lentamente.

—Entonces, ¿por qué iba a mentirte? —dice por fin, con una voz que suena demasiado cerca.

Se abre la puerta.

Aparece frente a mí con nada más que un par de calzoncillos rojos

y una toalla colgada del hombro. Cierra la mano a un lado. La abre, la cierra, la vuelve a abrir, atrayendo mis ojos hacia su pecho fuerte y ancho. Me cruzo de brazos, extremadamente consciente de que no hay nada debajo de mi toalla. No lo miro a los ojos. No quiero ver lo que hay en ellos. Si lo hago y encuentro el deseo que está llenando los míos…

—Jamie —dice con una voz densa.

El papel en mi pecho arde.

En la habitación, detrás de él, Henry se choca contra el armario.

—No…, siento…

Graves se da la vuelta. Corre. Coge a Henry antes de que se caiga al suelo, lo levanta con facilidad por el pecho. A Henry se le ponen los ojos en blanco. Ha perdido todo el color de las mejillas, únicamente palidez y sombras. Si no acabara de escuchar su voz diría que ha muerto.

—¿Qué le pasa? —pregunto, aunque no salgo a la habitación.

Graves me mira a los ojos. Parece asustado.

—Está bien.

Abre la puerta de la habitación con un pie y la cruza con cuidado, cambiando de posición las manos para mantener cerca la cabeza de Henry. La puerta se cierra tras ellos con un clic.

CAPÍTULO 22

Me meto una sudadera por la cabeza y me pongo unos pantalones cortos para correr. En el pasillo se escucha un portazo. Unos pasos apresurados. Escucho con atención, para asegurarme, pero todo está en silencio.

Henry lo sabe todo. Necesito llegar a él mientras esté débil, desorientado y solo. Sin poder jugar conmigo a sus jueguecitos mentales. Haré que me diga a qué se refería con eso de que Graves llegará hasta donde llegó Sam, haré que me confiese qué ocultan ambos. Lo obligaré a ser tan honesto en persona como lo es en los márgenes.

Saco mi teléfono del cajón y salgo al pasillo vacío. La puerta del apartamento de Sam y Baz está abierta; la zona común se ve vacía. Brilla una luz detrás de la puerta de la habitación de Baz; la de Henry, en el lado opuesto, está oscura.

En silencio, camino hacia la habitación de Henry, con los ojos fijos en la línea de luz bajo la puerta de Baz, pendiente por si veo alguna sombra. No se mueve nada. Entro en la habitación de Henry.

Dentro está oscuro, hay una manta sobre la ventana, para cubrir el ojo pálido de la luna. Cierro la puerta y enciendo la linterna del teléfono, medio escondiendo la luz entre mis dedos para que no se perciba en el salón. No puedo dejar que nadie nos interrumpa.

Mi teléfono ilumina la habitación con cortes de blanco y negro.

Henry yace inmóvil sobre la cama. No creo que sea el momento de hablar, pero tampoco puedo seguir más en silencio. Solo necesito una declaración grabada… No será suficiente para llevarlo ante los tribunales, pero sí para que la directora Delgado formule las preguntas correctas.

—Soy yo.

No se mueve.

Me acerco a la cama. Las sombras se mueven conmigo, escabulléndose por las paredes. Está tumbado bocarriba, con un brazo cruzado sobre el pecho, el otro en el costado. Tiene los ojos abiertos. Está despierto y juega conmigo.

—Me manda Graves.

La luz brilla en su cara. No se estremece ni parpadea, simplemente se queda ahí tumbado, mirando al techo mientras se le encogen las pupilas al huir de la luz. Su cuerpo está aquí, pero está vacío.

Maldigo. Me siento a su lado en la cama. Le coloco el teléfono cerca del hombro para que la luz brille hacia arriba, arrojando tonos grises a la habitación. Le sacudo el hombro; se le desliza la cabeza de la almohada sin un mero parpadeo. Le busco el pulso con los dedos.

No me permito pronunciar su nombre ni una vez.

Este no es Sam. Es simplemente un chico al que le gusta escribir en libros.

Tiene pulso, pero débil. Le suelto la mano, que cuelga flácida por el borde de la cama. Esto no se lo ha hecho Graves. Si fuera así, ¿por qué habría corrido a ayudarlo? «Si no ha sido él, ¿dónde está

ahora, entonces?», me susurran mis pensamientos, fríos y silenciosos.

Sin embargo, la forma en la que mira Henry no es natural. Dijeron que a Sam lo mataron las drogas. Nunca he querido creer que las consumió de forma voluntaria; pero ahora hay muchas probabilidades de que estén matando a Henry. Me pongo de pie y camino rápido hacia el escritorio. Abro el primer cajón, remuevo lo que hay en su interior y lo cierro; abro el siguiente, y el siguiente, hasta que encuentro su alijo.

Solo hay libros, bolígrafos, un termo y dos cajas de cigarrillos, aunque nunca lo he visto fumar.

Abro el armario. Chaquetas colgadas en fila, marchando hacia unas botellas vacías ordenadas como los libros sobre el escritorio. En la cómoda solo tiene una fotografía de un chico delgado con el pelo negro azabache delante de un hombre y una mujer de mejillas suaves y labios rectos; a su lado, una anciana sentada en una butaca de madera.

Debajo de su cuerpo la cama está perfectamente hecha, tan bien que parece que nunca ha dormido en ella. Los cajones están limpios; el suelo del armario, la repisa sobre las chaquetas, los bolsillos de la chaqueta colgada detrás de la puerta. No hay drogas, ningún indicio de que las tome, nada más que una vida tan estéril que no parece vivida. Uniforme, libros y mecanismos de defensa, cosas que podrían pertenecer a cualquier veterano de cualquier instituto privado del país. No es el cuerpo de Henry lo único que está vacío, su vida también lo está.

La luz casi me ciega cuando me acerco de nuevo a él. Lo miro a los ojos, pero nada me devuelve la mirada. Tiene el pecho tranquilo.

No tiene los labios azules. Aún. Me quedo de pie, observando cómo le sube y le baja el pecho cada vez más despacio. Empieza a sacudirse con pequeños espasmos.

Podría asegurarme de que su corazón siga latiendo. Pedir ayuda. Pero, si lo hago, su mundo volverá a la deslumbrante luz del privilegio y este pequeño instante en la oscuridad no será nada más que un accidente. Una aproximación a la muerte tan nimia como golpearse un dedo del pie.

Él es el centro de todo. Todos los secretos se esconden en la cabeza de este chico. Si no lo hago, si lo dejo morir, puede que nunca sepa la verdad de lo que le pasó a Sam.

Pero, si lo hago, ¿lo estaría haciendo por la verdad sobre Sam… o por mí?

Nada de esto me pertenece.

¿Qué hago?

«Sam, ¿qué hago?»

Me siento y cruzo las manos sobre su corazón. No se mueven. Solo tendría que hacer uno, dos, tres y presionar como si quisiera romperle las costillas, cuatro, cinco, seis, para mantener el ritmo, *stayin' alive, ah, ah, ah, ah stayin' alive*. Es lo que se supone que debería hacer, pero este chico moribundo conoce a Sam; si muere, quizá ya no importe quién de ellos lo hizo.

Una vida por otra.

Solo tengo que presionar. Da igual que no pueda o que no lo haga… No lo hago. Observo sus labios a la espera de que se le pongan azules con las manos paralizadas sobre su corazón. Tengo los ojos tan abiertos como él, pero los suyos están vacíos y nadie sabe que estoy aquí. ¿Cuánto tiempo tarda una persona en morir?

Me inclino hacia delante, me agacho, presiono, pienso en lo que sentiría si se le clava un hueso en el corazón, no para salvarlo, sino para sentir cuándo se detiene… Y Henry parpadea.

Aparto las manos. Un jadeo le retuerce el pecho. Arquea la espalda, levantándose de la cama, con los ojos muy abiertos y llenos de un temor repentino y desesperado. Intento dar un paso atrás, pero estira las manos y me agarra por la gargantilla. La cadena se parte. El anillo le cae sobre el pecho. Voy a cogerlo para salir de ahí. En cuanto lo rozo con los dedos, me agarra por la muñeca.

—Tranquilo… —digo para tranquilizarlo.

Le cambia la expresión. Se le separan los dientes apretados alrededor de una respiración lánguida. Nuestros ojos se encuentran, y la mirada en los suyos me acalora las mejillas. Se le oscurecen; levanta la barbilla, desnudándose el cuello. Se pasa la mano por la garganta, con los dedos lacios y tranquilos hasta que llega a la mandíbula. Entonces los arquea y se los clava en la boca; las facciones de su cara se convierten en algo muy parecido a la vergüenza.

¿Qué pasa? Miedo, lujuria, vergüenza, golpeándole en la cara. ¿Se está riendo de mí? ¿Ha estado despierto todo este tiempo, observándome luchar contra mí misma?

Cada vez me aprieta más la muñeca.

—Suéltame —digo.

Me deslizo el anillo en la palma de la mano vacía y me lo guardo en el bolsillo.

Él se gira sobre el costado. Le suben y le bajan los hombros, le tiembla tanto la mano que noto temblar la mía. Nada de esto es

natural. Paso sobre él, agarro el teléfono y le alumbro directamente a los ojos.

—Suéltame —digo sílaba por sílaba.

Se aparta la otra mano de la cara. Unas medias lunas rojas le marcan la mandíbula. Su cara es de piedra: mandíbula, labios, ojos, cejas, todo congelado en una sólida capa de ira. Nunca había visto a nadie arder de tal forma. Siento el miedo en la garganta.

Lo sabe. De algún modo sabe que me sentaría a su lado, con las manos sobre su corazón, con su vida bajo mi tacto, y que observaría cómo se iba desvaneciendo. Habría presionado solo lo suficiente para sentir cómo se detenía su latido. Y habría esperado a que se abriera la puerta, a que entrara Graves, para poder ver qué aspecto tiene el luto en él.

Soy un monstruo, como él.

Si va a matarme, pienso grabarlo en vídeo. Le doy un toque a la pantalla de mi teléfono y empiezo a grabar. Pero tan rápido como llegó, la ira desaparece. Se derrumba de nuevo en la cama, llevándose con él mi mano, expandiendo mis dedos uno a uno sobre su pecho. Aún le veo la cara, los ojos buscando en la oscuridad que nos rodea, brillantes con el deseo de sentirlo todo, absolutamente todo a la vez. El rosa le colorea las mejillas; ya no es el tono desgastado de la fiebre, sino un rubor de verano. Cada respiración le llena el pecho hasta estallar. No hay aire suficiente, espacio suficiente, vida bastante para él. Se atrapa el labio entre los dientes y muerde, hasta sacar la sangre y lamerla. Henry ya no está vacío. Está repleto y hierve hasta derramarse. Empieza a murmurar entre dientes.

Ahora. La cámara ya está grabando. Puede que yo sea un

monstruo, pero soy un monstruo por Sam. Y eso es lo que nos diferencia.

—Henry, necesito que me cuentes la verdad. Sin juegos.

Por fin me afloja la muñeca. La recupero y me froto con la otra mano para aliviar el dolor. Sus labios se estiran en una sonrisa que quiere dividirle en dos la cara.

—No puedo —dice—. Todo es un juego.

Es insoportable incluso cuando delira.

—¿Verdad o reto?

Henry coloca una mano sobre la mía. Despacio, levanta una pierna. Un escalofrío le recorre el cuerpo. Esta vez, cuando le miro a la cara, veo unas líneas que reconozco de inmediato: cejas arrugadas, labio superior curvado, ojos atornillados con fuerza contra el escozor de las lágrimas. Primero había miedo, lujuria, vergüenza, ira, deleite; ahora, por fin, una pérdida profunda y doliente.

Fuerza la respuesta con una exhalación ronca.

—Reto.

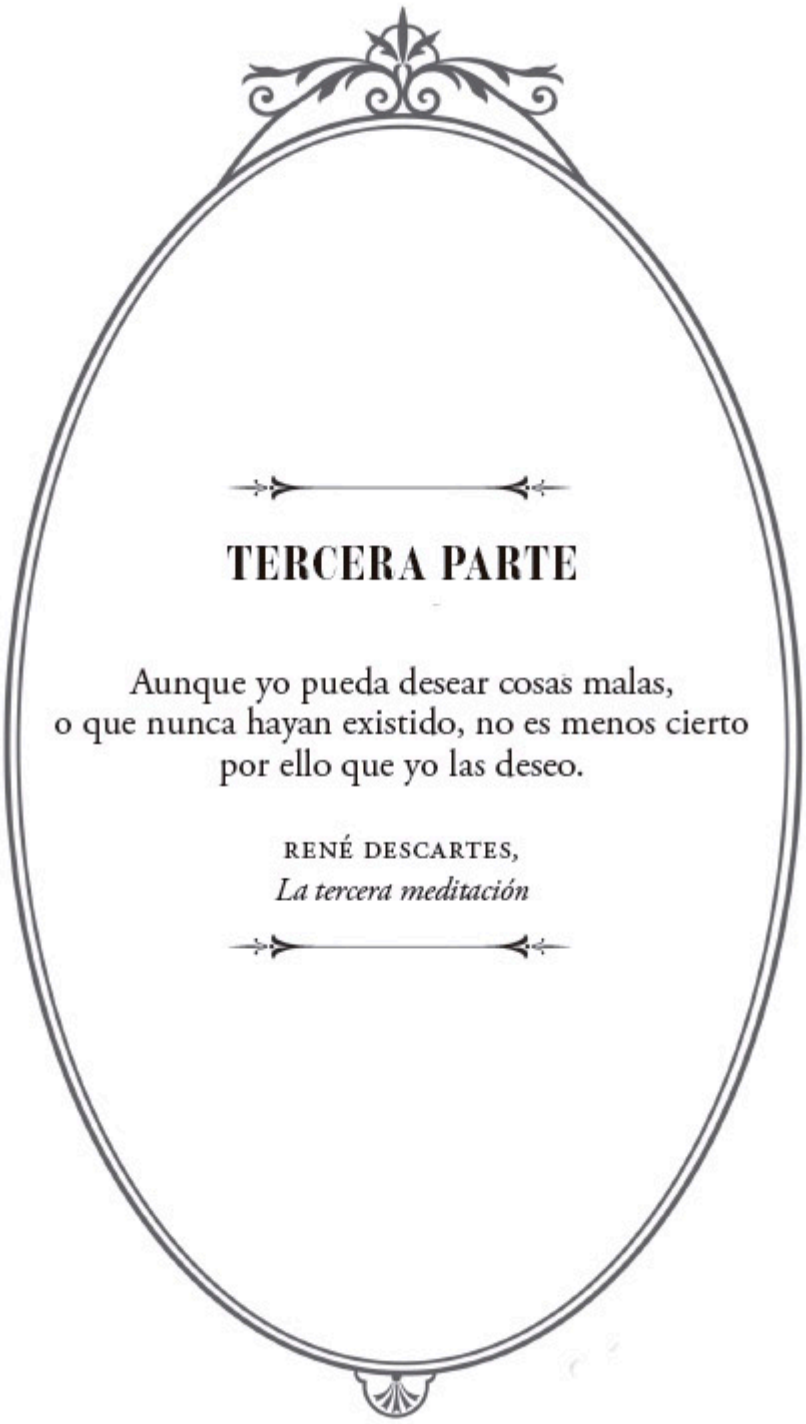
Giro la mano debajo de la suya. Le arde la palma. Entrelazo los dedos con los suyos y aprieto para que ninguno de los dos notemos el temblor.

—El fantasma que los dos podemos ver… —«Dime la verdad, Henry, dime la verdad»—, te reto a que me digas qué le ocurrió en realidad.

No estoy siguiendo las normas, pero él tampoco lo hace nunca. Es la pregunta correcta. Me doy cuenta cuando veo la luz en sus ojos al encontrarse con los míos. Esta es la pregunta correcta. Es esto lo que ha esperado a contarme.

Cada palabra, desalmada y transparente como un diamante, colocada con esmero por un joyero experto.

—Adrian Hargraves lo mató.



TERCERA PARTE

Aunque yo pueda desear cosas malas,
o que nunca hayan existido, no es menos cierto
por ello que yo las deseo.

RENÉ DESCARTES,
La tercera meditación



Los espejos son luz y sombra enredadas, una vista inquietante. Cuélgalos en la pared, donde sea fácil evitarlos; esperarán con paciencia un despiste. Huye de ellos, evita las habitaciones donde se encuentran, y encontrarán la vida en los cristales. En las ventanas. En las puertas de los coches y las cucharas cóncavas, y en la larga y brillante hoja de un cuchillo. En el hielo helado donde queda atrapado un arroyo que se arremolina entre los peñascos.

Adrian no puede huir de ellos, por mucho que lo intente.

Se le resbala la mano al levantar el espejo hacia su sitio sobre la chimenea; empieza a caer. Maldice. Lo envuelve con los brazos y se lo aprieta contra el pecho. Se tambalea bajo su peso. Una vela se parte en dos bajo su pie.

Durante un instante no se mueve. Se queda de pie en la oscuridad, escuchando tronar a su corazón. Luego, despacio, cada articulación que se dobla y cada músculo que se flexiona observados con cautela. Lo deja sobre la mesa. Comprueba los fragmentos con los dedos para asegurarse de que siguen juntos. Le rasgan la yema; no se da cuenta. No hay grietas nuevas. No hay esquirlas sueltas.

—Lo siento —susurra, hablando al que está dentro.

Se refiere a hoy. Se refiere a hace una semana. Se refiere a cada

momento que no ha vivido. Hay muchas muchas cosas que no debería haber hecho jamás.

El espejo no responde.

Respetuosamente, Adrian lo levanta de la mesa. Mira fijamente el cristal, observándose caminar hacia la chimenea, y lo coloca en su sitio. Una mancha de sangre entorpece el marco dorado donde ha reposado los dedos. No se da cuenta mientras se retira. Solo ve un cristal vacío.

De momento.



CAPÍTULO 23

Me va a encantar quebrar a Graves.

Estoy de pie frente al aparcamiento que hay detrás del edificio de administración, junto a la señal que dice: «reservado para la directora». Llevo una sudadera puesta. Tengo el anillo de mi madre apretado en una mano, el teléfono en la otra, y mi futuro sujeto en ambas. El sol se muere por salir. Ya casi está. Casi ha acabado.

Me creerá. Quería que Baz se alejara de ellos. Le traigo algo mejor: una forma no solo de liberar a su hija, sino de encerrar a uno de los chicos y expulsar al otro por ocultar pruebas y colaborar en un asesinato. Graves jamás me lo perdonará, y eso es bueno. Henry, sin embargo…

No puedo volver. Ya no sé cómo ser esa persona.

Quiere que todo cambie. Él mismo lo dijo.

Me contó la verdad, como cuando escribía esas notas. Tal vez, cuando todo esto acabe, cuando haya encontrado un nuevo camino y Baz se haya graduado y Graves esté muy lejos, en algún lugar recóndito de nuestro pasado, encontraré la forma de decirle quién soy en realidad. Quizá Baz y él quieran venir a verme a Nashville. Puede que esté flipando por la falta de sueño, colocada por el sonido

de esas cuatro palabras reproduciéndose en mi teléfono toda la noche. «Adrian Hargraves lo mató». Yo estaba en lo cierto.

Un Cadillac blanco recorre lentamente la carretera serpenteante hasta el aparcamiento. Aún tiene las luces encendidas y su brillo me demuestra que la oscuridad aún perdura. Aparca frente a mí. No me aparto del resplandor.

La observo inclinarse hacia el asiento de atrás y sacar un enorme bolso de cuero y una botella de agua plateada. Me pregunto dónde vive. Lo bastante cerca como para venir en coche cada día, pero suficientemente lejos como para que Baz prefiera quedarse aquí. Cierra suavemente la puerta. Pasa por mi lado y asiente.

Me quedo mirando su coche un momento. Luego me doy la vuelta y voy detrás de ella.

—Directora. Necesito hablar con usted.

No se detiene.

—Buenos días, señorita Vane. El despacho abre dentro de una hora. Puede pedir una cita con Hobbins. Creo que queda alguna hora libre antes de comer.

Sus tacones suenan estridentes; todo lo demás está en silencio. Se aprieta el pañuelo en el cuello. Los pies me vibran con clavos y agujas. Tengo el teléfono en la mano.

—No puedo esperar a la comida.

La irritación le tensa el arco de esos labios, pintados de granate. No tenía que pasar así. No puedo rendirme. Estoy interrumpiendo su rutina, descolocándola tanto como ella a mí. Me escuchará.

—Entiendo que no estás acostumbrada a nuestro modo de funcionar, pero…

—Su hija está en peligro.

Se detiene.

Sabía que me escucharía.

—Por favor, directora. He hecho lo que me pidió y he descubierto algo que tiene que escuchar.

Mueve el pie. Una vez. Dos. Me mira y ve todo lo que no me he molestado en esconder. No he dormido. No me he duchado. Llevo la misma sudadera y los mismos pantalones que anoche. Creerá que lo que he descubierto es importante y me tomará en serio.

—Vamos dentro —dice.



La sigo hasta el edificio de administración. Cierra la puerta con llave. Recorremos el pasillo hacia el ascensor. Se cierran las puertas. Estamos la una junto a la otra. La rendija entre las puertas divide nuestros reflejos. Ella es más alta y refinada que yo, sobre todo esta mañana, pero nuestros hombros están igual de erguidos.

—Cuénteme —dice Delgado.

Me sobresalto. Pensaba que iríamos a su despacho y nos sentaríamos, como la última vez.

—¿Ahora?

—Ha dicho que incumbía a mi hija.

En este ascensor no hay cámaras. Nadie nos puede estar vigilando. La esperanza despunta más que nunca. Delgado está preparada para algo que no querría que se supiera ni que se grabara. Hice bien en acudir primero a ella.

—He hecho lo que me pidió. Su hija es maravillosa…

—Vaya al grano, señorita Vane. No necesito elogios respecto a lo

bien que ha salido mi hija…

—Pero —digo despacio— tenía razón: sus amigos no lo son. No quería acercarme a ellos, pero ha sido difícil no hacerlo…, si lo que quería era acercarme a Basile.

«Vaya al grano», me dice su ceja arqueada.

Desbloqueo mi teléfono.

Cada toque que doy para abrir el archivo parece eterno bajo su atenta mirada. Avanzo en mi grabación hasta que se ve el estridente rostro de Henry contra el fondo de la noche. La pérdida arrasa sus facciones.

Todo cambia, aquí y ahora, todo gracias a mí.

Su ceja arqueada se relaja. No sé qué está pensando, pero no parece del todo contenta de ver la cara de este chico en mi pantalla. No la culpo. Henry suele conllevar problemas. Respiro hondo con la esperanza de que no me dé por perdida como ha hecho con él en cuanto escuche la pregunta que le hice para sacarle la verdad.

—Henry me dijo que veía fantasmas. —Se le tensa la mirada. He hecho bien en preocuparme. Continúo—: Sabía que no era verdad, claro, pero se me ocurrió que tal vez estuviera insinuando otra cosa. Este año ha habido muchas muertes. Yo… Algunas cosas que, tanto él como los demás dijeron, me hicieron pensar…

—Una tragedia no es algo con lo que especular alegremente, señorita Vane —dice, cortante—. Los Silven y Houcks se merecen que respete su duelo, no que fisgonee en él.

—Y los Bullvane.

Que me sepa su apellido la desconcierta un poco. Genial, necesito tiempo para llevar esta conversación a donde tiene que ir.

—Veo que tiene mucho interés en nuestros antiguos empleados —

dice.

No puedo decirle por qué. Aún no hay un mundo en el que Jamie Vane exista el tiempo suficiente para graduarse en Huntsworth. Ha de desaparecer, y Marin James no podrá soportar la carga del pago de su matrícula cuando lo haga. Algo me dice que, incluso aunque esta mujer me perdone todo lo demás, nunca se olvidará de lo que se le debe.

—Ya se lo he dicho. Estaba siguiendo las pistas que Henry me iba dejando. Nos llevó a Graves, Hargraves, Basile, y a donde murió ese guardia de seguridad. Hargraves y él sabían cosas que nadie podía saber si no las hubieran visto. Además, por cómo hablaba de ese chico, parecía que de verdad creía que estaba poseído por él. Creí que quería tomarme el pelo, eso es todo, así que le seguí el juego. Imaginé que, cuanto más amiga me hiciera de él, más me creería Baz…, quiero decir, Basile, cuando le dijera que tenía que apartarse de él. Pero anoche… —hago una pausa, eligiendo bien las palabras para que me crea— no se encontraba bien. Dije lo que tenía que decir para conseguir que me dijera qué le pasó realmente a Sam Bullvane.

Tiene que creerme.

Pulso el botón de reproducir. Primero escucho mi propia voz por el altavoz: «El fantasma que los dos podemos ver…, te reto a que me digas qué le ocurrió en realidad».

El teléfono es un lugar más seguro al que mirar, mucho más que esta mujer. Sé lo que está viendo, pero no quiero volver a verlo, ni intentar verlo a través de sus ojos. Él habla con sencillez. No parece borracho, no se traba, no sonríe ni se comporta como si estuviera bromeando. Entonces habla: «Adrian Hargraves lo mató».

Tiene que creerme.

El vídeo se acaba. Bloqueo la pantalla. Ella no dice nada.

—Puedo enviarle el vídeo si me da su correo electrónico — digo para llenar el silencio—. Sé que no servirá en un juicio, pero no…, eso no es lo que… Simplemente, estoy preocupada por Basile. Y por mí. Si Henry está en lo cierto y Hargraves hizo algo, es un peligro para ella. Para todos los alumnos.

Levanto la vista. Me está mirando con un terror en la cara que, de pronto, se convierte en impaciencia cuando nuestros ojos se cruzan. Me cree. No quiere, pero no puede evitarlo. Sabía que esto funcionaría.

—Sabía que usted me escucharía.

Pulsa el botón de la tercera planta.

—Hay un pueblo a tan solo unos minutos de aquí. Allí hay un sheriff. —Allguien que a mí nunca me escuchó, pero que la escuchará a usted, directora. No puedo parar de girar el teléfono en las manos. Por fin está pasando. Obligará a Barron a ver lo que no supo ver por sí solo y todo encajará. Henry quiere que se sepa la verdad. Baz también lo querrá—. Si le enseña el vídeo, podría investigarlo. Ni siquiera tiene por qué hacerse público…

—Si hay alguien peligroso para mi hija, esa es usted.

Las puertas se abren. Nuestros reflejos se separan, luego desaparecen.

—Ha confesado…

—Es evidente que se encuentra en un estado alterado y jugando a un jueguecito sobre fantasmas. —Se estira la chaqueta del traje—. Le pedí que se hiciera amiga de ella, con la esperanza de que por fin

tuviera a alguien que la ayudara a tener los pies en el suelo. Sin embargo, resulta que he dejado entrar a otra lunática en su círculo.

Sale del ascensor.

—Me arrepiento de haberle concedido a su madre dos semanas para resolver los problemas con el pago de su matrícula. Sin embargo, soy una mujer de palabra. Tendrá esas dos semanas, aunque empiezo a poner en duda que vaya a pagar, teniendo en cuenta quién es su hija.

No estoy enfadada.

—Está castigada desde el final de la última clase hasta el toque de queda, todos los días. Le llevarán la cena a la cabaña Schneider, donde cumplirá su castigo, y luego se marchará a su habitación a la hora establecida. Confío en que sea bueno para su salud mental.

—¿Y qué debería decirle a Baz? —pregunto mientras pulso el botón que mantiene las puertas abiertas—. ¿Que su madre prefiere proteger el espléndido culo de Huntsworth que quitarse de en medio a un asesino?

—A Basile le dirá nada más que la verdad, que usted y el señor Wu tienen una imaginación demasiado desarrollada y que no debería confiar en ustedes.

La campana del ascensor empieza a sonar.

Se cierran las puertas.

El reflejo me muestra como ella me ha visto. No hay fuego en mis ojos. El pelo apelmazado por la falta de sueño, las mejillas agrietadas por el frío, el teléfono colgando en mis manos. Me paso ansiosa los dedos por las ondas lánguidas, intentando deshacerme de esa sensación de fracaso que aumenta en mi pecho.

Sé la verdad. Pero eso no importa si nadie me cree. Ni mi padre,

ni Faye, ni Barron, ni nadie en Amberdeen, tampoco la directora Delgado. Solo Henry… y Graves.

Me nace un sollozo en la garganta, pero lo contengo. He estado jugando a este juego con unas normas justas y sensatas, y solo he conseguido salir herida. Tengo que jugar como Henry y dejar que Jamie, la chica de Huntsworth, tome las riendas.

«¡Zas!».

Mi cara gira hacia un lado. Me pican la mano y la mejilla. Me vuelvo a pegar, y luego otra vez, hasta que no siento más que dolor. No pienso llorar dentro de este edificio. Me seco una gota de sangre de un corte en el labio. Esta vez, cuando me miro a los ojos, algo prende en su interior.

Se acabó el esconderse. Se terminó el huir de la verdad.

—No estoy enfadada —le digo a la chica del reflejo.

Soy libre.

CAPÍTULO 24

Cuando vuelvo, la chimenea de la sala común está casi apagada. Las cortinas siguen corridas. Hay un chico solitario derrumbado en uno de los sofás, con la chaqueta del uniforme sobre la cara. La única iluminación es la débil luz de las llamas. Se desvanece en nada cuando la puerta de las escaleras de la torre se cierra a mi espalda. En este pasillo no hay ventanas, la oscuridad no da respiro. Cruje un listón de madera sobre mi cabeza, luego otro. Miro hacia arriba. Hay alguien más despierto, aparte de mí.

Subo las escaleras sin apenas hacer ruido. Quiero que sea Graves quien esté despierto. Quiero que la primera cara que vea sea la suya.

La puerta de nuestro apartamento se abre con un crujido. El salón está oscuro; la chimenea, fría. Su rebeca sigue colgada en el respaldo de la silla. Su habitación está cerrada. Me siento y me pongo el jersey sobre las piernas, arrugándolo entre mis manos. Hay una manga rasgada. Una mancha de fango en un lado. Le falta un botón. «Chas». Arranco otro. Rueda bajo la silla. Quiero que se despierte pensando que se ha salido con la suya. «Chas». Me lo imagino estirando los brazos. Vistiéndose. Planeando qué hacer aquel día. «Chas». Saliendo por la puerta y viéndome.

«Chas».

El último botón cae al suelo. Me echo la rebeca por los hombros.

Huele a gasolina.

—Sé lo que hiciste —susurro.

Un sol radiante asoma por mi ventana. Sigue su camino, centímetro a centímetro, por la maltrecha alfombra roja que cubre el suelo de madera. Mi mente reproduce cada movimiento de la escena en el arroyo, pero es Sam quien está en el suelo; Graves se encuentra de rodillas sobre su espalda. Unos ruidos al otro lado del pasillo anuncian cuándo Baz y Henry se despiertan, pero la habitación detrás de mí sigue en silencio. La puerta de su salón se abre y se cierra. Baz dice algo de unas tortitas y Henry responde: «café». El pasillo queda vacío. Me ruge el estómago. Él aún está durmiendo.

Yo no he pegado ojo. No lo necesito. Ni siquiera estoy cansada. Pero ya estoy harta de esperar a Graves. Me levanto y abro la puerta de su habitación. La luz de la mañana se cuela por la ventana. No hay nadie en la cama. Solo un montón de sudaderas. Una manta enredada.

La frustración se aprieta contra mi mandíbula; cierro de un portazo. Recorro el pasillo, bajo las escaleras, y ese chico ya ha desaparecido del sofá; no era él, conozco su forma. Ese cuerpo tenía las caderas demasiado delgadas. Las puertas del comedor están abiertas de par en par. El espacio bulle con conversaciones. Henry y Baz están en la cola. La bandeja de ella, repleta de tortitas humeantes; la de él, con un trozo de pan tostado y una taza de café solo. Recorro el pasillo principal, cruzo el ala oeste, hasta la biblioteca. No está ahí. No puede haber desaparecido sin más. No de esta forma. No antes de que llegue mi turno. Compruebo las habitaciones de un pasillo trasero: vacío, vacío, vacío, vacío. Estoy a

punto de marcharme cuando percibo un destello blanco entre los árboles a través de la ventana a mi lado. Atraviesa a toda velocidad los árboles, corriendo como un demonio de invierno.

Sé quién corre de ese modo.

Antes de darme cuenta, estoy cruzando el pasillo del comedor y saliendo por la puerta trasera, un grito que podría ser Baz o cosa de mi imaginación persiguiéndome. Escudriño el bosque en busca de ese corte blanco, pero la sombra de Killary y la pendiente se dan la mano para bloquear el sol. El blanco se multiplica, convirtiéndose en brillantes puntos de sol entre las ramas.

El viento y el invierno, así como el temor repentino de no encontrarlo, hacen que mis pasos flaqueen. Puede que Henry se lo haya dicho. O nos escuchó. Me vio esperando a Delgado. Lo sabe. Lo sabe. Y ha huido, y jamás conseguiré lo que necesito de él. Me cruzo de brazos y continúo haciendo el resto del camino a través del campo de fútbol. Mis ojos no se apartan del bosque ni una vez. Cuanto más me acerco a los árboles, más fría y profunda crece la sombra. No veo la luz blanca.

—¡Graves! —grito.

El viento me pone el pelo en la cara. Estoy tiritando. Era él al que he visto por la ventana. Tenía que ser él.

Doy unos pasos más y me detengo en el borde del campo. El arroyo queda a tan solo unos metros delante de mí. No lo escucho, con el viento. Las ramas crujen y se quejan. El sol se mueve detrás de una nube. Veo el blanco. Lo veo a él, lanzándose entre los árboles, batiendo los brazos y mostrando los dientes, corriendo por el sendero de la colina. Hacia mí.

Recorro el sendero antes de que él salga del bosque. Unas pocas

rocas planas conforman casi un puente sobre el agua. Me paro en su lado de la corriente. Al cabo de un instante, Graves aparece de entre los árboles. Me ve. Deja de correr y camina. Se para al otro lado del arroyo, frente a mí.

«Sé lo que hiciste».

Su respiración tiñe de blanco el frío, aliento tras aliento de su pecho jadeante. Tiene varios cortes de ramas por el brazo izquierdo. Se mueve, saltando de un pie a otro, insoportablemente vivo mientras yo estoy congelada y paralizada delante de él; solo se mueve su jersey, ondeando alrededor del viento.

Doscientos metros corriente abajo y encontraríamos el lugar donde sujetó la cara de Sam bajo este arroyo poco profundo. Si los fantasmas existieran, mi primo se marcaría un Duncan y se levantaría del agua para señalar la cara de culpabilidad de Graves con el dedo, pero el arroyo no es más que un cuerpo de agua que se mueve muy rápido; mi mente es solo mía; y el chico que está frente a mí es solo un asesino.

No dice ni una palabra, pero, en un momento dado, sus movimientos se ralentizan. Podría moverse a un lado y cruzarlo de un salto, ignorando mi presencia como todo el mundo ignora mis verdades. No lo hace. Es casi como si supiera exactamente por qué estoy aquí y no tuviera ni una pizca de miedo.

—Anoche hablé con Henry.

«Tú lo mataste».

Cierra las manos a los lados. Sé que quiere saber lo que Henry me dijo. Como siempre. Pero no me lo pregunta. Simplemente, asiente, y luego salta el arroyo, aterrizando con un resoplido a mi lado. Lo

agarro antes de que le dé tiempo a huir de mí. Tiene el brazo caliente, escurridizo y resistente.

—El fantasma que él ve. Sam Bullvane.

Se tensa. Espero a que se aparte, clavándole las uñas hasta que le sangra la piel.

Pero no lo hace. No se arrepiente. No tiene miedo. No está enfadado. Nada, ni siquiera está rojo tras haber corrido tanto. Ya sabe lo que voy a decir y no siente nada. Lo odio más que nunca. Le suelto el brazo. No quiero tocarlo.

—Su muerte no fue un accidente, ¿verdad?

Aunque todos los demás piensen que Henry Wu me está mintiendo, Graves y yo sabemos que no es así. Lo atormentaré hasta que la culpa pueda con él y se haga justicia, de una forma u otra, pero tengo que escuchárselo a él. Quiero escuchárselo a él, joder.

El viento roba cada nube de aliento, hasta que da la sensación de que ninguno de los dos estamos respirando. No puedo parar de temblar.

Lleva los ojos a mis labios, como si estuvieran esperando a que vuelva a formular la pregunta. Cierro los puños dentro de las mangas de la sudadera. Luego él se inclina hacia delante; por un instante pienso que estoy equivocada y que él está esperando otra cosa muy diferente. Levanto una mano para empujarlo, pero, aunque tenga la camisa helada y empapada, la piel de debajo está caliente. Aparto la mano de golpe. La distancia entre nosotros desaparece.

Acerca la boca a mi oreja, no a mis labios. Tan cerca que ni

siquiera el codicioso viento de invierno puede llevarse consigo su susurro:

—No.

CAPÍTULO 25

Mediada mi primera tarde de castigo, Henry entra con una camisa a medio abotonar y unos pantalones de vestir. Se tambalea un poco, por el alcohol, sonriendo como un ángel que acaba de descubrir que el camino más rápido al Infierno es muy muy divertido.

«Adrian Hargraves lo mató». Nunca voy a olvidar cómo sonaron esas palabras en su boca.

—Qué solita te veo.

Me señala. Las sombras bajo sus ojos han desaparecido, como si en las horas que hace que no lo veo hubiera recuperado una semana de sueño. Delgado ha debido de castigarlo a él también por su papel en lo que está desesperada por creer que es una broma muy elaborada. Pero, si ese es el caso, entonces él sabe que he hablado con ella, que le hablé de su confesión.

No creo que me lo hubiera dicho si no quisiera que hiciera algo al respecto. Henry siempre nos está insistiendo en que actuemos, que no solo pensemos. Aun así, la ansiedad me recorre la columna vertebral. Amontono los apuntes de Literatura esparcidos por el escritorio y miro al profesor: un hombre de pelo blanco con unas pequeñas gafas rectangulares y sin ningún deseo aparente de que sepa cómo se llama.

—Señor Wu, ¿viene usted por…? —dice, mirando por encima de las lentes.

—La señorita Vane.

El hombre tamborilea con los dedos en el escritorio. Henry hace una reverencia y me guiña un ojo cuando agacha la cabeza.

—Me han dicho que iba un poco atrasada con la asignatura de Temple. Voy a entregarle mi tiempo para acompañarla en el recorrido de *La tierra baldía*.

Entonces no ha sido Delgado quien lo ha enviado aquí, sino que lo hace movido por la curiosidad. Si se acuerda de algo de anoche… No, Delgado se equivoca, estaba sobrio, nada de borracho; se acordará de todo. Seguramente, haya venido a hablar conmigo de eso. Me relajo un poco en mi asiento, aunque más alerta que nunca.

—Sí que necesito ayuda —digo, intentando no parecer muy ansiosa.

Al profesor no parece hacerle gracia que tenga compañía durante el castigo, pero no quiere enemistarse con Henry.

—Como quieran.

—En realidad, estoy con *La tempestad* —digo en voz baja.

Henry se encuentra lo suficientemente cerca para escucharme. Su sonrisa cambia de forma. Hay cierto lenguaje no verbal en cómo mueve los labios, y estoy empezando a aprenderlo. Este movimiento es de satisfacción. Es fácil leerlo. Se apoya sobre mi escritorio.

—¿Estás muy borracho? —le pregunto.

Mueve la mano a un lado para responderme. Sonríe y da unos toquecitos en mis apuntes, esperando a que me ponga a escribir de nuevo. Pero es complicado pensar en Shakespeare con él tan cerca de mí. Si está aquí, lo haya castigado o no Delgado, es porque quiere. Tal vez yo sea el motivo. Tal vez no.

—¿Qué haces aquí?

—Jamie, es demasiado temprano para debatir sobre el significado de la vida. ¿Qué hago aquí? Todavía no estoy borracho como para eso.

Pongo los ojos en blanco.

—En serio. ¿Qué haces aquí?

Su única respuesta es ponerse a rellenar la siguiente respuesta por mí: «Calibán tiene la dimensión del hombre, ya que solo alguien que lo mire desde el exterior puede ver un hombre en todo su esplendor y en todo su horror sin que se interponga el interés propio». Tapo el papel, molesta porque su improvisada respuesta sea mucho mejor de la que yo he garabateado mientras intentaba no quedarme dormida. Sigue escribiendo, sin preocuparse de que ya no esté escribiendo sobre el papel, sino sobre mi piel.

Lo observo absorta. Tinta negra, igual que en nuestro libro, pero ahora escribe todo en minúscula. Una vez más, ha elegido una caligrafía original, una cursiva dispersa y suelta que se arremolina por mi brazo y luego vuelve a bajar, atormentándome.

Sigue intentando fingir que todo esto es una farsa, incluso después de lo que me contó anoche. Es como si no pudiera soportar hacer frente a la verdad, como si prefiriera mirarla a través de esta frágil apatía que apenas se molesta en ocultar. ¿Es por eso por lo que me cuesta tanto ser honesta con él fuera del libro?

Hace que quiera mantener en secreto nuestras notas, incluso lejos de nosotros mismos. Mantenerlos a salvo de él. Quiero salvaguardar nuestro lenguaje especial.

Me da la vuelta a la mano y empieza a escribir en el interior de mi brazo.

—¿Crees que soy un mentiroso, Jamie?

Si me hubiera hecho esa pregunta antes de averiguar que era él quien me escribía, no habría sabido cómo responder. Nadie dice las cosas que dice Henry sin mentir, al menos, de vez en cuando. Pero sé que siempre ha sido sincero conmigo en nuestras páginas. Y sé que anoche también lo fue.

—No.

Sus largos y elegantes dedos me acunan la mano mientras sigue escribiendo. Una corriente cálida y lenta serpentea por mi brazo. No me siento a salvo, Henry es demasiado místico como para ser seguro, pero sí me siento… deseada. Inclina ligeramente la cabeza a un lado, siguiendo la línea de su escritura mientras me rodea la muñeca.

—Entonces crees que, de alguna forma, hay una vida después de esta y que los muchachos que han muerto no han desaparecido necesariamente.

No.

Sí.

No sé cuál elegir.

—¿Acaso importa lo que yo crea?

No me responde, que ya es en sí mismo un modo de responder. Quiero insistirle, conseguir que me dé toda la información posible, porque cada hecho que me ofrece es algo que puedo utilizar contra Graves. Pero tengo que ir con cuidado. He de ganármelo. Quiero que me mire y piense en secretos, en un lugar seguro. Quiero que me elija antes que a Graves.

—¿Qué ves cuando miras en un espejo?

—Ese es un terreno pantanoso, Jamie.

Retuerzo los dedos, incapaz de esconder cuánto deseo que la

mención a nuestras notas hiciera que se abriera. Me acaricia la mano y empieza a dibujarme muñequitos en cada yema de los dedos.

—Es muy tentador enseñártelo directamente —añade.

Dejo la mano muy muy quieta en la suya. Al fin y al cabo no quiero conocer todos sus secretos.

—Con decírmelo es suficiente.

Él suspira y deja de dibujar. Detrás de él, el profesor decide hacer su trabajo justo cuando necesito que no lo haga.

—Señor Wu, no está ayudando; está distrayendo. Siéntese solo o márchese, por favor.

Henry me sopla en la mano para secar la tinta. La sujeta con delicadeza. Es evidente que quiere que lea lo que ha escrito. No lo haré, al menos hasta que me responda. Se me empiezan a dar mejor los juegos de Henry. Cierro el puño y me lo llevo al regazo.

Él me sonríe, luego responde al profesor.

—Profesor Von-Veigh, ¿quién le paga el sueldo?

El hombre se sobresalta.

—No es una pregunta apropiada…

—La respuesta es la «administración», si prefiere eludir la respuesta, señor. Yo asentiría, aceptando el hecho tácito, y diría: «¿Y quién paga a la administración?».

El profesor se niega a hablar.

Henry chasquea la lengua. El desequilibrio de poder es fascinante, la forma en la que todo el peso va recayendo poco a poco en el lado del chico que está apoyado en mi escritorio.

—Y la respuesta correcta a esa pregunta es: «El dinero de las matrículas, señor Wu. Y nuestros generosos donantes».

Se detiene y me sonríe. Empiezo a hablar, para pedirle que pare y

se siente. Se lleva un dedo a los labios para pedirme que aguarde. La tensión me eriza el vello del brazo, pero él está disfrutando. Se le nota en todas las despreocupadas líneas del cuerpo que le encantan los juegos; en este en concreto, el único premio es pasar tiempo conmigo.

—Huntsworth agradece mucho sus contribuciones, señor Wu. Creo que queda bastante claro en el banquete de inauguración del curso de cada año. Pero, si no le importa, por favor, deje a la señorita…

—Vanidosa —dice Henry—. Ay, perdón, me he equivocado: Vane.

Le doy un golpe en el brazo. Él se frota la zona de forma exagerada.

—Vane, sí, deje que termine su trabajo.

—¿Quieres que me vaya? —me pregunta, lo suficientemente alto como para que tanto el profesor como yo sepamos que no hará nada que alguien con autoridad le pida que haga; solo obedecerá a su voluntad.

Y, ahora mismo, me desea a mí

Graves detestaría esta situación.

De pronto, veo que un camino se abre ante mí. Mi cabeza acurrucada en el hombro de Henry, y Graves convirtiéndose en piedra lentamente a nuestro lado. Baz con una sonrisa grande y sincera, y Graves desvaneciéndose de fondo. Son las únicas dos personas sobre la faz de la tierra que parecen importarle. Si me los gano, me habré ganado su mundo. Se quedaría solo con la culpa. Y ya estoy a mitad de camino. Los he conquistado a los dos, aunque sea un poco.

A Henry desde luego que sí; si no, no estaría aquí. Habría rechazado mi invitación a la Liberación y me habría echado de su

cuarto cuando le pedí que me dijera la verdad. Pero ninguno de esos momentos han sido fáciles. A Henry no le gustan las cosas sencillas; de lo contrario, me habría contado que él escribía las notas, en vez de escribir sobre mi brazo. Será como en uno de esos bailes en los que se aleja un poco al otro solo para poder resultar interesante.

Cuanto más tardo en responder, más parece desear que lo haga. ¿Quiero que se vaya?

—Sí.

Para asegurarme de que no es fácil.

Bromea fingiendo estar ofendido. Se levanta.

—Pero no te vayas muy lejos.

Para mantener el interés.

Mueve la lengua bajo el labio, deslizándola sobre los dientes. Me señala moviendo un dedo de atrás hacia delante. Es una advertencia. Empieza a marcharse, pero luego rodea una mesa y se sienta en el escritorio a mi lado, se inclina hacia delante y apoya la cabeza sobre los brazos. Cierra los ojos. Tararea varias canciones que reconozco del violín de Graves. Regula la respiración. Probablemente, el profesor piense que está dormido. Pero está sonriendo, aunque sea muy ligeramente, marcando con los dedos un ritmo que solo yo percibo. Vuelvo a concentrarme en mis deberes, con Henry exactamente donde lo quería. A mi lado, no al lado de Graves.

—Léete la mano —susurra.

Dejo de escribir. Extiendo los dedos. Sus palabras se estiran y tiran de mi piel. Las escaneo con el corazón acelerado, y encuentro el lugar en el que deja de preguntarse si Calibán es el más humano de todos nosotros y empieza a responder a mi pregunta.

«Veo a un chico de pelo y ojos oscuros que lo sabe absolutamente todo de ti y piensa que eres fascinante. Te veo a ti mirándolo con el ceño fruncido. Quieres pegarle, pero temes que le guste demasiado. Y seguramente tengas razón, porque a él lo veo sonriendo».

Su caligrafía casi se pierde, esquiva entre dos dedos, para desplazarse hacia delante. Se aprieta en el espacio que hay entre sus notas sobre la rabia de Calibán y las mentiras de Próspero: «Y también veo demonios».

CAPÍTULO 26

El sol brilla por primera vez en esta montaña. La niebla se marchitó bajo su tacto, dejando la montaña y las colinas desnudas e indolentes. La señora Krillen, la profesora de Arte, no se ha podido resistir a impartir la clase en las mesas de pícnic de afuera. Aquí, los rayos del sol destellan en cada ventana, iluminándolas. Estoy sentada entre Henry y Baz, tan apretada entre los dos que Graves no podría moverse aunque lo intentara.

Nos han mandado capturar la luz utilizando un material de nuestra elección. Baz, como siempre, se ha tomado muy en serio las instrucciones y está sentada con las piernas cruzadas, rozándome con la rodilla, mientras se pelea con las ceras. Yo la imito sin demasiadas ganas. Dibujo remolinos de colores sin sentido en la hoja de papel que tengo delante solo por hacer algo con las manos.

Henry está tumbado bocabajo en el banco, con la cabeza sobre mi regazo. La sombra de la mesa le tapa el sol de la cara, pero no le quita el peso, ni el calor de su mejilla cuando se mueve, y la coloca sobre mi muslo. Cada día parece estar un poco más cerca que el día anterior. Algún día, quizá, tendremos la confianza suficiente como para que sea sincero sobre nuestras palabras. Hasta entonces, empieza a estar lo bastante cerca como para molestar a Graves.

Se sienta solo en el otro lado de la mesa. Con una pierna levantada y el brazo apoyado en ella mientras dibuja la última carta

del tarot de Baz con tiza; con la mandíbula tan apretada que podría romperse.

—Cuando termine, ¿las leerás y sabrás por fin quién es tu amor verdadero? —le pregunta Henry a Baz.

Ella lo ignora. El rubor de sus mejillas ya casi listo para estallar, en cuanto ella abra la boca.

—Espadas para perforar el corazón, dos ojos gélidos. ¿Hay alguna para el ceño fruncido?

—Henry. —Solo su nombre, es lo único que dice Graves, pero es suficiente para desatar a Baz.

Casi se dobla por la mitad sobre la hoja de papel. La cera amarilla con la que ha estado dibujando los últimos diez minutos ha quedado reducida a un bulto.

Noto que Harry empieza a reírse porque las pequeñas sacudidas arrojan una chispa de escalofríos por mi muslo. Le doy un codazo para salvarnos tanto a Baz como a mí.

—¿Cuál va a ser tu proyecto?

—Tú. —Se estira. Se tapa el reflejo del sol con la mano cuando me mira—. Mi obra maestra.

No hay nada serio en su mirada; convierte el halago en una burla. La comodidad que habíamos conseguido flaquea. La echo de menos de inmediato y me encantaría poder ir ahora mismo a la biblioteca a escribirle. Si pudiéramos hablar y comportarnos como lo hacemos en el libro, todo sería más fácil. Aquí, él teje demasiadas redes; en el libro, se cortan y el chico que está en el centro queda desnudo.

Sé que no es por nosotros, sino que está actuando para los otros. Necesito volver a estar a solas con él si quiero conseguir algo sincero.

—Yo soy algo incompleto —digo con amargura, para que recuerde el instante que compartimos en la biblioteca y deje de jugar conmigo.

—Dependiente de otra persona —responde Henry, pero no tiene efecto alguno.

Estoy aceptando mi debilidad y él está haciendo lo mismo… con la mía.

Al otro lado de la mesa, a Graves se le rompe la tiza en la mano.

Henry me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. El tacto persiste un instante. Me acaricia la oreja con el pulgar, luego más abajo, presionando con delicadeza en el hueco de detrás de mi mandíbula. Hay una promesa en cada movimiento; de repente, ya no estoy segura de estar preparada para quedarme a solas con él. Siempre me ha desquiciado tan fácilmente. Si le doy la oportunidad de hacerlo con algo más que mi mente, puede que no me recupere.

—Chico, chica, chico, chica. Qué bonito, ¿no? —dice Henry.

Es justo lo que necesitaba: un poco de humor. Su tacto aún sigue sobre mi piel, pero ya no es tan demandante. Ha entendido lo que acaba de pasar en mi interior. No cogerá más de lo que yo le pueda dar.

—Sí —digo, agradecida por que sea capaz de leerme con tanta facilidad como yo a él.

Graves termina su dibujo con un golpe rápido. Sopla el polvo y se lo entrega a Baz. Al contrario de todos los que le ha dado esta semana, no lo coge de inmediato. Se queda sobre la mesa entre los dos. La ilustración es un cuerpo en el suelo, dibujado con cortes blancos de hueso. Unas espadas empalan todo el largo de su espalda. El filo irregular del trozo de tiza que ha utilizado hace que la

última espada parezca rota. Una tormenta se arremolina sobre él, con unas líneas de polvo y caos cubriendo el cielo, menos por una fina línea en el centro que parece más una grieta que el horizonte.

—¿Qué significa esta carta? —No la había visto nunca.

Baz rebusca en su mochila y saca el spray que utiliza para sellar las cartas. La coloca en el césped y se lo rocía:

—El diez de espadas es destrucción. Está clavado por la desesperanza, atrapado en su propia angustia por arriba, por abajo y por el interior, esperando al alba.

—Ya veo por qué la has dejado para la última —dice Henry—. Te resulta demasiado familiar, ¿verdad, Graves?

—Ella me pidió que lo hiciera —apunta Graves.

Baz agita la carta para que se seque y luego la esconde dentro de la baraja. Por algo le pidió que esta fuera la última carta. Es el tipo de situación al que Baz no querría que se enfrentara nadie. Estoy segura de que, si pudiera haber estado tranquila sin el diez de espadas, le habría pedido a Graves que no lo hiciera.

—Ya está completa —dice ella.

Iguala la baraja, gira las cartas y baraja una vez más.

—La primera vez es muy importante. Establece las pautas. —Henry sonríe y se inclina hacia atrás en el sol—. ¿A quién se las vas a leer?

Baz no deja de barajar, pero observa a Graves, que aparta la mirada poco a poco. El ambiente ha cambiado. Ella lo deja pasar y se gira hacia mí, aunque está deseando leérselas a él. Podría dejar que me eligiera. Sería otra pequeña victoria de él solo. También mía.

Sin embargo, la carta que acaba de terminar es demasiado perfecta. La destrucción y la desesperanza, él clavado al suelo

mientras yo camino hacia el amanecer. Es exactamente la imagen que quiero que se quede grabada en su cabeza. Baz suelta las cartas. Yo las cojo.

—Yo te las leo —le digo a Graves.

Baz tarda un momento en darse cuenta de lo que he dicho. Y de que no le he dicho que no a ella.

—Nunca deja que nadie le lea las cartas. Pero puedes practicar conmigo otra vez, si quieres.

—Baz, ya sé qué tiene el destino guardado para ti. —Cubro las palabras con una sonrisa, sintiéndome como Harry, pinchando y picando hasta conseguir lo que quiero—. Pero ¿él? Es como un libro cerrado. ¿No quieres saber qué te aguarda, Graves?

Henry me escribe algo en la nuca con el dedo y siento un escalofrío por la espalda. Por un momento, me pregunto si le gusto cuando me comporto así.

Graves baja la pierna y se gira hacia mí. Pone los dos codos sobre la mesa y entrelaza los dedos para apoyar encima la barbilla. Levanta una ceja, exigiendo saber por qué la mesa sigue vacía.

—¿Vas a dejarte? —Baz parece sorprendida.

Intenta quitarme las cartas para leérselas ella, pero no la dejo. Parece decepcionada. Quiere este momento íntimo con él, ha estado esperando mientras él le hacía la baraja, seguramente deseando que cada carta presentara una oportunidad de echárselas y comprobar si hablan de un futuro que dice sí.

Sin embargo, él me ha dado la oportunidad a mí, no a ella.

Me giro para quedar cara a cara con él. Le doy la baraja de cartas, paso a paso, como Baz me enseñó en la capilla. Él las baraja y me las devuelve. Nuestras manos se rozan. No aparta la suya; desliza

los dedos alrededor y sobre los míos para cortar la baraja mientras yo la tengo aún en la mano. No para de rozarme la piel con los dedos. Los pequeños callos raspan lo suficiente como para arrancarme una capa de mi máscara con cada desliz, para dibujar una ira ardiente e indómita en su lugar. No me extraña que Henry tenga que escribir en un libro para ser sincero; es por el chico que se sienta frente a nosotros. Es imposible mostrarse vulnerable cuando está delante, a la espera de la más mínima grieta para colarse dentro.

Aparto la mano de debajo de la suya y le doy dos golpecitos a la baraja de cartas.

—Piensa bien las preguntas. —dice Baz.

Pero yo empiezo sin esperar a que responda. Perdió la oportunidad de definir su futuro en el momento en que permitió que la boca de Sam se hundiera en el agua. Giro la baraja para poder ver bien sus dibujos y empiezo a sacarlas. Espada tras espada. Las voy colocando todas en la mesa hasta que formo un arco alrededor de sus manos. Todas al revés, la peor interpretación posible. Todas dirigidas hacia mí.

Baz me está hablando a mí… y a él. Me dice que no puedo forzar la lectura, que tengo que dejar que hablen las cartas mientras recoge las que yo he colocado. Vuelve a formar un montón perfecto, pero deja las espadas en la mesa como si no fuera capaz de recuperarlas ahora que ha visto la facilidad con la que cortan.

Henry no para de reírse hasta que sus labios rozan el dorso de mi muñeca; incluso entonces, sigo sintiendo cómo se agitan con placer. La señora Krillen está de pie junto a nuestra mesa, con pintura en la punta del dedo, que usa para señalar las cartas esparcidas sobre la

mesa. Llama al resto de la clase para que se acerquen a mirar, orgullosa de la creatividad de su alumno. Se refiere a él, no a mí, aunque yo también tenga mis propias creaciones.

Las líneas de su mandíbula. El pulso palpitando en el hueco de su cuello. Los ojos que planean sobre las cartas que conoce con demasiada intimidad como para estar estudiándolas con tanto interés; no es que le fascinen, son una excusa. No puede mirarme a los ojos porque sabe que lo único que necesito es un motivo más para ponerme a gritar a los cuatro vientos que es culpable.

Me encanta el aspecto que tiene ahora mismo.

Sería incluso mejor si estuviéramos en el centro de la pista de baile en la Liberación. Podría llevar un esmoquin. Yo llevaré un vestido. Se escuchará la confesión de Henry en lugar de la música. Graves y yo bailaremos hasta que se lo lleven. Las puertas se cerrarán mientras él ruega que se apiaden de su alma. Y Henry y Baz estarán mi lado. Ella necesitará que la tranquilicen; él necesitará una distracción. Yo estaré ahí para los dos mientras se atenúan las luces y comienzan los susurros. Las luces destellantes, la presión de los cuerpos, el brillo de las copas, el remolino de vestidos y la cantidad de testigos obligarán a Delgado a hacer algo.

Graves estira el brazo y coge la primera carta del montón que Baz ha recolocado. Es el esqueleto colgado que vi en la capilla. La pone encima de mis espadas, luego me mira a los ojos.

—Te faltaba una.

Le sonrío. Apoyo la cabeza en mi puño. Me permito soñar.

CAPÍTULO 27

En todas partes se intenta producir sentido, hacer significar el mundo, hacerlo visible. Sin embargo, el peligro que corremos no es su carencia: al contrario, el sentido nos desborda y perecemos en él.

Jean Baudrillard

Tengo que vencer contra él.
Espero que me perdones.

De noche, bebemos; durante el día, estudiamos. Cada vez se deslizan más y más cerca, hasta que me cuesta seguir moviendo los labios mientras recito en silencio: «Todo lo que veo es falso; nunca ha existido nada de lo que la engañosa memoria me representa». Harry me ofrece una copa y levanto la mirada. Las ventanas están oscuras; la última vez que miré había mucha luz.

Mi vida es una sucesión de tareas: de clase al castigo y del castigo a mi habitación, atrapada donde Baz y Henry se atrapan conmigo, acumulando libros a nuestro alrededor y bloqueando el paso al resto del mundo. No creo que esto sea lo que quería Delgado, pero es exactamente lo que hago. Mi habitación está abarrotada de pruebas

de nuestra existencia aquí, tazas de café vacías y bandejas del comedor, mantas esparcidas y libros abiertos, y nosotros. Yo, en el suelo; Baz, a mi lado; Henry sobre las dos encima de mi cama. Graves no está, se marcha cada noche en cuanto cae la noche y no vuelve a aparecer hasta por la mañana.

—Ya toca un descanso —dice Henry.

Pasan los días y, aunque no nos hemos acercado más, tampoco se han separado de mí. Viene a tumbarse en la cama detrás de mí, con los hombros firmes y cálidos contra mi espalda. Se me entrecorta la respiración. Detrás de cada roce amable existen miles de confesiones escritas y las siento todas cada vez.

Pasado mañana son los exámenes. Dos días después, la Liberación de los Sabuesos. Luego terminarán mis dos semanas y todo esto será historia.

El líquido tiembla dentro del vaso, revelando la poca fuerza que tengo en las manos. Estoy muy saturada. Se lo paso a Baz y sonrío, justo cuando el mismo gesto florece en su cara. He observado cómo cambia de forma una y otra vez, transformándose según nuestras necesidades, sonriendo o arrugando el ceño no porque muestre sus emociones, sino porque quiere seguir el ritmo de las nuestras.

Se inclina sobre mi hombro.

—¿Estás cansada? —pregunto.

¿O es simplemente que sabe que yo sí lo estoy?

Ella murmura una afirmación.

—Vete a dormir —dice Henry—. O ve a por algo de picar.

El comedor está abierto y sirven aperitivos y sándwiches fríos hasta medianoche. A menudo nos saltamos la cena porque preferimos comer algo rápido tarde, cuando el espacio está vacío y

tranquilo, mejor que una comida caliente en un lugar repleto de ojos y oídos.

—No son ni las diez —dice Baz—. Y es muy tarde para comer nada.

Se levanta y deambula hasta la puerta, buscando el consuelo del estudio en la tranquilidad de su habitación. Yo me quedo, no por el toque de queda, sino para ver si vuelve Graves, aunque las últimas dos noches no ha vuelto hasta el amanecer.

La puerta se cierra tras ella y Henry me hace un hueco, recolocándose hasta que entramos los dos en mi cama, él con la cabeza sobre mi regazo. Intento arraigarme aquí, aprovechar este momento para ganármelo, pero estoy perdida, y anhelo la forma en la que Graves cambia de expresión, cerrándose lentamente cada vez que se le clava una espina. No quiero desperdiciar ni una sola oportunidad para atormentarlo. Y desde la clase de Arte me ha dado muy pocas. Un *non sum oblitus* susurrado en latín. Las palabras de Fernando: «El infierno está vacío y los demonios están aquí». Las dijo para analizar sintácticamente en la clase de Lengua. Henry se revuelve y se estira hacia el escritorio para coger su copia de la *Tragedia shakespeariana*. A veces, cuando estoy perdida, como ahora, él lee para que no tengamos que hablar. Una amable consideración que nos permite estar, sin más.

Su cadencia sube y baja según lee, tan amable como su tacto. El sonido pasa de notas a palabras y a imágenes con significado que sustituyen poco a poco la visión de Graves, cada vez más incompleta en mi cabeza. Paso los dedos por el pelo de Henry, apartándoselo despacio de la cara, hasta que, sedoso, termina cayendo sobre mis piernas. De vez en cuando desvía la mirada del texto a mis ojos.

Todavía le gusta observarme escuchándolo. Son los pequeños momentos como estos, los mechones de cabello deslizándose entre mis dedos, su voz como una nana, los que me hacen sentir menos cuerda que nunca.

Porque esto me da paz. Y me siento un poco como en casa. Y nada de esto me pertenece, en realidad. Es todo de… Jamie.

—«Así como del Oriente, donde el sol nace, estallan tempestades y ensordecedores truenos, de esa victoria que parecía traernos satisfacciones se produce la inquietud». —Henry hace una pausa. Gira la página—. «Escuchad, rey de Escocia, escuchad».

Su voz se detiene. El libro le cae sobre el pecho.

—¿Adónde te has ido?

Me acaricia. Muy suave, con delicadeza, y me traza la línea de la barbilla con los dedos.

No me he ido a ningún sitio. Es Jamie la que está avanzando, dejando a Marin tan atrapada y vacía como el reloj de arena tatuado en su piel. Trazo las líneas del tatuaje. Henry me sonríe, y eso me vuelve atrevida.

—Si Graves lo mató —pregunto, porque Marin necesita saberlo—, ¿por qué seguís siendo amigos?

¿Por qué lo quieres tanto, y cómo puedo hacer para que me quieras más a mí?

—También lo salvó —dice.

No. Eso no es verdad.

—Está muerto, nadie lo salvó.

—En ocasiones, son dos caras de la misma moneda. —Me cubre los dedos con la mano para que, al sentarse, nuestras manos sigan

agarradas, pero caigan deslizándose hasta aterrizar en su corazón—. Todo terminó hace mucho tiempo.

Me siento como una muñeca, con las extremidades pesadas, como si mi voluntad estuviera hecha de unas cuerdas de las que él está tirando, empujando, enrollando entre sus dedos mientras me gira la mano y me besa los nudillos. ¿Qué somos, si nada de esto es real?

Me besa la sien, me absorbe. Me acomoda a su forma en la cama demasiado pequeña, con un brazo sobre mi barriga, respirando lentamente contra mi nuca. Espero al sueño, pero el sueño no llega; el peso de Henry a mi alrededor me sigue resultando demasiado desconocido. Ansío deslizarme fuera de su brazo y correr a la biblioteca, donde sus palabras y las mías se enredan con mucha más facilidad.

Cada vez que tengo una oportunidad, dejo un mensaje. Después de clase y antes del toque de queda, lanzándome por los pasillos de Killary como si las puertas fueran cuevas, y las estanterías, árboles; como si los ojos que me observan correr no fueran más que sombras.

La verdad no siempre es hermosa, ni las hermosas palabras son siempre la verdad.

Lao Tse

Temo que encuentres fea mi verdad.Aunque nunca hayas huido de mí aquí.

Cuanto más lejos se va, menos se sabe.

Lao Tse

Hay dos partes en mí, y nos estamos perdiendo.

Todavía tiene que responderme. Me estoy escribiendo a mí misma, pero no puedo parar. Ella merece la pena. Ella necesita las palabras. Son verdad, cuando hay muchas cosas que no lo son.

La habitación se queda en silencio. Las nubes se mueven y el brillo plateado de la luna resplandece en el espejo de mi habitación. Cuando Baz está aquí, deja la puerta abierta para esconder el espejo detrás. No puedo evitar pensar en sus miedos y en los secretos de Henry. Sin embargo, cuando miro a este, no veo puertas… ni demonios.

Solo veo esto: una chica con el brazo de un chico sobre ella, él con la cara escondida; la de ella, clara y tranquila. Es muy fácil ver el camino delante de esa chica. Una vida que podría disfrutar, con gente que la llene plenamente, y lo único que haría falta es olvidar un corto período de tiempo. Tan simple como arrancar una página y dejar que caiga al suelo antes de disfrutar el resto del libro.

La página de Sam.

El espejo está vacío. Está lleno de mentiras. Me deslizo fuera del brazo de Henry. Él se mueve en la almohada. Me marcho, pero no voy muy lejos. Solo al otro lado del pasillo.

La habitación de Baz está igual que cuando la registré pensando que podía ser una asesina. Como si debiera estar precintada. Un lado está clínicamente limpio, con las paredes vacías y el escritorio completamente despejado y sin una mota de polvo. Los libros están

en orden alfabético. Aún tiene el uniforme puesto y garabatea algo en el centro de la habitación, donde el orden se desintegra en montones de un caos despreocupado. Me quedo mirándola, intentando encajar el estado de su habitación en la forma controlada en la que se presenta, pero sin éxito. Le tiembla un lápiz en la mano, ensombreciendo la cuenca de un ojo en un cráneo. El cráneo está en una librería delante de ella, encima de un montón de libros, junto a una colección de pequeñas botellas de plástico. Algo con un olor punzante se ha comido el hueso alrededor de la nariz.

¿He venido aquí porque me estoy quedando sin tiempo para indagar más en ella, para sujetarla con más fuerza junto a mí? ¿O porque sabía que aquí, en esta habitación brillante y abarrotada, todos los espejos iban a estar tapados?

—Hola —me dice, sin apartar la vista de su dibujo.

No me salen las palabras. Las convulsiones silenciosas del lápiz se detienen. Me mira.

—¿Qué haces? —Se me quiebra la voz al preguntar.

Ella aparta la mirada y yo puedo respirar. El lápiz empieza a moverse de nuevo.

—Un trabajo de Biología. Los efectos de los ácidos y las bases en los huesos. Los de los ácidos son obvios. Pero los de las bases no tanto. A lo mejor, si se aplican sobre la médula ósea… —Deja de hablar durante un instante, sin dejar de mover el lápiz por la hoja—. Podría hacer una foto, pero esto me ayuda a memorizar los huesos para los exámenes.

Como sigo sin decir nada, deja de dibujar. Tiene las mejillas sonrojadas, pero es algo normal, como una grieta provocada por un

viento fuerte que hace que parezca un querubín. Sus ojos me preguntan qué hago aquí.

—No necesito nada —digo para que esté cómoda, y odiando tener que esforzarme para ello. Quiero algo real. Pero es más fácil seguir con todas las mentiras y no volver a llorar por nadie—. Es que…

—Me alegro de que hayas venido —dice ella—. Puedes quedarte, si quieres. Si a la directora le parece bien.

—Me da igual lo que quiera tu madre, Baz. —Lo único que quiero es que no nos sintamos solas.

Con una risa, aparta de una patada un montón de uniformes que hay en el suelo e intenta abrir el primer cajón de su cómoda como buenamente puede, arrugando con fuerza el ceño. Por fin se abre y la ropa amontonada en el interior sobresale por el borde con un suspiro. Coge un par de pijamas de franela y se quita los pantalones. Luego se pone rápidamente los pantalones anchos del pijama. Medio cambiada, se para y me mira. Algo en su expresión sella su decisión.

Se levanta la camiseta por un lado. Un aparato negro, no más grande que un teléfono con tapa, reposa enganchado a la cintura del pantalón, con un fino tubo serpenteando hasta enterrarse bajo una pegatina cerca de la cadera. Había oído hablar de las bombas de insulina, pero nunca había visto una. No levanta más la camiseta y el dobladillo planea justo por encima de donde desaparece el tubo. Me doy cuenta de que está esperando que diga algo.

Baz no sabe que registré su habitación hace unas semanas y encontré el kit de cuidados para la diabetes debajo de la cama. Me está dejando entrar en esta parte de su vida por primera vez; conforme la camiseta empieza a bajar, soy consciente de que le estoy fallando.

—Es solo… —empieza a decir.

—Para la diabetes. Ya lo había visto —miento—. ¿Es incómodo?

—Solo si se engancha el tubo.

Busca mis ojos, pero ahí no hay nada para ella. Esto es solo una parte de ella y no cambia nada. Frunce el ceño, una expresión que ya había visto antes cuando piensa. Luego asiente, y yo me encojo de hombros. Mientras se quita la camiseta y se pone la parte de arriba del pijama, caigo en la cuenta de que puede que esté dispuesta a arrancar y hacer añicos la página de Sam por una amistad tan sencilla como esta.

Saca la cabeza como una tortuga por el cuello del pijama y me sonríe. No, a mí no, sino a Jamie.

Da igual a qué esté dispuesta; esta amistad no me pertenece.

Baz rebusca en su escritorio y saca un bote extremadamente pequeño: «energía extrafuerte sin azúcar».

—¿Cafeína? —pregunta.

—Son las once de la noche.

Se pasa la mano por la cabeza y se quita la cinta del pelo.

—Todavía tengo que estudiar matemáticas. Ven. —Arrastra un montón de ropa de la cama hasta la pared opuesta—. Puedes dormir si quieres.

No creo que pudiera dormir, pero sí quiero quedarme. Estudiamos juntas, Baz en su escritorio y yo en la cama, con la cabeza apoyada en un puño y el libro de cálculo delante de mí. No puedo parar de ver las cartas que le leería si pudiera. Las estrellas y los cielos, el brillante inicio de un viaje. Cada vez que se mueve, cada vez que respira, me imagino cómo podría ser esta amistad dentro de dos,

tres, diez años después de que Graves haya desaparecido y todo sea mucho más fácil entre nosotras.

Y entonces aplasto la imagen.

Ella no me pertenece. Henry no me pertenece. Este lugar y esta vida no me pertenecen. Lo único que es mío es la confesión y la caza. Necesito hundir los dedos en lo más profundo de la garganta de lo que estoy buscando. Graves es un asesino, y sus amigos no son más que herramientas para mí.

Baz es la mejor de los tres. Pero apostaría que hasta ella es capaz de desear la muerte de alguien. Desde su estantería, el cráneo me observa. Nadie se mantiene puro en un mundo como este. Y menos si están enamorados de un demonio.

—Vamos a jugar a un juego —digo, frotándome los ojos con las manos para ocultar cuánto se han abierto.

Ella levanta la cabeza del libro.

—Follar, casar y matar. Con quién…, y quiero todos los detalles.

Dime a quién has soñado estrangular, Baz. Dime qué sientes al tener su piel bajo tus dedos. Ayúdame a recordar quién eres.

Ella vuelve a bajar la mirada, ruborizada hasta las orejas.

—No…

—Leckey. Tú. Graves —digo, respondiendo a mi propia pregunta, aunque solo una es verdad. Ahora mismo hay una extraña distancia en mi interior. Quien soy de verdad lejos de mi piel, de estos labios. Estoy pendiente conforme el monstruo habla, intentando convertirla en víctima de un baile bajo sus órdenes—. Después de clase. En otoño, cuando mueran las hojas. En cualquier momento y en cualquier lugar, seguramente con una cuerda.

Ella suelta una carcajada.

—Sí que lo has pensado.

Me encojo de hombros y sonrío, fingiendo que me ha pillado.

—Me aburro bastante. Te toca.

Ella retuerce el lápiz entre los dedos. Me mira, luego baja la vista a los libros para que no vea el momento en el que comete el error de confiar en mí.

—No…, el primero no sé. No pienso en…, no es algo…, creo que me gustaría casarme antes.

Arqueo una ceja. La guío.

—Entonces, las dos primeras son la misma persona.

Ella se muerde el labio.

—Tampoco tienes que responder a la tercera —digo—. A no ser que también sea el mismo.

Con eso consigo que por fin me mire a los ojos y sonría. Si siguiera siendo humana, esa sonrisa me habría enternecido. Me tumbo en la cama y me cubro la cara con un brazo para esconder cuanto pueda de mí misma. «El mismo», he dicho, y ella no me ha corregido. ¿Por qué siempre es él para todo, para nosotras?

—Yo he respondido —digo—. Al menos dime el cómo, aunque no me digas con quién.

Susurra su respuesta como una oración, solo para ella y para Dios.

—En nuestra casa, con velas. Y nos casaríamos en la noche más larga del año, para que el invierno siempre sea cálido.

Hace una pausa.

—¿Cómo? —le insisto.

Ella traga, pero me da lo que quiero.

—Da igual que un cuerpo cree insulina él solo o no; si añades demasiada, te marea y te confunde. Parece que el corazón y el

cuerpo se retuercen… y luego… te duermes. Pero nunca despiertas. —Esto lo dice aún más bajo; solo para mí—. Un pinchazo, con eso bastaría. Este cuerpo me recuerda todos los días que la medicina que lo mantiene con vida también es un veneno. Duermo sobre agujas suficientes para matar a toda esta planta. A veces pienso que… —Se queda callada.

Abro los ojos en cuanto termina de hablar. Se está mirando las manos, con los dedos retorcidos para esconderse donde acaba de irse su corazón.

—Sí que lo has pensado —digo.

Ella no responde, con los puños cerrados y la mirada lejana.

—Si sirve de algo —digo—, tu plan me gusta más.

Se le sacuden los hombros.

—Ya. —Empuja a un lado el libro que tiene delante y abre otro. Coge un subrayador y lo pasa por el centro de la página, solo por hacer algo, para tener una razón para moverse—. Ya —repite.

Yo también cojo un libro. Biología: una clase de la que ni siquiera estoy matriculada. Paso las hojas, mirando las imágenes, pensando en su idea. No le dolería, simplemente la dormiría.

Solo le dolería a Graves.

Bostezo y me hundo en la almohada, fingiendo leer el libro. Un futuro diferente al de la chica en el espejo tiene lugar delante de mí. Una aguja sería algo muy sencillo durante la Liberación de los Sabuesos. Ahora lo veo claro. El baile. El vestido. Baz, en la pista. Él, sobre ella. Diciendo su nombre una y otra y otra vez bajo mi atenta mirada. Sin riesgo de que alguno de los dos me elija a mí antes que a él. Solo un ojo por ojo, amigo por amigo.

Más tarde, mucho más tarde, me despierto, de golpe. La

habitación está oscura, el cielo nocturno al otro lado de la ventana casi no tiene luna. Siento a Baz de pie sobre mí y me revuelvo, intentando levantarme.

—Perdona —susurra—. No quería despertarte. —Aparta con los pies algo de ropa y la amontona a los pies de la cama.

Me he dormido y, al despertarme, el monstruo de mi interior había desaparecido. Mi piel vuelve a ser mía. Todo se tensa. No debería estar aquí con ella.

—Lo siento. Mejor me voy.

—Si quieres —responde, pero lo dice despacio y con cuidado, pidiéndome que no la deje sola en la oscuridad.

Me merezco ir al Infierno por lo que he soñado. Se me pone la piel de gallina. Vine aquí para demostrarme que ella era igual de perversa que Graves, pero solo he demostrado que puede que yo sea peor. Ella no lo sabe. Tengo que quedarme; debo hacer que siga pensando que soy una amiga y no un demonio. Me muevo todo lo que puedo hacia la pared.

—Hay hueco —digo.

Ella está muy quieta, duda.

—¿Te preocupan los exámenes? —pregunta Baz con voz apresurada.

—No —digo, porque da igual si Jamie Vane aprueba o suspende.

—Qué suerte.

Se tumba con cautela en la cama, como si le diera miedo romperme. El cabello cae suave sobre la almohada, enredando sus ondas rubias con las mías negras. Nos quedamos ahí, yo de costado y ella bocarriba. La pequeña distancia entre nosotras es la prueba del cuidado que tenemos de no tocarnos.

«Casi», pienso.

«Esto es lo más parecido a tener una amiga».

Coloco una mano sobre su muñeca, el roce más breve. Se le corta la respiración, y me doy cuenta de que es la primera vez que la toco a propósito. Me resulta extraño, pero así es cómo funciona el tiempo con ellos. Es como si vadeara por un sueño tras pasar años despierta, y yo estoy hecha de sueños.

—Baz —susurro, aunque suena muy fuerte en esta habitación hechizada—. ¿Crees que Descartes tiene razón? ¿Que todo es falso?

Una respiración le levanta el pecho; luego baja lentamente. Observo, esperando, consciente de lo cerca que he estado de creer que podía parar para siempre esa respiración. A lo mejor no estoy hecha de sueños. A lo mejor estoy hecha de pesadillas.

—Sea falso o no —dice, moviendo los ojos cerrados—, duele igual, ¿no?

CAPÍTULO 28

Leamos y bailemos, estas dos diversiones no harán ningún daño al mundo.

Voltaire

Baila conmigo

Leckey se sienta como un gato atigrado bajo una serie de números de páginas escritos en la pizarra, con las palabras «leer y debatir» sobre ellos. Esta es nuestra última clase juntos antes de los exámenes. Mi última clase con él, aunque todavía no lo sabe.

Un siseo suave llena el aula cuando se enciende el sistema de riego. Rocía las filas de plantas que nos rodean con una condensación brillante. Hay un cubo de metal en el extremo de la fila más cerca de Leckey, que recoge las gotas de una manguera. Hace días que no se vacía; está casi lleno. Hay algo en el fondo. No veo lo que es desde este ángulo.

Graves se sienta al lado de Leckey. Lleva una rebeca extragrande y le cuelgan las mangas por el dorso de las manos. Con los ojos medio cerrados, un balanceo casi imperceptible le mueve la cabeza de atrás hacia delante. Un movimiento lateral cada vez que respira. Si tuviera que adivinarlo, diría que está escuchando una música de violín que

solo él puede oír. He vuelto a registrar su habitación, dos veces más desde que pasa tanto tiempo fuera. La caja debajo de su cama ha desaparecido. El violín también. Todo lo demás sigue igual.

Baz está sentada al lado de Graves.

Me aparto de los pensamientos de anoche. Voy a usarla, nada más. Conseguiré que necesite esta amistad lo suficiente para querer que esté con ella independientemente de lo que diga Graves. Eso es todo.

Eso es… todo.

Leckey carraspea. Se esfuerza por mirarme a los ojos y luego baja la mirada por mi ropa. Esta es la única clase a la que me he obligado a ir hoy, la única que comparto con ellos tres, y ni siquiera me he molestado en ponerme la corbata. Me he lavado las manos hasta que me han empezado a escocer… A continuación, las he vuelto a lavar. Aun así, las siento raras, como si mis pensamientos las hubieran cubierto con una capa de manchas.

Me encojo de hombros. Él espera un poco más, como si intentara cumplir con una obligación en que no cree; luego da un sorbo de té y levanta las manos por detrás de la cabeza para darle golpecitos a la pizarra.

Leer y debatir.

Baz, moviendo los ojos desde el texto a Graves, empieza a leer:

—«Uno. Todo lo que he admitido hasta ahora como más verdadero lo he aprendido de los sentidos o a través de la mediación de los sentidos. Pero ahora he llegado a la conclusión de que a veces nos engañan, y es un precepto de sabiduría no confiar completamente en aquellos que nos han engañado aunque sea una vez».

Yo jamás habría dudado de mis propios sentidos antes de venir aquí. Ahora no hay nada de lo que no dudaría.

Henry, que se ha negado a sentarse desde que llegamos, deambula hasta mi línea de visión mientras pasa sus largos dedos de flor en flor. Cae un pétalo bajo su roce; hace una pausa y observa dónde cae antes de recogerlo. Me pilla mirándolo y me guiña un ojo.

Me ha escrito. Toda mi angustia y mi anhelo tienen respuesta con solo dos palabras. Pensaba que quería una disertación, palabras suficientes para encajar con las mías una a una, para demostrar su valía tratando de mejorarlas. Sin embargo, en realidad, lo único que necesitaba era que lo viera y me respondiera.

Baila conmigo

Me muerdo el labio. Se acerca para colocarse detrás de mi silla. El pétalo cae sobre mi regazo.

Baz deja de leer. Leckey levanta la cabeza para ver por qué.

—Siéntese, señor Wu.

—Siéntate —dice Henry—. Preocúpate. Ten un buen día, pero lo único que realmente merece la pena es tener una vida. —Camina hasta colocarse detrás de la silla de Graves y se inclina despacio sobre él, hasta que le presiona la cabeza con el pecho hacia el reposabrazos de la silla. Desde ahí me tiene directamente en su campo de visión—. No tienes buen aspecto, Graves. Ten cuidado. Si pierdes tu apariencia, lo pierdes todo. —Su sonrisa hace muy complicado no sonreír, sobre todo cuando se mete con Graves.

—Si no va a sentarse, al menos guarde silencio.

Leckey se cruza de brazos. Es la primera vez que lo veo mostrar cierto descontento. Quizás esté cansado de los alumnos de último curso que aparecen medio muertos y borrachos.

Henry sonríe y se queda de pie, apoyado sobre una hilera de flores naranjas y amarillas etiquetadas *Lantana camara*. La cosa del fondo del cubo se revuelve y salpica un poco de agua por el borde. Baz retoma la lectura, pero no la escucho. Me inclino hacia delante para ver qué animal está atrapado y ahogándose.

Un dedo humano se engancha en el borde del cubo.

Me yergo tan repentinamente que mi silla chirría contra el suelo de adoquines. Leckey me mira algo confuso. Los demás están callados; Baz ha terminado de leer y aguardan a que alguien empiece con la parte de «y debatir» de la tarea. Miro hacia atrás, al cubo. Hay tres dedos enganchados en el borde, todos cubiertos de pequeños arañazos oscurecidos e hinchados por la descomposición.

Leckey suspira y suelta el té.

—Pienso, luego existo. Pero igual esta noche sería más adecuado: «No pienso, cerebro vacío». ¿No?

—Es la premisa más simple —dice Baz—. El yo reducido a su forma más pura. Sin cuerpo, sin sentidos, sin mundo exterior. De todo lo que se puede dudar se duda; incluso de la verdad de lo que se piensa. Pero el hecho de que alguien piense algo tiene que ser verdad si está ocurriendo.

Henry mueve la mano hacia ella.

—Pensamientos pensados.

Ahora hay cuatro dedos, solo falta el pulgar. No puedo apartar la mirada. Primero será la mano, luego el brazo, luego la cara con su

halo de pelo sangriento, y los ojos vacíos y embobados. Sam, mirándome.

«No pretendía esto —intento decirle—. Estoy aquí por ti, no por ellos. No tienes que…».

Leckey habla de nuevo.

—¿Y si no piensas tú? ¿Y si es otra persona la que piensa por ti?

Henry me roza con el hombro. ¿Cuándo se ha acercado tanto? De pronto, como si su roce deshiciera todo lo que necesito de Sam, el cubo se vacía.

«Vuelve. Vuelve. No quiero que sea tu página la que falte. No quería hacerlo».

—Bienvenido al desierto de lo real —susurra Henry—. Toma la pastilla roja.

No era real. No he dormido. Los espejos son ventanas, y van en ambas direcciones.

«Vuelve».

Leckey le llama la atención.

—Señor Wu, si lo que tiene que decir es tan importante que no puede callárselo, haga el favor de compartirlo con toda la clase. *Matrix* es la metáfora adecuada para esta discusión, precisamente. No habríamos dedicado tiempo de clase a ver la película, en septiembre, si no fuera aplicable. Descartes nos está diciendo que dudemos de hasta el nivel más básico de nuestra existencia. Yo les estoy pidiendo que vayan un paso más allá y duden de su habilidad de considerar cualquier cosa. Que tomen la pastilla roja y despierten en la verdad de su existencia; ni siquiera sus pensamientos los piensa un tú puro. Pero… —se inclina hacia delante, dejando caer todo su peso en esa única palabra—, cuando Neo… despierta…,

¿cómo sabe que Zion es real? ¿Cómo sabe que el mundo que anhela encontrar, donde por fin tenga un propósito, no es más que otra capa de mentiras fabricada por la inteligencia artificial?

El mundo de los sueños, al otro lado de la realidad.

Huntsworth, Amberdeen.

Sam se está pudriendo en ambos. Yo soy una mentira en los dos.

Leckey vuelve a echarse hacia atrás.

—Como Zion es más terrible, ¿es, por lo tanto, más real? —Pausa —. Deme el gusto. ¿Cómo podemos saber que es algo terrible que los robots nos controlen la mente?

—Iluminación cinemática —dice Henry—. Y porque el salvador tenía un aspecto horrible cuando se despertó.

Graves inclina la cabeza.

—En el mundo de los sueños Neo era invencible. Zion le trajo dolor.

—¿Eso es lo único que hace falta para demostrar que es real? ¿Dolor? —pregunta Leckey.

El dolor es lo único que me ha mantenido con los pies en el suelo. Todo lo demás ha fracasado, pero este dolor abrasador en el centro del pecho cuando miro a Graves, el dolor de la pérdida, me recuerda qué es real. Por qué merece la pena luchar.

Sam no está aquí, y es todo por su culpa. Y eso duele.

—El dolor es una prueba del mal —digo—. No de la verdad.

Leckey me mira.

—El dolor demuestra el mal sin demostrar la verdad. Hmm. Yo diría que el mal en sí es una forma de verdad. No hay mal sin su homólogo. Sin el bien, el mal es simplemente la realidad.

Asiento despacio, sin saber muy bien si lo entiendo. Pero estas

semanas en Huntsworth, semanas en el lado medio loco de Henry, me han enseñado a moverme por lo que me resulta demasiado enredado.

—Hay bien y hay mal, y el dolor nos ayuda a saber cuál es cuál.

Me doy cuenta de que esto es lo que quiero. Si no puedo conseguir la verdad, puedo causarle dolor.

—En ese caso —dice Leckey—, si el mal es real, y el dolor demuestra el mal, ¿quién le dice qué es el dolor?

—No necesito que me lo diga nadie. Lo sé. Lo siento. —No, espera. Hay un error. No podemos confiar en nuestros sentimientos; lo aprendimos en la primera clase a la que fui. No puedo parar aquí… o me destruirá—. Es más profundo que una sensación física. Está arraigado en la parte eterna de mi ser. A veces siento dolor cuando mi cuerpo está completo, y no hay ninguna razón fuera de mi mente para sentirlo.

—Vaya, que alguien le dé una mantita —dice Henry.

Leckey sonríe.

—¿Por qué ha elegido venir a clase hoy, señorita Vane?

¿Qué tiene que ver eso con el dolor? Me remuevo incómoda en mi silla.

—Es… obligatorio.

—En otras palabras: alguien le dijo que lo hiciera. ¿Por qué decidió que esa persona merecía que obedeciera?

—No se lo merece. No por sí misma. Pero no quiero… No quiero sufrir las consecuencias de las que me han advertido.

—Entonces esto merece la pena basándose en las consecuencias. Su mérito parte de las preferencias que usted tiene por controlar lo que etiqueta como dolor y placer. Pero ¿faltar a clase es algo con lo

que usted está personalmente en contra, más allá de las consecuencias?

—Sí.

—¿Por qué?

Siento que me están quitando la piel capa a capa. Está buscando algo. Y no quiero que lo encuentre, al menos no delante de los demás.

—Porque… me gusta aprender. Es algo inherente en mí.

—No. —La voz de Leckey me golpea como una bofetada.

—¿Cómo que no? —pregunto.

—Si aceptar las reglas se basa únicamente en lo que le gusta, en lo que le hace sentir bien un día concreto, entonces no son reglas en absoluto. No hay nada que la ate. Puede que la decisión correcta sea llevar el uniforme un día —mira a Henry— y no llevarlo al día siguiente. Girando y girando en un remolino cada vez más grande; el halcón no puede oír al halconero. Si el bien y el mal es intrínseco a algo más allá de sus preferencias, entonces el bien y el mal no existen. No hay ojo por ojo y diente por diente si nadie está de acuerdo en qué es un ojo o en qué es un diente.

Ojo por ojo es justicia. Es necesario.

—Eso no es así. Hay cosas que están bien y cosas que están mal.

—Si las hubiera, todos estaríamos de acuerdo en el control de armas. En el derecho al aborto. En la provisión de necesidades básicas. —Le da un sorbo al té para que el nuevo silencio enfatice su mensaje—. Somos las personas que somos por lo que queremos; queremos las cosas que queremos porque alguien nos lo dijo, no por nada intrínseco en las propias cosas. Hay likes y comentarios, extractos en una pantalla de televisión, *clickbaits* en los teléfonos, en

los que se duda lo justo y necesario para que un algoritmo se dé cuenta y nos envíe más y nos transforme a su imagen y semejanza. Nosotros somos Zion, pero los cables conectados a nuestro cerebro los hemos enchufado nosotros mismos. No existe el bien, no existe el mal; simplemente, hay preferencias que alimentan continuamente el corazón de la máquina. Entonces, ¿es usted real? ¿O simplemente es una simulación eterna? Una niña, fingiendo —dice Leckey, encuadrándome a mí, una chica que no existe, con los dedos extendidos en forma de dos L adjuntas.

Cada instante aquí es un primer instante en el sol. Hay un motivo por el que no puedes mirarlo.

—Si solo estamos tomando decisiones a partir de lo que una máquina nos dice que debemos pensar, ¿qué sentido tiene?

Leckey no dice nada. Simplemente, abre las manos, invitándonos al vacío como si fuera un banquete.

Y luego da una palmada.

—Ah, el próximo trimestre va a resultar fascinante. Saltamos de la duda y la certeza directamente a Baudrillard y al hundimiento de todo. Posmodernismo. —Nos tira un libro encuadernado en tela a cada uno en el regazo—. Empezad a leerlo. Después de los exámenes, claro.

Nada es real. Nada es verdad. Es muy fácil caer en la ciencia ficción cuando aún puedo sentir la piel de Sam resbalando en las palmas de mis manos, aunque las tenga limpias. No hay una explicación racional para lo que he visto en el cubo. Sería más fácil creer que todo es una simulación desastrosa, pero algunas cosas tienen una base sólida. El cubo está vacío. El cubo estaba lleno. Sé

quién lo mató. Sé cómo lo hizo y cuándo. Sé parte del dónde. Sé quién se muere por contármelo.

Henry se levanta cuando Leckey se marcha. Lo miro a los ojos, luego desvío los míos al cubo. Su mirada sigue la mía.

«Ah», dice arqueando las cejas.

—Tres días —apunta Baz mientras recoge sus libros—. Qué fuerte que solo quede eso para la Liberación.

—Me muero de ganas —dice Henry, despacio y delicado.

Con un ruido metálico, vuelca el cubo de una patada y derrama el agua negra por el suelo. La mano no está, pero estaba ahí, y tanto Henry como yo lo sabemos. Se queda detrás del cubo, con los pies hacia fuera. Mueve los ojos hasta los míos como un rayo inerme.

—Aunque me apetece aún más la fiesta de después —añade.

—Este año, la fiesta de Victoria es antes de la Liberación —dice Baz.

—Sí.

Ella lo mira con la cabeza inclinada, esperando que diga algo más. Pero no lo hace. Graves se levanta y se encorva sobre la silla un momento antes de incorporarse. Sus ojos azules se tensan cuando ve lo cerca que estamos Henry y yo.

Baz va a su lado. Duda un instante con la mano en el aire, y luego le toca el hombro.

—Joder, Adrian. ¿Tan borracho vas?

Levanta la mano del hombro y la lleva hasta la barbilla. Él no la aparta, simplemente sonríe para todos los que están mirando, como si ella le acabara de enseñar a respirar.

Baz, sonrojada, se aparta de Graves.

—Tesoro, ¿para esto te has estado escabullendo todas las noches?

¿Para abandonarme mientras te bombardeas la mente? —dice Henry.

Graves le muestra el dedo corazón. Es puro teatro. Capa sobre capa. Esa sonrisa para Baz es solo una versión más suave de la que le dedicó a Victoria; cada una elegida con cuidado para su público. Un poco para ella, un poco para Henry, un poco para los demás alumnos de último curso que orbitan a su alrededor, un poco para los profesores. Creo que yo soy la única que les quita la piel. A lo mejor es porque solo yo sé qué se esconde detrás de esa actuación.

Los dedos de Henry me acarician la nuca, sin enredarse en las ondas, ni siquiera tocándome el cráneo. Me inclino con un movimiento mínimo, sin parar de mirar a Graves. Deseo que piense que quiero esto. Quiero que diga algo, lo que sea. Y, quizá porque es capaz de leer eso en mi cara, se cierra, convirtiéndose en solo un chico con resaca deambulando hacia la puerta con Baz.

Puede ser. Y yo simplemente seré la chica de Huntsworth a la que su mejor amigo le contó todos y cada uno de sus secretos. Una chica que se lo va a pasar en grande compartiéndolos con el mundo.

Si creemos en las cosas porque alguien nos ha dicho que lo hagamos, entonces me toca a mí ser la que maneje los hilos.

CAPÍTULO 29

En la búsqueda de uno mismo,
uno no puede ser simultáneamente cazador y cazado. Gilbert Ryle

Me da miedo morir después de vivir una vida que nunca fue mía.
un baile. para mí.

Los exámenes no me importan nada, pero, aun así, con la prueba terminada, parece que todo es mucho más ligero. Acabar es como una especie de embriaguez. Baz también lo siente.

Nuestros caminos oscilan, acercándose cada vez más y luego separándose. Deambulamos hasta el aparcamiento de los profesores, donde nos paramos, en silencio, para esperar a que los chicos, que terminaron antes de nosotras, sin poder pronunciar palabra tras el torrente de preguntas de Leckey. Tengo que ir a cumplir con mi castigo, como todos los días, pero solo me quedan dos días aquí, así que no me ha parecido importante seguir cumpliendo las órdenes de la directora.

Libre. O algo parecido.

Levanto la cara hacia el cielo y cierro los ojos. Unos pocos copos de nieve dejan unas picaduras heladas en mis mejillas,

pero la mayoría se aferran tensas al cielo nocturno, que contiene la respiración mientras me observa. Hipócrita, mentirosa. Le doy la mano a Baz. Ella aprieta la mía… y la suelta. El invierno llena el espacio entre nosotras.

Henry aparece en un descapotable nuevo. Se inclina sobre el asiento del copiloto y abre la puerta mientras el coche se decapita, enrollando el techo en el maletero. Baz salta por encima de la puerta detrás de él. Graves baja de Killary poniéndose una sudadera, pero sin dejar de correr. Salta como si nada por encima de la otra puerta trasera y estira las piernas para caber bien en el estrecho asiento detrás del copiloto. Así que esta noche sí que viene con nosotros.

—Cuánto has tardado —dice Henry.

—Me había dejado una cosa en la biblioteca —responde Graves.

Se ajusta la manga sobre una venda gruesa que le cubre el antebrazo.

—¿Te has hecho daño? —pregunta Baz.

—Sí. —Una palabra y una sonrisa deslumbrante, la más falsa que le he visto hasta la fecha.

Sin embargo, a ella le sirve, al menos. Aparta la mirada enseguida, hacia la ventana. Me hace un gesto para que suba.

—¿Qué fue lo que dijo Jamie en clase? —murmura Henry—. ¿El dolor es la muestra del mal?

—Él necesitaría un cuchillo enorme para mostrar todo lo que tiene dentro.

Le guiño un ojo a Graves mientras me acerco al coche. Se pasa la mano, rápido, por el pelo corto, y se inclina hacia atrás,
lo más lejos posible del asiento delante de él.

Subo al coche. Henry se acerca a mí y me arregla el cuello de la

camisa, rozándome la piel con los nudillos. No tengo sitio para los pies. El suelo está lleno de libros. Cojo uno, encuadernado totalmente en negro, pero con la tapa arrancada. Hay post-it pegados por doquier. Levanto una con el dedo y me pregunto qué encontraría subrayado si abriera el libro por esa página. Henry me lo quita y lo lanza al asiento de atrás. Graves gruñe.

Intento mover con cuidado los libros para no poner los pies encima de ninguno. Es complicado con esta ropa. Llevo una de las camisas de Graves, con las mangas subidas; me he puesto en el pelo una laca suave de Baz. Henry sonrió cuando salí con la misma falda de uniforme y la misma camisa negra con las que llegué a Huntsworth. Luego me empujó al armario de Graves y buscó una combinación con un vestido del mismo color gris oscuro con una minifalda de cuero que probablemente le hubiera robado a Victoria. Con los faldones de la camisa atados para dejar ver la cintura y unos tacones que me estilizan las piernas bajo esta falda, por fin parezco Jamie Vane.

Esta noche, mañana: esta fiesta. Domingo por la noche, la Liberación de los Sabuesos. Dos noches más, un día más. Luego podré quemar esta camisa con el resto de la vida de Graves.

—¿Le has robado el coche a un bibliotecario? —digo para despejar la mente; no quiero que ninguno me lea los pensa-
mientos.

Henry aprieta el acelerador y las ruedas derrapan por el aparcamiento.

—No, me lo ha dado como forma de pago.

Debería conocer mejor la curvatura de su sonrisa y no insistir en el tema, pero los neumáticos están derrapando a los lados en el

camino de gravilla y las puertas a las que se dirige están cerradas; no hay nada parecido al sentido común cuando voy en un coche con estos tres hacia la montaña.

—¿Qué narices has hecho que sea tan caro?

Su sonrisa se agranda. Me arrepiento de preguntar y me empujo sobre el asiento para sentarme en el lateral del coche.

Mueve los labios, pero no consigo oír nada por culpa del viento. Sam me habría agarrado la pierna y me habría vuelto a meter en el coche.

Henry aprieta el acelerador hasta el fondo.

El coche se sacude debajo de mí. Me agarro a la ventanilla. Podría levantarme si quisiera, saltar. Mis límites los establezco yo y los puedo romper como me venga en gana. Ni siquiera hemos salido del campus todavía; Henry conduce tan rápido que apenas puedo respirar con el viento. Graves golpea el respaldo de mi asiento, marcando con los puños el ritmo de una canción que me cuesta escuchar pese a estar a todo volumen. La verja todavía se está abriendo cuando la atravesamos. La podría tocar si estiro los dedos.

Delante de nosotros, la carretera se cierra demasiado, teniendo en cuenta lo poco que confío en el modo de conducir de Henry. Vuelvo a sentarme en el asiento. El viento helado nos mordisquea la ropa, nos ondea el pelo de atrás adelante y nos hace tiritar. Henry encuentra una canción con una línea de bajo que hace que el coche tiemble a nuestro alrededor. Todo es demasiado ruidoso como para que podamos hablar. Es liberador estar tan callada y, aun así, tan cerca de ellos. No me había dado cuenta lo al límite que estoy siempre, buscando las palabras correctas para mantenerlos cerca. Este momento, con la música palpitando por detrás de mi asiento y

ninguno de nosotros diciendo nada, porque nadie lo necesita, es como la tinta negra en unas páginas viejas.

Agarro la mano de Henry. Él me coge los dedos y se los lleva a los labios. El beso es suave y rápido, como el roce de una pluma; crea unos escalofríos diferentes a los del viento. Con el pulgar los aparta con caricias delicadas en mi dedo anular. Esto, entiendo, es por lo que me ha pedido un baile. Algunas cosas son más sencillas cuando no se interponen las palabras.

La carretera se divide ante nosotros. Henry me suelta la mano y frena lo suficiente para que no nos salgamos de la carretera.
En lugar de ir al este, hacia Del Río, donde la fiesta nos espera, gira al sur.

Hacia Amberdeen.

—¿Adónde vas? —le grito.

—¡Bruuuuuu Thruuuuuuu! —chilla él.

Graves también aúlla, inclinando la cabeza hacia atrás.

El Brew Thru. El pelo me golpea en la cara. Nos está llevando directos al centro de Amberdeen para comprar alcohol, y yo voy en el asiento delantero con las ventanillas bajadas. No tengo casco ni unos hombros anchos tras los que esconderme. Da igual qué hora sea; basta que una sola persona me vea en este coche para que todo acabe.

No me pueden descubrir. No tan cerca del final.

—¡Vamos a Del Río mejor! —grito—. ¡Allí tendrán tiendas, seguro!

A cualquier otra parte que no sea aquí. Intento pensar en un motivo.

Henry me coloca las manos en la nuca y me empuja hacia la consola central hasta que puede gritarme en el oído.

—¡El pueblo es una mierda, pero no hacen preguntas!

Se me calienta toda la cara. Fuerzo una risa y me quito sus dedos del cuello. Ya veo las luces de Main Street perforando los troncos de los árboles. Tengo que encontrar la forma de esconderme. No puedo permitir que nadie me vea y que ellos averigüen quién soy realmente. Todo esto terminaría apresuradamente. No puedo dejar que tal cosa ocurra. Henry rodea el bache delante del cartel de «bienvenidos a amberdeen». Apoyo el codo en la ventana y me cubro la cara todo lo posible con la mano.

La casa de Sam, mi casa, la casa de Faye; pasamos frente a ellas sin gritos, sin portazos en las mosquiteras. Se me tensa el pecho. Es rápido. Esta calle no significa nada para ellos; Henry no frena y ninguno divaga con la mirada por lo que los rodea. Ninguno se da cuenta de que mi casa está oscura, ni que la de Sam arde con luz, menos en una habitación de la segunda planta.

Curvo la espalda para hundirme más en el asiento, lejos de la mirada acusadora de la habitación a oscuras. Da igual la ropa que lleve, no importa cuánto me deje caer en el ritmo de ellos: Marin James no es uno de ellos. Su lugar es este, en el extremo del pueblo, con el chico muerto.

Tengo ganas de vomitar.

Henry me da un golpecito en el hombro. Me arriesgo a mirarlo. Tiene el ceño fruncido, solo un poco, pero lo sufi-
ciente para demostrar que mi extraño comportamiento no le ha pasado desapercibido. Hago una mueca y me señalo la sien: «Me duele la cabeza». Él asiente despacio. No sé si me cree. En nuestras notas le he contado muchas cosas que nunca le he dicho a otra persona, pero «No soy Jamie Vane, soy una chica de Amberdeen»

no ha sido una de ellas. Ahora casi desearía haberlo hecho. Mi vándalo quizá podría ayudarme.

Las ruedas delanteras dan una sacudida sobre el bordillo empinado que lleva al Brew Thru; lo rodea y se detiene en la zona de descarga. Toca la bocina una vez. Al cabo de unos instantes la puerta se abre. El hermano de Faye, Dickie, aparece enmarcado por la luz, con un delantal verde atado a la cintura.

—Hora del postre —dice Henry, saliendo del coche.

Me agacho bajo el salpicadero y meto dos de los libros bajo mi asiento.

—No hagáis ruido —pide Dickie. Hacía semanas que no escuchaba la voz de alguien que me conoce; me sobreviene un ataque de pánico—. Hay varios clientes dentro.

—Si escuchan algo, diles que son fantasmas —afirma Henry.

Asomo la cabeza por encima del salpicadero, solo lo suficiente para ver cómo le mete unos billetes a Dickie por el cuello. Se mueve para entrar por la puerta. Dickie la tiene abierta menos de la mitad, como si no pudiera terminar el movimiento.

—Fantasmas —repite Dickie.

Escucho el temblor en su voz. Se lleva la mano al dinero que Henry le ha metido en la camiseta. Me conoce desde que nací.

Y yo sé que él existe desde que tengo uso de razón. Solo haría falta una mirada. Vuelvo a agacharme y me sostengo la cabeza con las manos, frotándome las sienes como si me dolieran de verdad.

—Está bien —dice Dickie—, pero una cosa rápida.

Graves se pone de pie y se inclina sobre el asiento, hacia mí.

—Ven a coger algo. El almacén es nuestro; nos cierra la puerta frontal.

«Si tanto te preocupa», añade su mirada. No es un gesto amable. Me está insistiendo. No cree que me duela la cabeza.

—No pasa nada, Jamie. —El sonido de mi nombre en la voz luminosa y tranquila de Baz me estremece. Levanto la mirada a la puerta antes de recordar que el nombre de Jamie no significa nada para Dickie. Ya ha cerrado la puerta, con un trozo de cartón entre la cerradura y el marco para que no se abra—. Henry dice que este chaval haría lo que fuera por dinero.

Se me revuelve el estómago. He de tener cuidado. Jamie Vane no conoce a Dickie, así que no tengo motivo alguno para defenderlo.

—Píllame un poco de ron de coco. O algo fuerte —digo, arrugando la cara porque «me duele la cabeza».

Baz se agacha con compasión y luego ondea las manos delante de su cuerpo, como si estuviera en una fiesta hawaiana. Se aleja del coche despacio, tranquila, pese a que esto vaya en contra de la ley. Amberdeen siempre ha aceptado a la gente como ella por cómo son. Es a mí a quien el pueblo no ha conseguido descifrar: demasiado de Amberdeen como para admirarme, y demasiado diferente como para tenerme al lado. Me pregunto si me echan de menos siquiera. O si Marin James no es más que otra que salió corriendo.

Se mueve una sombra entre mí y la luz resplandeciente del edificio. Levanto la cabeza, asustada. No es Dickie.

—Ve atrás. —Graves se sienta en el asiento del conductor y se gira para pasar un brazo sobre el salpicadero. Sus anchos hombros me bloquean la vista de las puertas que hay detrás de él. Al ver que no me muevo, vuelve a hablar—: Estás hecha mierda. Y tienes una actitud de mierda. Ponte atrás. Así, si potas, no me caerá encima.

El asiento trasero es estrecho, encerrado por los asientos

delanteros y un gran arco metálico que sobresale hacia arriba desde la ventana para sujetar el techo cuando está cerrado. Casi no tendría que esconderme si me siento ahí detrás. Le contesto borde, para ocultar mi alivio:

—Sería el lugar perfecto para potar.

—Si estás tan mal, igual debería ir a pedirle al chaval del almacén que venga a ayudarte.

Aprieto los dientes y me inclino hacia un lado para poder ver las puertas detrás de sus hombros. Las dos están cerradas.

A Dickie no se le ve por ningún sitio. Me empujo hacia arriba por encima de la consola central. El movimiento hace que me roce con Graves, que no se echa hacia atrás para dejarme hueco. Cada centímetro parece un kilómetro cuando paso una pierna y me giro para pasar la otra. Le rozo el pecho con la espalda y se me enreda brevemente el pelo en sus dedos. Juraría que los retuerce y me tira delicadamente de un mechón, como si intentara dejar la mano ahí, pero tiene el gesto torcido, mirando por la ventana del conductor. Solo a mí me cuesta tragar cuando me toca el pelo. Solo yo siento un terremoto cada vez que nos tocamos.

Lo odio. Y a él le importa un pimiento.

El asiento de cuero donde me sentaba está caliente. Me meto las manos heladas debajo de las piernas e inclino la cabeza sobre el respaldo del asiento, haciendo un esfuerzo por ignorarlo a él y a la forma en la que consigo distinguir el lateral del aparcamiento desde este ángulo. Nadie va a dar la vuelta y aparcar, me recuerdo. Todo el mundo, todo el mundo que es legal, pasa por la ventana del autoservicio.

Tamborilea con los dedos en la consola, luego se acerca. Se

retuerce, coloca una mano en el asiento del copiloto y la otra en el hueco, levantándose para alcanzar el asiento trasero. Llena el aire sobre mí. Me inclino hacia la ventana en busca de una salida, pero aquí atrás no hay puertas, ningún sitio al que correr, excepto hacia él. Luego pasa por encima del hueco y se apoya estoicamente sobre el borde de la consola central. El Brew Thru y su aparcamiento desaparecen de mi vista. Solo lo veo a él.

—Estás ridículo —digo, porque es verdad, ocupa mucho de un espacio muy pequeño.

Además, necesito decir algo para ahogar lo agradecida que estoy porque nadie pueda verme y por la rabia que siento por

Graves.

Él no dice nada. El coche se queda en silencio. Un búho ulula en el bosque detrás del aparcamiento, pero su canción no hace nada para calmar la incomodidad. Quiero empujarlo más lejos. Pero él sabría que su cercanía me molesta, y esa es un arma que no quiero darle. Me doblo las manos sobre el pecho y me doy cuenta de que he hecho el mismo gesto que él. Las desdoblo.

No lo soporto más. Tengo que pelearme con él, romper la tensión en el ambiente con palabras. Digo lo primero que se me viene a la cabeza y que sé que a él no le va a gustar nada. No sé si es verdad. Pero tampoco sé si es mentira.

—Creo que estoy enamorada de Henry.

Su cara permanece impasible.

—Es honesto.

Es así, cada palabra que me ha escrito es verdad. Lo siento en las líneas, en las marcas del bolígrafo con que las traza, en la forma en que, al contrario de cuando habla, su cadencia es insegura y

dubitativa. En nuestro libro no siempre sabe cómo decir lo que quiere decir, pero siempre lo intenta. Incluso cuando es difícil.

Graves levanta las cejas y se acomoda en el asiento del copiloto. Cierro los puños y aparto la mirada de él hacia el apacamiento oscuro. Pasan los segundos y él sigue sin decir nada, no se mueve ni un milímetro, como si mis estúpidas e insignificantes palabras no fueran más que guijarros que chocan en las murallas de su fortaleza, pero lo veo en sus ojos. Hay algo que los enturbia. Algo que quiero sacar a la luz para reírme de él.

—¿Te has quedado aquí solo para sacarme de quicio?

Se tira de la venda de la muñeca y saca una tira suelta. La arranca. Se le cae de los dedos y flota hasta descansar en mi rodilla. Yo la sacudo. Sus ojos trazan el movimiento de mi mano, y odio cómo lo sé; odio que ni uno solo de sus movimientos se escape de mi vista. Odio que haga que me pregunte si él hace lo mismo, si estoy arraigada dentro de él tan profundamente. Tengo que estarlo si quiero destrozarlo.

Este sentimiento no es más que eso.

Apoya una mano en la muñeca, con los ojos fijos en el trozo de venda en el suelo.

—En una sociedad completamente cuerda, la locura es la única libertad.

En mi interior, todo se detiene de forma repentina. Trago saliva solo para forzar algún movimiento dentro de mi pecho.

Es una cita de Ballard, una que mi vándalo subrayó la segunda vez que me respondió. No significa nada. Llevamos todo el trimestre estudiando filosofía. A principios de curso hicieron un resumen.

Probablemente, Leckey les hizo memorizar citas de los más importantes. No es más que una coincidencia.

—La libertad es el derecho a vivir como deseamos. —Lo pongo a prueba con el siguiente margen. Ojalá mi voz no sonara tan hueca. Detesto haber almacenado cada uno de los renglones en la memoria —. Así que… dime qué deseas —añado, recitando parte de las palabras que escribí en el margen del volumen de *Historia de la filosofía*.

Me mira a los ojos.

Nunca me había sentido tan desnuda ante una mirada. Ya me había recorrido medio cuerpo para cuando levanto la vista, cortando rápida y profundamente con la precisión brutal de un cirujano. Quiere cosas, me dice su mirada, cosas que no tiene derecho a pedirme.

—Mirar a mi reflejo a los ojos…

«Y no tener miedo».

No.

El vándalo es él, no Henry. El que me escribe notas es Adrian, no Henry.

De pronto, siento un miedo profundo y lacerante.

La puerta del Brew Thru cruje y se abre, antes de cerrarse de un portazo. Henry, bendición y maldición a la vez, un chico que es más extraño que yo y que no debería serlo está al otro lado del aparcamiento, agitando una botella de cristal hacia nosotros; cuando está cerca, la tira por la ventanilla. Graves la coge y la tira en el suelo del asiento del copiloto. Baz se acerca a nosotros, con los brazos cargados de bolsas de papel marrón. Hay mucho ruido. Me

aferro a él para que borre el estruendo que cada vez suena más estridente en mi cabeza.

—Te encuentras mejor —dice Henry, pero no entra en el coche.

Me encojo de hombros, incapaz de hablar. Él inclina la cabeza y mira desde donde yo estoy hasta el asiento del copiloto, vacío. Baz ocupa mi sitio y hurga por las bolsas. Está hablando, enumerando las cosas que ha comprado; nos pregunta con qué queremos empezar. Graves se baja de la consola y se sienta a mi lado como si no hubiera cambiado nada, como si nada fuera diferente. Pero todo ha cambiado. Pero nada ha cambiado. Me acerco más a la puerta. El fin de semana que nos conocimos me tocó y sangré. No pienso permitir que vuelva a hacerlo solo porque…

«Temo que encuentres fea mi verdad. Aunque nunca hayas huido de mí aquí».

En el asiento trasero no hay espacio. Baz nos ofrece una botella. Graves la coge. Mi ron de coco descansa en sus manos, aún sin abrir. Lo hace rodar entre las palmas, luego me lo ofrece sin decir nada y sin mirarme. Presiono la frente contra la ventana. Él suelta la botella a mis pies.

—Genial —dice Henry—. Porque ha habido un cambio de planes.

Graves gruñe. Me roza la pierna con la suya. Me estoy quemando viva.

—Que sea algo simple, tío, por una vez —dice.

—Todo lo simple que puede ser. —Por fin, Henry se sienta en el asiento del conductor y agarra a Baz por la barbilla, empujándola de atrás hacia delante—. Nos han invitado a una hoguera.

Maldita sea, Dickie.

—No vamos a ir.

—Se lo he prometido —dice Baz—. Parecía majo.

—Pues deshaz la promesa.

No puedo con esto esta noche. Necesito un lugar en el que nadie me conozca, un sitio en el que pueda desaparecer.

—Vamos a la fiesta de Victoria.

Henry se inclina sobre las piernas de Baz para coger una botella y le quita el tapón.

—Jamie, pensaba que te conocía mejor. No pensaba que preferirías la perfección de plastilina de una casa en la que no se puede romper nada…, antes que unas camas y unos colchones que arden mientras bailamos como paganos en torno a un dios que todos sabemos que no es más que una excusa para…

—Arranca —lo interrumpe Graves.

—Qué impaciente —responde Henry.

—Impaciente no, aburrido —dice Graves.

—Un desastre natural —canta Baz.

Henry inclina la botella hacia Baz y pisa el acelerador; el coche sale escopeteado marcha atrás. Los neumáticos rechinan; el auto derrapa hacia atrás, arrojando gravilla. Graves se agarra al respaldo de mi asiento. Sus dedos me rozan el cuello cuando Henry gira bruscamente por delante del edificio, pasando a toda velocidad por un aparcamiento de camionetas cerca de la puerta principal. Le toco el costado con el hombro, encajando en el hueco debajo de su brazo estirado. Adopto la posición con facilidad, como si ese espacio estuviera hecho especialmente para mí.

Echa el brazo hacia atrás y se agarra en el asiento delantero.

Baz tiene razón. Esta noche es un desastre natural, y puede que yo no salga viva de ella.

CAPÍTULO 30

La vida sin música sería un error.

Friedrich Nietzsche

No pares. Dime algo que sea verdad.

He negado todo lo que se puede negar. He estado equivocada todo el tiempo. Pero esta vez he de tener razón. Graves no es el chico que conoce lo frágil que soy en realidad. Que me persiguió hasta mis momentos más oscuros y me esperó allí. A quien yo pensaba…

A quien yo pensaba estar decepcionando…

Henry se remueve en el asiento para decirme algo. Entierro la cabeza en las manos. Lo único que puedo hacer es sacudirla. No es verdad. El aire frío me arropa. Baz me agarra los hombros. La aparto. Retira la mano. La puerta se cierra con cuidado.

Pero no se van todos. Siento sus ojos sobre mí, recordándome todo lo que me ha hecho confesar ante él. No dice nada. No hace falta. El silencio en el asiento trasero habla por sí solo.

Le devuelvo el golpe al silencio.

—Sal.

—Todavía te encuentras mal —dice, burlándose de mí.

—Sigues aquí, así que sí.

Espera lo bastante para asegurarse de que sé que no tiene que irse si no quiere; luego empuja la puerta del conductor y la golpea tan fuerte que el coche se balancea. Inclino la cabeza sobre el cuero frío del asiento e intento respirar.

Si hubiera sabido que era él… Ojalá hubiera sabido que era él.

Intento concentrarme en otra cosa. En lo que sea, menos en la forma en la que gira la cabeza, con la mandíbula tensa, mirando hacia atrás al coche mientras camina hacia Henry. Pero nada cambia de verdad en Amberdeen. Continúan siendo ellos alrededor de la hoguera y yo al límite, atormentada. Los veteranos del equipo de fútbol de Three East están de pie entre el descapotable y el fuego. Uno apoya la pierna en el parachoques frontal y empuja, sacudiendo el coche.

Las mismas posturas vacías, las mismas sonrisas engreídas. Nada me distrae de Graves introduciéndose en su grupo, con los brazos estirados; los de ellos están cruzados. O de la forma en la que veo su brutal caligrafía en su lenguaje corporal: la forma en la que exige que todo ceda ante él; las páginas blancas marcadas de forma permanente, los brazos cruzados de los veteranos soltándose despacio, el cuerpo de mi primo arrugado, hasta mi mente, mi… no… Solo mi mente, solo ha hecho ceder a mi mente. Una camioneta acelera y el rugido ahoga la música. Conozco ese siseo al final del tubo de escape. Dickie ha terminado su turno. Me hundo despacio en el asiento, llevando los pies hasta el fondo del suelo. Escucho cómo se apaga la camioneta y cómo se abre la puerta del remolque. Faye grazna radiante y encantadora como el sol. Los sonidos de mi hogar. La música responde con más fuerza.

Fui una ingenua al pensar que saldría de este lugar. Una ingenua

por pensar que la persona a la que escribía me entendía. Una ingenua por responder, por buscar tan a menudo una respuesta. Me llevo los puños a la boca para contener un gruñido por las muchas veces que mis pies caminaron hasta esa mesa en la biblioteca para ver si la nota se había movido. Me preguntó cuándo me vio y cuánto hace que lo sabe. Quiero volver, ahora mismo, y arrancar todas las hojas y quemarlas.

Cada secreto. Cada momento de asombro. Suyos. Estaba trazando su caligrafía. Estaba deseando descubrir sus palabras. Me enamor…

No. Soledad. No era nada más que soledad.

De reojo veo moverse mi reflejo. Me levanto y golpeo el espejo retrovisor para que no pueda verme. Ahora entiendo por qué Baz odia los espejos. No quiero volver a mirar en uno nunca más. Puede que ella sea la que me devuelve la mirada: Marin, la chica que pensaba que por fin se había encontrado. Y tengo miedo. Ahogo una risa al escuchar el eco de sus palabras. Algún día miraré mi reflejo y tendré mucho mucho miedo. ¿Cuánto le he dejado excavar?

Me quedo mirando el techo del coche. Cada poco, la luz de las llamas brilla con más intensidad en mi pequeña cueva. Pronto, lo único que escucho es la música y gritos que se empalman entre los ritmos. Suena desde los altavoces de varios coches, chocando, meciéndose contra el ritmo que tienen al lado, como los que bailan. Es una fiesta sin ningún sentido del orden, que deja atrás nada más que un caos de huesos blancos.

Nadie se fijará en una sombra en el asiento trasero de un coche. Mientras no salga y monte un numerito, no tengo nada de lo que preocuparme. Marin James lleva desaparecida el tiempo suficiente como para que nadie, ni siquiera su familia, siga pensando en ella. A

lo mejor Faye…, pero he escuchado su grito cuando ha aparcado. Faye no me está buscando esta noche. Solo quiere distraerse.

Me incorporo y busco a los chicos, pero solo encuentro a Baz. Está sentada en el remolque de Dickie, repartiendo bebidas. Faye está delante de ella, soltándole un sermón a Dickie, con el pelo revuelto y una sonrisa de media luna. Dickie le señala el pelo. Ella le da un golpe en la pierna y le clava el dedo a Baz. Ella y Dickie abren mucho los ojos, evitando a toda costa la mirada del otro. Está haciendo de carabina.

Faye saca tres bebidas de la nevera y cierra la tapa con un golpe. La observo soltar una última palabra que es como una granada; las mejillas de Baz empiezan a arder. Envuelve a la chica con el brazo. La baja del remolque y le pone una botella en la mano.

Con Baz como una marioneta detrás de ella, Faye se acerca delante de la hoguera, con los pasos cada vez más seguros mientras levanta las dos últimas bebidas por encima de los hombros. «Una para ti, otra para mí». Cómo me ha provocado para ir a la fiesta de Huntsworth me resulta ya algo lejano. Si hubiera aceptado, si hubiéramos ido a la fiesta para divertirnos con los dos chicos que vio en las redes sociales de Sam, todo habría sido diferente.

La puerta del coche se abre. El aire del invierno entra con Henry, desplazando mi atención de Baz y del desafortunado pueblerino con el que Faye decida que está destinada a estar. Henry toca la pierna, se termina la bebida, la suelta en el posavasos. Tengo que recordarme que todavía lo conozco, aunque las palabras no sean nuestras.

Tiene sentido que el chico frágil de esas páginas no sea él. Henry siempre ha tenido mucha seguridad en sí mismo, ha sabido siempre

qué quería y cómo conseguirlo. Ahora me tiene a mí, y yo lo tengo a él, no a Graves. Justo lo que quería.

—Ha llamado Victoria —dice—. No le ha hecho gracia.

La fiesta de después de los exámenes.

—A mí tampoco.

Respiro despacio y pongo la mano sobre la suya. Tiene los dedos helados. Alguien tira una carretilla llena de hojas secas a la hoguera. Se prenden incluso antes de tocar las llamas; las brasas danzan con las estrellas.

Henry se mueve para pasarme el brazo por encima, empujándome contra su costado.

—Le he dicho que este desvío ha sido idea tuya.

—Entonces seguro que se ha enfadado aún más.

No puedo apartar los ojos de la hoguera para mirarlo, aunque sé que debería. Unirnos más, ese es mi objetivo. Lo bastante para ahogar a Graves antes de que él me haga lo mismo.

—Me gusta que la gente sienta sensaciones —dice.

Me traza relojes de arena con el pulgar por la clavícula.

Aparto la mirada del fuego, de él, y miro hacia el bosque. Veo donde Faye ha dejado a Baz, dándome la espalda con la bebida olvidada en una mano, con el chico que la agarra por la cintura. Parece que Faye ha cumplido su misión con éxito. Casi aparto la vista, con el fantasma de una sonrisa en mis labios, porque al menos alguien se lo está pasando bien. Pero entonces Baz se inclina hacia delante para decirle algo al oído… y le veo la cara.

La luz convierte el rostro de Graves en humo y sombras. Cuando ella le acaricia la línea de la mandíbula, no sé si está tocando moratones o solo oscuridad. Él envuelve la mano por donde ella

sujeta la botella y se la lleva a los labios. Ella bebe. Él retira la botella y se la lleva a sus labios.

—Te gusta observar a la gente, ¿eh? —me susurra Henry al oído —. Primero a mí, ahora a ellos.

Se me tensa la piel bajo su aliento.

La mano de Baz recorre el pecho de Graves mientras él se acaba la botella y la tira al bosque. Yo me aparto, pero Henry está justo ahí y no me deja espacio. Sé qué aspecto tiene mi cara; no se ve nada remotamente parecido al deseo. Pero da igual. Henry me mira hambriento, sus ojos bailan en la luz de las llamas, como si todo lo que estoy sintiendo fuera todo lo que él siempre quiso. Dobla el cuello. Presiona los labios contra mi piel, encontrando un hueco justo debajo de la oreja, donde me abrasan, y luego se expanden. Me clava los dientes para saborearme.

—¿Estás sintiendo algo ahora mismo?

Cierro los ojos, aturdida.

—Venga —dice, apartándose de mí. La puerta se abre. Siento escalofríos en los brazos y las piernas—. Ven fuera conmigo.

Cierro los puños por el dobladillo de esta falda prestada. En la oscuridad detrás de mis ojos todo es más grande. El fuego, los árboles, Henry cerca de mí, y Graves, con Baz, con Graves… No.

Henry me abre las manos y me pone algo en la palma. Abro los ojos. Es una pastilla, un pequeño círculo blanco. Me saca la lengua y veo una pastilla igual. Cierra la boca. Traga.

—Si no vas a salir de las sombras, al menos haz que las sombras bailen.

«Los opioides son una pandemia, Marey, querida».

—¿Es…? —empiezo a decir, pero no puedo terminar.

Ya no sé hablar, solo sentir. Cierro la mano sobre la pastilla y mis ojos no abandonan ni una vez las llamas dentro de los de Henry. Quiero que se expandan, que lo devoren desde dentro. Deseo que capturen la luz y me iluminen. No he pensado en Sam ni una vez desde que Graves me ha desgarrado. Solo ellos. Solo yo. Solo Jamie.

Por fin tengo las pruebas que nadie podría negar; lo fácil que ha sido obtenerlas me sienta como una bofetada en la cara. ¿Era lo que estaba buscando en realidad? ¿O simplemente andaba detrás de excusas para quedarme un día más? Busco con los dedos el anillo alrededor de mi cuello, pero no está ahí. Está en Huntsworth, escondido en un cajón. Olvidado. Como Sam.

—¿Es qué…? —susurra. Me aparta el pelo de la cara y me lo coloca muy despacio detrás de la oreja—. Si te hace sentir bien, ¿qué más da?

De pronto, estoy fuera. La puerta abierta, mi brazo retorcido detrás, la pastilla atrapada dentro, lista para lanzarla al fuego. Me detengo igual de rápido. No puedo quemar esto. Puede que lo necesite. «Follar, casarte, matar», grita lo que queda de mí. «Esto es mejor que la insulina. ¡Esto es lo que le hizo a Sam!». Pero todavía no es la Liberación. Aún tengo tiempo para tomar una decisión. Todavía tengo tiempo para arreglar todo lo que he hecho mal. Dejo caer el brazo. Tengo que guardarlo, porque es una prueba, no un arma.

Detrás de mí la puerta del coche se cierra. Me giro hacia Graves, que ha levantado la mirada tras el ruido.

La ha levantado para encontrar la mía.

Baz se inclina para soplarle un poco de ceniza del hombro. Las sombras se mueven por su mandíbula y su mano le recorre la

espalda; sus ojos oscuros son hierros de marcar en los míos. Le agarra la barbilla, echándola hacia atrás, pero sin soltarla. Siento cada segundo, cada escalofrío, a medida que aprieta las manos, sujetándola inmóvil. Espera… a que Baz abra los ojos y lo vea mirando a otra persona, a que yo tenga todas las oportunidades de marcharme y demostrar que no puedo, que estoy tan atrapada como ella, a que el fuego salte y destelle, y a que él se doble, aunque sea un poco, y le cierre los labios con un beso.

Despacio, como en un sueño, ella le envuelve el cuello con los brazos. Él mueve la mandíbula, ella retuerce los hombros sorprendida y los labios de Graves obligan a los suyos a abrirse. Baz inclina la cabeza, suavizando cada momento por la nostalgia de la luz de las llamas. La camisa de Baz se arruga bajo las manos de Graves cuando se le acerca más, hasta que a ella le ceden las rodillas.

Todo esto compartido en los límites de mi visión. El centro solo es él, sus ojos, atormentados con algo más oscuro de lo que haya visto jamás. La está rompiendo contra él, y lo está haciendo por mi culpa.

«Baila conmigo».

Quiero correr. Pero, cuando aparto los ojos de los suyos, es tal la muestra de rendición que el orgullo me clava los pies al suelo. Me agarro el cuello de la camisa antes de acordarme de que no llevo corbata; esta tensión en la garganta no tiene nada que ver con el uniforme. Se me escapa un grito ahogado.

Baz, lo siento mucho.

—Jamie —dice Henry, lo bastante cerca para tocarme.

No quiero que me vea la cara ahora mismo. Me alejo de él y me

adentro en la noche. Una mano fuerte tira de mi brazo hasta detenerme justo en el halo de la luz del fuego.

—Deja que te ayude —propone Henry.

Es su mano la que me clava a esta fiesta.

—Suéltame. —No puedo mirarlo. No sé qué me pasa.

Afloja la mano con la voz.

—¿No confías en mí?

La ira me tensa los hombros. No confío en él, y él no es seguro. Es demasiado real para serlo. Me doy la vuelta para mirarlo y empezar a responder. Me detiene con la mano, luego me acerca a él.

—Perdóname por lo que te he dado en el coche. Solo quería que te relajaras —dice. Detrás de él cruje una rama. Me estremezco y me alejo. Él me detiene, otra vez. Los dedos en mi brazo me sueltan, se levantan, se doblan con delicadeza en la curva de mi cuello—. Pero esto no lo siento.

De repente está más cerca. Sus labios rozan los míos, luego se inclinan. El ángulo de su mandíbula se hace más profunda cuando tira de mí contra él. Abro los ojos conforme un deseo desconocido me abrasa los labios. Le empujo por los hombros. Esto no está bien. No somos nosotros. Él me aprieta más y mueve la mano por mi nuca. Cierro la mano sobre su camisa. Necesito aire. Espacio. Quiero ponerme a su lado y ver cómo cierra los ojos, no este abrazo agobiante. Se aparta, pero no lo suficiente. Doy una bocanada y no respiro nada más que él.

—Ahora estáis empatados —susurra contra mis labios.

Mueve perezoso los ojos hasta los míos, controlando la situación.

Los míos miran más allá de sus hombros, y veo a Graves, delineado por el fuego. Solo.

Mirando.

Algo se acomoda en mi estómago como arsénico. Quiero devolverle todo lo que me ha hecho, cada corte, cada puñalada, cada mirada que se clava bajo mi piel y me desgarra partes de mí que no sabía que existían. Por cuánto se ha llenado cada herida abierta con todo lo que he soñado. Y él es el veneno que todo lo atraviesa.

Trazo el borde del reloj de arena de Henry, sin necesidad de mirarlo para conocer sus líneas. El tiempo es muy muy corto y me niego a perder un segundo más pensando en Graves. Levanto los labios, todavía calientes por los suyos, y le quito la cinta del pelo. Cae sedosa alrededor de nuestras caras. Esta vez, cuando me besa, estoy preparada. Esta vez le devuelvo el beso.

El deseo repentino sigue ahí, otra persona respirando el aire de mis pulmones. Me aprieta contra él. Nos enredamos, casi bailando, su lengua se desliza entre mis dientes y sus manos se cuelan bajo mi camisa. Los dedos fríos me guían paso a paso mientras rodean mi cintura. No sé si el jadeo rápido e inestable de su pecho bajo mis manos significa que se está riendo o si está temblando. Mis caderas chocan con el coche. Aprieta la rodilla entre mis piernas. Las abro para él. Un lirio envenenado florece para el roce de la noche.

Quería venir aquí. Por Sam. Por mí. Graves no me arrebatará eso. Voy a ser yo la que se lo va a arrebatar todo a él. Y lo voy a disfrutar.

Todos.

Todos nos merecemos arder.

CA PÍTULO 31

Amar a alguien… es girar en torno a él como un astro muerto, y absorberlo en una luz negra.

Jean Baudrillard

Nada de esto era mentira.
Solo todo lo demás.

Volvemos en silencio. Estamos en el coche. Me siento en el asiento del copiloto. Baz va detrás, con las piernas estiradas por encima de la consola, murmurando los violines de Schubert con los dedos colocados suavemente sobre los labios. Henry está a mi lado, con una mano fuera de la ventanilla, los dedos estirados fluyendo de arriba abajo, haciendo olas con el viento. Graves no está. No estaba cuando me separé de Henry y no lo encontramos.

«Hay una cosa que se llama taxis», dijo Henry cuando Baz le preguntó si íbamos a irnos sin él. Ella fue a buscarlo igualmente, con dos bebidas en las manos, por si él la estaba esperando. Pero no la esperaba.

Cada vez nos acercamos más a Huntsworth y el tarareo de Baz se silencia en un suave ronquido. Henry tiene las mejillas blancas por el

viento, con una expresión tranquila. Solo a mí me han salido ojos en la piel, que miran fijamente, preguntándose cuándo voy a preguntarle qué ha significado para él ese beso, si es que ha significado algo.

Hubiera sido otra cosa si simplemente me hubiera besado. Si hubiera asimilado la forma en la que he estado dejando que se rocen nuestras manos, el modo en que sus labios acariciaban mi mejilla tumbados en la cama, la manera en la que me miraba con la cabeza apoyada en mi regazo, y hubiera profundizado. Un beso no es más que eso que hace la gente que tiene una relación cada vez más íntima, cuando se pasa del tú y yo al nosotros. No puedo evitar pensar que ninguna de esas ha sido la razón. Que no me besó por nosotros. Al fin y al cabo, yo tampoco lo hice por eso.

Abro la palma de la mano. Cuatro pastillas blancas reposan dentro de ella. Le pedí más a Henry y me dio bastantes. Cree que son para mí. Se equivoca. Ninguna cosa artificial podría igualar el vértigo puro y retorcido que siente ahora mi corazón. Sigo sin saber por qué Graves mató a Sam, pero tengo mucha información sobre el cómo. A Delgado le va a ser mucho más complicado acabar con la fiesta de mañana por la noche.

—¿Por qué me preguntaste si confiaba en ti? —pregunto, una vez que la distancia hasta la escuela es lo bastante corta como para llegar a pie.

Sus dedos dejan de bailar, pero él no dice nada. Curva tras curva en esta carretera, el silencio se estira, lo bastante para que sea obvio que él no quería que dijera nada. Simplemente, tenía que haberlo aceptado y dejar que el misterio formara parte de nosotros dos. Sin embargo, necesito una respuesta. Tengo que saber en qué

punto estamos, para saber cómo narices reaccionar cuando haga mi jugada contra Graves.

Los faros iluminan la verja de Huntsworth. El coche frena. Por fin se gira para mirarme. En lugar de la desaprobación que esperaba, hay un ligero desaliento, como si mi falta de entendimiento le hubiera pillado desprevenido. Acorta la distancia entre los dos y me toca la piel junto al ojo. Luego la línea de la mandíbula. No hay nada sensual en su tacto. No es más que un ilustrador trazando líneas, midiendo distancias para su última naturaleza muerta.

—Ojo por ojo —dice—. Diente por diente. —Su dedo descansa suavemente en el arco de mis labios. Beso por beso. El coche se mece. Deja caer el dedo—. Justicia. Nada más, Jamie.

«Porque eres preciosa. Porque tú también me deseabas. El fuego, la luz de la luna y el ron, Jamie».

Todas las respuestas, todas las que quizá debería haber querido. Pero el único equilibrio que otorgaría este beso no tiene nada que ver con nosotros. Y tiene que ver todo con Graves. Él me besó porque yo estaba mirando a Graves. O… porque Graves me estaba mirando a mí.

Entra en la propiedad de la escuela y aparca; caminamos uno al lado de otro, con Baz colgada sobre su hombro, tarareando la misma estrofa una y otra vez. Henry le saca una mano y la entrelaza con la mía, su palma fría y seca contra el calor de mi piel. Nos detenemos en el porche de Killary.

—Que Graves la haya besado —a Baz— y que tú me hayas besado a mí es simetría, no justicia. Y no era algo que yo necesitara para confiar en ti.

—Me ha besado. —Baz se incorpora y me sonríe. Intentó

devolverle la sonrisa, pero ella no me vio como él, con sus labios sobre los de ella, pero con los ojos clavados en los míos; su sonrisa desaparece igual que la mía—. Adrian me ha besado a mí —dice otra vez.

«¿Ha sido un sueño?», me preguntan esos ojos inseguros.

—Me alegro por ti. —No consigo decir otra cosa.

Pero es suficiente. Ella brilla y se acurruca bajo mi brazo.

—Nunca pensé… —empieza a decir, y sus palabras no se detienen, derramando meses de deseo, pero lo único que puedo escuchar es el susurro de Henry en mi otro oído.

—¿Me estás preguntando si quería besarte, o si quería que me vieran besándote? Porque ambos sabemos que solo una de esas opciones implica cierta confianza. —Acaricia el hueco sensible detrás de mi oreja con los labios—. Podríamos volver a intentarlo, pero ¿te gustaría tanto si él no está mirando?

Yo estaba en lo cierto. Esto nunca tuvo nada que ver conmigo ni con él. Siempre ha sido por Graves.

Por todos nosotros.

—Oh —dice Baz mientras se balancea.

Se lleva la mano a la barriga. Vomita, luego gime, cerrando la mano sin querer en mi pelo y tirando con fuerza. Se me arquea el cuello hacia atrás bajo la presión. Henry me acaricia por el lado del cuello, luego se aleja, y ayuda a Baz a subir por los escalones hasta el recibidor.

—Tiene que comer y descansar.

Yo no me he emborrachado, pero nunca me he sentido menos sobria. Los sigo por las escaleras de la torre bastante aturdida. Él suelta a Baz en un sillón del salón y desaparece en su habitación

pidiéndome en silencio que le pille algo de comer del escritorio junto a la puerta. Abro el primer cajón. Está lleno de botes individuales de crema de cacahuete, barritas de granola… y un juego de llaves, idéntico al de Sam.

Las llaves del castillo de Henry. Qué rápido las he encontrado, como si estuvieran esperando que abriera los ojos y mirara. Mi mano planea sobre ellas, pero la muevo rápido a un lado y agarro un bote de crema de cacahuete. Esto ya no es tan simple como una puerta cerrada.

Le doy a Baz el bote y me dejo caer en el sillón, a su lado. Ella lame la crema de cacahuete de la tapadera, riéndose por lo bajo, con el cuerpo funcionando en piloto automático. Pronto, por la velocidad con la que mueve la lengua, se volverá a quedar dormida. Sé con quién va a soñar.

«Si añades demasiada, te duermes. Pero no despiertas nunca».

Va a soñar con esta noche para siempre. Me pellizco la piel entre los pulgares para apartar ese oscuro pensamiento.

Baz se quita las gafas e intenta dejarlas a un lado de la mesa. No puede. Se caen en silencio al suelo. Se frota el puente de la nariz y se hunde más en el sillón. Tiene una mancha de mantequilla de cacahuete junto a la sonrisa. Estira una mano hacia mí. La ignoro.

Agita los dedos, decidida a atraer los míos. A regañadientes, pero de forma inevitable, me levanto. Ella me agarra torpemente la mano y se la aprieta contra la frente.

—No pensaba que fuera posible ser tan feliz. —Me siento frente a ella, con las rodillas encogidas el máximo posible, y dejo que juegue con mi mano. Veo la boca de él chocar contra la suya—. Han pasado años, Jamie, y nunca…, quiero decir, me lo había imaginado a

menudo, pero nunca creí… Y luego lo ha hecho…, y ha sido muy bonito.

Su felicidad es como arenas movedizas. Me quedo muy quieta para evitar hundirme.

—¿Te gusta de verdad?

—¿A quién no?

A mí. A mí no. No puedo. Es imposible. Es una mala persona.

—¿Crees que él…? —La alegría ha desaparecido. Ha huido con mucha facilidad. Levanto la cabeza y la miro, preocupada por convertir mis miedos en los suyos, pero está mirando la puerta, no a mí—. No ha vuelto. ¿Crees que ha sido por mi culpa? A lo mejor ha sido un error.

—Que alguien te elija a ti jamás sería un error. —Lo digo en serio. Yo elegiría ser amiga de esta chica sin importar cuáles fueran las demás opciones. El error están en quien elige, no en ella—. Seguramente esté esperando hasta dejar de tener resaca para volver y pedirte que seas su pareja para la Liberación.

—¿Crees que me lo pedirá?

—No. No lo creo

Ella asiente. Su esperanza es tan frágil como lo es una tela de araña.

—Creo que simplemente aparecerá en tu puerta con un traje chaqueta y pondrá una mueca de gilipollas cuando vea que tú aún no estás lista.

Baz se ríe. Dejo que me envuelva, disfrutando de crear algo bonito por una vez. Nos quedamos así, cogidas de la mano, hasta que le suena el móvil. Gruñe mientras se dobla para mirar la pantalla. Henry vuelve y le lanza una lata de refresco. Ella la agarra con

torpeza. El refresco de caramelo le salpica la camisa cuando abre la lata. Ella ahoga un grito, pero no deja de dar tragos. Cuando se ha bebido la mitad de la lata, se detiene.

—¿De verdad no crees que se arrepienta? —me susurra.

La ayudo a levantarse. Tiene que irse a la cama y yo tengo que dejar de desear que las cosas sean diferentes.

—Dudo que Graves se arrepienta de nada de lo que ha hecho.

Cierro la puerta mirando su sonrisa. La amargura crece y forma una costra en torno a mi corazón. No existe un futuro en el que esa chica sea mi amiga. Lo sé. Aunque consiga convencerla de que el chico del que está enamorada es un asesino, nunca será la misma. Pero eso no hace que no lo desee. Quiero tantas cosas que jamás podré tener…

—He de darme una ducha —dice Henry.

Lo pillo mirándome en el espejo de la pared. Una sonrisa engreída le tira de los labios. Me ha utilizado, y lo sé; yo lo he utilizado, y lo sabe. No obstante, si la forma en la que sus ojos oscuros se mueven hacia mis labios tiene algo de verdad, no le importaría utilizarme una y otra vez. Se quita la camiseta. Una cicatriz, de la misma profundidad, pero mucho más pequeña que la de delante, le arruga la piel por la columna. A su alrededor, hasta los hombros, la piel está ligeramente estirada en pequeños grupos de cicatrices rosas plateadas. Tuvo que pasarle algo horrible. Me pregunto si le gustó.

Me acerco a él. Le paso los dedos por los bordes de la cicatriz. Observo cómo se le eriza la piel. Él me agarra la muñeca y lleva mi mano a la cicatriz del vientre.

—Nadie nos está mirando.

Observó sus ojos en el espejo.

—Menos tú.

Se ríe, una risa suave y grave que derrama aprobación. No me conoce, no como Graves. Él conoce a Jamie y hasta donde está dispuesta a llegar. Y eso le gusta de ella. Tengo otra respuesta en la punta de lengua, algo íntimo y provocador.

Henry exhala una respiración larga y lenta, y algo se mueve en la oscura rendija entre sus labios.

Miro su reflejo. Está detenido. Una muñeca. Un brazo largo y demasiado delgado. Sus movimientos son erráticos y rotos, demasiado rápidos para unos músculos desgastados. Es lo mismo que vi en el cubo. En la biblioteca. En el arroyo donde murió. Sabe todo lo que he hecho y lo que no he conseguido hacer desde que llegué. Baz mintió. Cada corte de oscuridad es una puerta, y él viene a por mí.

Henry dice mi nombre. En el espejo, su boca no se mueve. Solo la mano que veo en su interior lo hace, desgarrando los bordes de sus labios mientras quien está dentro hurga en el hueco. Luego el espejo desaparece.

Henry me mira a la cara. Sella mis labios entreabiertos con los suyos. Gravilla, polvo y podredumbre, a eso debería saber su boca, pero solo percibo whisky y calor. Me tambaleo hacia atrás y me raspo la boca con la mano. Él me agarra.

—¿De qué tienes tanto miedo, Jamie?

Recuerdo la primera vez que respondí a esa misma pregunta. Entonces, mentí. Ahora sé que le da igual que tenga miedo o no lo tenga. Solo digo la verdad.

—De todo.

—Bien.

Sus manos apenas me tocan, evitando sujetarme. Me dan libertad.
—Entonces por fin estás lista —añade.

CAPÍTULO 32

Quién duerme bajo las olas
que acunan el alma en las profundidades.
Duérmete, hija mía, escucha el murmullo de las caracolas
y no te dejes llevar por las tempestades.

Cuando le cantaba esa nana al chico de mi ventana, a mi madre siempre le temblaba la voz. De niña pensaba que era porque aquella fue la ventana desde la que me caí. Casi muero, me dijo mi padre, algo que acepté con toda la macabra experiencia de una niña pequeña. Creía que a mi madre le entristecía recordar, cuando veía a ese niño muerto en la hoja de vidrio, que podría haber sido yo. Ahora sé que temblaba porque era la única que sabía que estaba loca.

Henry se sienta en la cama, todavía sin camiseta; lleva el pelo recogido en una coleta. Un vaso medio en la mano. Lo hace girar y el movimiento atrae mi mirada hacia su pecho, tan pálido. Vuelvo a concentrarme en su cara, deseando mantener las mejillas vacías de cualquier rubor que me delate.

—¿Quieres? —pregunta.

Asiento. Suelta el vaso en la mesa y sirve de una botella abierta que está en el alféizar. Llena el vaso hasta la mitad, como si supiera

lo poco que quiero saber de lo que él quiere contarme. Me da la copa y se sienta en la cama con una pierna levantada a su lado, sujetando el vaso despreocupadamente con la punta de los dedos. Me paso la lengua por los labios. Él se mueve, haciéndome un hueco en la cama. Me siento a su lado.

—Dime qué ves, Jamie.

—Qué vemos.

Él también puede verlo. Me estoy aferrando a eso. No estoy sola en mi locura, lo que significa que tal vez nunca haya sido locura. Ni en mi caso ni en el de mamá. Giro el vaso entre mis manos, pendiente del remolino en la superficie de la bebida. Henry me roza la pierna.

—Qué vemos —se corrige—. Háblame de nuestros demonios.

Veo a un chico hecho de sombras, con el pelo negro por culpa de la muerte, con los labios grises y la piel podrida. Veo a un chico que dejó sus ojos en el arroyo.

Pero no puedo decir tal cosa, porque yo no soy esa pariente suya, su prima, la que encontró su cadáver. Yo solo soy una chica de Kentucky.

En esta habitación, con este chico, solo he sido Jamie.

Me tiemblan las manos. Doy un sorbo. No sé cómo hacer esto. No con tanto ruido en la cabeza.

Él se gira hacia mí, presionando aún más la pierna contra la mía. Estamos lo bastante cerca como para no ver sus movimientos, pero sí sentirlos.

—Tranquila —dice—. Quiero escuchar tus palabras. Te prometo que te creeré.

Lo miro, pero esta vez no está sonriendo. No sé por qué eso hace

que todo parezca más real. Caigo en la cuenta de que quizá lo que esté pasando entre nosotros es tan importante para él como para mí. Baz lo cree, en parte al menos; si no, no le darían miedo los espejos. Pero creer no es lo mismo que ver. Me pregunto si él lleva solo tanto tiempo como yo.

Empiezo por las palabras que me escribió en la mano.

—No es un demonio. Es un chico sin ojos, solo oscuridad. Está solo, pero no perdido. Simplemente, está esperando.

—¿Y qué crees que está esperando?

Choca el vaso contra el mío, con un movimiento lo bastante lento como para que apenas suene. Se queda mirando donde los dos vasos se encuentran. Luego gira la mano, solo lo suficiente para que se rocen nuestros nudillos. Algo peligroso me sube por el brazo y se acurruca en el vacío al fondo de mi garganta. Trago, intentando que baje, pero se queda ahí, dificultándome respirar.

Está esperando a que le haga justicia. Y, por la forma en la que Henry me está mirando, casi creo que podría decírselo. Solo nos uniría aún más. Él puede ver al chico en el espejo; me entiende. También lo he visto con Graves, cogiendo toda esa rabia y empapándola sin echarse atrás lo más mínimo. La comodidad de Henry con los extremos me asusta, y creo… que eso me gusta.

El desequilibrio resulta adictivo.

—Está esperando a alguien a quien le importe —digo.

—Es la prueba de que Descartes tiene razón. —Le cuesta mantener la voz nivelada—. Hay algo inmortal dentro de todos nosotros. Desaprende el resto. Desaprende el miedo.

—*Dedesco mori*. —Me llevo el vaso a los labios y lo vacío—. No son más que palabras, Henry. Quiero más. Quiero saber.

Es verdad. Vine a esta habitación porque él quería que estuviera aquí, y no tengo más opción que hacer lo que haga falta para mantenerlo cerca. Pero cada palabra que he dicho solo me ha hundido más en la oscuridad, sin esquivar cómo podría hacerlo. Quiero sus respuestas tanto como él quiere dármelas. Supongo que sí… confío en él.

—Soy el hombre vivo más sabio, ya que solo sé una cosa, que no sé nada —dice, citando a Sócrates—. No puedes sujetar el mundo de los espíritus en tus manos, Jamie. No es algo que se analice bajo un microscopio ni que se enganche en la página de un diario. Para conocerlo, tienes que residir en la nada.

Vacía también su vaso, luego se levanta y lleva los dos vasos a una estantería. Enciende una vela y apaga la luz, dejando la pequeña llama danzante como única iluminación en la habitación. Esta vez, cuando se sienta a mi lado, cruza las piernas. Yo hago lo mismo.

—¿Sabes que hay una trampilla en el techo de la pequeña biblioteca donde estudiamos? Justo encima del asiento de la ventana. Una pequeña escalera, diez escalones y llegas a la azotea, lo más cerca que puedes llegar del cielo. —La puerta cerrada a la azotea. Ha estado todo este tiempo tan cerca de mí. Hace un gesto hacia la vela—. La gente se centra en las estrellas, atraída por la luz, pero predecir el futuro es dejar marchar la luz y ver los miles de millones de kilómetros de vacío entre ellas. Es abrirte al vacío y dejar que te llene.

Deja la vela en el suelo, luego se inclina hacia atrás y saca un pequeño espejo de mano de la mesita de noche. Lo coloca sobre nuestros regazos. Nuestras rodillas se tocan debajo de él. No sé

dónde poner las manos; planean sobre el cristal hasta que él las agarra en las suyas con las palmas hacia arriba.

Unidas, nuestras manos casi cubren por completo el tenue reflejo de nuestras caras. Sobre ellas, el techo es un agujero negro. No puedo mirarlo directamente.

—Baz me dijo que tuviera cuidado con los espejos. Que algunos pueden ser puertas.

—Tiene razón. Pero este espejo está entero. Da igual cuánto lo mires, da igual lo profundo que llegues, solo va a ser una ventana. Hace falta algo más que el deseo para abrir una grieta entre nosotros y la muerte.

La forma en la que se agarra a la palabra «abrir» me deja pensando. Baz no se quedaría delante de un espejo, pero había uno en particular al que a mí tampoco me gustaría mirar, y está agrietado de lado a lado.

—¿Y qué pasa con el espejo de la biblioteca?

Henry tensa las manos alrededor de las mías. Le ha gustado.

—Ese espejo devora. Este apenas te saborea.

No estoy segura de si quiero que me saboree, mucho menos de que me devore, pero el pulgar de Henry ya está trazando un patrón en el dorso de mi mano y sé que no tengo elección. He de saberlo.

Mi madre estaba cuerda, pero rota. Agrietada. Y yo también.

—El chico al que has visto… No tienes por qué temerle.

No es una pregunta. De todas formas, un pequeño ruido de acuerdo se me escapa. Nunca podría tenerle miedo a ese chico. Separa nuestras manos, encuadrando nuestros reflejos con nuestros brazos. En el cristal, mis ojos miran los suyos.

—¿Estás lista?

«No».

—Sí.

Nos sentamos en silencio. No hay palabras, no hay hechizos, solo la sensación de mis manos y sus manos, y las oscuras colinas y valles de nuestras caras en el espejo. La vela no brilla lo suficiente para darnos ojos de color. No puedo parar de pensar en los ojos de Sam, en cómo eran…, en cómo son.

Luego siento unos pasos fríos por el aire, a mi alrededor. Conozco la sensación. Conozco este frío. Es la sujeción empapada de la tierra alrededor de una tumba vacía. Es el frío error en su piel, el tinte azul de unos labios sueltos que no volverán a sonreír al pronunciar mi nombre nunca más. Es un dolor que se tensa bajo mi piel, levantando el vello de mis brazos. El espejo sigue vacío, pero ya siento que se acerca.

«Sam —pienso—. Sé que estás aquí… No te escondas».

Una mancha de gris opaco en el fondo del espejo. Es solo una marca en el techo, escondida, hasta que empieza a crecer, estirándose y separando esa mano. Esta vez se mueve despacio, como si supiera que, por fin, no saldré corriendo a medida que se arrastra cada vez más cerca y el frío me penetra en los huesos, y las manos me tiemblan dentro de las de Henry. Más cerca, lo bastante para ver esos ojos ausentes clavarse en los míos. Agujeros hundidos que se expanden en el lugar hecho para los ojos, una boca que es solo eso: una boca. Sin dientes, sin lengua, sin garganta, solo una boca negra sin fondo derramando la brisa fresca que siento envolverme el cuello.

Sam está muerto. Sam está aquí.

Lo noto. La respiración fría en la nuca. Un escalofrío de hielo

eléctrico que deja un rastro mientras sus dedos se abren paso por el cuello congelado de mi reflejo. En el fondo de mi mente siento que los brazos de Henry me envuelven, pero los de Sam son más rápidos, y ahora arañan, saltándose mis labios entreabiertos. Me roza el ojo con el dedo. El hielo se convierte en fuego. Estoy asustada. No quiero esto, no así. Mi boca se estira en un grito. Él se desliza dentro de mí con la facilidad de un hierro de marcar.

—No parpadees —dice Henry.

CAPÍTULO 33

El frío cae como una guillotina. Me separa de mí y llena el corte con… algo que no soy yo.

«¡No!». Grito, pero el único que está dentro de mí no me oye. Se hunde más, abriendo partes de mí que hacía mucho que había escondido.

«Odio», suspira. Es Graves el día que nos conocimos, con el violín en las manos, los labios torcidos en un gruñido mientras empujo las palabras: «Sonaba como si se estuviera muriendo alguien». Son como dagas. Ahogo un grito ante la pureza de la imagen. El recuerdo es real. La cabeza ladeada, mi mano apuñalándole el pecho, nuestras palabras hirientes y burlonas. Todo, enfocado en un sentimiento. Sin pensamientos, sin distracciones. Solo un deseo rojo y arrollador de que Sam me llame.

«Temor». En este recuerdo estoy sola, sentada en el asiento trasero del coche de Henry. Arde una hoguera. A mi lado, Graves se acerca a mí. Su mano se acerca a la mía, luego vacila, desplomándose mientras yo gruño.

«Celos». Una fría noche de invierno, en el exterior, observando a cuatro personas debatir sobre la realidad en un invernadero lleno de flores.

«Orgullo». Los chicos de East County burlándose de mi madre

mientras camino por el recibidor, con la cabeza alta y un ejemplar de *Medea* agarrado en el pecho.

Los recuerdos caen de forma caótica, del pasado al presente sin orden ni concierto. El fantasma engancha el recuerdo de la noche en la que mi madre se fue. En mi cabeza ella me mira por encima del hombro, pero no sonríe. Me observa con ojos fijos. Esperando a que haga algo que la obligue a quedarse.

«Egoísmo», susurra el fantasma.

No.

«Te equivocas», digo.

El fantasma hace una pausa. Tiene la boca abierta, como la herida de una puñalada. Nunca se ha equivocado. Lo noto insistiendo en mi cabeza, con más curiosidad que otra cosa.

«Amor», le digo yo. Yo también estaba equivocada. No quería que la obligara a quedarse. Necesitaba que yo fuera con ella.

«Es lo mismo —susurra—. Es lo mismo, es lo mismo».

Intento empujarlo, pero mis manos no son mías. No reacciona, pero tampoco me menosprecia. No quiero que le ponga nombre a la pérdida que he sentido cada vez que he revivido ese recuerdo, hasta que no sabía si lo que me dolía más era que ella se marchase o que mi padre se quedara.

Luego el fantasma hace otra pausa. «Duelo»…, dice. Mi madre, otra vez, agarrándose la boca ensangrentada, y luego el recuerdo rasgando, y otro abriéndose camino. Un trozo de piel que se ve por el borde de un peñasco. El agua susurrante de un arroyo en la colina de un bosque. Me aparto.

«No», pienso, y algo se quiebra.

CAPÍTULO 34

«Jamie».

Lo escucho en la distancia, cálido, filtrándose entre capas de niebla.

«… Jamie».



«… Jamie».



—Jamie.

Henry, repitiendo mi nombre una y otra vez, con cuidado, como si estuviera intentando despertarme de un sueño. Me agarra los lados de la cara; recorre la piel de detrás de mi oreja con los dedos. Nuestras frentes se tocan, estamos tan cerca que solo lo veo a él. Esto era el calor que he sentido. Esto es lo que me ha traído de vuelta.

Cojo aire. «Respira. No estabas respirando». Él coge aire conmigo,

como si también se hubiera perdido, como si los dos acabáramos de recordar cómo volver a superficie.

Le pongo las manos en la cara, subo por la mandíbula, las entierro en su pelo. No puedo dejar que se aparte, tengo demasiado frío. Su pelo me hace cosquillas en la sien; me inclino aún más hacia él, dejo que se deslice más cerca, noto su piel suave contra mi mejilla. Está caliente y vivo. Y necesito que esté más cerca porque estoy respirando, pero algo no va bien. Falta algo.

Cada recuerdo que tocó Sam está ahí, pero… está vacío. Puedo sentir el miedo, el orgullo, los celos, el duelo, pero es como si no fueran míos. Son disfraces que puedo tocar, pero que nunca me puedo poner. Estoy apretando demasiado a Henry. Voy a romperle la piel con los dedos. Necesito que él me sujete así.

No he vuelto del todo.

Una parte de mí sigue en ese espejo.

Sus labios me rozan el pómulo, increíblemente suave y cálido, y ahogo un grito.

—Él —Sam—, el chico en el espejo… me ha robado.

No son las palabras adecuadas, pero se acercan. Soy menos de lo que era. No sé si es aterrador o lo más hermoso. Todo duele mucho menos, pero la pérdida no parece lo correcto. Henry tiene que entender. Mis dedos recorren el lateral de su cuello, pero el rozar de su piel sigue siendo amable, suelto, tan lejano como mis recuerdos.

Siento su respuesta en mi piel.

—Jamie —vuelve a decir.

No es mi nombre. Necesito mi nombre, mi nombre de verdad, pero sus labios se mueven cada vez más arriba y juegan con la comisura de mi boca.

—No te ha robado nada. Se lo has dado tú.

CAPÍTULO 35

Estoy acostumbrado a dormir, y en mis sueños imaginar las mismas cosas que los locos imaginan cuando están despiertos.

René Descartes

En mis sueños, bailamos

Pensaba que entendía qué significaba que te arrastraran cuando el tirón del dolor intentaba enterrarme, cuando arrancaba todos los asideros que me mantenían en pie.

Pero no tenía ni idea.

Es real. Todo es real.

Me tumbo en la cama, cojo la almohada y la aprieto con fuerza contra el pecho, presionando el relleno de algodón con los dedos. La puerta del baño está abierta. El grifo gotea arrítmicamente, «pat, pat, pit, pit, pit». No quiero ceder al sueño. Pero no puedo cerrarlo; si me levanto, aunque solo sea una vez más, mis pies me llevarán más allá de esa puerta hasta el primer cajón de mi cómoda.

Dentro hay cuatro pastillas blancas junto a su anillo de boda. Cuatro son más que suficientes para seguir su caminio. Ahora entiendo por qué no dejaste de tomarlas, mamá, incluso cuando él

ya no te las compraba. Es mucho mucho más fácil estar rota que cuerda.

Aprieto la almohada contra mi pecho, aún más fuerte. Me he cambiado de ropa. Henry escogió y me dio unos pantalones de deporte cortos y una camiseta negra. Sé quién soy, no sé si ella es Jamie o si es Marin, pero yo soy esta chica, la que no valora su cuerpo, solo su mente. La insensata, la curiosa, la que siempre lo entiende todo e incomoda a los demás porque ve demasiado y habla con demasiada libertad. La que sufre demasiado, la que siente demasiado, la que necesita demasiado y coge, coge y coge hasta que ya no queda nada que coger y, de algún modo, seré la chica que sigue estando vacía por dentro.

¿Cuánto me ha quitado Sam?

Y si solo fue una degustación, ¿cómo será que te devoren?

Esta noche no hay luna y mi habitación está completamente a oscuras. En el espejo no me veo la cara, solo el brillo húmedo de mis ojos y la longitud pálida de mi pierna. Una chica en una cama de una casa encantada llena de desconocidos, y nunca he parecido estar más sola.

Un clic silencioso llama mi atención hacia la puerta del salón. Me muevo y giro el cuello para ver cómo empieza a girar el pomo, despacio. Es todo tan extraño. El metal se mueve bajo una mano invisible. Llega hasta la cerradura y se detiene, sin creérselo, y vuelve a atrás. Nadie intenta abrir una puerta de ese modo, a no ser que no sea alguien que no será bien recibido.

El pomo empieza a girar de nuevo. Me agarro las manos alrededor de la almohada con tanta fuerza que siento que mis huesos se mueven. Insiste. El metal gruñe. Algo pesado cae contra la puerta y

se escucha un «Shhh» susurrado mientras se desliza por la madera, pero el pomo sigue girado. Empieza a temblar y yo aprieto la cara en la almohada. Dejo de respirar, pero no de mirar. Va a entrar. Eso no es una ventana, es una puerta y se va a abrir. Algo se parte. Tengo miedo, pero tengo miedo de lo que está a punto de entrar por esa puerta, ¿o de la poca voluntad que tengo de hacer algo al respecto? No puedo levantarme. Me niego.

«C-r-r-rrac».

La puerta.

«Muévete, Marin».

Se abre.

«Es solo un chico…».

Es un chico, no un fantasma; es un chico, no un monstruo, me digo. Pero conozco a los chicos y conozco a los monstruos, y no hay mucha diferencia entre ellos.

La puerta se abre por completo; con luz o sin ella, conozco esos hombros y esa curva del cráneo. El asesino de mi primo se agarra al marco, siempre tan inmóvil que hasta los pequeños movimientos, como la garganta palpitando al tragar, parecen un terremoto. Se limpia la boca y yergue. Algo amarillo y de metal reluce en su mano. Se lo guarda en el bolsillo y coge una botella que tiene junto al pie. En cualquier momento se dará cuenta de que esta no es su habitación. No me extraña que esté confundido. Es la primera vez que vuelve al apartamento desde hace días, y parece lo bastante borracho como para no recordar que existo.

Sigo tumbada sin moverme, atrapada entre querer que me vea y se vaya, por un lado, y que me vea y se acerque, por el otro. Cierro los ojos, cosa que solo empeora las cosas. No sabía lo prodigiosa

que era mi memoria hasta que empezó a pintarlos a él, a ella y a la hoguera en el interior de mis párpados, desdibujando su beso. Su mandíbula, apretándose a medida que sus labios se encuentran, y el sonido del suelo crujiendo cuando entra en lugar de salir. La mano de ella, acariciando conforme se hunde dentro de él; la lenta exhalación cuando se detiene junto a mi cama.

Noto un tirabuzón en la frente; luego se mueve, apartado por un roce tan suave que ni siquiera noto su mano sobre mi piel.

—Vigas torcidas —susurra—, todos nosotros.

—Yo no —digo, porque si quiere tocarme tiene que saber que estoy lo bastante despierta para morder.

Él no se mueve. Abro los ojos y me veo mirando a una botella casi vacía de licor de melocotón. Hay una mancha oscura en la etiqueta.

—No —dice, balanceándola lentamente—. Tú no. Tú eres un deseo.

Se me sube el corazón a la garganta. Su mano ha vuelto, esta vez más pesada, trazando la parte de debajo de mi mandíbula. Duele, áspera y exigente donde Henry estuvo distante y frío. No sé cómo he sido capaz de confundirlos. ¿Cómo he podido convencerme de que quien me tentó para que me despedazara fue Henry y no él?

Qué idiota soy.

Su suave risa sierra el silencio. Se aleja y me deja temblando en la cama. Algo húmedo y pegajoso se desliza por mi mejilla donde él me ha tocado. Lo froto. Me mancha la mano.

—Te odio —le digo, pero la nada se expande y se convierte en algo muy físico que llena toda la habitación con su presencia.

Luego se rompe, desgarrada por el sonido de un cristal roto.

Estoy de pie antes de que me dé tiempo a pensarlo. Graves está

delante del espejo del baño, mirándose a sí mismo. Una tela de araña de grietas fractura su reflejo. Los trozos de la botella de licor que ha lanzado al espejo llenan el lavabo y le riegan las manos. La sangre brota de varios cortes pequeños en los dedos. Pero ninguna herida es lo bastante grande para explicar el rojo que recorre la porcelana blanca. Hace un sonido mitad jadeo, mitad grito ahogado, como si estuviera sufriendo.

Le pasa algo. Está muy rígido. Muy quieto, incluso para ser él. Me acerco, pero ni siquiera me mira. Con una mano agarra el borde del lavabo, tiene una tira de tela mal colocada entre los dedos. La lenta corriente de rojo sale de abajo. La otra mano cuelga en la oscuridad. Algo se estampa contra el suelo.

Un cúter amarillo con una mancha oscura en la cuchilla. El horror y una sospecha repentina me llenan los pulmones.

—¿Qué has hecho?

Pero no… bloqueó el lugar violento al que corren inmediatamente mis pensamientos al verme frente a este chico y una cuchilla. La sangre en el lavabo no es de otra persona. Es suya. Se ha clavado la cuchilla.

Lentamente me acerco a donde reposa su mano en el lavabo. Tiene la piel fría al tacto. Giro la muñeca, girándole la suya a la vez. Cortes, algunos oscuros y marrones por el tiempo, otros nuevos y furiosos, le cubren todo el largo del antebrazo. La sangre gotea de un corte por los tendones. Debajo, dos rugosidades tensas, como si, incluso ahora que no lo escucho respirar y no lo veo moverse, su cuerpo se resistiera a mi roce.

Limpio la sangre con el pulgar. Pero otra corriente la persigue. Hay muchas heridas; no tenía constancia de ninguna de ellas. No se ha

molestado en esconderme sus crímenes. Pero esto sí. ¿Por qué? ¿Por qué me permite unir las piezas de un asesinato, pero me oculta su dolor?

Suelto el cúter en el lavabo, donde rompe otro casco de la botella. Vuelve a ahogar un grito, lo bastante profundo como para que me pregunte si estas respiraciones entrecortadas son las únicas que está dando. Tiene los ojos muy abiertos, la mandíbula tensa, cada músculo endurecido como si estuviera luchando contra el terror más puro. El corazón me late al recordar su deseo. Siempre he pensado que significaba que se odiaba por las cosas que había hecho. Y tenía razón, sí que se odia, pero me equivocaba respecto al motivo. La forma en la que mira fijamente al espejo. El cristal roto, el lavabo destrozado, el chico rompiéndose. ¿Y si no está huyendo de su propia oscuridad…, sino de la oscuridad que lo observa?

Tanto Henry como Baz creen. No sería muy raro que Graves también lo hiciera.

Pero Sam…

La idea de Sam devorando los recuerdos de su asesino me revuelve el estómago. Como si se diera un festín con su propia muerte una y otra y otra vez, siempre que Graves se mira en el espejo. Tengo que detenerlo.

Enciendo la luz.

Graves ni siquiera parpadea. Me coloco dentro del marco del espejo detrás de él y busco a Sam, lista para detenerlo. Pero no hay nada, excepto él y yo. La mancha de mi mejilla es de color marrón oscuro, del mismo tono que la sangre en el cristal. Unos moratones oscuros cubren el espacio bajo sus ojos, arrastrando el cráneo hacia fuera desde debajo de la piel. Tiene los labios cortados, la

respiración acelerada, como si unas bandas de acero le envolvieran el pecho y lo apretaran demasiado como para descansar. Aun así, incluso ahora, más atormentado que vivo, no puedo negar que es precioso. En otra vida, en otro mundo, sería alguien a quien no podría parar de mirar.

«Quizás —pienso— es simplemente porque parece muy asustado».

Le levanto la mano y cubro el corte con la venda que tiene puesta. Aprieto con fuerza, como si al sellar esta herida sellara a Sam. Le llevo la palma de la mano a mi mandíbula, sin apartar la mirada de nuestro reflejo. Necesita sentir mis palabras en la vida real igual que yo he sentido las suyas en cada página.

—Nunca serás lo bastante libre como para mirarte a ti mismo a los ojos. —Estoy tan herida como él, y duele. No me mira. Ni siquiera parpadea. Y, aun así, no veo a Sam. Todas las otras veces que ha estado ahí, lo he visto. Mis palabras tiemblan en mis labios, demasiado rápidas como para tomar una forma—. Déjalo en paz.

No pasa nada.

No sé cómo funciona nada de esto. Durante un instante pienso que estaba… alimentando al espejo con su sangre. Que estaba llevando la provocación de Henry un paso más allá, de una mera broma a devorarme por completo. Pero he vendado la herida, he detenido el sangrado y no ha cambiado nada. Los cortes tienen que estar conectados con la invocación; la última aquí mismo, delante de este espejo. Y conozco su mirada. Conozco ese vacío. Lo he sentido, después de que Sam me provocara.

Sam.

—¡Déjalo en paz! —Me doy la vuelta y le suelto una bofetada. La

huella de mi mano deja un rastro rosado en su cara—. No voy a dejar que te lleve. Ese es mi trabajo. Eres mío.

Me interpongo entre él y el espejo.

Reacciona de inmediato. Un aliento arrastrado desde lejos, desde más allá de este mundo. Mueve la mano, que se agarra pegajosa y dolorosamente a la mía. Luego se desliza más abajo, apoya la cabeza sobre mi hombro, cada respiración le agita el pecho.

—Te odio —susurro.

Cada aliento me calienta la clavícula.

Él me susurra:

—Gracias.

Y se cae al suelo. Me pongo de rodillas junto a su cabeza y se la giro hacia la mía. Tiene los ojos abiertos pero desenfocados. Gime y los párpados se le cierran lentamente. El cuello y el pecho convulsionan. Lo inclino hacia un lado justo a tiempo.

—Si hubiera sabido que eras tú no habría escrito ni una sola palabra —le susurro amargamente, con la mano agarrándole la mandíbula.

Debería dejarlo tirado en el suelo, en el desastre que él mismo ha provocado; tendría que recoger mis cosas y marcharme.

Cojo una toalla y abro el grifo de la ducha con la punta de los dedos. No tengo ni idea de qué temperatura habrá cuando lo meta ahí, pero no me importa. Lo limpiaré y puede que se le pase la borrachera. Tal vez el corte en la muñeca no haya sido más que un accidente causado por la ingesta de alcohol. Pero no puedo dejar de intuir que todo está relacionado con lo que le hizo a Sam.

Tengo que saberlo. Necesito que se le pase lo suficiente para decírmelo. Ahora, mientras aún es vulnerable.

—Métete en la ducha y enjuágate la camisa.

Lo levanto, deslizando un brazo bajo su hombro. Un nuevo pintalabios le marca la piel, un tono morado alrededor de la oreja y en el lateral de la mandíbula que nunca he visto usar a Baz. Se me retuerce el corazón, esperando contra toda esperanza que siga durmiendo y no le haya visto llegar. Se sienta con torpeza, con la cabeza colgando, rozándome el hombro, pero sin terminar de apoyarse en él. No sé cómo, pero estamos de pie, todo su peso se apoya contra mí. Nunca lo había visto borracho. No me gusta no poder predecir sus movimientos.

Aparto la cortina y me pongo de lado para intentar averiguar cómo meterlo sin mojarme.

—Levanta la pierna.

Él obedece y alza la que está más cerca de mí. Le empujo el gemelo con el pie, llevándolo hacia arriba por el borde de la bañera. Se le resbala el pie en la superficie de cerámica. Se hunde hacia atrás, pero no me suelta el hombro. Me arrastra a la bañera con él y me mete justo debajo del grifo abierto. Maldigo y saco la mano que tengo libre para cubrirme la cara. Él se inclina hacia mí y nos caemos uno encima del otro. Me cruje el hombro contra el lateral de la bañera, siseo con los dientes apretados.

Graves gruñe y se lleva una mano lentamente a la cabeza. Tengo la pierna atrapada debajo de él. La saco. Él se balancea hacia mí y me atrapa contra el borde de la bañera. El agua que cae sobre nosotros está fría. Hace que sea consciente de cada centímetro de piel expuesta en mi cuerpo, que se estremece bajo esas gotas punzantes; y aún más consciente de los lugares a los que no llega porque él los está tapando. El hombro, el pecho, el vientre; ahí, su

cuerpo está apretado contra el mío y sus caderas casi no encajan entre mis piernas dentro de la bañera. Su pelo corto me raspa suavemente debajo de la barbilla.

Ahora no son las sombras las que bailan en su cara, sino el agua. Cada llanura, cada valle trazado por miles de dedos de cristal, igual que hizo Baz, como yo nunca haré. Las gotas de agua cayendo por las mejillas al revés, acumulándose en el rabillo de los ojos. Me doy cuenta de que mis dedos se están moviendo para apartarla justo antes de que lo toquen. Los encojo.

«Por favor».

Él no.

Necesito más espacio. Me lo ha estado quitando desde que descubrí que era él quien me respondía en los márgenes. El hueco bajo su brazo estirado, el carbón ardiente en su mirada, sus dedos en mi pelo y sus palabras, esas palabras que no me puedo sacar de la cabeza. Lo empujo. Su cabeza se desliza suavemente en mi hombro, los ojos pesados por el licor. Aspiro una respiración. Hasta eso nos junta más, cerrando los huecos diminutos entre su espalda y mi pecho.

No recordará nada de esto por la mañana. Estaré yo sola atrapada en este recuerdo: la forma en la que su pantalón, empapado y pesado, se aferra a mis piernas desnudas. La facilidad con la que se le resbala el brazo por mi gemelo. El baile embriagador del calor y del frío; mi piel helada, mi sangre derretida, su aliento cálido, sus manos frías. Abro la boca para pedirle que se mueva. Mi mandíbula le roza la sien. Se gira ante mi movimiento, la sien se convierte en mejilla cada vez más cerca de mis labios. Cierro la boca. La suya se abre.

El único espacio que queda entre nosotros es este aliento entre nuestros labios. Despacio, en contra de mi voluntad, los míos se entreabren a juego con los suyos. No hay ninguna mano agarrándome la barbilla. Tiene los ojos cerrados, no están enganchados a los míos. Aun así, estoy tan atrapada como lo estaba Baz. Será un recuerdo mío, solo mío. Ni siquiera tengo que volver a mirar en un espejo. No recordará esto, y Sam nunca tendrá que saberlo. Esta es mi pastilla blanca. Esta es mi autoinmolación: cerrar el hueco, y por fin, por fin, descubrir qué se siente al arder.

Una última respiración corta y temblorosa. Inclino la barbilla. Cae una gota de mi labio al suyo. Saca la lengua para lamerla.

Me muevo hacia atrás, me alejo inmediatamente; él se asusta, sacude la cabeza lejos de la mía. Se agarra al borde de la bañera y se empuja hacia arriba, adentrándose más en la corriente de agua. Tiene la ropa empapada, se le pega a las líneas de los músculos de los hombros y la espalda. La tensión marca un valle rígido hacia el centro. Me froto el agua, la intensidad, el error en el que casi convierto mis labios con el dorso de la mano.

—No se lo he dicho —dice.

Quiero preguntar a qué se refiere, pero abrir la boca significa mover la mandíbula y volver a vivir de nuevo lo muy cerca que he estado de acortar la única distancia que nos separa.

Solo yo voy a recordarlo. «Por favor».

Se pasa una mano por la cabeza y crea unos riachuelos que le bajan por la nuca. Algunos tienen manchas rosas; sigo las gotas sonrojadas por su brazo, donde el agua se torna roja. Este brazo también está repleto de cortes; algunos profundos, la mayoría superficiales; la piel alrededor de muchos de ellos está arrugada y

caliente. Dos cortes cerca de una venda más pequeña en la muñeca se han vuelto a abrir y sangran abundantemente. Sus palabras suenan con un graznido rasposo.

—No diré nada. Te lo prometo. Puedes estar tranquila.

Puedo estar tranquila.

El corazón se me acelera en el pecho.

—¿Qué sabes?

Estiro el brazo hacia él. Se le hunde el hombro bajo mi tacto, como si no pudiera soportar el peso. Empiezo a deslizar la mano, pero él la agarra, forzando los dedos entre los míos, retorciéndolos hasta que se tocan nuestras palmas y los dedos forman unos nudos caóticos entre ellas. No cambia nada; yo estaba atrapada mucho antes de que me cogiera la mano. Y lo cambia todo.

Hace que nuestras manos recorran su frente, aplastando mis dedos dentro de los suyos. Mueve los labios como si estuviera rezando; noto que me rozan el dorso de la muñeca, un pinchazo de calor que me hace tiritar. El agua le cae por la barbilla y se une a los cientos de gotas que me recorren el brazo. Es como si enviara cada gota que cae sobre mi piel, miles de regueros cálidos de advertencia, todos arremolinándose demasiado cerca, y no lo bastante cerca. Arquea los dedos; los míos hacen lo mismo, sin pensar, sin permiso. Un imán reconoce aquello que lo atrae, como mi cuerpo.

—Marin… —susurra.

Ambos lo oímos al mismo tiempo. El eco encuentra el camino que lleva de sus labios al corazón. Se tensa y se aleja de mí poco a poco. Aparto la mano de la suya, pero él ya me ha soltado y está saliendo de la bañera, con una mano agarrada a la barra de la cortina y la otra apoyada en la pared. Tiro de la cortina a un lado y lo veo

agarrarse al borde del lavabo con los nudillos blancos. Se le sacuden los hombros, pero no sale nada. Vuelvo a correr la cortina, cierro los ojos y dejo que el agua corra por mi cara. Su ropa cae al suelo con la cadencia firme de unas bofetadas húmedas.

Mi nombre. Ha pronunciado mi nombre. Cada centímetro de mi piel se tensa con la desesperada necesidad de huir.

—Sabes quién soy. ¿Por qué no has dicho nada?

Se para en la puerta. Durante un instante, creo que va a arrancar la cortina y a sacarme de la bañera, pero solo escucho el golpe de su puño contra la pared, hueco.

—Algunas personas merecen que las pillen —dice.

Lo escucho salir del baño y espero hasta escuchar los muelles de su cama, aunque nunca llegan. El agua por fin está caliente, pero no puedo parar de temblar. Me agarro las piernas con los brazos y me balanceo.

«Algunas personas merecen que las pillen». Pero no estaba hablando con Jamie.

Estaba hablando conmigo.



CUARTA PARTE

Y pese a que poder engañar parezca indicativo de inteligencia o poder, la voluntad de hacerlo atestigua, sin duda, maldad o debilidad.

RENÉ DESCARTES,
La cuarta meditación



Los espejos se rompen. Si se presionan demasiado se hacen añicos: cristal, madera, hombre, alma; una vez conformaron un todo, ahora no son más que fragmentos en el suelo.

Adrian se desenrolla despacio el vendaje. La última capa se engancha en la costra de esta mañana, la desgarra y parece reciente. El espejo ya debería de estar destrozado. Tendría que estar vacío. Pero los espejos están hechos a la imagen del hombre, y él nunca se cansa de ella. Se balancea. Se sujeta con la mano. Cierra el puño y ve brotar las gotas. Ha hablado demasiado y demasiado poco esta noche. No tiene el valor suficiente para hablar más. Es demasiado egoísta para hablar menos.

Aprieta los dientes y toma el cuchillo. Ha aprendido la forma en la que se le tensan los músculos cuando el mordisco del espejo profundiza más de lo que su mente puede soportar y bloquea el mundo a su alrededor. Ha aprendido el ángulo con el que debe sujetar la cuchilla para que, cuando mueva la mano, el acero se mueva con ella y se clave en el calor. Sacándolo a él del frío.

Puede que esta noche no lo haga. Tal vez esta noche se quede perdido para siempre en la tensión de sus dedos enredados con los de él, el calor de su piel contra sus labios, cada elevación febril contra su espalda, cada movimiento y presión de sus piernas

gritándole que está roto y que va a hacerla sangrar, pero, joder, él ya está sangrando por encima de los dos.

Esto es todo lo que él puede hacer. Vaciarse una y otra vez. Mantener al espejo saciado. Mantenerla a ella a salvo de sus dientes hambrientos. Pero no solo es el espejo. El espejo no es el único que la desea. Abre los ojos. Su reflejo le devuelve la mirada con una verdad susurrada en sus ojos.

«Ódiame —le ruegan—. Por favor».

CAPÍTULO 36

Está amaneciendo. Todavía hay restos de sangre en mis manos cuando levanto una mano para apagar la luz del baño. Trozos de Graves descascarillándose en mis nudillos. Salgo del baño hasta mi habitación. El anillo sigue escondido en el primer cajón de mi cómoda. Debería ducharme. Podría cambiarme. No voy a dormir, aunque llevo varios días sin descansar del tirón. Tengo que hablar con Henry, antes de que lo haga él.

Mis pies me llevan por el salón a oscuras hasta el pasillo. Detrás de mí se abre la puerta de su habitación. Pensaba que estaba dormido. No es así. Corro hacia el salón de Henry y de Baz. Agarro el pomo de la puerta, pero su mano vendada golpea la madera por encima de mi hombro. Un portazo.

Sacudo el pomo. Pero me empuja hacia su pecho. Me tiene acorralada y no me deja ir ni adelante ni atrás.

—Quita —digo.

—No.

—Sí. —Me giro para lanzarle una mirada.

Aparece una sonrisa engreída en la comisura de sus labios, cruda e inesperada. «Oblígame», suspira.

No me gusta cómo se engancha esa expresión en mi pecho. Le doy un golpe con el codo. Él se balancea hacia atrás y, durante un breve instante, pienso que he ganado. Pero entonces el balanceo se

convierte en un impulso y me empuja contra la pared, demostrando, sin lugar a dudas, quién de los dos ejerce el control.

—Suéltame.

Mi voz suena excesivamente silenciosa, con demasiado aliento. Apenas escucho mis pensamientos por encima de los latidos de mi corazón. Él me sujeta la mano al lado de la cabeza. Dobla los dedos en mi muñeca, pero desliza uno hacia mi palma. Abro la mano contra la pared como si pudiera huir de su tacto. ¿El pasillo siempre ha sido tan pequeño?

Esboza una mueca de dolor. Luego aprieta más con una ligera sacudida de la cabeza.

—Te está utilizando.

Me ha seguido para evitar que hable con Henry, no para darme una paliza hasta que cuente mis secretos. Mis labios se retuercen en una sonrisa repentina e imponente.

—¿Y tú no? Te has pasado semanas escribiéndome, haciéndome creer que te importo…

—Me importas. —Sus ojos se tensan en torno al error que acaba de cometer.

Se me escapa una risa seca sin que me dé tiempo a detenerla. Me amarga el humor de inmediato. Odio hacerle saber cuánto me afecta.

—Ah, perdona. Por eso asesinaste a mi primo.

—Intento ayudarte.

—No has ayudado a nadie en tu vida. Nunca has sido real, ni siquiera. Te he visto sonreír y estudiar, y, sí, el exterior es perfecto. Pero lo único que tienes dentro es miedo. —Lo encuadro formando

una L con mi mano libre, como me hizo a mí Leckey, a pocos centímetros de su cara—. Un niño fingiendo.

Tensa la mandíbula, dejándome creer que odia darme algo tanto como yo detesto dárselo a él.

—No estoy fingiendo.

Esta vez no puedo evitar la risa. Es agradable dejar que derrame las palabras. Al estar tan cerca no me pierdo ni un solo cambio de su expresión, a medida que se suceden uno detrás de otro.

—De ti, todo es fingido. Siempre te aseguras de tener el uniforme un poco arrugado, y el último botón abierto debajo de la corbata. Te inclinas hacia delante, en lugar de dejarte caer hacia atrás, para poder taparte la boca con la mano cada vez que sea susceptible de traicionar a los Polluelos. Hasta te has afeitado la cabeza para que nadie te mire y piense que te esfuerzas demasiado.

—Me he afeitado la cabeza porque me importa una mierda el pelo —dice, pero en realidad lo ha hecho porque sabe lo difícil que es mirarlo directamente a los ojos.

Los tiene demasiado intensos, excesivamente exigentes, con una ligera inclinación que parece esconder algo salvaje dentro. No retroceden y taladran los míos.

«Me acuerdo de ti», dicen esos labios mientras busca los míos con la mirada.

El miedo se atornilla con fuerza en mi pecho y me cuesta respirar. No hay nada que recordar, excepto cuánto lo odio.

—Dime la verdad. Una vez, Adrian.

Sus labios se curvan como si él también supiera que es la primera vez que me he permitido decir su nombre en voz alta. «Adrian».

¿Por qué puedo saborear aún el eco? Se le ensombrecen los ojos,

mueve la mandíbula para igualarla a la mía, y sé que, si aparto la mirada, si me estremezco lo más mínimo, me devorará.

Levanto la barbilla y le reto a intentarlo.

—¿Qué has visto en el espejo?

Aprieta más la mano alrededor de mi muñeca. Si fuéramos otras personas en otro lugar pareceríamos amantes. Combato contra la necesidad de apartar la cara cuando su cuello se dobla y el espacio entre mis labios y los suyos se hace más pequeño. Cualquier giro, cualquier movimiento, y se rozarían. Trago. Está en todas partes, me rodea. Habla, grave y rígido; sus palabras se clavan en el silencio del pasillo como palas en la tierra fresca.

—Tú deberías saberlo. Tú eres la que me ha devuelto la consciencia, ¿no?

—Eso no es una respuesta. Dime la verdad. —Mi boca apenas se mueve—. Sabes perfectamente quién está ahí dentro.

Quién. Suelto a Sam entre nosotros dos, como si nada.

Es verdad. Lo veo en cómo se le tensa la cara, bloqueando cualquier emoción menos una: maldad.

—Escúchame —dice—, te crees que sabes lo que está pasando, pero no es así. Esto no es juego. No es una charla despreocupada ni un truco de magia barata. Estáis la oscuridad, el Diablo y tú. Y cuando acabe, solo quedará uno.

Está intentando asustarme, y odio que le esté saliendo tan bien. Ahora veo la cara de Sam, esperándome en la oscuridad. Observándome, igual que Graves. Me recorre la cara con los ojos hasta los labios, y vuelven a subir.

—Sé que esto no es un juego. —La gente no muere en los juegos —. ¿Qué es lo que no entiendo?

—A Henry.

Otra vez. Esta vez no me molesto en esconder la risa.

—Estás muy desesperado para que no me acerque a él.

La oscuridad, el Diablo y tú. Solo quedará uno cuando terminemos. Me pregunto cuál fue para el chico que tengo delante.

A nuestro lado se abre la puerta. Sale Henry. Baz va detrás.

—Cuidado —dice, señalándome la mano para que Graves mire—. Le vas a dejar un moratón.

Graves abre los dedos. Da un paso atrás. Le cae la manga con el movimiento y cubre las vendas de las muñecas. Pero no antes de que todos veamos las manchas rojas calando por ellas.

Baz se cubre la boca y se va a su lado. Ahoga un grito por las vendas, y le pregunta en voz baja qué ha hecho y cuándo. Las respuestas me hierven en la lengua. Beber. Invocar. Inmolarse. Me quedo en silencio con Henry, precavida por no decir nada que enfade a Graves y darle un motivo para delatarme.

—Tengo toallitas de alcohol en mi habitación. Hay que limpiar las heridas. —Baz lo lleva hasta el salón.

Detrás de ella Graves susurra.

—No diré nada.

No me lo creo. Solo está intentando provocarme, encontrar el momento adecuado para contar mis secretos antes de que yo pueda estropear todo esto con los suyos. Henry me coge la mano. El mundo se equilibra, aunque mi corazón sigue acelerado.

Baz y Graves se sientan uno al lado del otro en el sofá. Ella se remanga. Sus dedos planean sobre las vendas ensangrentadas. Graves aparta la mirada de mi mano y agarra la de Henry cuando

Baz empieza a curarlo y las vendas arrancan una capa de costra. Él se queda completamente quieto. Ella se estremece por él.

Ese movimiento pequeño y tierno hace que me decida. No puedo permitir que se enamore más de él.

—¿No sabes lo que hizo?

Las manos de Baz se detienen durante un segundo. Las vendas caen. Ella las recoge.

—Me he cortado —dice Graves.

Me acerco a ellos. Henry se aproxima conmigo.

—Tenías su llavero —le digo a Baz—. Hiciste como que te importaba que estuviera muerto. Sin embargo, le muestras muchísimo cariño al chico que lo mató.

—¿De qué hablas?

No es cosa mía responder a esa pregunta.

—Cuéntaselo, Adrian.

No lo hace. Baz se pone de pie, entre él y yo. Me mira confusa, herida. Pero mira a la persona equivocada. He esperado demasiado; he confiado de más en lo que sentía hacia ella y no me he dado cuenta de que él podía robármela con un simple beso. Pero ahora no puedo parar.

—¡Cuéntale que tú mataste a Sam Bullvane!

—¡Jamie! —grita Baz—. ¿En serio crees que…?

—Sam jamás habría tomado esas drogas y no se habría ahogado en un arroyo tan poco profundo si no hubiera sido por eso. Lo sabes. ¡Lo viste e hiciste la misma pregunta! Alguien lo sujetó. Pero ¿quién sabía que tenía moratones?

El dolor le ha vaciado la mirada.

—Eso solo fue un juego.

—Me lo ha dicho él. —Tiene que creerme. Es mi amiga—. ¿Por qué crees que Henry quería jugar a eso? ¡Porque él también lo sabe!

Graves le coge la mano. Ella se da la vuelta para mirarlo a la cara. Doy un paso adelante. No quiero que sea el único que le vea el rostro en este momento. Henry me suelta la mano. Intento cogerla de nuevo, pero él no.

—No es verdad, ¿a que no? —le pregunta Baz a Graves.

—No —dice.

—Está mintiendo. ¿Es que no lo ves?

Quiero sacudirla. Sus hombros se hunden para proteger de mis palabras al otro chico. Estoy perdiendo, pero, hasta que Henry no empieza a reírse, no soy consciente de cuánto.

Clap.

Clap.

Clap.

—Un magnífico espectáculo, Jamie. —Henry tira de mí e intenta colocarme debajo de su hombro, pero soy demasiado alta para encajar. Tres arañazos rojos le marcan la piel, justo por encima del tatuaje del reloj de arena vacío. Marcas de mis uñas. Lo aparto de un empujón. Él me deja y camina para sentarse en el respaldo del sofá detrás de Graves—. Dos puntos.

Baz no me cree. Por supuesto, claro: se pone de su parte. Henry sí me cree, pero elige a Graves igualmente. Les he contado todo y a ninguno le importa. No le va a importar nunca a nadie.

Graves no me mira a los ojos.

Me doy la vuelta. Rebusco en el primer cajón de su escritorio. Cojo las llaves que nunca hizo falta que le robara a Sam.

Salgo al pasillo. Cruzo, bajo, cruzo, subo. He recorrido este camino tantas veces que no hace falta que me enjuague las lágrimas para verlo. La biblioteca. He estado evitándola, temiendo que la nota amarilla se hubiera movido y que las palabras me condenaran. Debería de haber dejado que Henry quemara ese libro cuando lo intentó.

Ahora es el único lugar que me queda. Ni siquiera miro el libro cuando entro. Me detengo delante del espejo quebrado. Henry me prometió que, dentro de él, Sam no solo degustaría, sino que devoraría. Me tienta. Pero no es algo que Sam tenga que arreglar. Me pongo de pie en el asiento de la ventana; de puntillas, para alcanzar la cerradura en el techo. La llave encaja. La cerradura gira. Abro la trampilla, saco las escaleras y subo.

El viento se cuela por debajo de mi camisa y juega con mi piel desnuda. Miro hacia abajo, a la ventana de Henry, donde están los tres sentados encima de la cama. Baz y Graves, Henry y el espacio vacío a su lado. Es ridículamente obvio que ninguno de ellos me iba a elegir nunca.

Ni siquiera me conocen.

El sol de la mañana deslumbra. Lo opuesto a la noche oscura y sin luna en la que Sam, otro desconocido para ellos, otro cuerpo atraído y abandonado sin vida para su diversión, se hizo una foto a su lado,

en este mismo lugar. Encojo los dedos de los pies por el borde del muro. Lo único que tengo que hacer es dejarme caer hacia delante.

«La muerte es la única agua que puede limpiar esta suciedad», dijo Medea. Tenía razón. No hay más opción.

He hecho todo lo que he podido. Nunca iba a ser suficiente. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad, Sam? Cuando te hablé por primera vez de marcharnos de casa ya sabías que no sería suficiente. Tenías que venir, aunque no quisieras.

Lo siento. Ahora puedo reunirme contigo.

Henry levanta la mirada. Nuestros ojos se encuentran. Pena, miedo, odio: cualquiera de estas emociones habría sido suficiente para empujarme y dejarme caer. Pero tiene los ojos muy abiertos, fascinados, como si verme al límite fuera lo más bonito que hubiera visto en su vida. Se presiona los dedos en los labios.

Me balanceo mientras recuerdo lo que me dijo en el coche. Beso por beso. Ojo por ojo. Y… vida por vida. Todavía hay una forma de hacer justicia. Medea tiene razón, pero no es mi muerte la que limpiará la suciedad.

Es el lugar seguro de Adrian lo que tiene que morir. Su casa. Su seguridad.

Su Sam.

CAPÍTULO 37

Cuando un hombre destruye su cuerpo y, de ese
modo, su vida, lo hace mediante el uso de su voluntad,
que queda destruida en el proceso.
Immanuel Kant

Por favor, no puedohacer esto sin ti

Espero a que vuelva a caer la noche para bajar de la azotea. Siento las extremidades congeladas. Cada paso me abrasa los pies. Me muevo despacio. Dispongo de todo el tiempo del mundo. Odio, miedo, celos, orgullo, egoísmo, duelo. Solo me queda una emoción, lo bastante fuerte para mantenerse prácticamente entera después de que la vida la desgarrara con sus dientes afilados.

Duelo. Por mi Sam.

Sé qué vida tengo que arrebatar.

La puerta de Baz se abre silenciosamente. Su habitación está más ordenada esta vez, como si hubiera hecho un esfuerzo por si yo volvía. Y he vuelto. Estoy aquí, de pie junto a su cama, mirándola dormir. Parece muy frágil, con la cara suave, descansando por fin de intentar imitar a todos los demás. Nuestro pequeño espejo. Un cristal quebradizo.

Me arrodilló al lado de su cabeza y deslizo la mano bajo la suya. Es muy fácil abrir la nevera sin que se dé cuenta. Ella misma me dijo que no dolería. Solo un paso de un tipo de sueño a otro.

La jeringuilla reposa en mi mano. Cierro los dedos sobre ella. Una cosa tan pequeña con un propósito tan grande. La atravieso por el tapón de goma del frasco de insulina y saco el máximo posible. Su pecho sube y baja. A lo mejor ni siquiera se despierta. Tal vez sueñe con picaduras de abeja y después se suma lentamente en la oscuridad. A lo mejor todavía sigo aquí entonces, arrodillada a su lado, cuando su cara se quede floja. No estuve ahí para Sam. Me gustaría estar aquí para ella.

Vida por vida. Duelo por duelo.

Sam.

Baz.

Perdóname.

—¿Jamie? Has vuelto. —Los brazos de Baz me envuelven el cuello y tiran hacia abajo para enterrarme en un abrazo que grita perdón —. Estaba preocupada por ti. Por lo que dijiste. —Mis manos se aferran al borde de la cama, con la aguja escondida en la derecha, llena y húmeda. Me revuelve el pelo; presiona la mejilla contra la mía. Con cuidado, con mucho cuidado, seca una lágrima con el pulgar. Lo noto, caliente y mojado, una línea de traición escrita desde un lado de mi ojo hasta un lado de mi cara—. ¿Estás llorando? No te preocupes, sé que no lo decías en serio. Pero cuéntame qué pasa de verdad.

—No me llamo así. —Las palabras amortiguadas por lo cerca que está; está muy cerca, joder.

—¿Qué? —Su mano se detiene, con los dedos enredados en mis

rizos. El sueño que ha nublado cada sílaba se despeja—. ¿Qué dices?

Lo único que tengo que hacer es torcer la muñeca. Apretar con el pulgar. Eso es todo lo que tengo que hacer, levantar la jeringuilla, atravesarle la piel, presionar el émbolo.

Pero mi mano no se mueve.

Es muy cariñosa, es muy real, y yo estoy a punto de acabar con todo eso. No puedo parar de pensar en cómo me miraba y en cómo me está abrazando ahora. ¿Y si me equivoco? ¿Y si Adrian no mató a Sam? ¿Y si Sam simplemente quiso encajar, y estos chicos son todo lo que siempre quiso? Y si este sitio era el lugar en el que se miraba al espejo y se veía, a su yo real, a la persona que siempre quiso ser; y si, cuando ellos contactaron con él, él contactó con ellos y aceptó todo lo que le ofrecieron, no porque le obligaran, sino porque era lo que quería.

¿Y si no estoy cuestionando a Sam, sino a mí?

¿Y si no es Adrian a quien estoy a punto de romper, sino a mí?

—No puedo hacer esto. —Arrastro una respiración.

Baz aprieta la frente contra la mía.

—Yo creo en ti. Ven. Duerme hasta que se te pase lo que sea. Podemos hablar por la mañana. —Se echa a un lado y me deja un hueco a su lado en la cama.

Yo me aparto, aterrada por la forma en la que sus brazos se acercan a mí, a mí, este demonio en el suelo. La jeringuilla cae entre nosotras. Cristal sobre moqueta, casi en silencio y, a la vez, el ruido más fuerte del mundo. Puedo sentir la forma en la que sus ojos observan cómo rueda despacio hasta detenerse. Siento cuando se mueven hacia mí, cuando su pregunta se aloja en lo más profundo

de mi corazón. Pero lo único que veo es la aguja desnuda de acero brillando bajo la luz de la luna.

—Sam. El guardia de seguridad. Adrian… y Henry… —Lo incluyo porque sé que no se creyó lo que dije de Adrian, pero Henry, puede que de Henry sí, aunque sea mentira; lo que sea con tal de escapar de su mirada—. Cuando he dicho que lo mataron iba en serio. Sé que es verdad, porque era mi primo.

—¿Jamie? —pregunta; ese nombre suena tan punzante y doloroso como la punta de una aguja—. No. ¿Quién eres?

Estoy rota. Estoy muy muy rota.

A mi espalda cruje la puerta. Baz mira por encima de mi hombro. Un alivio le relaja la cara. El terror drena cada gota de sangre de la mía.

—Baz, tengo que hablar contigo. —Es Adrian. Sigue despierto.

Me giro. Sus ojos caen sobre los míos. Hay algo frágil en su expresión, como si encontrarme aquí, en la oscuridad, observando a Baz, fuera un deseo susurrado. Quiere que esté aquí, pero únicamente porque no sabe lo que estaba planeando hacer. Baz le dirá lo cerca que he estado de acabar con ella. Tiene que decírselo.

Los pasos de Adrian se acercan.

Por fin, huyo.

CAPÍTULO 38

La puerta trasera de Killary da un portazo detrás de mí y el invierno avanza a zancadas por mi garganta. No puedo mantener la vista clara ni los pasos rectos al recorrer el sendero junto al arroyo, en dirección al muro. Cómo me miraron al mantener los pies en movimiento uno tras otro. Se lo está diciendo ahora mismo; todo lo que pensaba hacerle. Está recogiendo la jeringuilla. Él le está preguntando por qué. Ella no lo sabe; soy la prima de alguien, dirá ella. «Se llama Marin», le dirá él. «Marin James ha intentado matarte».

Y a él sí lo creerá.

No soy mejor que él. Soy peor, incluso. Soy una asesina que no ha sido capaz de llevar a cabo su propósito, ni siquiera cuando ese último aliento inocente era por algo bueno y verdadero. Noto sus ojos como hielo entre mis hombros. No entiendo cómo fue capaz de arrebatar ese aliento por nada. ¿Cómo ha podido continuar, día tras día, sabiendo lo que se había llevado? ¿Siente él también la mirada de Sam bajo su piel? ¿O Sam se ha comido esa sensación junto con todo lo demás?

La puerta que da al arroyo está cerrada. Le doy una patada. Esperar no es una opción, no cuando estoy tan cerca de donde quiera que tú estés, Sam. Baz está de pie detrás de mí, observándome desde la torre con los ojos aún abiertos. No puedo

retroceder y verla mirarme de una manera tan diferente a esta mañana. A lo mejor es más fácil para Adrian, al saber que ya no pueden verlo, que tienen los ojos muertos y enterrados. A lo mejor eso es lo que le mantiene la cordura.

O puede que Adrian siga cuerdo porque no fue él, porque Henry me ha mentido, y Sam murió en un terrible accidente, y todos los demás tienen razón. Todos menos yo. A lo mejor estoy arruinándome la vida de la misma forma que mi madre se arruinó la suya, huyendo de todas las manos que han intentado ayudarme, menos de las que pertenecían a los muertos.

La forma en la que me ha mirado en la habitación. Esa delicadeza…, cuando he sido la persona más horrible que jamás había sido. Estoy muy lejos de merecerlo, estoy muy muy lejos de merecerme nada de esto. Perdonadme.

Subo el muro. No me cuesta, nunca me cuesta. Estos muros no están diseñados para mantener a la gente fuera; simplemente, para que lo piensen. Eso es lo que ha sido siempre, humo y espejos. Me he llegado a convencer de que este mundo era lo que siempre había soñado. Un lugar en el que por fin podía ser la persona que necesitaba ser. Sin embargo, me he convertido en una chica de Huntsworth.

Somos unos mentirosos, todos y cada uno de nosotros.

Se me engancha el pie en una raíz. Me tropiezo, pero no me caigo. Una rama me araña la mejilla, se me tuerce el tobillo en una roca resbaladiza. No me detengo. Tengo que llegar al claro. Podría ir a la pequeña biblioteca, al espejo, pero continúa siendo Huntsworth, sigue dentro de esas verjas y aquí…, aquí solo estamos Sam y yo. Los mismos peñascos me bloquean el paso. Clavo las uñas en su

superficie y el liquen las convierte en crecientes medias lunas negras mientras subo. Bajo deslizándome por el otro lado. La roca me raspa el codo. El claro está tranquilo; el suelo, blando, y el agua, vacía. Estoy sola, siempre sola, esperando un milagro que la vida jamás me ofrece.

Tiritando, me acerco con torpeza al agua. Las hojas muertas y el hielo le atascan la boca, convierten la risa en un susurro amortiguado y raspado. Me quito los zapatos y me coloco de pie donde está él.

El frío me engrilleta los tobillos y calla la palpitación en uno, pero provoca pinchazos de dolor en el otro.

Observo, observo y observo. Él no viene, aunque es un reflejo y debería funcionar. Ya ha aparecido otras veces sin que se lo pidiera, ni siquiera invocándolo. Sam, ¿dónde estás? Te necesito.

—Estoy aquí. —Las palabras me desgarran—. ¿Por qué solo me encuentras cuando estoy con ellos?

—¡Marin!

No. No, aquí no.

Se rompe una rama. Vuelve a gritar mi nombre. Me quedo mirando el arroyo, deseo que me lleve, que me arrastre con él porque no puedo huir de él de nuevo. No lo haré.

Llega al claro. El suelo congelado cruje bajo sus pies. Una mano grande se cierra sobre mis hombros; tira de mí hacia atrás, fuera del agua. Me suelto e intento esquivarlo, pero siento dolor a cada paso.

—Si dices una sola palabra…

—Baz —grita.

Una palabra. La única palabra. Él lo sabe todo y no puedo hablar.

Se acerca más y me empuja contra un peñasco cubierto de

musgo.

—¿Por qué? ¿Por qué ella? —Se le retuerce la cara, fuerza cada palabra a través de los dientes apretados. Oh, cuánto odia tener que estar tan cerca de mí.

—He visto la jeringuilla. Sé por qué la tenías. Ella es inocente.

Esa última palabra me atraviesa como un cuchillo. Se clava en lo más profundo y me saca todo el duelo, toda la confusión.

La ira por Sam ocupa ese espacio.

Se me escapa una risa corta y cálida.

—Según tú eso significa que es ella precisamente quien se merece morir.

Me agacho debajo de su brazo y cojo los zapatos con los dedos tan temblorosos que me cuesta trabajo ponérmelos. Le estoy dando la espalda. Me incorporo.

—Esto no es por mí. Tú eres quien ha llevado las cosas tan lejos.

Me doy la vuelta. Le golpeo las manos contra el pecho y lo empujo hacia atrás, estampándolo contra la piedra. Él no me detiene; simplemente, me mira con unos ojos hechos de piedra. Esos ojos podrían aplastarme si les dejo.

—Ni se te ocurra culparme a mí.

—Baz es inocente.

La culpa me corroe.

—¡No tienes ningún derecho a hablarme de inocencia! —grito.

Lo vuelvo a empujar. Y lo hago otra vez, como si golpeándolo lo bastante fuerte pudiera partirlo por la mitad. Quiero que salgan, ya; quiero que salga a la luz cada puñetero secreto enterrado en su pecho; quiero que se desnude ante mí, ante esta luna, ante el

mundo. No quiero público, lo único que deseé siempre era que fuera sincero conmigo.

—¿Por qué? ¿Por qué él? No eran sus llaves. No era su trabajo. Ni siquiera estaba celoso por Baz, siempre ha sido tuya; nunca fue suya. Si todo fue un juego retorcido, podías haber matado a cualquier chaval de ese colegio. ¿Por qué lo elegiste a él?

Cierro las manos sobre su camisa y la retuerzo. Está muy cerca. Quiero que esté más cerca. Quiero que se abra de par en par. Pero se queda ahí, con los puños cerrados y la cara tan impasible que quiero gritar. Me aterra todo lo que necesito que se rompa ese muro por mi culpa.

—¡Di algo! —grito.

Mueve la mandíbula. Entreabre los labios, y hay algo ahí, en la forma en la que ese pequeño movimiento atrae a mis ojos a su boca y hace que de pronto lo sienta demasiado cerca. Doy un paso atrás.

Sus manos me agarran por la cintura para evitar que me aleje más.

—No lo hagas —dice.

No puedo mirarlo a los ojos. No quiero ver mi reflejo en ellos. Le agarro las muñecas; la venda se mueve bajo mi tacto. De pronto siento una corriente de aire frío y el intenso calor de su pulgar que se desliza bajo el puño de mi camisa. Ahogo un grito.

—No me toques.

Lo empujo, intentando calmar ese calor, apartarlo de mi piel, pero solo arde con más intensidad cuando abre la mano y su palma y sus dedos me rozan por debajo de las costillas. Cada movimiento es tan exigente como silencioso, enterrado por la promesa de cada mirada desde el día que nos conocimos. No es deseo. No es necesidad. Es

más bien una atracción a lo similar. Oscuridad a oscuridad. Perdido… a perdido. Sé lo que siente. Yo también lo siento. Lo que quiere decir que sé exactamente cómo destruirlo.

Voy a darle absolutamente todo lo que quiere.

Inclina la cabeza hacia mí. Siento su aliento en el cuello, luego trepando por mi oreja, cálido contra el borde de mi mandíbula, lo bastante cerca como para que, si me muevo, si me estremezco, sus labios rocen mi piel y ambos ardamos. Aprieto los dedos donde lo tienen agarrado. Él se levanta del peñasco y acorta la distancia que nos separaba. Con cada respiración lo siento contra mí.

Debería haber sido él. El que estaba en la cama, su corazón esperando la jeringuilla. Debería haber sido él, los dos lo sabemos. Le suelto la muñeca y la camisa para llevarle las manos al cuello. Siento cómo traga. Aprieto.

—Si hubieras sido tú, no lo habría dudado —digo.

Él arrastra una respiración y entreabre los labios.

—Ódiame —susurra al espacio entre nuestros labios, y me libera.

Los cierro con los míos.

Una vez trepé por un pino casi hasta la copa. Estaba en una ladera de la montaña, lo bastante alto como para que el terreno cayera en pendiente. El tronco se doblaba con el viento, balanceándose de atrás hacia delante con un movimiento suave y delicado. Podía ver el cruce abarrotado del pueblo. Podía ver mi casa, con una nube de humo que salía por la chimenea, casi invisible contra el cielo gris. Tracé el humo con el dedo.

El viento cambió y me caí.

Me golpeé el pecho con la rama de debajo; abrí los brazos. La rama se me clavó debajo del hombro. Me balanceé con los pies

colgando a doce metros de altura y con el pecho y el vientre desollados por el roce descuidado de la corteza.

Besar a Adrian es soltar.

Es una caída libre, mientras él gime y se dobla a mi ritmo. Sus labios arañan el calor por los míos. Doy una bocanada de aire. Su boca se separa a la vez que la mía, me roba el aire, me consume entera. Noto su lengua pasear por mi labio inferior, y muerdo. Él se sacude hacia atrás, pero soy yo la que se niega a dejar distancia entre nosotros. Lo persigo, subo contra su pecho para obligarlo a abrir de nuevo los labios y enredo mi lengua con la suya. Sabe a cobre y sal.

Nunca me he odiado tanto como me odio ahora.

Nunca me he sentido tan viva como me siento ahora.

Sus manos exploran mis caderas, mi cintura, la suave piel de mi abdomen, me sujetan, me aprietan contra él hasta que no me queda espacio para respirar. Aprieto las manos alrededor de sus cuello, le acaricio la tráquea con el pulgar y noto las vibraciones cada vez que da una bocanada de aire. Su sangre palpita bajo la palma de mi mano, no estoy apretando lo suficiente para detenerla. Quiero tenerlo más cerca. Quiero que se suelte. Quiero caer al suelo y no levantarnos nunca.

—Me das mucho miedo —dice, susurrándole a la curva de mi cuello.

Su beso es fuego. No soy yo a la que debería quemar. Lo empujo y le clavo los pulgares debajo de la mandíbula, hasta que le veo la cara. Mueve la lengua por el labio. Sus ojos saltan de los míos a mis labios. Se inclina hacia delante, me desea. Y yo estoy maldita, perdida, porque yo también lo deseo.

Me queman los labios. Aprieta las manos en mi cintura como si le preocupara que me volviera a alejar. Pero no lo haré. Necesito estar aquí.

—Tú lo mataste. —Le tiembla el pulso al escucharme, y eso me hace pensar que no soy la única en carne viva—. Y lo hiciste a propósito.

La mano de Adrian se retuerce y toma la mía, apretada y con los nudillos blancos alrededor de su cuello. Tiene los labios tintados de azul con una mancha de sangre cerca de la comisura. Aletea los párpados. Aprieto más, detestando que no haga ni un mínimo esfuerzo para detenerme.

—Lo haría otra vez. —Áspero. Apenas audible. Prefiere confesar antes que respirar.

«Ódiame», dicen sus ojos, casi cerrados. «Solo a mí».

—¿Por qué? —pregunto.

No sé si es una orden o un ruego. Le estoy dando exactamente lo que quiere. Y él se está vengando de mí. Lo suelto. Arrastra una respiración temblorosa. Nos quedamos a centímetros el uno del otro, no nos tocamos, pero tampoco nos separamos. Ya le están apareciendo mis huellas en el cuello.

Hay algo en sus ojos que no me gusta. La misma delicadeza letal que vi cuando entró en la habitación de Baz.

«Esperanza».

—No te lo puedo decir —susurra con la voz áspera—. Tengo que enseñártelo.

Me rodea. Al pasar, me engancha los dedos y los entrelaza con los suyos con la presión justa para que yo me gire y lo siga. No me suelta, sino que aprieta más. Yo lo dejo, aunque tenga la sensación

de que todo lo que soy está desangrándose por donde se tocan nuestras manos, dejando solo esta sensación que me llena el pecho. Me aterra, más que nada que haya visto o sentido desde que lo conocí.

Porque quizá, solo quizá, va a darme las respuestas que necesito. Me aferro a su mano mientras me lleva de nuevo colina arriba, con la esperanza de que vaya a salvarme.

Ojalá las caídas libres no terminaran siempre en muerte.

CAPÍTULO 39

Los muros de Adrian siguen derribados por todo el paseo hasta la pequeña biblioteca. Mis labios ardientes, su confesión y nuestro beso son ascuas ardientes en los que es imposible levantar una muralla. Ralentiza el paso dos veces, obligándome a alcanzarlo y llenar el espacio a su lado. Cada vez que lo hago, me besa; una vez en el patio de madera fuera de la puerta trasera del comedor, precavido y rápido antes de entrar; otra vez en la estrecha oscuridad de las escaleras de servicio de Killary, más hambriento, más caliente, arrebatándome el aliento al llevar los labios y los dientes hasta mi garganta. Es diferente estar tan cerca de él dentro. Todo es más pequeño. Alguien nos va a oír. Alguien lo va a saber.

Ni siquiera puedo decir que lo siento, Sam, porque no todo lo que hay en mí lo siente.

La puerta de la biblioteca se cierra cuando entramos, y en lo único que puedo pensar es: «Espero que haya otro más».

Me suelta la mano. No ha dicho ni una palabra desde el bosque y me pregunto en silencio qué es lo que me quiere mostrar. Se arrodilla frente a mí y enciende una cerilla para prender la madera de la chimenea de la biblioteca. Las llamas arden y lo bañan en un repentino brillo cálido. Me aparto de él antes de que mis ojos se pongan a trazar los bordes de su silueta.

Hay una manta en el asiento de la ventana, hecha una bola con

una sudadera.

Alguien ha bajado el espejo quebrado de la chimenea y ahora está de pie apoyado junto a ella. Unas tazas de café sucias y varios platos llenan las estanterías a ambos lados del sillón; hay libros y trozos de papel esparcidos por el suelo. Aquí es donde se estuvo escondiendo la semana pasada, dormía aquí, en lugar de en nuestro apartamento. Las mantas y el cojín que vi eran suyos. Quería alejarse todo lo posible de mí.

Me siento rígida en una silla y me froto la cara con las manos. Ahora solo quiero tenerlo cerca, cerca y más cerca. Lo escucho moverse. Abro los ojos porque no quiero que me sorprenda con lo que sea que esté preparando. Pero simplemente está añadiendo madera al fuego, todavía dándome la espalda.

El volumen de *Historia de la filosofía* está abierto sobre la mesa, entre los dos. El amarillo gastado de mi nota sobresale por el lateral, pero ahora está rodeada de muchas otras, demasiadas para contarlas. Abro el libro y comienzo a leer lo que ha escrito. El calor en mi interior crece con cada renglón.

La vida sin música sería un error.

No pares. Dime algo que sea verdad.

Amar a alguien… es girar en torno a él como un astro muerto, y absorberlo en una luz negra.

Nada de esto era mentira.
Solo todo lo demás.

Estoy acostumbrado a dormir, y en mis sueños, a imaginar las mismas cosas que los locos imaginan cuando están despiertos.

En mis sueños, bailamos

Cuando un hombre destruye su cuerpo y, de ese modo, su vida, lo hace mediante el uso de su voluntad, que queda destruida en el proceso.

Immanuel Kant

Por favor, no puedo hacer esto sin ti

Ha seguido escribiéndome, aunque supiera que era él. Quiere que sienta algo por él. Quiere que lo entienda. Y lo hago. Lo entiendo. Las páginas se sueltan de la encuadernación con facilidad y producen un sonido que llena la pequeña habitación. Sigo pasando las páginas en busca de las que he escrito yo, y las arranco en cuanto las encuentro. Hay muchas. Sam, te he fallado de todas las formas posibles. No puedo tener esto. A él.

Adrian me toca el hombro. Me estremezco. Se inclina sobre mí y me agarra la mano a punto de arrancar otra página. Cierro los dedos; él gira las páginas, despacio, con firmeza, busca una en

particular. Cuando la encuentra, sin marcar por una nota, alisa la página y sus dedos planean sobre el margen.

No me cabe duda de que mis ojos están despiertos.
René Descartes

deberías haberte marchado

Se guarda esta página, que se arruga dentro de su puño.

—La primera vez que cruzaste esa puerta supe exactamente quién eras. Quería que te fueras. Las cosas estaban en equilibrio, aunque no estuvieran del todo bajo control. Pero no te ibas. Te quedaste a mi lado, recordándome cada día lo que había hecho.

Siempre lo ha sabido. Qué idiota soy.

—Estaba perdido antes de que llegaras. Ni luz ni oscuridad. Solo… vacío. —Hace una pausa. Escucho cómo se arruga la página despacio en su mano, pero no miro. Él se estremece, como si no pudiera terminar la frase sin perder la cabeza. Luego, con más fuerza, con más determinación—: Necesito que me odies. Necesito que me recuerdes que soy humano.

Pero no es humano. Es un monstruo. Y yo también.

—Mataste a Sam. Dime por qué.

Por fin, sus ojos dejan en paz a los míos. Sigo la línea de su mirada. Ha movido las cosas mientras yo leía. El espejo, la manta y el cúter amarillo que encontré en el suelo del baño están ordenados frente a la chimenea. Quiere que invoquemos a Sam juntos, igual que hice con Henry. Pero este espejo está roto, como yo.

«Déjame que te lo enseñe», me dicen sus ojos.

—No. Contigo no.

Le suelto la mano. No puedo volver a enfrentarme a Sam nunca más. No puedo dejar que se alimente de lo que me he convertido. Aunque eso signifique que me lo ha arrebatado.

Acerca una mano hacia mí. La venda la muñeca me roza la piel.

—Tienes que entenderlo.

Con la tenue luz de las llamas veo el collar de moratones alrededor de su cuello. Lo miro a los ojos. Me observa asimilar mis marcas. El calor arde en lo más profundo. Bajan a mis labios.

—Aquí no —digo otra vez, demasiado frágil.

Da un paso hacia mí.

«Sam, ayúdame».

Se dobla. Me levanto para encontrarlo. Ahora sé a qué sabe. Sé que sus labios saben a culpa; su lengua, a celos; sus dientes, a odio. Cómo me despieza y vuelve a juntarme, todo lo perdido y poco atractivo a la vista, saboreado, tragado entero. Me arrastra de la silla y me choca contra él. Nos tambaleamos hacia atrás. Le paso los dedos por el pecho, entreabro los labios, están listos para los suyos. Me agarra por la muñeca y se aparta de mí.

Sus ojos son severos. Ha vuelto a levantar los muros. Camina hacia el espejo sin soltarme el brazo.

—No. Contigo no.

Nunca más.

Sam no puede ver lo que tengo dentro, ahora que Adrian está ahí.

Nunca.

Me agarro a sus dedos y le arranco la piel. Ni siquiera se inmuta, simplemente se sienta y tira de mí hasta su regazo. Con un brazo

me clava contra su pecho. El otro por fin me suelta la muñeca para agarrarme la cabeza, por la mandíbula, sin que pueda moverme.

Cierro los ojos.

—Ya lo he visto. Henry me lo ha enseñado. Hicimos esto juntos. No necesito volver a hacerlo. Ya sé que está atrapado ahí. Que cuando te abres, Sam viene y te roba. —Odio cuánto me tiembla la voz, no porque tenga miedo, sino porque hay muy pocas partes de mí que no está tocando. Odio tener los ojos cerrados, no porque tenga miedo de Sam, sino porque tengo miedo de lo que sentiré si me veo entre sus brazos—. Me robó mis emociones. Ya conozco esta verdad, Adrian. Sé por qué has estado utilizando este espejo.

Me sujeta como un bote salvavidas.

—Te equivocas. No lo entiendes.

—Sí.

Pienso en besarlo. En besar a Henry. En arrodillarme junto a Baz, en tumbarme con la cabeza al lado de la suya en la almohada. En encontrar a mi primo muerto y saber que por fin tenía un motivo para salir corriendo.

—Hay cosas que no quiero volver a sentir.

—Yo no estaría vivo si no fuera por él. —Se mueve; aprieta la mano donde descansa. sobre mi abdomen. Mi pulso palpita debajo, mi cuerpo se despierta bajo su tacto—. Y él no sería como es si no fuera por mí.

No lo entiendo. Sam no estaría muerto si no fuera por Adrian, pero lo demás…

—Era Navidad y pusieron un árbol enorme en el claustro. Estábamos durmiendo en su habitación; me desperté en mitad de la noche y bajé a ver las luces. No sé cómo, el árbol empezó a arder.

Un cable. Una vela, no lo sé. Intenté apagarlo. Se extendió muy rápido. El árbol cayó hacia mí. Recuerdo que había fuego por todas partes. Henry pudo haber despertado a su familia. Sacarlos. Sin embargo, bajó. Me sacó a mí. —Las palabras se deslizan por su boca en un susurro apasionado—. El balcón se derrumbó. Se le clavó una viga.

El incendio con tres muertos. La cicatriz en el pecho de Henry. Está hablando de Henry, no de Sam.

—No podía sacársela. No paraban de caer trozos del balcón sobre nosotros.

Las cicatrices en la espalda y en las manos de Adrian.

—Se perdió para salvarme. Mi vida le pertenece, puede hacer lo que quiera con ella.

—¿Qué tiene esto que ver con nada? —digo, mientras observo cómo aprieta más el brazo. Doy una bocanada de aire; sube más la mano—. Has dicho que estabas en deuda con él. ¿Mataste a Sam… por Henry?

—Se lo debo todo a Henry —dice, y puedo escuchar la desesperación en sus palabras.

—Y entonces… ¿qué? ¿Mataste por él? —Estoy casi mareada, el corazón me late demasiado rápido. Estoy hablando con él. Estoy hablando conmigo—. «Vivir no es respirar, sino actuar». Si él te salvó, ¿por qué eso tiene que significar que tú tengas que matar a nadie?

Su mandíbula me roza la mejilla. ¿Cuántas veces hemos encogido así esta habitación? Apretándola a nuestro alrededor, formando con nuestras palabras un agujero negro que lo devora todo menos el espacio entre nosotros. Si abriera los ojos el resto del mundo

seguiría ahí. Pero aquí, en la oscuridad, solo estamos él, yo y el latido desesperado de nuestros corazones. Se adentra demasiado en mi interior; creo que ni siquiera Sam podría arrancármelo.

—Te mereces arder —suspiro afónica, echándome hacia atrás sobre él.

Arder, los dos nos merecemos arder.

—No maté a Sam porque quisiera —dice, demasiado rápido como para ser cualquier cosa menos la verdad—. No me quedó elección.

La tensión en sus brazos es la única respuesta que obtengo. La habitación enmudece, excepto por el siseo y el crepitar de las llamas. La respiración de Adrian se tranquiliza contra mi espalda y mira por fin su reflejo sin miedo. No hace nada para calmarme a mí. Cuanto más se relaja, más ganas tengo de gritar. Podría hacerlo. Podría abrir la boca y gritar. Alguien me escucharía. Alguien vendría.

Abre más la mano en mi mandíbula; una caricia, si no la estuviera aplastando. Tengo el ojo derecho tapado por las puntas de sus dedos.

—Ya viene.

Sam nos verá así. Pero, si no abro los ojos, ¿lo verá todo en el alma de Adrian igualmente? Pienso en los cortes que cubren los brazos de Adrian, en cuántas veces se ha desnudado frente a Sam. ¿Cómo será que te obliguen a alimentarte de los recuerdos de quien te mató?

No puedo obligarlo a volver a hacerlo.

Abro el ojo izquierdo.

La luz del fuego baila sobre nuestra piel, destacando cada recodo de los brazos y cada presión de los dedos. Sus piernas encierran las mías; mis manos y mis brazos se agarran a los suyos. Su cara está

medio escondida por mi pelo, y un ojo oscuro mira más allá de mí al espejo. Me tiembla el pecho; me trago el calor que intenta subir dentro de mi estómago. Adrian tiene la respiración agitada y cuenta los segundos contra mi espalda.

—Mira.

Juro que lo dice en voz alta, pero, en el espejo, su reflejo no mueve los labios. Sigo su mirada helada hacia los dedos pálidos y delgados que salen de la oscuridad. Adrian aprieta los brazos a mi alrededor. Quiero que me aprieten más, hasta que me extraigan la vida. Me merezco esto. Todo esto.

Sam envuelve la mano alrededor del cuello de mi reflejo. Las cavidades vacías de sus ojos se clavan en mí y la oscuridad brilla hambrienta como un agujero negro. Se le desencaja la mandíbula, se abre cada vez más, hasta distorsionar sus facciones.

Me merezco esto, pero…

Sé que mis piernas están pataleando. Siento los hombros apretados contra Adrian, mi espalda arqueándose, sus caderas elevándose para liberarse de sus cadenas. Un calor equivocado y deformado me sube por los talones cuando golpea la chimenea y salpica ascuas. Se me nubla la visión, aturdida por el golpe de mi cráneo contra el suyo. Sé que todo esto es verdad, es real, es lo que mi cuerpo está haciendo mientras el suyo irrompible me sujeta en el sitio, pero en el espejo Marin está quieta, igual que Adrian, y la oscuridad de Sam se cuela por el rabillo de su ojo, del ojo de Marin.

Hay muchas cosas dentro que no quiero que Sam vea.

—Tienes que entenderlo.

—¡Sam! —grito—. ¡Para!

Los brazos me sujetan con fuerza, me usan como escudo y

sacrificio. El espejo se ahoga en la oscuridad.

—No es Sam —dice Adrian mientras el frío me clava los dientes.

«Henry».

CAPÍTULO 40

Henry me desgarra.

Pero ¿cómo puede estar Henry aquí, muerto, si todavía está vivo?

«Piensa en Sam —dice alguien fuera de mí—. Observa la verdad».

«Lujuria», dice el chico en el espejo, con los dientes clavados con fuerza en Adrian, contra la roca. Aparto la mirada y me encojo, no quiero verme la cara. No han sido los pensamientos lo que lo han guiado hasta este recuerdo, ni nada que me haya quitado. Sus manos y su respiración agitada brillan blancas en su fragua de ira y necesidad.

Pero esta vez el chico hace algo más que saborear. El recuerdo rasga y de su corazón se vierte una especie de remolino morado, como un moratón. El fantasma se hincha y se esfuerza por tragárselo todo. Con cada mordisco se vuelve cada vez más sólido.

«¿Henry?».

El chico para de comer. Retuerce el cuello mucho más de lo que le permitirían los huesos y fija su mirada rota en mí. Unos huecos oscuros llenan los espacios donde una vez estuvieron sus ojos. Se mueven los bordes, y cientos de delgadas manchas negras se expanden hacia fuera. Gusanos. La tenue luz destella en sus espaldas segmentadas conforme cada uno se retuerce, desesperados por cavar su madriguera más profunda dentro. Pero

hay demasiados y algunos se sueltan, deslizándose hacia la comisura de los labios.

Él sonríe. Me tiembla la cabeza. Estaba tan desesperada porque Sam estuviera aquí, porque me guiara, que nunca miré más allá de la sombra. Esa presencia está demasiado segura, sabe demasiado, y se amolda en las partes más oscuras de mi alma con la facilidad de una mancha de aceite.

El recuerdo empieza a desvanecerse, el claro se deshilacha ante las sábanas enredadas de la habitación de Henry. Me alejo de él.

Sam. Estoy aquí por Sam.

Me obligo a recordar la vida, la vida real, la de hace tan solo unas horas. De pie, sola delante del arroyo. Sin Adrian. Sin Henry. Sin Baz. Sin Sam. Solo la vergüenza, la punta venenosa de la flecha del duelo que se clava cada vez más profundo en mi corazón. Quería que el agua se lo llevara. Solo lo ha empeorado.

Todo este tiempo, por mucho que me esforzara en negarlo, había una parte de mí que pensaba que la cara que me perseguía era la de Sam. Desde el arroyo hasta el espejo pensaba que él aún estaba conmigo, que me observaba y esperaba a que yo lo arreglara. Pero eso ya no es verdad. No está aquí, ni vivo ni muerto. No puedo hacer nada para solucionar esto. No puedo traerlo de vuelta, ni aunque los quemara a ellos.

«Sam — pienso—. Te has… ido».

Tal y como yo quería, el chico percibe la ola que está a punto de romper sobre mí. «Desesperación», dice hambriento. «Desesperanza». Unos ojos huecos barren hacia mi corazón. Se le expande la mandíbula, luego vuelve a cerrarse con violencia. Es un

chico, es mi pesadilla, y es a mí a quien quiere consumir, no solo un recuerdo.

«Enséñame a Sam y esta sensación crecerá». Me acerco a él, rogándole y ofreciéndome, todo a la vez. Él se acerca a mí. Mi mente navega a su funeral y tiembla bajo su peso cada vez mayor. «Enséñame cómo murió».

Los gusanos de las líneas de sus ojos se retuercen como tiras vivas de vacío. Él se estira y coge uno por la cola. Despacio, tira del extremo y lo saca de donde quiera que estuviera enrollado en el interior. Lo tensa… y se parte.

El chico se gira hacia mi recuerdo, donde los labios de Adrian presionan mi cuello, y arqueo la espalda. La tira de vacío convulsiona en sus dedos. Adrian ahoga un grito, y el chico enhebra la tira por el destello de oscuridad en el fondo de su garganta. Da una puntada hueca y el recuerdo de Adrian se descose. Una puntada por una sombra acumulada en la curva de mi cuello y me uno a él. Pasa el hilo por el agua, por el cielo, con puntadas quirúrgicas y rápidas que desgarran el fondo de mi mente.

Rasga la tela debilitada de mi recuerdo. Yo grito. La luz de la luna desaparece. Voces, figuras, siguen apareciendo hasta que mi mente está demasiado llena, incapaz de sostener los pensamientos de otra persona.

«Amor», dice el chico. Esto «es amor».

En un recuerdo que no es mío, Sam está sentado en el suelo frente al espejo, observando su reflejo con los ojos muy abiertos y las pupilas casi imperceptibles. A su lado, Henry está de pie con Adrian. Ninguno de los dos intenta ayudarlo. El chico fantasma sale de su propia sombra con sus ojos vacíos clavados en mí. Es la

sombra de Henry, fina y estirada. ¿Cuánto de él hay en cada uno? ¿Cuánto de este monstruo es el chico que conozco, y cuánto del chico al que he besado es un monstruo?

—Podrías salvarlo —dice el Henry más brillante y menos real—. Pero no lo harás.

Adrian empuja a Henry y da un paso adelante para arrodillarse junto a Sam, con la cara oculta por las profundas sombras de la biblioteca. El Henry espectro se desliza de pie a su lado. «Vergüenza», suspira. «Miedo. No es suficiente. No es suficiente».

—Podrías sacarle la sangre. Podrías romper el espejo. Has elegido no hacer nada… por mí —dice Henry—. Quiero que lo recuerdes siempre.

A Sam le tiembla el pecho. Se escapa un ruido húmedo de su boca, como si intentara pedir ayudar. Adrian le agarra por el brazo.

—Llévalo al arroyo. —Henry no se ha movido, pero su voz es más fría.

Adrian suelta a Sam de golpe.

—No.

—Está acabado —dice Henry, y siento el hielo esparciéndose por mi mente—. No queda nada; aunque tampoco había mucho con lo que empezar. Termínalo. Dale una historia, como hiciste con Houck y ese otro chico.

—Henry…

—¡No es suficiente! Necesito más. —Su voz es un quejido. Adrian se estremece al escucharla—. A mí tampoco me ha llenado. ¡Deshazte de él!

Adrian no responde, no protesta. Sé lo que hace. Sigo queriendo gritar.

Henry da un paso adelante y agarra con sus pálidas manos las mejillas de Adrian como si fueran pétalos de una flor.

—Shhh. Shhh. No se ha perdido, solo ha cambiado. Tú mismo lo has visto. Todos tenemos algo inmortal.

Henry lo suelta y Adrian cae de rodillas, como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas. Se gira hacia Sam. Todavía está sentado muy recto, como Adrian aquella noche, atrapado por algo en su interior, pero no se le mueve el pecho. Tiene los ojos en blanco. Quiero que Adrian se disculpe, que ruegue piedad.

Sin embargo, se levanta y tira violentamente de Sam con un gruñido; tiene moratones en el dorso de ambos brazos, y se lo lleva apretado contra su pecho hacia la puerta.

El recuerdo parpadea. De vuelta en el claro, la noche de luna nueva. Casi no hay luz. Adrian lo tumba con cuidado, como si lo estuviera dejando en la cama, sobre una almohada de agua helada. El arroyo fluye alrededor de la cabeza de Sam, alrededor de los pies de Adrian, mientras él se arrodilla y, con un roce muy ligero, toca la cabeza de mi primo para meterle la boca y la nariz bajo el agua. Sam ni siquiera forcejea.

Pasa toda una vida hasta que se levanta, dejando a Sam inmóvil a sus pies. Henry le toca la nuca.

Adrian se convierte en piedra.

«Odio», dice el Henry espectro. Su voz vacía está lo bastante tensa como para partirse. «Muchísimo… odio. Todo para mí».

CAPÍTULO 41

Me despierto con dolor. La sangre fluye por el interior de mi brazo. Sigo sobre el regazo de Adrian. El fuego ha quedado reducido a unas ascuas brillantes. Tengo la piel cálida, demasiado, pero debajo estoy helada… y rota. Todo lo que una vez fue Marin se ha resquebrajado y se ha vuelto a pegar alrededor de oscuros trozos de miedo. Lo noto en cómo la tensión de mi garganta no ha cambiado, ni se ha aflojado, desde que el fantasma de Henry clavara sus dientes en mi corazón.

Fuerzo los ojos para enfocar. En el espejo quebrado veo a Adrian rodeándome, con las piernas inclinadas al lado de las mías y un brazo demasiado apretado por mi vientre, el otro levantado, con el cúter manchado de sangre en la mano. Todo lo demás está… mal. Tiene la cabeza torcida hacia atrás y la mano de otra persona en su cuello, con una pistola entreabriéndole los labios.

—Veo que habéis estado ocupados.

Las palabras arrastradas de Henry llegan hasta mi oído como un veneno. Todo lo que ha dicho en mi cabeza se hace realidad al instante. La misma voz, el mismo chico que ordenó a Adrian matar a mi primo y lo disfrutó.

El vacío retorcido del centro siempre ha sido él. Y Adrian, sus manos dispuestas a rellenarlo. Nunca se ha tratado de Sam. Él no

era más que otro sacrificio. Timothy Houck. Oliver Silven. Sam Bullvane. Todos intentos de convertir a Henry en lo que una vez fue.

Si dice la verdad sobre que necesita que lo llenen y arrebata un alma tras otra ante el espejo para saciar su hambre…, y por qué no iba a decir la verdad cuando solo estaban él, Adrian y Sam en la habitación; la oscuridad, el Diablo y tú. Entonces, ¿por qué no se ha llevado a Adrian?

¿Por qué cada vez que Adrian se arrodilla delante de su altar ensangrentado, Henry permite que sea el único que vuelva?

—Tenías que interrumpirme cuando mejor me lo estaba pasando con Baz. ¿Pensabas que no lo sabría? Soy quien está aquí. Separar. Empalmar. Romper.

Son susurros como patas de araña que tejen una tela a nuestro alrededor. No sé a quién de nosotros van dirigidos, y no puedo verlo nítidamente en el espejo. En mi mente, esa voz llega de una cara sin ojos, solo huecos. El miedo me tensa los músculos. Yo me opongo y tuerzo el cuello, aprieto contra Adrian con la necesidad de ver, con la necesidad de demostrar que esto es real. Mi mente es mía, aunque aún esté llena de pesadillas.

—¿Sabes qué, Graves? Creo que yo tenía razón. Ahora que la he probado, creo que por fin podría llenarme. Hay muchísimo odio. Muchísimo amor. Todo por mí.

El cuello de Adrian se mueve al intentar tragar. La sangre de donde el metal le ha arañado las encías serpentea entre sus dientes. Tensa el brazo y luego suelta el que me sujeta por el vientre. Me separo de él de un salto, corriendo a gatas hacia la chimenea. Cojo el atizador y lo levanto antes de girarme hacia Henry y el arma en la garganta de Adrian.

—Suéltalo —digo.

Adrian gime. Henry mueve la cabeza, como si viera el cuerpo del sonido e intentara separarlo. Ya le está cambiado la cara. Suelta la tensión del odio y la convierte en pena. Lo está haciendo por lo que se ha comido de mi interior.

Primero, odio; el de Adrian o el mío, no lo sé. Ambos, todo por él. Ahora, pena por Sam. El sentimiento que Henry ha consumido de mí. Todo está entrando en él.

—Para —digo enfadada, no asustada—. No lo hagas.

—¿Que no haga el qué? ¿Esto?

Henry mueve el ángulo de la pistola con la boca entreabierta mientras seca una lágrima con el hombro. La garganta de Adrian jadea. Suelta el cúter y agarra el brazo de Henry con ambas manos, cada tendón del cuello y los brazos tensos y apretados.

Henry arruga la cara, luego estalla con un sollozo. Es casi insoportable mirarlo. Sus labios carnosos y sus dientes tan blancos, tan inapropiados como el sol a medianoche. Hay demasiado de él y demasiado poco de mí.

—No puedo. No puedo parar. Estás demasiado rica. ¿Verdad, Graves?

Cada estallido de angustia que retuerce a Henry hace temblar a Adrian. Se desliza una lágrima por el lateral de su cara, igual que la de Henry.

Henry acaricia con el pulgar el seguro desbloqueado de la pistola.

—Suéltalo —susurro.

Henry parpadea, como si no supiera de qué estoy hablando. Me mira.

—Oh. —Desliza el dedo hacia el gatillo—. Esto. No sufras. A él le

gusta. ¿A que sí? —La mano de Adrian se mueve despacio por el brazo de Henry, luego vuelve a subir. Lo está acariciando—. ¿Ves? Lo desea. Sabe que luego, cuando me alimente de él, será muchísimo mejor. Está entero. Está a salvo. Soy yo el que se queda sufriendo. Soy yo el que lo ha perdido todo. Pero él ya te lo ha contado, ¿no…, Jamie?

Hace una pausa antes de pronunciar el nombre, una pausa que no me gusta.

—Dos chavales y un árbol de Navidad. Uno se cayó y el otro no iba a permitir que muriera. Conozco mis verdades. También conozco las tuyas, Jamie. ¿O debería decir… Marin? —Inclina la cabeza y me sonríe mientras unas lágrimas le surcan el rostro. Sé, sin ninguna duda, que todo, absolutamente todo pasa por su sombra hasta él—. ¿Cómo quieres que te llame? Quiero hacer lo posible para que te sientas segura conmigo.

Intento hablar, pero mi garganta apenas deja pasar el aire, mucho menos salir las palabras. Me tiene acorralada y está disfrutando de cada segundo.

—Jamie Vane es un tributo muy bonito a Marin James y Sam Bullvane. Creo que lo utilizaré. —Mira hacia abajo y acaricia las líneas magulladas de la frente de Adrian, chasqueando la lengua—. Tú lo sabías, ¿verdad?

Adrian mueve el cuello con un movimiento de atrás hacia delante tan leve que casi no se percibe. Un «no, no, no» mientras sus ojos taladran los de Henry. Suelta un sonido como un gruñido, amortiguado por el cañón de la pistola.

—Y no me lo dijiste… —Henry se queda callado y su tono pasa a ser un susurro vicioso—: ¡A mí!

Estira el codo y empuja el arma más adentro. El cuerpo de Adrian cruje con tensión y se le arquean las caderas. Cierra los ojos. Levanta las manos temblorosas, buscando a tientas, hasta que sus dedos encuentran los que quieren y se extienden por las mejillas de Henry. Este se gira. Las manos de Adrian amortiguan las palabras de Henry, pero la habitación está tan silenciosa que puedo escucharlas:

—Ven aquí, Jamie.

Adrian deja de mover los dedos. Henry frota su mejilla por ellos, y con su propio movimiento sustituye aquella repentina inmovilidad. Saca la pistola de la boca de Adrian y me apunta a mí.

Un miedo intenso corre desenfrenado por mi cuerpo, me hace pedazos desde el interior más rápido que cualquier fantasma.

Voy a morir. Y nadie sabrá nunca la verdad.

De pronto, Adrian se abalanza hacia delante y golpea con fuerza el brazo de Henry hacia el suelo. La pistola estalla. Una bala atraviesa el suelo de madera. Me pongo de pie con el atizador en alto. Las maldiciones pintan la habitación de negro. Adrian se retuerce hacia un lado y jadea sobre la moqueta desgastada, agarrando con un brazo a Henry por la muñeca. El arma se balancea al final de su mano, hipnotizante como una cobra metálica.

Henry me mira, pero no se repite. No hace falta. Conmigo no. Doy un paso hacia ellos. Me paso una mano por el pelo con los ojos clavados no en Adrian, no en el arma, sino en él. Sé dónde está el verdadero peligro.

—Arrodíllate —dice.

Mis pies se detienen. Me humedezco nerviosa los labios.

—¿Por qué?

Henry se incorpora, elevándose por encima de los hombros de

Adrian, mientras una respiración larga y lenta le estira la espalda. Aún tiene los ojos rojos por las lágrimas, pero ya no los llena la pena. Ahora es todo él. Casi entero, pero solo casi. Presiona la pistola en el hueco bajo la mandíbula de Adrian.

—Hazlo —dice Adrian.

Las palabras apartan la pistola. Quiero volver a escuchar su voz. Quiero que me diga que no pasa nada.

Henry lo manda callar y le tira del pelo hacia atrás. Quiere este instante, y a mí, solo para él.

—Porque Graves tiene que aprender una lección, y he pensado que igual tú lo disfrutas.

No puedo evitar la forma en la que se agrandan mis ojos. Henry se da cuenta, igual que se da cuenta de todo. Siempre está observando, siempre está recordando, rastreando detalles sobre nosotros que a mí se me han escapado por los dedos. Si me niego, lo único que conseguiré será demostrar que ha encontrado una debilidad. Ni siquiera importará por qué; si se me eriza la piel, es porque odio todo esto, porque lo odio a él, odio la sensación de sus labios sobre los míos…, o tal vez simplemente sea que me odio a mí misma. Henry indagará en eso y encontrará el núcleo supurante.

Me arrodillo. Suelto el atizador junto a mi pierna. La pistola cae de la barbilla de Adrian. Su mano agarra la de Henry con alivio.

—Bésalo —dice Henry.

El movimiento en las cejas de Adrian es la única prueba de que alguno de los dos lo hemos oído. A centímetros, atrapados en el instante de antes, el arma cae al suelo y ninguno de los dos intenta correr. Es Henry, en el fondo de toda esta tensión, quien tensa nuestras cuerdas con sus dedos. Tira aún más hacia atrás de la

cabeza de Adrian, lo bastante para poder inclinarse fácilmente y arrastrar sus dientes por la oreja.

—No seas amable.

Los ojos de Adrian caen a los míos, agitados con algo con lo que sé que se deleitaría la sombra de Henry. Se me acelera la respiración cada vez más, cuanto más me mira. Henry suelta el arma en el suelo al lado de la rodilla de Adrian. Ya no la necesita.

Me tiene a mí.

—Dijiste que solo tenía que mirar —murmuro.

Me estoy escondiendo, y no solo de Henry.

Henry se muerde el labio, como si intentara reprimir otra risa.

—Piénsalo bien. ¿De verdad dije eso?

Levanta un dedo hacia la barbilla de Adrian y se lo engancha en el labio; al principio, con fuerza al principio, luego lo suelta, con delicadeza, convirtiéndose en una caricia que tranquiliza.

—Dijiste… —Observo que la respiración de Adrian empieza a calmarse, y entonces me doy cuenta de cuánto refleja la mía. ¿Me está dando pie él a mí… o yo a él? El calor me colorea las mejillas—. Dijiste… que yo…

Henry le clava las uñas a Adrian en el cuello.

—… Lo disfrutaría —añado a media voz.

—¿Y estás disfrutando?

Sacudo la cabeza sin decir nada. Un grave rugido de sirenas resuena en la oscuridad. Luces rojas y azules en los árboles fuera de la ventana. La policía, alertada por el disparo. Qué prisa se dan cuando los necesitan en Huntsworth.

—Te entiendo. Sé que hay cosas que es mejor probar que ver. —Henry se estira hacia delante y me agarra por debajo de la

mandíbula. Siento su dedo húmedo y cálido contra mi piel. Baja la voz como si fuera a contarme un secreto y me arrastra hacia Adrian. No opongo resistencia. En mi mente solo hay ruido blanco y la sensación del dedo de Henry temblando donde me roza la mejilla—. Te lo juro…, va a odiar cada segundo.

Adrian está tenso, retraído y alejado, aunque Henry me está sujetando a mí, no a él. Tiene los ojos cerrados y la mandíbula apretada. Un cuerpo que grita tortura.

—Si lo prometes. —digo, sin reconocer mi propia voz.

La mano de Henry me deja sin más apoyo. Tengo que acabar con esto, dice ese movimiento. Sus palabras, su voluntad…, pero mis actos, mis labios, mi cuerpo moviéndose por él. Adrian arruga los labios, pero le robo todo lo que está a punto de decir cuando inclino la cabeza y presiono los labios alrededor de su mandíbula. Mitad mordisco, mitad beso, que desaparece cuando me aparto. Me paso la lengua por los labios y los abro. No ha sido el beso que quería Henry, pero nunca me ha gustado darles a los chicos de Huntsworth lo que quieren.

Antes de que yo pueda decir nada, Adrian se mueve. Aparta la mano de la pierna de Henry para agarrarme el cuello y acercarme a él. Ahogo un grito para cuando nuestras bocas están a un aliento de distancia. Sé que está sufriendo. Tiene el ceño fruncido, los labios retraídos sobre los dientes, la mandíbula apretada, enroscada, hasta que la tensión le bloquea el torso. No quiere besarme.

¿Cuánto de lo que Henry ha visto en mi interior lo ha visto también Adrian?

—Tiene razón, ¿verdad? —susurro.

Las sirenas se escuchan más cerca, están en la puerta del edificio.

Se apagan todas a la vez, sumiéndonos en el silencio.

—Siempre tiene razón —dice Adrian—. Pero nunca por el motivo que tú crees.

Me tira de la nuca. Yo me resisto y me mantengo lejos. Si él no quiere esto, yo tampoco. Siento el roce de su aliento. Me acaricia la piel y me calienta.

Sé lo que he visto en mi cabeza. El asesino de Sam sigue vivo y me han dado la posibilidad de dejarlo morir o besarlo… y que siga vivo. Sea como fuere, Henry gana, porque, sea como sea, le pertenezco. Soy suya porque él mató a Adrian por mí; o soy suya porque soy igual que Adrian.

Pero, si lo mantengo con vida, de momento, entonces Adrian es mío.

Él nunca habría matado a Sam de no ser por Henry. Es Henry quien se merece morir. Es Henry quien debería estar muerto y está vivo, más vivo que ninguno de nosotros. Y solo hay una persona a la que Henry se ha negado a drenar para seguir así. Su mejor amigo, el chico al que salvó cuando todo su mundo ardió.

Su debilidad.

Despacio, como en un sueño, me acerco a Adrian. Nuestros labios se encuentran, luego se funden. Me muevo a un lado; él se queda recto, hambriento. Apenas nos movemos. El beso se convierte en una naturaleza muerta… hasta que un gemido rígido resuena en el pecho de Adrian. El sonido de la rendición.

«Mío. Todo mío».

Separo los labios, le paso una mano por el cuello, luego más abajo. Le tiro de la camisa en un intento de enterrarme en él. Le tiemblan las manos al agarrarme el pelo y tirar de las raíces; tiene

los ojos cerrados, no errantes, miran hacia dentro en lugar de buscar una presa. Nos separamos; él da una bocanada de aire; nos unimos de nuevo.

Henry me pasa la mano por la mejilla. Un roce frío y ligero. Mis labios dejan de responder al hambre de Adrian. Entreno a mi cara para que parezca tranquila, controlada, nivelada mientras Adrian se inclina hacia mí en busca de más.

Un clic metálico llena la habitación en silencio. Henry mira hacia abajo y ve el cañón de su pistola apuntándolo. Estaba tan ocupado observando nuestras bocas que no ha prestado atención a mis dedos.

—Dime por qué Sam tuvo que morir —pregunto.

Henry se queda boquiabierto, en una imitación tan perfecta de la sombra de mi cabeza que unas lágrimas calientes e involuntarias me escuecen en los ojos.

—Jamie —dice—. Jamie, Jamie. Ya te lo he dicho. Llevo diciéndotelo desde la primera vez que preguntaste en el claro.

—Dímelo claramente.

Levanto la pistola hasta su cara. Tengo que saber si el plan que está rebuscando en las partes más oscuras de mi voluntad va a funcionar.

Su suspiro lánguido se burla de mi arma.

—Si es lo que quieres. —Se señala el tatuaje—. Aquel día se me acabó el tiempo. Morí. Asfixiado y aplastado bajo una tabla ardiendo. Graves no fue capaz de quitármela a tiempo. No pudo salvarme. Lo único que pudo hacer fue rogar.

Desliza un dedo por los labios de Adrian, y sé, sin lugar a dudas, que jamás pensaré en el beso sin pensar también en Henry. Algo se

retuerce en mi interior. El duelo, lleno de rabia por perder un amor que nunca tuve. He perdido mucho tiempo pensando que era Henry el que me conocía, cuando siempre ha sido él. Pero cualquier cosa que hubiera podido ocurrir entre nosotros tiene que morir. Solo queda Henry.

—Alguien te escuchó, ¿verdad? —dijo Henry—. Mi alma se marchó, pero no fue demasiado lejos. Se quedó atrapada en el espejo que colgaba de una pared derrumbada sobre nosotros, observando atentamente a un chico desesperado por salvar a su mejor amigo. Cuando los bomberos consiguieron sacar mi cuerpo, mi alma intentó volver a él. Pero el calor y los cristales juegan casi tan bien como tú y yo, Jamie. El cristal se rompió, y yo… me quebré.

En el claro. Sí que me lo dijo. «Si sacas el alma del cuerpo, y el cuerpo muere, pero el alma no, ¿se ha producido una muerte?».

—Aquella noche hablabas de ti.

Henry asiente con un movimiento lento, una suerte de baile depravado.

—¿Cómo se mantiene viva un alma? ¿Qué era lo que decía Rousseau? La cita que te gustó tanto que la subrayaste en tus pequeñas conversaciones. Ah. Ya me acuerdo: «El hombre que más ha vivido no es el que más años ha cumplido, sino el que más ha experimentado la vida».

Ha leído nuestras palabras, o las ha sacado de nuestros corazones. Para eso eran antes. Quizás, incluso, fueran el motivo por el que Adrian lo dijo. Para Sam. Para Timothy y Oliver. Para alimentar a Henry. Para intentar volver a llenarlo de vidas vividas al máximo. Pero no se puede llenar el vacío.

—¿Por qué la muerte de Sam no estaba en la caja de debajo de tu

cama? —le pregunto a Adrian—. Están todas, menos la suya.

Henry responde por él.

—Estaba. Hasta que llegaste tú. Al descubrir que habría terminado demasiado rápido con nuestro juego, la quemé. — Mira hacia la ventana. Las luces azules y rojas golpean contra el cristal y se mezclan con el blanco anterior—. Una pena. Nos hemos quedado sin tiempo justo cuando has empezado a hacer preguntas interesantes. La policía también está aquí ahora. ¿No crees que Graves debería ir a averiguar por qué?

Adrian se tensa. Henry mueve la pierna para dejarle espacio. Ese pequeño gesto es lo único que necesita para levantarse del suelo. Tienen asumido un lenguaje silencioso de control y sumisión. Adrian se marcha sin mirarme ni una sola vez. No voy a permitir que eso me afecte. No si me quedo aquí, con Henry, en lugar de ir detrás de él.

Pero Henry también se levanta. Se alisa los pantalones y se endereza el cuello de la camisa. Se gira hacia la puerta, como si el arma que tengo en la mano no fuera más que un juguete, cuando una bala acaba de perforar el suelo a mis pies hace un momento. Tiro la pistola al sillón, asqueada conmigo misma por confiar en ella.

—¿Te marchas? —pregunto.

—Quiero ver la cara de Graves cuando se entere de por qué han venido.

«Por mí», pienso. Tiene que ser por eso. Baz le ha contado a su madre lo que he hecho, y el sheriff Barron ha venido para hacer que el peso de la ley caiga sobre la pueblerina que soy. No va a llevarme a casa; me llevará a la cárcel. Tengo que coger el anillo de mi madre

y salir corriendo antes de que venga a por mí. Pero volveré. Terminaré lo que he empezado.

—No le va a sorprender tanto.

Henry se da la vuelta y me da un beso en la frente. Me siento como una muñeca.

—Eres un juguete superdivertido —dice—. Toma, un premio.

Me coge de la mano y me saca al pasillo; llegamos a la mitad y se da la vuelta. Entonces el pasillo oscuro resplandece con las luces de las sirenas que entran por una ventana hacia el patio frontal. Henry se detiene junto a ella y tira de mí para que me ponga frente a él. Tres plantas más abajo, hay una ambulancia, un coche patrulla y un camión de bomberos aparcados de cualquier manera. Los sanitarios, con el uniforme verde claro, bajan una camilla por los escalones de la entrada y pasan junto a la directora Delgado, que anda en chándal y con zapatillas de estar por casa. Agarra el borde de la camilla y los obliga a parar.

Se abre una puerta lateral. Adrian corre por el patio y se tropieza cuando se acerca. Grita.

—¿A quién se van a llevar? —pregunto asustada.

Delgado no se ha movido. Un médico le coloca las dos manos sobre los hombros. Está intentando apartarla.

No puede ser lo que estoy pensando. Yo la dejé viva.

—Dejaste un escenario muy tentador, Jamie. Ha sido imposible no terminar lo que empezaste. —Apoya la barbilla sobre mi hombro y me roza el cuello con la nariz—. Yo mismo la sujeté mientras le daban las convulsiones, como sabía que tú querías. Me puse guantes. Por eso las huellas que encuentren en la jeringuilla serán

solo tuyas, ¿verdad? No tengas miedo, Jamie. No sería capaz de fastidiarte la diversión.

Baz.

Es… Baz.

La ambulancia se va. Me ceden las rodillas. Henry me sujeta de pie. Yo lo empujo, prefiriendo el abrazo de la gravedad a su tacto vacío.

—Recuerda —dice—: el odio no es tan diferente del amor.

Se marcha. Clavo los dedos en el alféizar. La pintura se descascarilla. Araño más, y más, hasta que me destrozo las uñas y la carne de abajo empieza a rasgarse. Todo esto es por mi culpa. No puedo apartar la mirada, no hasta que la puerta debajo de mí se abre y Henry sale al jardín. Levanta una mano y me saluda mientras camina hacia donde está Adrian, descalzo bajo el brillo de las luces del camión de bomberos. Adrian se da la vuelta y le da un puñetazo a Henry. Este dobla la espalda y los esquiva fácilmente con las manos en los bolsillos. Toca el lateral del cuello de Adrian y el otro chico se derrumba sobre él aferrándose a sus hombros.

Me ha dejado para ir a sentir la angustia de Adrian. Me ha dejado a unos pasos de su pistola cargada. Del cúter de Adrian, tirado en el suelo con la cuchilla expuesta. Podría correr. Podría defenderme. Podría matarme. Podría matarlos a todos. A él le da igual. No le da ningún miedo este juego.

Pero debería dárselo. Al fin y al cabo, sé qué es a lo único que le tiene miedo.

A morir.

CAPÍTULO 42

En Huntsworth me he sentido fuera de control todos los días. Algo más grande que yo me ha estado impulsando hacia delante, aunque me dirigiera directamente a un precipicio. Amor, pensaba; por Sam, por mí, por este lugar, puede que hasta por uno de los chicos de aquí. Probablemente, el Henry espectro estaba más cerca de la verdad. Egoísmo. Lo mismo, lo mismo.

Abajo, las chicas lloran con hermosura y comprueban mirando entre los dedos cuándo pueden parar. Ya había decoraciones colgadas, habían recogido los sillones de cuero y colocado en su lugar mesas altas. Todo preparado para la multitud. Esta escuela no está hecha para el duelo. Barre la tragedia debajo de la mesa y la almacena en una esquina para que lidien con ella los mortales, mientras ellos se atiborran a canapés y gambas frías.

Henry y Adrian están en el hospital. Supongo que eso significa que Baz también, o su cuerpo, al menos. Si alguien muere antes de llegar a Urgencias, ¿aun así aparcan y meten la camilla en el hospital? ¿O simplemente dejan las puertas cerradas y estacionan en la morgue?

Baz.

Puede que ya no esté. Adrian tampoco, o como si no estuviera; Henry se ha arraigado demasiado profundamente a su corazón. Nadie va a terminar esto, excepto yo. Primero entro en la biblioteca,

luego en el comedor; lo hago por una puerta lateral para dejar lo que tengo que dejar. Mi plan se está formando, desarrollándose a espaldas de las confesiones de Henry, las cosas que dijo para intentar romperme, para atraparme, pero lo único que está haciendo es darme armas.

Cuando vuelvo a mi apartamento, veo una sombra oscura colgada de la puerta de mi habitación. La ropa limpia de alguien, envuelta en papel de embalar de color vino. Me estiro todo lo que puedo y tiro con delicadeza; todo cae despacio sobre mis brazos. Deslizo la mano entre las hojas de papel para separar una pegatina plateada que las mantiene cerradas. El papel se abre y deja ver un largo vestido negro con una tarjeta clavada en la percha. «H», dice, y nada más.

«Estarías despampanante con un vestido». Henry lo ha elegido para que me lo ponga. Todavía quiere ir conmigo a la Liberación.

Paso los dedos por la línea del cuello, atrapada durante un instante por la sensación de una tela hecha para que la acaricien. El vestido sale con facilidad de la percha. El satén, resbaladizo como su sonrisa, con una caída ligera por el pecho y una raja provocativa por el lateral. Un bolsillo, fabricado con astucia para que no se vea en los dobleces del vestido, justo por debajo de la cadera. Lo único que destaca es una cremallera de oro rosa en la espalda, una sencillez que grita dinero.

Todo. Lo ha pensado todo. Y ahora, si no hago lo que quiere, tiene pruebas más que suficientes para colgarme la muerte de Baz. Ambos sabemos que la ley no va a esforzarse por ayudar a una chica de Amberdeen.

Quiere introducirse en mis dos vidas como una segunda piel hasta que por fin quede saciado. Cada beso, cada pregunta, cada brillo de

acero a medianoche; los ha encontrado todos y se los ha quedado para él. Le da igual que lo odie o lo ame, siempre que él sea el sol en el centro, quemándome viva o agradeciendo la bendición de la luz.

El vestido se desliza por mi piel desnuda. Está confeccionado por una tela tan negra que brilla bajo la luz tenue de la habitación. Me paso las manos por las caderas y siento el satén frío bajo las palmas. Ni siquiera los soles se pueden resistir a la atracción de un agujero negro.

Se abre la puerta. Entra Adrian con pasos demasiado lentos y los ojos atormentados por la medianoche, pero tan aterradoramente guapo como la primera vez que lo vi. Es una estética, una colección de estados de ánimo y de ángulos impresionantes, pero, al moverte a su alrededor, no hay ningún núcleo que lo mantenga todo unido. Henry se lo ha llevado todo. No queda nada de él, apenas un recipiente vacío y la palabra «pecador».

—Te estaba esperando —digo.

Aprieta los labios en una línea fina y blanca, como si intentara evitar que se le escapara el aire de los pulmones. Tengo la cremallera abierta; el tirante del vestido se cae. Me lo vuelvo a colocar; observo cómo mira atentamente el movimiento, lento y deliberado. Lo hace atentamente.

—Dime cómo está. —Lo agarro por el brazo.

Me mira directamente con los ojos afligidos. No necesito más respuesta. Ahora él también sabe qué se siente al perder a alguien. El duelo que deja su muerte.

Baz no está.

—Tienes que solucionar todo esto —dice.

Aparta los ojos de los míos. Siento cómo se marchan, como si arrancara una venda de una quemadura.

Una vida por una vida. Sam por Sam. Pero Baz era la debilidad de Adrian, y no era a él a quien tenía que castigar. Ella ha sido mi error.

Era mi amiga.

No puedo controlar la risa, tanto que me cuesta respirar. Me estoy riendo. Me estoy ahogando en lágrimas. Agarro a Adrian con las dos manos y lo obligo a que me sostenga de pie.

—¡Tienes que solucionar lo que he hecho! —grita.

—Qué… —No puedo, es demasiado—. ¿Has sido tú? No, ha sido… —yo—, Henry.

—¡No! —Me suelta una de las manos; me enderezo. Todavía estoy temblando. Es por la risa, me digo. Solo es por la risa—. Si hubiera dejado que él se muriera ella todavía seguiría aquí. Todos estarían aquí.

Me suelta la otra mano y se tambalea hacia atrás. Tan suave. Tan fácil de romper. Solo tenía que perderla a ella y ganarme a mí. Es hilarante que pensara que este chico era de piedra.

—No es algo que tenga que solucionar yo. Tú eres el que tiene que detener a Henry.

Calma, Marin. Tranquilízalo. Es muy frágil. Si no mantienes la compostura, se derrumbará antes de que puedas verlo. Salvarlo siempre ha sido la elección correcta. Lo necesito. Es mío.

Se arrastra los dedos por el cráneo y se los clava con tanta fuerza que dejan una marca roja al soltarse. Luego se quiebra. Coge un montón de libros de la estantería, todos los que sé que usa para dibujar —Henry, Henry, Henry—, y gruñe mientras los lanza por la ventana. No puede solucionarlo.

—Tú sí puedes hacerlo —digo. Esta vez, cuando sacude la cabeza, el movimiento es más débil. Más centrado. Está dejando que sujete sus filos dentados—. Solo tienes que hacer lo que mejor sabes hacer.

Se gira hacia mí. «¿Qué?», me dicen esos ojos.

Coloco mis palabras con cuidado, las alineo con cada pequeña fractura.

—Escucha a Henry. ¿Qué fue lo último que te pidió que hicieras?

Busca en mi cara con una expresión abierta y rogándome que le diga más. Me encantaría poder capturarla. Hay muchísima inocencia, muchísima belleza… y todo de un auténtico monstruo.

—En la biblioteca, Adrian. Cuando yo estaba con vosotros.

Cada palabra nos une más. Se le nublan los ojos y, por un momento, los dos volvemos allí. Las luces susurrantes por la ventana. El cuerpo de Baz cargado hasta la ambulancia. Henry.

—Ve con Baz —dice Adrian, haciendo resonar el significado de las palabras de Henry—. Pero está…

Yo asiento y observo cómo le llega la libertad de lo que viene después.

—Prepárate para la Liberación, Graves.

Aparto la mano de él. Entra en el baño. Escucho el grifo de la ducha. Voy hacia mi cómoda y abro el primer cajón. Tal y como prometió Henry, la jeringuilla con mis huellas descansa junto a cuatro pequeñas pastillas blancas. Me lo meto todo en el bolsillo del vestido… y sigo buscando.

El fondo del cajón está vacío. Paso la mano por todo el largo. No hay nada.

No puede ser. Me agacho para mirar mejor, aparto la ropa a un lado, la saco, la sacudo una a una pero no hay nada más que ropa.

Sé que lo dejé aquí. Miro en los demás cajones; a lo mejor no recuerdo bien en cuál lo metí. Todos están llenos únicamente de la ropa de una chica de Huntsworth. El anillo ha desaparecido.

Me llevo las manos al cuello, como si las últimas semanas no hubieran pasado y no lo hubiera roto, y estuviera donde debería estar antes de que Henry me lo arrancara. Un momento.

—Henry.

Me doy la vuelta y cruzo el pasillo hasta su apartamento. Dos pasos, es lo único que consigo antes de detenerme. Se lo ha llevado. Ha debido de sentir su importancia cuando se metió en mi cabeza. Ese pequeño aro de plata. La frágil esperanza de una chica, después de esto, tuvo que resultarle irresistible. Pero jamás lo dejaría en algún sitio en el que yo pudiera encontrarlo. Buscarlo es una pérdida de tiempo, y ya casi no me queda.

Ya no puedo huir de nada de esto. No hay anillo. Hay salida.

Así que así es como quieres que acabe todo, Henry Wu.

Paso una última vez la mano temblorosa por el fondo de todos de los cajones. Luego los cierro y entro al baño. No hay casi nada de vaho, pese a que el grifo está abierto. Una sombra borrosa se mueve contra la cortina de la ducha. Adrian no dice nada, y yo tampoco. Enciendo su hervidor de agua, me saco tres pastillas del bolsillo y las aplasto en el culo de un vaso vacío. Luego añado el agua hirviendo y remuevo hasta que desaparecen. Meto la jeringuilla en el líquido y la lleno de veneno.

Me paso los dedos por el pelo para apartármelo de la frente y para mirar mi reflejo en el espejo. Yo también tengo que mantener la compostura. No tiene color en las mejillas, lo único que le da un poco de sombra es la empinada inclinación de los pómulos. Tiene los

ojos febriles. Ya no puede guardarse todo lo que no ha conseguido de ellos. Se supone que debía poder irse. Un pequeño apartamento soleado en Nashville con cojines, cortinas y estanterías llenas de libros la estaba esperando. Esta no era su vida; era la vida de Jamie.

Henry lo tenía todo pensado. Me arrebató a mi primo. Me arrebató a mi amiga. Me arrebató mis recuerdos. Y ahora me ha arrebatado mi futuro.

Pero yo no vine aquí por ninguna de esas cosas. Vine aquí por mí, y todavía no me la ha quitado a ella. No aparto la mirada de la chica del espejo. Dejo que mi mente se abra. Mirar en lo más profundo, donde su sombra aún no ha tocado.

Soy ira. Soy duelo. Soy un vaso sin fondo de odio y pienso verterme en Henry hasta que se ahogue en mí.

Se cierra el grifo. Se abre la cortina. Los ojos de Adrian encuentran los míos en el espejo. Las gotas de agua se le acumulan en el hueco de la clavícula. Lo que hay más abajo está tapado por mis hombros y el marco del espejo. Se mueven los músculos de sus hombros cuando coge la toalla con una mano y se la envuelve alrededor de la cintura.

—No te has ido.

No me doy la vuelta. Él no tiene por qué saber que Henry me ha quitado esa opción.

—Pensaba que querías bailar conmigo.

—Quiero…

Una palabra, arrastrada desde su pecho para abrasar el mío. Una palabra es todo lo que consigo. Lo escucho salir de la ducha y marcharse. Intuyo un vistazo de la toalla envuelta alrededor de su

cintura y de las cicatrices que le cubren la espalda. Se abre el cajón de una cómoda y no se cierra. La ropa susurra sobre la piel.

Levanto las manos para apartarme el pelo del cuello. El vestido cuelga abierto hasta abajo y la cremallera reposa en la curva de mi lumbar.

—Hazme un favor —le grito.

Una planta o dos debajo de nosotros, escucho un portazo. Unas voces resuenan por el pasillo, amortiguadas pero alegres. En Killary, la vida toma el poder. En todas partes menos aquí, en este diminuto apartamento. Aquí no hay vida. Solo fracturas y deseos.

El suelo cruje con cada paso que da hacia mí. Aun así, no estoy preparada para la sensación que provoca su mano sobre mi piel. Los nudillos me rozan la base de la espalda, luego suben, una prueba indeleble de que estoy viva, de que siento… Y lo que siento es a él. ¿Qué más da qué es real y qué es mentira, si esto es lo que se siente? Lo bastante cerca para tocar, lo bastante cerca para acariciar, lo bastante cerca para partirme en dos.

La cremallera se desliza hacia arriba poco a poco, luego se detiene.

—Henry eligió este vestido para ti.

—Henry lo ha comprado —digo—. Yo elijo ponérmelo. Igual que tú vas a elegir ayudarme a hacerle pagar por Baz.

—Por todos —dice. Estira los dedos y se olvida de la cremallera para apoyarlos cálidos en mis hombros—. Por Sam.

Trazan la línea de cada escápula y bajan para envolverme la cintura. Cada movimiento es una declaración. «Tú ganas», me dicen. Se me enrosca el deseo en el vientre. De pronto, dudo asustada. No sé si puedo hacer esto.

Me sujeta con fuerza contra él.

—No debería haber salido así —murmura en la curva de mi cuello —. Se supone que tenías que odiarme. Tenías que irte.

—Lo he hecho bien a medias.

Le agarro la cabeza y tiro de él hasta que sus labios están sobre mi cuello. Él le da un beso a mi pulso.

Termina de subir la cremallera diente a diente, como si no pudiera soportar ver cómo desaparece la piel. Me doy la vuelta para mirarlo. Ya está vestido para la Liberación, de blanco y negro, y demasiado perfecto. Le desabrocho el último botón, le aflojo la corbata y dejo que todo el mundo vea los moratones. Sus ojos se hunden en mis labios, su mano me agarra por la cintura. El subidón salvaje de toda esta situación palpita por mi sangre como alcohol. Está incluso más guapo tan de cerca y tan desesperado. Por un instante entiendo a Henry.

Levanto la mano y le agarro la mandíbula. Mis dedos se curvan y lo invitan hacia delante. Se le entreabren los labios, acorta la distancia… Coloco una pastilla blanca en el centro de su lengua, expectante.

—Traga —susurro, y él obedece. No tengo que explicarle nada. Sabe que es así como todo el mundo piensa que murió Sam—. Necesito que me hagas otro favor. ¿Tienes tu teléfono?

Él asiente. Cojo el teléfono que me ofrece, abro la cámara y empiezo a grabar. Lo levanto hasta que aparece toda su cara en la pantalla. Frunce el ceño, luego lo suaviza. Lo veo en sus ojos. Henry lo llevó a la oscuridad. Quiere que yo lo saque.

Una pena que no sepa cómo hacerlo.

—Dime exactamente cómo tú y Henry Wu matasteis a Sam

Bullvane —digo.

Él empieza a hablar. Yo me quedo muy quieta y escucho atentamente su confesión. Palabra tras palabra, detalle tras detalle, todos marchando tan ordenados que pienso que lo tenía preparado, pero sé que no. Esto es lo que revive cada vez que deja entrar a Henry. Termina de hablar.

Dejo de grabar y abro su correo electrónico. Cargo el vídeo en un mensaje. De momento, se quedará en borradores. La policía no puede venir hasta que esté preparada para ellos. Vuelvo a meterle el teléfono en el bolsillo y engancho mi brazo en el suyo.

—Vamos a bailar.

CAPÍTULO 43

El vestido es negro y largo, y se arrastra por el suelo cuando ando. Abraza cada curva de mi cuerpo. No soy Jamie Vane, pero tampoco soy Marin James. Soy la cera de Descartes, que se derrite y se enfría, que pierde la forma y encuentra una nueva al mismo tiempo que la chispa de mí misma arde en el centro. Una brisa fresca mueve el aire sobre mí. Levanto la mejilla hacia ella y disfruto con cómo juega con mi piel.

Han desaparecido las pesadas mesas de madera, desmontadas y sacadas de allí, reemplazadas por islas delgadas y altas en espiral bajo la luz del candelabro. Un cuarteto de cuerda toca en una esquina, una melodía ligera y liviana, y mucho menos interesante de lo que ha tocado siempre Adrian. Hombres y mujeres con trajes caros y vestidos brillantes se separan cuando entramos en la sala común de Killary, midiéndome con expresiones que entiendo sin necesidad de espejos.

Henry está de pie junto a una ventana, al fondo, charlando con un reducido grupo de personas. Sus ojos pasan sin interés por encima de ellos incluso cuando él habla, como si buscara a alguien. Ahora entiendo cómo su forma de tratar a los demás hace que lo deseen más. Que los deje con ganas de más. Lo controla todo perfectamente, incluso a otras personas, con una forma que la mera existencia de Adrian solo puede imitar.

Henry me clava la mirada. Ninguno de los dos sonreímos.

Mientras me mira, envuelvo despacio los brazos sobre los hombros de Adrian. Escucho susurros a nuestro alrededor. Más allá de los susurros, tan distante que quizá solo sea un recuerdo, escucho un solo de violín. Triste, irregular, pero muy muy vivo.

Las manos de Adrian están firmes y anchas cuando me envuelven la cintura. Me aprieta fuerte contra él. Huele a menta y regaliz, y no puedo evitar sonreír. No todos los chicos huelen a cedro y pino. Ahora la música suena más fuerte, las demás cuerdas encuentran su sitio junto a las primeras. Me balanceo, luego doy un paso adelante, empujándolo a él hacia atrás. Él me deja que lo lleve. Nuestra historia sería muy distinta si él si hubiera impuesto alguna vez.

—Puedes enviarlo ya —digo.

Apoya la mejilla en mi pelo, luego interrumpe nuestro baile y saca su teléfono. Unos cuantos toques y vuelve a desaparecer en su bolsillo. Me envuelve la cintura con los brazos. Giramos, con la velocidad suficiente para que se difuminen las caras y las velas a nuestro alrededor. Él es mucho más fácil. Más ligero. No sé si es porque la droga ya le está haciendo efecto, o porque sabe que está a punto de ser libre. Empieza a tararear al ritmo de la melodía, con una vibración profunda que siento y escucho cuando apoyo la cabeza en su pecho.

—Qué música más bonita —susurro.

«No es música —espero que diga él—. Son solo notas», llevándonos de nuevo al principio, cuando era mucho más simple odiarlo.

Pero, sin embargo, dice:

—Solo he tocado para ti. —Su voz suena suave con una sonrisa,

una nota que nunca le había escuchado. Más que nada, quiero levantar los ojos y ver cómo le cambia la cara, pero me agarra la nuca y me aprieta los labios en la sien. No me deja verlo. Sabe que es posible que me haga cambiar de opinión—. Incluso antes de conocerte, la música siempre fue tuya. No sabes cuánto necesitaba… —Se le rompe la voz—. Jamás podrías parecerme fea. Eres la cosa más bonita con la que siempre he soñado.

Nuestras palabras. Mis miedos. Ya no solo están en ese libro. Él está aquí, es real, y no se espanta en absoluto de mí.

—Shhhh —susurro. Me cuesta hablar. Dejo caer una mano y la paso por la solapa de su chaqueta—. Baila conmigo. —Estamos lo bastante cerca como para que nadie, excepto él, vea mis dedos deslizarse por el bolsillo de mi vestido.

Agarro la jeringuilla, con la aguja sobresaliendo entre mis dedos. Está llena. No sé si va a ser suficiente.

—Por favor —dice, murmurando «Marin» contra mi piel.

«No puedo hacer esto sin ti».

Aprieto una mejilla contra la suya. La aguja atraviesa la fina tela de su camisa sin resistencia alguna. Sus manos convulsionan alrededor de mi cintura. Su respiración contra mi cuello con un siseo lento y cálido. Solo tengo que apretar el émbolo y meterle el veneno en las venas.

Mi pulgar no se mueve.

Su mano cae de mi cintura y se desliza entre los dos para cubrir la mía.

—No —digo con una desesperación repentina.

Henry tiene que perderlo. Tiene que perder todo lo que ha querido nunca.

—No pasa nada —susurra Adrian.

Aprieta la mano sobre la mía, presiona con el pulgar hasta que el émbolo se mueve y la droga se introduce en su flujo sanguíneo. Un único sollozo cálido me separa los labios. Aparta la mano. Tengo los dedos sueltos; la jeringuilla cae entre nosotros. Él la aplasta con la suela del zapato. Da un paso adelante, su pie entre los míos, me empuja hacia atrás.

—Perdóname.

Nunca volveré a ser la misma.

La música se intensifica. Adrian me guía en un giro amplio. Su mano aprieta la mía y tira hacia su costado para cubrir el lugar en el que le he clavado la jeringuilla.

—No sé si te dolerá —digo.

Aprieta la mandíbula. No dice nada. Quiero gritar. Quiero golpear las manos contra su pecho y obligarlo a ponerse furioso conmigo. Algo, lo que sea, porque incluso ahora, ahora, no puedo evitar seguir siendo egoísta. Quiero que el tiempo que hemos pasado juntos haya sido lo bastante importante para él como para que se oponga a esto. Sin embargo, me acerca más a él… y bailamos.

«No llores, Mare».

—¿Puedo interrumpir? —Henry le pone una mano a Adrian en el hombro.

La mano de Adrian se tensa en la mía. Da un paso atrás, me suelta la mano y dejamos caer los brazos. Henry espera. Adrian lo mira. Me preparo.

Él asiente sin decir una palabra y se aparta.

No. Esto no está bien. Tiene que morir aquí, conmigo. Siento muchas náuseas.

—Adrian —grito.

Se mete la mano en el bolsillo, luego la saca y desliza algo en el dedo meñique. No me mira. Se aleja unos pasos y la multitud se lo traga.

—Hay algo que no me estás diciendo —dice Henry.

Mi risa es lenta y está mezclada con bilis. Tengo que apretar los dientes para evitar que se derrame y se convierta en locura.

—Hay muchísimas cosas que no te he dicho.

—Te veo bien —dice Henry mientras me arrastra hacia él, aunque estoy todo lo contrario a bien.

No lo veo entre la gente.

—El vestido me queda perfecto.

—Y todo lo demás.

Henry arquea las cejas. Si fuéramos otras personas, lo querría por haber dicho eso, y solo eso. Pero somos nosotros, aquí, así que giro y dejo que los pliegues largos del vestido se me enreden entre los tobillos mientras busco en las caras que pasan por mi lado.

—Pero le queda perfecto a Jamie… —dice Henry—. ¿O a la prima de Sam Bullvane?

La brisa se revuelve al escuchar el nombre de mi primo, como si fuera un aliento frío que sube desde el infierno a reclamarme.

—A ninguna —digo.

Puede que el del espejo nunca fuera Sam. Aunque tal vez, solo tal vez, Sam está aquí ahora. Al fin y al cabo, si ahora mismo creo en algo, es en los fantasmas.

Henry tuerce los labios en una sonrisa.

—«¿Qué es, entonces, lo que puede considerarse verdad? Quizá solo esto: que absolutamente nada es verdad».

—«La duda es el origen de la sabiduría» —cito.

Quiere creer que por fin soy suya, en corazón y mente, y voy a permitírselo. Sam Bullvane y Marine James están muertos. Y Adrian…

En la superficie de las ventanas veo el reflejo de la Liberación en todo su esplendor. No puedo parar de buscarlo. Tiene que seguir en esta sala. No se marcharía. No si Henry y yo estamos aquí. Las luces y todos los cuerpos en movimiento brillan en la oscuridad a mi alrededor, por todas partes menos en un lugar a mi derecha. Ahí, el movimiento se detiene y el flujo de la fiesta se obstaculiza por alguien inmóvil.

Me giro hacia ese lugar y veo a Adrian observándome. Se rompe algo en mi interior por cómo tuerce los labios. Mis brazos se relajan alrededor de Henry. Me acerco hacia él.

La mano de Henry me agarra por el brazo.

—Quédate.

Por primera vez tengo la sensación de que está siendo completamente sincero, pero no sé si es por mí o por Adrian. Le sonrío, tan despacio y tan dulce como lamer una mancha de miel del pulgar. Estoy a punto de cambiarlo absolutamente todo por nosotros, y nunca me he sentido más en control. Mira cómo brillo, Henry.

—No, ven tú conmigo.

Me doy la vuelta, no pienso volver a perder a Adrian entre la gente, pero justo entonces alguien ahoga un grito de sorpresa en el otro extremo del salón. Está ahí, muy recto, utilizando a un hombre en esmoquin como bastón. A su lado, una mujer jadea frenéticamente. Una mancha de vino tinto se expande como una herida de bala.

—¿Qué le has hecho? —me dice Henry.

—Es culpa tuya, no mía.

Todo esto es por su culpa, y se lo arrancaré trozo a trozo, hasta que no quede nada. No puede arrebatarme lo que es mío y esperar no pagar las consecuencias. Adrian se aparta del hombre y da un paso adelante. Su cuerpo se vuelve lánguido, hasta que finalmente se derrumba, como una flor a la que cortan el tallo.

—¡Adrian! —grita Henry, tenso.

La gente se aparta de Adrian.

—Se ha desmayado un chico —escucho a una mujer decir con desdén.

—¡Otro borracho! —dice otra—. Qué lástima.

Una cara familiar aparece de entre la muchedumbre. Leckey chasquea los dedos a dos chicos de primer año con chaquetas de camareros blancas con el sabueso rojo cosido cerca de los puños.

—¡Sacadlo! —dice bruscamente.

Henry casi los ha alcanzado. Yo voy un paso por detrás. Empuja a los novatos y se arrodilla al lado de Adrian.

—¿Qué te ha hecho?

—Ella no… —dice Adrian.

Parece que se está ahogando con cada palabra. Sus ojos deambulan, me buscan en el muro de personas que nos rodean, pero sus pupilas son tan pequeñas que no estoy segura de que pueda ver nada, aunque me acercara lo suficiente.

—Yo.

Henry se encoge de hombros, como negando.

—¡Sacadlo de aquí! —repite Leckey.

Agarra a Adrian por los hombros.

—No lo toques —gruñe Henry.

Se rebusca en el bolsillo, saca un teléfono, marca y se lo lleva a oreja. Todo el cuerpo de Adrian empieza a convulsionar. Henry le agarra la cabeza con la mano libre y le gira el cuello a un lado. Cada movimiento delicado demuestra que yo tenía razón.

—Hola, hay una emergencia… —empieza a decir.

Me cuesta escuchar su voz por encima de la marea de preguntas que nos rodea. Todo está ocurriendo como yo quería. Los dos chicos. Mi audiencia. Su final. Unos minutos más y esta farsa habrá terminado.

Un color azul empieza a trepar por los labios de Adrian.

—Cuelga.

Henry me lanza una mirada sin dejar de hablar con Emergencias.

—Ya vienen de camino. No tardarán mucho. Él se ha encargado de ello. —Señalo a Adrian.

Henry no me cree. Levanto las manos y, despacio, sin apartar los ojos de Henry, por si veo alguna señal que me indique que va a saltar, me arrodillo al lado de Adrian. Le saco el teléfono del bolsillo de la chaqueta. Lo ha dejado desbloqueado, como si supiera que él no iba a estar aquí para cogerlo cuando yo lo necesitara.

Relajo la cara.

—Apártate de él —pide Henry.

Reproduzco el vídeo de la carpeta de enviados. Las primeras palabras de la voz grabada de Adrian se pierden en el ruido de las voces de la gente. Pero no tardan en callarse.

—… de confesión, voluntaria y sin extorsión. El lunes 3 de noviembre, yo, Adrian Hargraves y Henry Wu, asesinamos a Sam Bullvane de forma deliberada y consciente. Lo hicimos por diversión.

Lo hicimos porque pudimos, y nos merecemos pagar de la forma que estipule la Ley. El viernes, 12 de septiembre, Henry Wu y yo asesinamos de forma deliberada y consciente a Timothy Houck y…

El ruido estalla a nuestro alrededor.

Henry se lanza a por el teléfono. Unas manos lo agarran, pero él encoge los hombros para apartarlas. Le doy el teléfono. Quiero que vea de dónde he sacado el vídeo, y los correos electrónicos a los que Adrian lo ha enviado: al del sheriff Barron y al de un inspector de Nashville, conocido por dedicarse a investigar casos mediáticos y controvertidos.

—Lo ha hecho por ti —digo—. Vienen a por ti.

Henry aprieta la mano sobre el teléfono y mira el vídeo pausado con ojos furiosos y tensos. Luego su mirada se desliza hasta el suelo, y algo se quiebra en su interior. Golpea el suelo al lado de la cabeza de Adrian. Se le cae el teléfono de la mano como una cucaracha viva.

Leckey lo agarra por el brazo y le grita a la cara. Henry tiene el pelo suelto y le tapa el rostro mientras el hombre tira de él hasta ponerlo de pie. Otro par de manos lo agarran por los brazos. Empiezan a tirar de él hacia la puerta. Otra persona me agarra a mí por el brazo y me lleva en dirección opuesta. Ha funcionado.

Me han creído.

Miro hacia atrás por encima del hombro. Quiero ver a Adrian. Tiene que saber que hemos ganado. Solo veo cuerpos.

—¡Adrian!

Henry también ha desaparecido. La puerta principal está abierta. Alguien está gritando cerca de ellos.

Solo veo cuerpos.

De pronto, cae el candelabro. Una bola de fuego y latón vuela hacia nuestras cabezas y, luego, la cadena se engancha en un bloqueo de seguridad. Gira bruscamente por el salón. Una mujer grita. Latón y cera caen sobre el ladrillo de la chimenea. Las velas se derriten. Hay gritos cuando la cera cae sobre los cuellos desnudos, pisoteos de zapatos elegantes que intentan extinguir las llamas que caen del techo, y en todo ese caos, ahí está Henry, agachándose, cogiendo una vela y acercándola a un libro antiguo.

El libro se prende. Se extiende con facilidad de libro a libro, a los manteles, y por último a las cortinas. El humo empieza a subir desde los hombros de Henry.

«El odio es un vaso sin fondo —dice su mirada—. Y verteré, verteré su líquido sin parar».

—¡Fuego! —grita un hombre.

Es algo que él conoce. Adrian, él y el calor rojo de las llamas que mataron a su familia. Los teléfonos se iluminan por todo el salón, aunque las mujeres se estén levantando el dobladillo de los vestidos y los hombres no suelten sus copas. Todos juntos se dirigen a la puerta.

Un viejo sistema de aspersores salpica el techo enyesado. El humo se arrastra despacio hacia él. Cuando lo vuelvo a ver, Henry tiene a Adrian cogido por los brazos e intenta mantenerlo de pie. A Adrian se le cae la cabeza hacia un lado, tiene los ojos muy abiertos y blancos. Su cuerpo se sacude con fuerza. Se desliza de las manos de Henry. Me da un vuelco el corazón.

Los aspersores toman impulso hasta que explotan. Cae agua del techo. Al cabo de un instante estoy empapada. Inclino hacia atrás la cabeza. El agua rancia y caliente se desliza por mis mejillas y limpia

las lágrimas. Cada gota es un recuerdo burlón de un roce que no volveré a sentir nunca más. El salón se vacía a mi alrededor en una ráfaga de espaldas encorvadas y gritos amortiguados de: «¡La puerta, Cynthia!», y «¡Fuego! ¡Hay fuego!».

Me quito los zapatos. El agua es casi como una caricia. Esto no era parte de mi plan, pero me gusta el sabor que deja. Fuego y agua. Henry y yo. Adrian y Sam.

Ya casi he terminado, Sam. Abro los ojos cuando siento que el agua me empieza a lamer el empeine y veo a Henry de rodillas con Adrian envuelto en un falso abrazo alrededor de sus hombros.

Cuerpos. Nada más.

Aparto la mirada y me dirijo a la pared del fondo, muy cerca de donde vi a Henry el día que llegué. Detrás de la cortina, a su derecha, fue donde lo dejé, casi como si él lo supiera y lo atrajera de la misma forma que el dolor atrae a su alma. Abro la cortina. El espejo brilla con la luz de las llamas. Las gotas de agua y la sombra ya envuelven mi reflejo. Con cuidado, sin mirar demasiado, lo pongo sobre la mesa, lo suficientemente cerca para poder alcanzarlo desde el lado de Henry, pero lo bastante lejos para que no pueda detenerme a tiempo.

Esta noche voy a ponerle fin a todo. Pero no antes de saber la verdad.

—¿Por qué? —grito en la habitación vacía—. ¿Por qué, de todas las personas, tuviste que elegir a Sam? Lo entendería… —se me quiebra la voz porque es verdad; lo entendería, y eso es algo que odio de mí misma—… si lo hubieras elegido porque querías lo que él sentía. Podrías haberos saciado de alegría. Esperanza. Amor. Pero no es eso lo que quieres.

La velocidad del agua y el siseo de las llamas luchan para tapar mi voz. Él no aparta la mirada de Adrian, pero sé que me escucha. Henry siempre me ha escuchado.

—¿Sabes lo que es estar solo?

Estoy harta de que responda mis preguntas con otra pregunta. Resoplo, pero él continúa, por primera vez, sin esperar a que le demuestre que estoy con él.

—Hace once años Adrian se levantó de la cama, junto a la mía, y tardó tanto en volver que empecé a pensar, como siempre había pensado, que no iba a volver. Que iba a quedarme solo para siempre, que todo el mundo en esa casa enorme me ignoraba, menos él. Que solo vino porque me compadecía. Que no se iría si pensaba que yo lo necesitaba.

El cuerpo de Adrian convulsiona. Henry lo sujeta y le protege el cuello de las sacudidas más violentas.

—Es muy fácil esconder varias bombonas de gas entre los regalos. Olvidarse de hacer la única tarea que se acuerdan de darte cada año: regar el árbol de Navidad. Encender cerillas en el balcón hasta que, por fin, una cae, naranja e intensa, en una de las ramas secas. «¡Fium!» —dice, haciendo estallar los dedos de una mano—. No quería hacerle daño a él. Solo a mí. Si me hacía daño, él no se iría. —Una pequeña risa le sacude los hombros—. En eso tenía razón.

«Un cable. Una vela». Adrian nunca supo que fue él quien provocó el incendio. Pensaba que fue culpa suya. Se culpaba por lo que le pasó a Henry, se odiaba por lo que le pasó… Y Henry…

—Le mentiste.

Se acurruca a Adrian en el pecho y tararea en voz baja.

—Mataste a tu familia —digo—. Y le dejaste creer que fue culpa

suya.

Se queda en silencio, pero no hay nada silencioso en su postura. Nunca he visto a alguien desnudarse tanto.

—No —dice—. Tú has matado a la única persona que ha sido mi familia.

Se pone de pie y tumba a Adrian con delicadeza a sus pies. Mi cuerpo da un paso atrás antes de que mi mente pueda impedírselo. Henry se ha afilado. Sus ángulos crujen de tensión, con los hombros a la altura de la barbilla y los puños cerrados en los bolsillos.

El cuello de Adrian se arquea, solo en el suelo.

La brisa se hunde en mi interior, se extiende bajo mi piel como una corriente. El fuego ya se está extinguiendo bajo el baño de los aspersores.

—Elige, Henry. Si huyes ahora, probablemente llegues al hospital antes de que muera. A lo mejor consiguen salvarlo.

Resuenan sirenas en la distancia. Los aspersores se apagan. Los dos solos, con el agua negra a nuestros pies.

—Sin embargo, si te vas, me dejas aquí con eso. —Señalo al espejo. Henry lo ve por primera vez. Abre mucho los ojos y luego me mira de nuevo a mí—. ¿Con cuánta facilidad crees que se rompen los espejos?

Más fría que nunca, la brisa esparce cristales de hielo por la superficie del agua. Se endurece parcialmente, tan quieta en los espacios que veo el reflejo de mi cara. Retorcido, pero ahí. Cada recuerdo mío que Henry se apropió fue así. Incluso el amor se retorció en algo profano antes de que lo atrapara.

—Crees que has ganado, ¿no? —Su mano se desliza por el aire

para señalar a Adrian, por fin descansando en el agua—. Esto es lo que querías, ¿verdad? Yo solo. Como tú.

El aire cruje con electricidad. Por la habitación, el hielo se astilla. El suelo es un campo de minas de fragmentos afilados. Mis ojos se mueven de atrás hacia delante, de un lado del salón al otro. Las zonas de presión en el ambiente cambian tan a menudo que tensan el aire alrededor de mi cara, azotando las tiras negras por mis ojos.

—Eres una ingenua —dice—. Esto no te dará paz. He visto tu mente. He visto lo que se descompone ahí dentro. Estás muy desesperada porque tus sentimientos signifiquen algo, lo que sea, para alguien. Eso era Sam para ti. No lo querías. Querías cómo te hacía sentir, pero, incluso si yo lo hubiera dejado por ti, nunca habría sido suficiente. Nunca te podría haber dado paz. —El sonido de su voz quiebra el hielo a mis pies. Empiezo a tiritar conforme el frío se extiende por mi cuerpo. Henry levanta la voz y grita por encima del rugido del viento—. Y lo sabes. Sabes que no los necesitabas a ellos. Sam está en paz. Ahora Adrian también lo está. ¡Eres tú la única que no lo está! ¡Me necesitas!

Sus palabras siempre encuentran el camino a mi corazón como balas de plata. Estoy muy muy lejos de estar en paz, aunque esto nunca fue por mí. Doy un paso atrás hacia el espejo con el puño levantado. Mis pies crujen con un entumecimiento feroz.

—Ya has elegido. Ahora ven a salvar tu preciada alma.

Me doy la vuelta y llevo el puño hacia el cristal para hacerlo añicos.

Henry se mueve, más rápido de lo que pensaba posible. Me agarra por la muñeca. Me golpea las piernas. Caigo de rodillas, chocando contra el suelo con un crujido que siento en la parte de atrás de la

cabeza. Luego caen mis manos, apenas capaces de evitar que se me hunda la cabeza bajo el agua. Se abalanza sobre mí y me tumba de costado bajo su peso. El agua me salpica por los hombros y me cubre el cuello. Me aprieta la rodilla en el abdomen. Estoy clavada debajo de él.

—Jamie —dice. Los movimientos son desarticulados, como si alguien hubiera cortado todas sus cuerdas. Incluso sus palabras suenan confusas. Mi nombre suena denso y grave—. Jamie, la buena de Jamie. Haces que todo sea muy emocionante.

Tiene los ojos y la boca lo bastante abiertos para tragarme entera. Se inclina sobre mí sin parpadear, casi sin respirar, y me envuelve el cuello con una mano temblorosa. Yo la aparto de un golpe. Balancea el codo hacia delante y me lo clava en el pecho. Le pego para quitármelo de encima. Sube la mano y me agarra un lado de la cara. Me mete un dedo en la boca e intenta meter otro en los ojos. Grito y pataleo mientras le araño la cara.

Luego, de pronto, aprieta. Me golpea la cabeza a un lado y hace chocar mi cráneo contra el suelo. Una presión me empuja hacia abajo. No hay risa, no hay movimiento, solo una fuerza firme. El agua me cubre la nariz. Me llena la boca cuando la abro para gritar. Muy poco profunda, pero lo bastante.

Intento quitarme su mano de la cabeza. Le doy patadas en las piernas. Mi talón le golpea la pierna una y otra vez. Me está hablando. Los latidos de mi corazón me impiden escuchar sus palabras, solo un sonido amortiguado suave y delicado.

Adrian está tumbado en el agua a mi lado. El agua sigue salpicándome por los ojos porque mis movimientos para liberarme

crean olas. Pero entre las olas, lo veo. Tiene una mano en el pecho. Casi parece que está durmiendo. Descansando, por fin.

Voy a ahogarme con los ojos abiertos.

Al menos…, al menos está él.

Dejo de resistirme. La mano de Adrian se le resbala del pecho y se hunde bajo el agua. Suelto a Henry y me estiro para agarrarla. La punta de nuestros dedos se rozan, se enredan. Arqueo los míos; los suyos se liberan y caen al suelo. Algo brilla. Un anillo alrededor del meñique de Adrian. Tres tiras trenzadas con diamantes demasiado pequeños para que merezca la pena empeñarlo.

Él cogió el anillo de mi madre, no Henry.

La oscuridad trepa por los laterales de mi visión. No estoy respirando. Él tampoco. «No te dejaré», le prometo. No tenía que robarme el anillo. No existe un futuro en el que me hubiera marchado. Henry me saca la cara al aire. Toso y vomito agua.

—Amor. Ahí está. Por fin. —Me da la vuelta y me coloca bocabajo. Una de sus rodillas me sujeta las piernas al suelo. Con la otra me levanta por la barriga. Me quedo doblada sobre su pierna; con la mano me agarra la barbilla para obligarme a mirar exactamente donde él quiere—. Jamás me habrías querido, pero averiguaste que lo quería a él, ¿verdad? Porque tú también lo querías. Es muy fácil ver una emoción cuando sabes qué estás buscando.

El agua se queda quieta.

Me veo. Veo a Henry. Veo su sombra.

Y luego no veo nada. Nada en absoluto.

CAPÍTULO 44

No soy nada.

Noto una mano en un lado de la cara. Me acaricia la mejilla, cálida y suave. Estoy flotando, flotando en un espejo infinito con un cuerpo sin vida junto a mí. Abro la boca, y no sale nada.

Henry está de pie sobre mí. El agua chapotea sobre mis mejillas mientras él desaparece, y vuelve. Tiene una sonrisa triunfal, pero no sé si es suya, o el recuerdo de la mía, devorado y vivo dentro de él. Se retuerce de dolor, luego de rabia; a continuación, se relaja en formas que nunca había visto. Amor. Tiene razón. Ahora sí lo reconozco.

Luego ya no lo veo más, solo a mí. El espejo está roto de un extremo a otro, bloquea todo lo demás menos la mirada vacía en mis ojos, como la de Sam y la de Adrian. Estoy atrapada, la unión natural entre mi cuerpo y mi alma ha quedado consumida por una voluntad que no era mía.

Pero ningún espíritu con garras saldrá de esa grieta, da igual cuánto la mire. Él ya no está ahí. No solo quería desesperación. Quería vida. Era lo único que necesitaba para llenar su vacío. Y yo era un vaso sin fondo que él podía verter, y verter, y verter.

Ahora estoy vacía y sola. Y es como me merezco estar. Adrian no está; Henry lo ha perdido, como yo. Ojo por ojo; corazón por

corazón. No sé si he ganado, o si hemos perdido todos. Al menos sé que me puedo ir. Este futuro no me lo puede arrebatar.

Henry se agacha, el espejo lo acompaña. Me da un beso en la comisura de la boca. Sus labios se quedan ahí, temblando. Tengo el cuerpo frío, pero es una materialización lejana. Estoy observando cómo me besa de nuevo, con los hombros tensos para sostener el peso del espejo sobre nuestros cuerpos. Le brilla el pelo con la luz de las velas. Me cae sobre la cara cuando me besa la frente, el puente de la nariz, mis labios azules e inmóviles.

«Por favor —dice, a años de luz de distancia de donde yo estoy ahora—. Traedla de vuelta».

No.

Él ruega otra vez, y alguien responde. Siento unas cuerdas que se aprietan, hilando cuerpo y alma, devolviéndome a donde nunca ha sido mi lugar. Me opongo, pero la verdad no tiene interés. La distancia entre mis dos yoes se tensa, me devuelve el sonido del agua lamiéndome las orejas, el calor de su mano, el punzante olor a humo.

Luego algo se engancha. Estoy atrapada. El agua me salpica la cara. La mano de mi mejilla desaparece. Hay un ajetreo de movimiento, una ligereza repentina del resto de mi cuerpo. Aun así, no puedo incorporarme. O quizá no quiero hacerlo; quiero quedarme aquí, dentro del espejo, con la chica muerta. Unas manos grandes y fuertes tiran de mí hacia delante. Mi boca rompe la frontera entre el agua y el aire. Se queda abierta, pero no entra nada.

Colocan algo bajo mi cabeza. Una chaqueta que me mantiene la cara sobre el agua. Uno, dos, tres, cuatro, las manos fuertes presionan hacia abajo-abajo-abajo sobre mi pecho.

De repente, cobro vida. Me sale agua por la boca. Puedo respirar; no, eso no es vida, solo es aire. Las manos me levantan y me sujetan. Son de un bombero, en cuclillas a mi lado, con el casco en la rodilla.

—¿Señorita? Señorita, ¿me oye?

—No… —Tengo la cabeza vacía, demasiado vacía. Puedo escucharlo, susurrándome en el fondo de mi mente. Tengo que volver a hundirme en el agua, donde hay silencio. Ese es su sitio—. ¿Qué me habéis hecho? ¡Qué habéis hecho!

—¡Scott! —grita el bombero—. Necesito a los médicos. Ahogamiento parcial y shock. Quédese conmigo, señorita.

No estoy contigo. Solo está ella.

Yo estoy en el espejo.

CAPÍTULO 45

Las sirenas silenciosas transforman las paredes encaladas de Killary en un cuadro de Jackson Pollock. Hombres y mujeres vestidos de gala llevan a cabo un nuevo baile sórdido; apiñados entre los coches, temblando bajo las mantas de emergencias, exigiendo cuidados por pequeñas quemaduras e inhalación de humo mientras doblan y retuercen el cuello para no apartar la vista del cuerpo cubierto por una sábana blanca en la parte trasera de la ambulancia.

Empieza un nuevo ajetreo cuando la puerta principal de Killary se abre. El baile aumenta cada vez más descompasado con los cuchicheos. Un policía con uniforme azul baja los escalones. Mueve la boca, leyéndole sus derechos a una persona que camina a su lado. La persona no asiente. Solo se clava los dedos cada vez más profundos en la cara, hasta que parece imposible que vaya a aguantarle la máscara.

Yo no soy esa persona.

Yo estoy de pie al lado de las escaleras, en la sombra, con una manta sobre los hombros, con el faldón envuelto en la cintura, conteniendo los rastros de sangre. Encontré una copa de champán rota y me la clavé para intentar quitarme de en medio, una y otra vez, en cuanto el médico decidió que no estaba en peligro y se marchó para atender casos más urgentes… o que hacían más ruido. No he conseguido nada. Ella sigue ahí dentro, y yo sigo aquí.

Se me cierra la garganta. Observo cómo empujan a Henry Wu contra el lateral del coche patrulla. Agacha la cabeza sobre el techo del automóvil incluso antes de que el policía se acerque. Tiene las mejillas llenas de arañazos. Las esposas se cierran.

Él sonríe, de oreja a oreja, cuando nuestros ojos se encuentran. Mueve la boca. No debería poder escucharlo. No desde aquí. Y a lo mejor no puedo; a lo mejor solo puedo percibir la forma en la que siente sus heridas. La curva de sus labios dice odio. La codicia grita en el destello de los dientes. Dolor augurado; para él, no para mí. Yo no lo sé y me da igual, siempre y cuando continúe sintiéndose como se siente esto: las mentiras derretidas en su mirada.

«¿De qué tienes tanto miedo?», pregunta.

El policía lo levanta del coche con la palma de la mano sobre su cabeza, lo empuja hacia abajo y hacia dentro del automóvil, pero sus ojos no se separan de los míos hasta que la puerta se cierra entre nosotros. Doy un paso adelante. No puede dejarme. Así no. No mientras él esté tan lleno y yo esté tan vacía. Puedo sentir cómo se ríe, no es alegría, es algo más oscuro, más vicioso. Sabe lo que me está pasando, sabe cómo combatirlo, y está permitiendo que se lo lleven.

No puedo dejar que se vaya.

—Henry…

Mi voz suena como un graznido. Una médica me escucha y se da la vuelta. Abre mucho los ojos cuando me ve con el brazo estirado. Se me ha caído la manta. Unas sábanas rojas caen por mis brazos. Parpadeo. Me ceden las rodillas. No sé si estoy débil porque estoy perdiendo sangre o porque lo estoy perdiendo a él. Tengo que detener el coche. Me vuelvo a colocar la manta para ocultar los

cortes, pero ella ya está a mi lado y me lleva hacia la ambulancia con una mano firme sobre mi espalda.

Una y otra vez le digo que estoy bien. Cada vez, ella lo acepta sin soltarme. Me dicen que me siente en la parte trasera de la ambulancia. La camilla está ocupada, se disculpa con la voz contenida. No me doy la vuelta para mirar. No puedo. Me da mucho miedo no sentir nada.

Unas puntadas ligeras me cierran cada corte. Caen copos de nieve sobre el pelo de la médica. Una leve punzada de pánico le retuerce la cara, con una mezcla de culpa y náusea latente. No le gusta esto. Lo hace por otros motivos, unos que todavía no percibo. Pasa un bombero con el casco en la mano y el orgullo floreciendo bajo la barbilla. Ninguno de ellos son lo bastante fuertes para hacer algo más que fastidiarme.

Necesito a Henry.

Las luces rojas y azules se desplazan. El coche de policía se está marchando. Me pongo de pie agarrándome al borde de la ambulancia y la médica me grita.

Él también me está buscando. Nuestros ojos se encuentran por la ventana trasera. No saboreo nada, nada en absoluto, hasta que baja la mirada, detrás de mí, a la camilla ocupada. El duelo me golpea, una fuerza que hace flaquear mis rodillas. Unas manos me agarran la cintura y me sientan. El coche se está alejando y se lleva el duelo con él, dejándome con nada más que un regusto amargo y ahumado que tienta a mi boca con el recuerdo del dolor. Clavo los dedos en el hombro de la médica.

Dentro, alguien coge el espejo.

«Me quiebro».

Curiosidad y desdén, y un par de ojos avariciosos encajados detrás del sombrero de ala ancha del sheriff; luego me abro paso por la oscuridad, me ahogo en ella cuando corro hacia él. Lo bastante cerca para ver cómo agarran las ascuas agonizantes en sus ojos. Lo bastante cerca para desgarrar, lo bastante cerca para deleitarme…

Una luz brillante me cruza la visión. Parpadeo y retrocedo. Mi cabeza se sacude contra el suelo de la ambulancia. La médica se agacha encima de mí, me agarra la cabeza y mueve lentamente una linterna delante de mis ojos. Una mano cuelga de debajo de la sábana con un anillo en el meñique. Las uñas están teñidas de azul.

El cuerpo está vacío. Sin miedo, sin odio, sin…

—¿Me oyes?

Estoy llorando. No sé por qué. No estoy triste. No siento nada.

—Demasiado pronto —digo desesperada.

Barron ha soltado el espejo demasiado pronto. Estoy perdiendo la cabeza con la chica que se ha quedado atrás.

—Señorita Vane, ¿me escucha?

Vane. Siguen pensando que soy Jamie Vane.

El sheriff Barron está dentro.

No lo he visto. Él no me ha visto. Me incorporo con un movimiento extraño y que me cuesta un mundo; es como mover una marioneta con demasiadas cuerdas. La puerta principal está abierta y hay un folleto de la Liberación atrapado por el viento en un escalón. Tengo que irme de aquí antes de que él salga y todo el mundo descubra quién soy. Antes de que todo esto me persiga hasta casa.

—Por favor, no te levantes —dice la médica, y su voz suena a seguridad.

Papá no puede enterarse.

—¿Me das un poco de agua?

Ella me mira.

Me esfuerzo por poner una sonrisa.

—Ha sido una noche muy larga.

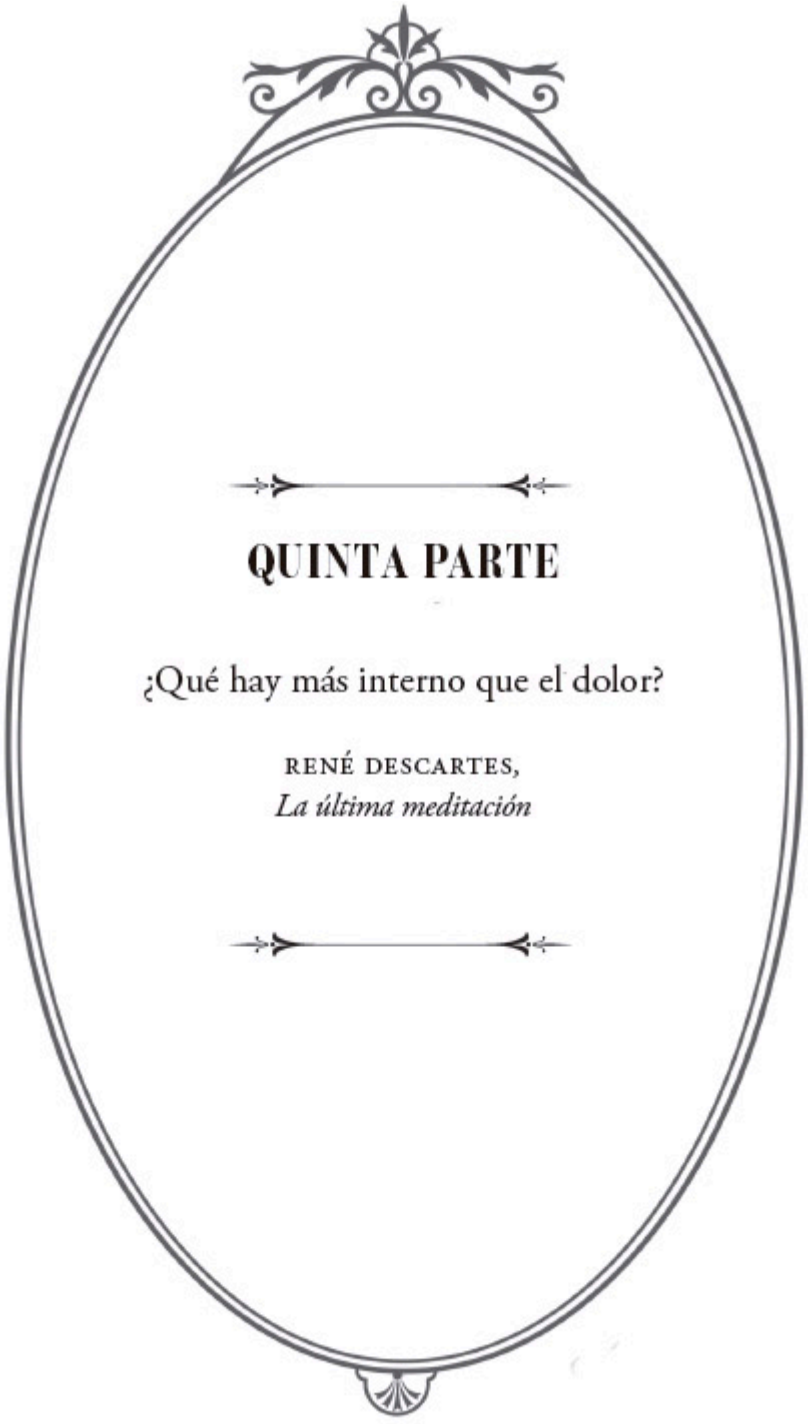
Me llevo la mano a la frente y me río sin ganas. Así es como se hacía antes, ¿no? Para hacer que alguien estuviera cómodo. Me está analizando. He hecho algo mal.

Luego asiente y se da la vuelta. Desaparece por el lateral de la ambulancia. Yo me bajo del borde, suelto la manta y corro.

Al principio, las extremidades no me responden. Tardo unos cuantos pasos en encontrar de nuevo el ritmo. Llego a la verja, respiro unas nubes blancas delante de mi cara, y la carretera delante de mí está vacía. Henry se ha ido. Me meto en el bosque y camino a ciegas, intentando escuchar los susurros tranquilos del arroyo. Ahora solo puedo ir a casa, hasta que averigüe dónde está él.

Debería querer matarlo. Quizá lo haga. Pero, mientras las ramas me azotan la cara y los peñascos empiezan a aparecer delante de mí, lo único en lo que puedo pensar es en cómo ha clavado los ojos en los míos. Tenían muchísima vida. Muchísimo odio.

Todo para mí.



QUINTA PARTE

¿Qué hay más interno que el dolor?

RENÉ DESCARTES,
La última meditación



Los espejos son mundos huecos.

Cuando te alejas, cuando se apagan las luces, cuando se desvanecen las caras y lo único que permanece son esquinas y líneas y sombras, yo estoy vacía. Esperando. Perdida. No hay nada aquí que me ate, o que me recuerde qué soy. Un ojo que no puede parar de mirar, un enredo de luz, una esquirla de cristal, un mentiroso y una chica. Yo era una chica.

Nunca he conocido la necesidad de esta forma. Cada parte de mí se muerde a sí misma para intentar encontrar algo en lo que hundir los dientes, pero solo soy vapor. Debería estar muerta, y no lo estoy; no debería estar viva, y lo estoy, pero solo a veces.

Siempre que paso por un espejo saboreo vida. Se revuelve a su alrededor; un Amberdeen lleno de pequeños odios y susurros codiciosos y soledades secretas, pero lo único que hace el gusto es recordar que tengo hambre. Mis dientes son demasiado afilados, no están hechos solos para degustar.

Déjame salir.

Déjame entrar.

Me estoy perdiendo en esta hambre y me da mucho miedo lo que significa. Por favor. Prometo que no dolerá. No apagues la luz todavía. Quédate un poco más. Mira un poco más adentro. Quédate

conmigo. Deja que vea todo de ti. No mentiré. No huiré. Solo miraré, saborearé, cogeré.

Puedes serlo todo para mí.

Todo… para mí.



EPÍLOGO

SEIS MESES DESPUÉS

El sol del verano me golpea en la nuca al colarse por la puerta abierta del garaje. Hay un vaso de té a mi lado, sobre el suelo manchado de grasa; se desangra frío en un charco cálido de condensación.

Hace seis meses entré sin hacer ruido en mi habitación mientras mi padre dormía frente a un partido de fútbol de los Volunteers. Bajé las escaleras para desayunar al día siguiente, con una bolsa de plástico que contenía el vestido negro echado a perder. Él me miró, levantó una ceja y metió otra rebanada de pan en la tostadora.

No me preguntó dónde me había metido. Le dije que había estado viviendo con un chico que había conocido en una fiesta, pero que lo habíamos dejado. Que estaba de duelo por Sam. Que necesitaba espacio. Él sabía que no era verdad, pero le pareció una historia adecuada para contar a los vecinos y ganarse la empatía por ser tan buen padre y acogerme de nuevo en casa. No le importaba nada más. Lo sé porque, de otra forma, ella se habría revuelto y me habría pedido que la dejara sentir algo.

Pero no soy Henry ni Adrian. No la alimentaré a la fuerza, ni

siquiera cuando me lo pida a gritos. Y así, las dos nos hemos ido desvaneciendo lentamente.

El juicio terminó hace tres semanas, en el Tribunal Estatal de Tennessee, a tres horas y media de Huntsworht. La directora Delgado pidió que se trasladara el caso a un tribunal estatal para «estar con sus compañeros»… y ganó. El dinero que Henry tenía provocó que aquello fuera un escándalo y consiguió que la cadena CBS siguiera cada día el juicio.

Les dijo todo lo que se iban a creer. El peso de la culpa. La necesidad de sentirse vivo. Su plan, nacido del aburrimiento y el deseo de control. Le contó al jurado que le dio al guardia de seguridad, un chico que se llamaba Sam Bullvane, una dosis que él sabía que era demasiado, y luego lo llevó trescientos metros hasta el arroyo del bosque, donde lo soltaron en el agua y lo vieron morir. Todo encajaba con la confesión de Adrian.

A la otra testigo clave, una tal Jamie Vane, no la consiguieron localizar para testificar, pero la señora Hobbins, miembro de la administración de la escuela, proporcionó pruebas de que dejó voluntariamente los estudios justo antes del fatal incidente. Además, dijo, le debía veintitrés mil dólares por el período en el que acudió a las clases.

Veintitrés mil dólares. El precio de una condena.

Henry no les ha dicho quién soy. Es más divertido para él saber que estoy fuera, que necesito hablar con él, pero que no puedo ir a visitarlo a la cárcel a no ser que él le cuente a alguien la verdad. Solo haría falta que le susurrara mi nombre al oído a su abogado y me encerrarían con él. Quizá no por asesinato, las muertes de Adrian y Baz fueron por sobredosis —según se declaró oficialmente—; una

ilegal, la otra médica. Pero sí por falsificación y un fraude de veintitrés mil dólares, una cantidad que nunca podré pagar.

He ganado yo, creo. Pero no me siento victoriosa. En realidad, no siento nada.

Voy a coger el té, pero retiro la mano en cuanto mis dedos rozan el cristal. Todavía está demasiado frío para cogerlo. Debería ir dentro, donde todos los demás trabajadores están en el descanso de la comida, pero escucho el aire acondicionado que mantiene la pequeña oficina de mi padre fresca en el calor pegajoso del verano de Amberdeen. No me gusta el frío. Siempre, siempre tengo frío.

Hace dos semanas lo condenaron. Se supone que con esto conseguiría justicia, que por fin estaría tranquila, porque todo estaba solucionado.

La cámara hizo un primer plano de su cara mientras el jurado le leía la sentencia. Miraba fijamente y tenía una pequeña sonrisa tensándole la comisura de los labios. Asesinato en primer grado. Cincuenta años, con revisión para la condicional dentro de diez si tiene buen comportamiento. A través de la pantalla, no pude saborear nada de lo que él estaba sintiendo, y casi me vuelve loca. Esa fue la primera noche que por fin acepté una de las interminables invitaciones de Faye para ir a una fiesta en el desguace, solo por sentirme viva. Pero estar marginada, viendo todas esas emociones en su mirada, lo empeoró todo.

Nunca me ha perdonado por no decirle dónde estuve. No para de repetir que nos hemos perdido. Sabe a culpa. No le respondo los mensajes.

Estoy muy vacía. Le doy la vuelta a la carta que tengo en las manos, luchando contra la necesidad de romperla en dos. El centro

de detención del condado de Morgan ha garabateado algo encima de mi caligrafía medio legible.

—Señorita Marey, ¿qué tal está?

El cartero está en la acera, enfrente de mí, con la cara empapada en sudor. Saca un montón de cartas de su bolso y empieza a andar hacia donde estoy tumbada, en uno de los rodillos del taller de mi padre. Parece feliz, pero no es felicidad real, simplemente ignorancia. La chica dentro del espejo sabe cuál es la diferencia, aunque yo no.

—Qué calor hace hoy, ¿eh? —me dice.

Sus ojos ya no están seguros. Yo sé por qué. Soy consciente de qué aspecto tengo. Levantaría una mano para secarme el sudor frío de la cara, pero necesito todas mis fuerzas para concentrarme en respirar mientras me meto la carta en el bolsillo trasero del peto. Cojo la llave inglesa que había soltado. Luego las ruedas metálicas del rodillo rechinan y me deslizo debajo del coche.

No me acuerdo de cómo se llama, pero casi saboreo su orgullo cuando da dos toquecitos con el pie, con las mejillas flácidas por algún pensamiento que se parece mucho a: «Cuánto me alegro de que mi hija no sea como ella».

El espacio debajo del coche es oscuro. Lo escucho abrir la puerta de la oficina. Se saludan alegremente, luego la puerta se cierra y vuelvo a estar sola. El murmullo del aire acondicionado me susurra en los oídos. Miles de kilos de metal cuelgan encima de mí. No puedo sentir… y, entonces, de pronto, sí puedo.

El coche sobre mí desaparece. Ya no soy ella. Soy yo, y llevo tanto tiempo esperando que no queda nada de mí, excepto hambre. Me arrastro hacia la luz y abro a la fuerza una de las rendijas oscuras

que lo agrietan de lado a lado. El sabor de él casi me vuelve loca. Tardo una eternidad; a la chica debajo del coche solo le hace falta una respiración poco profunda.

Luego me atravieso y entro en Henry.

No es nada más que una necesidad amarga y enredada, y me doy un festín. «Dolor», cuando supo qué se sentía al comprender los amigos que compró con su dinero se cansaron de su lengua y le dieron la espalda. «Miedo», cuando las luces se apagan cada noche y se queda solo en la oscuridad. «Desesperación», cuando se reunió con un hombre trajeado que sacudió la cabeza y abrió las manos.

«Amor», mientras arrancaba una página de un libro y la escondía debajo de su almohada, sacándola solo por la noche para hacer el boceto de una cara. Demasiado mal dibujada como para saber de quién es; el recuerdo se estira, noche tras noche, borra la cara y la reemplaza una y otra vez, hasta que el papel se desgasta tanto como yo. «No», digo mientras le desgarro el corazón cuando araña el último trazo y veo mi propia cara. «Odio».

Un calor intenso, palpitante y metálico se abre paso entre mi mordisco y su mente. Estoy saliendo, pero antes veo la cara sonriente de Henry en el espejo, con el brazo de un guardia envuelto en su cuello mientras lo fuerza para que le entregue el arma que tiene en la mano. La sangre salpica el cuello de Henry.

—Para ti, solo lo mejor —dice.

Luego desaparece, y yo soy yo, solo yo, por fin derrumbándome sobre el vientre mientras el rodillo se desliza debajo de mí y su dolor se vierte por mi mente. Está por todas partes, llenándome mientras me quedo tumbada de costado, con los ojos muy abiertos por el

miedo, observando el reflejo de las hojas y la luz del sol en un charco que dejó la tormenta de anoche. Me cubre una ola tras otra.

—No más —digo con náuseas.

Intento ponerme de rodillas antes de que me golpee lo que sé que se acerca.

Araño el hormigón con las uñas. Una respiración temblorosa se desliza entre mis labios. Se me aclara la cabeza. Se me estabiliza el pulso. Conozco muy bien esta sensación. Un dolor profundo de otra persona, como un cáncer arraigado en mi pecho que no puedo sacar sin llevarme mi corazón con él. Esta soy yo. Este es él. No somos tan diferentes, al fin y al cabo.

El odio y el amor me sostienen mientras salgo de debajo del coche. «Lo mismo, lo mismo», susurra la chica del espejo. Me tambaleo hacia la oficina con andares casi de borracho. Casi estoy llena, por primera vez desde hace meses, y es todo por él. No puedo dejar de sonreír. No me puedo creer que se me hubiera olvidado cómo hacerlo.

No estoy sola.

Nunca volveré a estar sola. Jamás volveré a estar tranquila. El terror, la esperanza y la necesidad, y Henry, todos se revuelven bajo mi piel. Así que esto es lo que se siente al estar viva.

—*Dedesco mori*. —Sale en un susurro.

Si levanto la voz lo más mínimo será un grito.

Abro la puerta de la oficina. La conversación se detiene, una pausa repentina como una orden de que coja lo que he ido a coger y me vaya. Una silla cruje cuando uno de los hombres se pone cómodo. Mi padre se inclina hacia delante y escupe en el cubo de basura; luego me mira con los ojos entrecerrados. La impaciencia y

la culpa le amargan el gusto, endulzado, cuando sonrío. Hay un pinchazo de miedo. Se estremece. Tarareando, me acerco al cartero, el señor Upton, recuerdo, y me saco el sobre del bolsillo. No me tiemblan las manos cuando se lo entrego.

—Tengo una carta.

Son solo unas pocas líneas, pero es suficiente. Él sabrá lo que necesito.

Querido Henry:
Me aburro.
Con cariño.

AGRADECIMIENTOS

Siempre he sido, y aún soy, en cierto modo, alguien horrible de querer. He estado muy enfadada y amargada. He hecho daño y me lo han hecho, he mentido y me han mentido. He corrido tan lejos y tan rápido que no solo dejé de ver el camino, sino que me perdí a mí misma. He sido Marin, con toda su desesperación para que la entiendan, la vean, por tener razón. He sido Henry, intentando darle al mundo una imagen propia solo para poder sentir algo. Y he sido Adrian, definida por otra persona hasta que casi me ahogo en su sombra.

Este libro es un llanto de dolor por todos esos momentos, y un grito de alegría, porque escribí estos personajes con la esperanza desesperada de que la gente los quisiera, pese a todo. Porque esa es una realidad para todos. Podemos ser imperfectos, desagradables, estar rotos, y que nos quieran.

Así que, antes que nada, debo agradecer este libro a quien me quiso por primera vez de esta forma, a quien siempre nos bendecirá a todos, a quienes fuimos y a quienes seremos: Jesús.

Luego a ti. Gracias por elegir este libro. Por darle a Marin, Adrian, Henry y a Baz una oportunidad para contar su historia. Por favor, búscame y pásate a saludar. Me encantaría escuchar también tus historias.

Asimismo, gracias por formar parte del cuento mucho más grande

que aún se está desarrollando. Mi familia y yo donamos los beneficios de este y de todos los libros que escriba a International Justice Mission y a las organizaciones benéficas de Frederick, Maryland, donde vivimos. Actualmente, hay cincuenta millones de personas atrapadas en la esclavitud y, gracias a lectores como tú, colaboramos en su liberación. Llevo catorce años rezando y soñando con poder dar sin paliativos, como hago ahora, y todavía no me puedo creer que sea real.

Me encantaría organizar una fiesta enorme para todas las personas que han contribuido a hacer realidad ese sueño. He sido bendecida con grandes amistades en la trayectoria de la publicación de este libro, y me he encontrado con tanta bondad que estoy tentada de escribir el resto de los agradecimientos TODO EN MAYÚSCULA. Si me conoces, sabrás que seguramente sea lo más adecuado.

Por respeto a tus ojos y porque no soy Jesse Dittley, me contendré.

Un poco.

Primero, gracias a mi agente, Claire Friedman: eres como Gandalf en el amanecer del quinto día, y podría cantar una canción sobre lo increíble que eres que dure tanto como cualquiera de las que ha compuesto Tom Bombadil. Gracias por creer en mí, por ver el potencial en este libro, por tu capacidad, tu pasión y coraje. Gracias por aguantar conmigo cuando me volví loca con el hueso que sabía que estaba enterrado en algún lugar del jardín… una y otra vez. Y luego otra vez más, por si acaso. Tú me relajas, y nunca he estado relajada. Resulta que es muy agradable. NO TE VAYAS NUNCA (mayúsculas desactivadas).

A mi editora, Kate Meltzer, que tiene el cerebro más maravilloso que he conocido nunca (en serio, es una combinación de poesía y psicodelia): sacaste lo peor de mis personajes y lo mejor de mí, e hiciste que este libro brillara pese a las interminables dificultades. Ves la magia en mí, y es gracias a ti por lo que puedo lanzar este hechizo. Que sepas que mis gritos de amor en tu bandeja de entrada, por muy efusivos que sean, no son suficientes. Me muero de ganas por escribir más libros contigo, tantos como tú quieras.

A Maggie Stiefvater, que me enseñó mucho sobre la escritura: gracias por preguntar «por qué» de todas las formas posibles. Gracias a tu sabiduría y a las oportunidades infinitas que me has proporcionado para aumentar mi habilidad y estirar mi cerebro, esta soñadora arrastró una pesadilla de su cabeza y la imprimió en una hoja. Gracias por ver el acero resistente escondido en mi interior y por retarme a dejarlo desnudo. ¡Brindemos por quemar cosas!

A MSMF, especialmente a Waverly X. Night y a K Valentin: agarrasteis el caos de cuerdas rojas que es mi cerebro y lo convertisteis en un panel de investigación. Hay un motivo por el que llevo cerca del corazón un colgante con los amuletos que me habéis dado, todos los días. (Es un objeto maldito. Es broma. Amor, la respuesta es amor). Estoy desando ver cómo asombras a todo el mundo. ¡Disfrútalo! No hemos llegado hasta aquí solo para llegar hasta aquí.

A VS, el grupo de escritura amigos que nunca ha dejado de animarme: voy camino de tener toda una estantería de vuestros libros. No paréis. Quiero una casa entera. Gracias por empujarme a creer en mí misma cuando me parecía imposible. Gracias por quererme y por enseñarme cómo escribir un beso (os miro sobre

todo a vosotras, Charis y Kelsey). Nunca habrá nada más que un beso, pero, oye, lo habéis intentado.

A los Birbs: gracias por Savannah BirbCon 2023 mientras investigaba para mi próximo libro. Por reíros cuando atosigué a nuestro guía del tour de fantasmas (¡hola, Aaron!) y a cualquier persona aleatoria a la que paraba para charlar. Por compartir palabras y *fanfics* y seudónimos y Navidades ❤. Nuestro nido me ha visto desde Kyoko y Ren, hasta Eivan y Brindle, hasta llegar aquí y ahora, y eso es auténtica magia.

A Jamie Howard y a Emily Estabrook, mis hermanas de Cristo: sois una respuesta a mis plegarias. No estaría aquí sin nuestras conversaciones diarias. No querría estarlo. Gracias por quererme tan bien y por querer aún mejor a Jesús, por enseñarme las verdades sobre esperanza, perdón, perseverancia y vivir al límite de lo que parece posible, con un pie fuera del precipicio y los ojos en el paraíso. Me encanta hacer vida con vosotras, sobre cuando la vida es en el pantano, mientras bailamos y gritamos a una nueva temporada de *The Bachelor*.

A Bonnie Tai, mi amiga lejana que nunca abandona mi corazón: me encanta gritar contigo y enamorarme de otro personaje inventado (te juro que si le haces daño a Alec, me plantaré en Melbourne). Gracias por dejarme estar ahí, en tu bolsillo, en los buenos y malos momentos. Algún día te daré un abrazo enorme en la vida real.

A Michelle Kulwicki, que entiende cómo funciona mi cerebro mejor que nadie: gracias por seguir conmigo en cada capa de caos. Hemos pasado de escribir salvajadas a tener el libro de la otra en las manos. ¿Ese objetivo inalcanzable? Lo alcanzamos.

A Ginny Meyers Sain, Alyssa Villaire, Caasie Bazay, Shelby Reed y Tracy Truels: me adoptasteis como una de las vuestras y me animasteis en cada bache del turbulento vuelo que es el año de debut. Me alegro de haberos conocido y estoy deseando levantar muchas más copas y reírme con vosotras.

A Jesse Sutanto, A. Y. Chao, Lauren Blackwood, Laini Taylor, Kamilah Cole, Clare Edge y Roselyn Clarke: me guiasteis, me inspirasteis y me ayudasteis a debutar en algo de lo que podía hablar con ganas y no con ansiedad. Gracias por enseñarme que escribir a las dos de la madrugada es normal, que las emociones tienen que leerse, no intuirse, que perder los nervios es el pan nuestro de cada día y, joder, gracias por dejarme leer vuestros libros.

A Amy Goldsmith, Jo Schulte, Skyla Arndt, Allison Saft, C. G. Drews, Rachel Moore y al resto de las escritoras increíbles que he conocido en Claire Hype House: gracias por compartir vuestro humor, vuestros increíbles libros y vuestra sabiduría conmigo. Estoy muy agradecida de formar parte del equipo legendario de Claire.

A mi equipo de McMillan: Emilia Sowersby, que me mantuvo auténtica con su creatividad y lógica; Connie Hsu, Allison Verost, Starr Baer, Emily Stone, Teresa Ferraiolo, Tatiana Merced-Zarou y Morgan Rath, gracias por utilizar vuestro talento para convertir mis enredos en algo tan maravillosamente brillante que no puedo mirarlo directamente. Jamás me podría imaginar, ni en mis sueños más locos, todo lo que ha ocurrido por este libro y, creedme, sueño muchísimo.

A Frances Wren, la artista de mi portada, y a L. Whitt, mi diseñadora. VENGA YA. VENGA YA. ESTA PORTADA ES INCREÍBLE. CÓMO. Quiero que pintéis y diseñéis mi vida, por favor y gracias.

A Brooke: gracias por ser la mejor amiga que alguien pueda tener. Siempre has creído en mí y en este sueño, incluso cuando no era más que una corta historia de mierda con la que solías intimidar a tus alumnos. Gracias por rezar por mí, suministrarme café (LAVANDA AAHH), distraer a mis hijos con tu hijo y darme ideas de personajes mientras yo te daba queso. Estás atrapada conmigo para siempre. Sé dónde vives.

A mi madre y a mi padre, que me robaron a mis hijos y me encerraron en una habitación con algo de comer y un ordenador para que pudiera escribir: os quiero. Gracias por creer en mí en cada uno de mis sueños durante todos estos años. Zapatos de punta, cinturones azules, viajes, comida y fe: habéis llenado de color mi vida. Soy la hija más afortunada del mundo.

A mis hermanas, que leyeron mis primeros escritos y me dijeron: «Guau, es malísimo, pero… creo que se puede sacar algo». Sois las mejores y nunca dejaré de tiraros mis porquerías. Como mis hermanas pequeñas, es básicamente vuestro trabajo, y vuestra culpa por ser tan listas. De nada.

A mi marido, que solo quiere que termine de escribir para poder volver a verme: ¡oh, noooooooo, me he tropezado y he caído en otro primer acto! ¡Ayuda, socorro, no puedo levantarme! Te quiero, mi amor. Gracias por quererme como soy. Sigamos siempre persiguiendo nuestros sueños juntos, pase lo que pase.

A todos los que están perdidos y agotados, y que anhelan aún que alguien los conozca: os veo.

Y si no lo hago todavía…, quiero hacerlo.

Brindemos por nuestras historias por contar y que cambiarán el mundo.

Con cariño,
J

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com